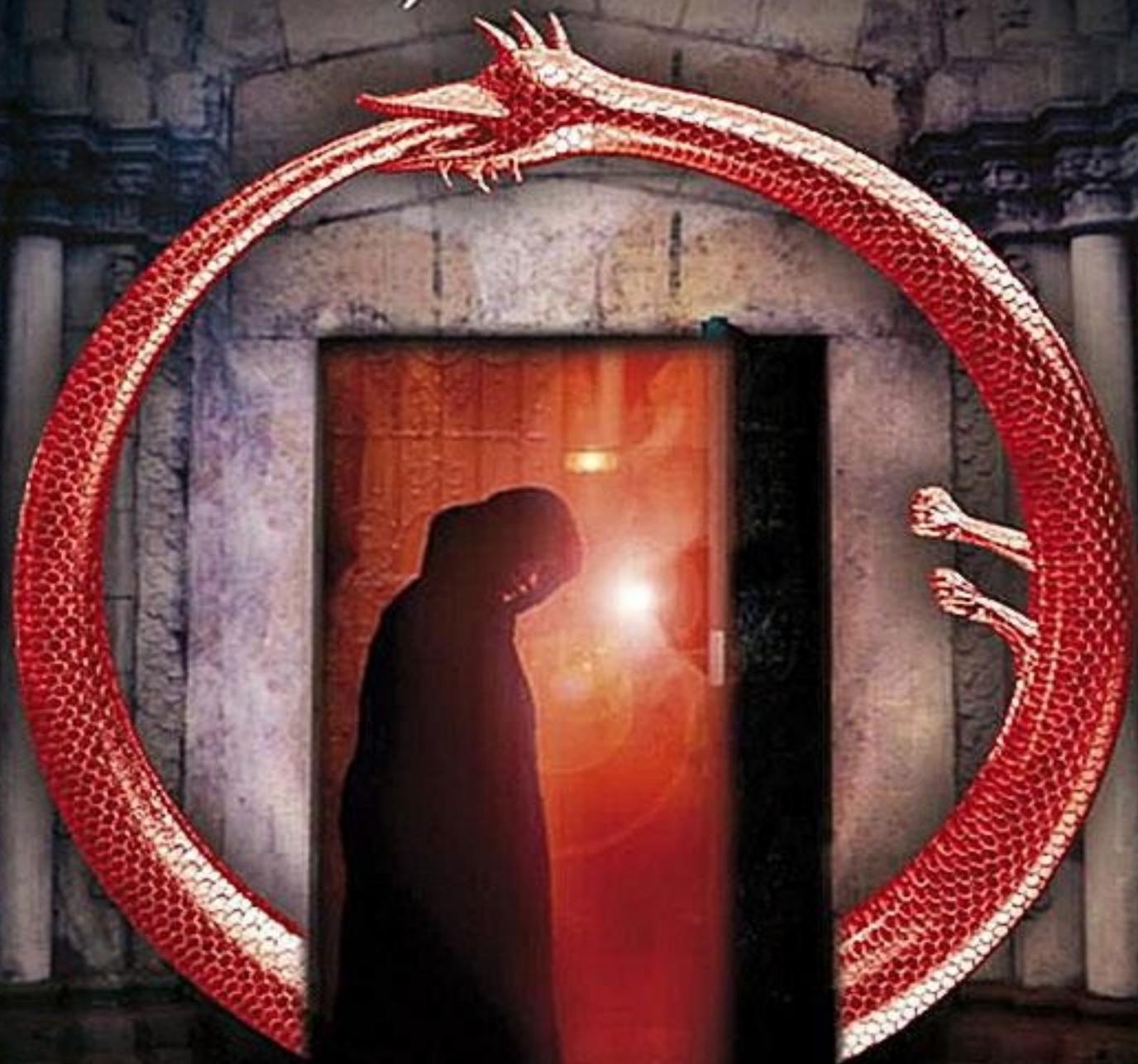


# GRIMPOLI

Y LA BRUJA DE LA ESTIRPE



RAFAEL ÁBALOS

Lectulandia

El destino se ha cumplido: Grimpow tiene en sus manos la Piedra Filosofal, posiblemente el objeto más poderoso del mundo. Según cuentan los alquimistas, otorga la inmortalidad y es capaz de convertir cualquier metal en oro. Pero aún hay algo más que descubrir... Por eso, Grimpow viaja hacia París, decidido a desvelar las claves definitivas de ese secreto milenario.

Sin embargo, el rey de Francia, temeroso de la muerte, desea más que nunca apoderarse de la Piedra. Sólo hay una persona en todo París que puede conseguirla: se llama Agnes y, desde hace un año, malvive en las mazmorras de la Torre del Temple, acusada de brujería. Aunque ella todavía no lo sabe, puede pactar con el mismísimo Diablo.

**Lectulandia**

Rafael Ábalos

# **Grimpow y la bruja de la Estirpe**

**Grimpow - 02**

ePub r1.0

Titivillus 16.10.16

Título original: *Grimpow y la bruja de la Estirpe*  
Rafael Ábalos, 2009

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A mi madre,*  
in memoriam

... Y dejad que la imaginación  
os guíe, sin engaños ni vilezas,  
hasta un castillo en las estrellas...



PRIMERA PARTE

*La Bruja  
de la Estirpe*

# *El regreso del inquisidor*



En una sala de su castillo en París, el rey de Francia aguardaba ansioso la llegada de alguien a quien había confiado una secreta misión hacía mucho tiempo. Nogaret, su fiel consejero, estaba a su lado, de pie junto al gran trono rodeado de tapices, lanzas, estandartes y escudos heráldicos. El rey vestía una malla cubierta por una fina túnica de terciopelo azul, adornada con flores de lis bordadas en oro. Tenía puesta una corona dorada con joyas incrustadas, estaba sentado y sujetaba su espada con majestuosidad, apoyando la punta afilada en el suelo de piedra.

—¿Qué pensáis, Nogaret? Vuestro silencio no es un buen augurio para mis esperanzas.

Nogaret apartó la mano de la mejilla y miró al rey sin saber qué responder. Él nunca había creído que la misión del inquisidor tuviera éxito.

—También a mí me inquieta esta incertidumbre, mi señor —dijo al fin.

—Pero decidme, ¿creéis que Búlvar de Góztell habrá encontrado en los Castillos del Círculo lo que buscaba?

—Pronto saldremos de dudas, majestad, tened paciencia.

—Vos siempre desconfiasteis de Búlvar de Góztell, ¿no es cierto?

—Ese monje dominico sirve al Papa, no a vuestra corona.

—Os equivocáis —dijo el rey—. Fue a mí, y no al Papá, a quien ese monje dominico, como vos le llamáis, le ofreció la Esencia del Misterio. Además, de sobra sabéis que sin su valiosa ayuda jamás habríamos derrotado a los templarios. Él nos proporcionó las pruebas para acusarlos de herejes.

—Vos y yo sabemos que esas evidencias eran falsas. Los templarios nunca adoraron al Diablo.

—No, es cierto, pero conseguían sus riquezas y sus posesiones con ritos secretos y prohibidos que los hacían demasiado poderosos. Eran un peligro para nuestra Fe y una amenaza constante para mi reino.

El rostro de Nogaret se transformó en un gesto adulator.

—Sin duda tenéis razón, mi señor. Aunque no debéis olvidar que Búlvar de Góztell nunca os entregó el gran tesoro del Temple que os tenía prometido. Las arcas de la Torre de París estaban tan vacías como mis propias manos —dijo.

—Los templarios fueron mucho más astutos de lo que pensamos, y se llevaron el tesoro antes de que pudiésemos entrar en la Torre del Temple, vos mismo lo comprobasteis. Pero aún queda una puerta por abrir.

—¿Y quién os asegura que no ha ocurrido lo mismo en los Castillos del Círculo?  
El rey se quedó pensativo.

—Esta vez será distinto, estoy seguro. Búlvar de Góztell cumplirá su promesa y traerá con él la Esencia del Misterio. Con ella en mi poder, seré tan inmortal como los dioses —dijo.

Luego permaneció en silencio, recordando que muchas leyendas de magos y alquimistas hablaban de la Esencia del Misterio como la Piedra Filosofal, el *Lapis Philosophorum* que los nueve caballeros fundadores de la Orden del Temple habían trasladado en secreto desde Jerusalén a París hacía más de doscientos años. Según las leyendas, esa misteriosa piedra podía transformar el plomo en oro y otorgar la inmortalidad a su poseedor. Búlvar de Góztell le había hablado al rey de ella y le había asegurado que sabía dónde encontrarla: una sociedad secreta de sabios llamada Ouróboros la guardaba en los Castillos del Círculo, al norte de Alsacia, le había asegurado. Y muy pronto, esa piedra prodigiosa estaría en su poder. Solo necesitaba que su enviado, Búlvar de Góztell, no hubiera fracasado en su misión, y que el asalto a los Castillos del Círculo hubiera servido para algo más que para acabar al fin con los rebeldes templarios que se habían refugiado bajo el manto protector del duque Gulf de Östemberg y sus caballeros. Ahora todos ellos estaban muertos, ardiendo en el Infierno. Habían sido derrotados, aniquilados sin piedad por su ejército y el de sus aliados en una sangrienta guerra a la que ya dedicaban sus canciones los juglares recién llegados a la corte desde los campos de batalla. Así que nada podría oponerse a su deseo de apoderarse de la Esencia del Misterio y alcanzar la inmortalidad. La maldición del gran maestro de la Orden del Temple, cuando antes de arder en la hoguera gritó que el rey de Francia que lo condenaba a las llamas también moriría ese mismo año, quedaría conjurada para siempre.

En esto pensaba el rey cuando un heraldo recorrió el gran pasillo central de la sala y anunció que el inquisidor Búlvar de Góztell solicitaba ser recibido en audiencia.

—¡Hazlo entrar con prontitud! —apremió el rey.

Los pasos del heraldo resonaron bajo la bóveda del techo hasta desvanecerse de nuevo en el silencio; al poco, volvieron a oírse, repetidos por el eco y por los pasos del monje que le seguía.

El monje encapuchado llegó ante el trono y se arrodilló.

—¡Levantaos, levantaos y sed bienvenido de nuevo! —dijo el rey.

—Majestad, vuestro humilde siervo se postra ante vos.

El rey hizo un gesto indolente con la mano.

—¡Vamos, vamos, dejaos de reverencias y decidme qué noticias traéis del norte!

Búlvar de Góztell se puso en pie y se apartó la capucha de la cabeza, dejando visibles las cicatrices de su rostro. En las manos llevaba un cofre dorado.

—Malas nuevas os traigo, mi señor.

—¿Qué queréis decir? ¡Hablad...! —ordenó el rey.

—Después de asaltar la fortaleza del duque Gulf de Östemberg, conseguí

encontrar la cámara sellada de la que os había hablado...

—Entonces, ¿ese cofre que traéis con vos...? —lo interrumpió el rey, sin comprender.

El monje reclinó la cabeza en señal de respeto y abrió el cofre.

—Está vacío, mi señor. La cámara sellada fue abierta antes de que yo entrara en la fortaleza del duque Gulf.

—¿Queréis decir que alguien se llevó la piedra durante el asedio?

—Así es, majestad.

—¡Maldita sea! ¿Cómo habéis permitido que eso ocurriera? Teníais mi ejército y el de mis aliados a vuestra disposición para evitarlo —gritó el rey, sin ocultar su contrariedad.

Todas sus esperanzas, albergadas durante tanto tiempo, volvían a evaporarse como el éter de los alquimistas. Sin la piedra sería un rey vulnerable, tan vulnerable como el más mísero de los mortales, pensó. Y sus ojos no ocultaron su temor.

—Quien abrió la cámara sellada de la fortaleza conocía las claves secretas de la sociedad Ouróboros, de eso no me cabe duda —explicó el monje inquisidor.

—¿Os referís al duque Gulf de Östemberg? —preguntó el consejero Nogaret, que hasta entonces había permanecido en silencio junto al rey.

—No, el duque Gulf no habría sabido cómo abrir la cámara, a pesar de tenerla en su fortaleza.

—¿Por qué no le apresasteis? Si lo hubieseis capturado vivo al menos sabríamos quién y cuándo consiguió abrir esa cámara sellada de la que habláis —insistió Nogaret, mientras el rey meditaba y contenía su rabia.

—Durante el asalto a la fortaleza era imposible distinguir al duque de sus caballeros. Murieron todos. Nadie quedó con vida en los Castillos del Círculo.

—¿Estáis sugiriendo que la Esencia del Misterio está en manos de un muerto? —inquirió Nogaret, sonriendo sin disimulos. El fracaso del monje se convertía en un éxito para él. Ambos rivalizaban por la confianza del rey.

Búlvar de Góztell no se inmutó ante la ironía del consejero. El rey parecía más calmado después de conocer su fracaso, y eso lo reconfortó. Lo demás no le importaba.

—Sé quiénes abrieron la cámara sellada, majestad —dijo muy seguro de sí.

Las palabras del monje cautivaron de nuevo la atención del rey.

—Decidme, ¿quiénes fueron esos insolentes y cómo es que aún están con vida?

—Se trata de un caballero italiano llamado Salietti de Estaglia, de una joven cuyo nombre es Weienell Lábox y de un muchacho al que llaman Grimpow —dijo el monje, ahorrándose los detalles innecesarios.

—No parece que nuestros enemigos sean muy poderosos —murmuró Nogaret con ironía.

—He dado órdenes para que sean buscados por toda Francia.

El rey se puso en pie y levantó su espada hasta situar la hoja afilada junto al

cuello del monje.

—Supongo que no habéis olvidado la maldición del Temple que pesa sobre mí — dijo amenazante.

—No, no la he olvidado —aceptó Búlvar de Góztell.

—¡Quiero esa piedra de la inmortalidad antes de que sea demasiado tarde! ¿Podéis entender eso? —gritó el rey. Luego, en voz baja, añadió—: Disponéis de una última oportunidad para encontrarla, pero no olvidéis que, si volvéis a fracasar, yo mismo os cortaré la cabeza con mi espada.

## *Un castillo en las estrellas*



Unos soldados del rey se acercaron al hombre que hablaba a gritos junto al gran pórtico de la catedral de Chartres. La multitud se había agolpado a su alrededor como si fuese un profeta o un visionario que anunciara la llegada del fin del mundo. Tenía una larga barba blanca, unos ojos grises y enigmáticos, y portaba un largo báculo con el que apuntaba al cielo del amanecer, mientras pregonaba a grandes voces la existencia de un lejano y misterioso castillo, que alzaba sus murallas en las estrellas.

También Grimpow se detuvo para escucharlo, moviendo el cuello entre la gente para poder ver a aquel hombre, cuya voz no le era desconocida.

—¡Vamos Grimpow, aún tenemos que recoger nuestros caballos! —apremió Weienell a su espalda.

Salietti miraba a un lado y a otro, inquieto por lo que ocurría. Si ese pobre viejo seguía ensalzando los prodigios del Universo ante los soldados del rey, acabaría ardiendo en una hoguera acusado de herejía, pensó.

—Esperad, creo que ya sé dónde oí la voz de ese hombre, —dijo Grimpow, abriéndose paso entre la muchedumbre.

—¿Le conoces? —preguntó Weienell.

—No, no le he visto nunca, pero fue esa misma voz la que me habló entre las sombras de la catedral de Estrasburgo.

Salietti pensó que Grimpow debía de estar equivocado. Estrasburgo quedaba muy lejos, hacia el este, y a varios días a caballo desde Chartres. No podía tratarse de la misma voz.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso? —preguntó.

—¡Ese hombre está hablando de lo mismo que yo vi anoche en el laberinto de la catedral!

—Hablad más bajo, o también llamaréis la atención de los soldados —advirtió Weienell.

—¿Es que no os dais cuenta? ¡Yo también he visto ese castillo en las estrellas! —insistió Grimpow.

—Será mejor que sigamos nuestro camino —dijo Salietti. Este asunto no nos incumbe— añadió.

Los soldados del rey se dispusieron a detener al anciano, ante la mirada descreída de la multitud.

—No podemos dejar a ese pobre hombre en manos del rey y de sus inquisidores

—replicó Grimpow—. ¡Es uno de los sabios...! ¡Uno de los miembros de la sociedad secreta Ouróboros!

—¡Pero qué estás diciendo, Grimpow! —murmuró Salietti en voz baja. ¿Es que ahora ves fantasmas por todas partes? Ese viejo desdichado solo es un bocazas, un charlatán que se busca la vida embaucando a ingenuos para conseguir una limosna.

Dos de los soldados intentaron coger al anciano por los brazos mientras le gritaban que se callara y lo acusaban de ser un mago adorador de las estrellas. La multitud comenzó a agitarse alrededor y Grimpow intentó abrirse paso a través de la gente apelmazada ante el pórtico de la catedral, sin prestar atención a las palabras de Salietti. En ese instante, el anciano se liberó de los soldados y blandió su báculo con ambas manos, haciéndolo girar sobre su cabeza. Los soldados desenvainaron las espadas, y quienes les rodeaban se apartaron a un lado entre protestas e insultos. Aquel hombre venerable con aspecto de mago no había hecho nada, murmuraban entre ellos.

—¡Tenemos que ayudarle, antes de que lo apresen! —dijo Weienell, apoyando a Grimpow.

Salietti aferró el puño de su espada, dispuesto a proteger al hombre desconocido, y Grimpow sacó una flecha de su carcaj, decidido a usar el arco con el que cazaba. Pronto comprobaron, sin embargo, que el anciano se bastaba para defenderse de sus atacantes. Con un par de golpes se deshizo de un soldado, hiriéndolo en la cara, y no tardó en desarmar al otro, que vio cómo su espada caía a los pies de una mujer joven vestida de caballero, parecida a la que ellos tenían orden de buscar por todos los rincones de Francia. Otros soldados hicieron ademán de atacar al anciano, pero Salietti desenfundó su espada y se interpuso entre los contendientes. Todavía sentía el escozor de sus viejas heridas borboteándole en el cuello, aunque fingió estar dispuesto a dar la vida por aquel intrépido adorador de las estrellas, cuyo nombre ni siquiera conocían. La muchedumbre enmudeció al ver destellar las espadas. Weienell recogió del suelo la espada del soldado y la enarboló al aire.

—¿Sabes manejar esa espada? —preguntó Salietti, sorprendido.

—¡Espero no tener que demostrarlo! —dijo Weienell, sin ocultar su miedo.

Grimpow aprovechó el desconcierto y corrió al lado del sabio, lo cogió de la mano, y dijo:

—¡Venid con nosotros, aquí está en peligro vuestra vida!

—¡Corred, corred! —gritó Salietti.

Muy pronto, otros soldados del rey comenzarían a llegar a la catedral, alertados por los gritos de la multitud que huía despavorida.

Grimpow y el anciano corrieron para alejarse del lugar, mientras Weienell y Salietti les seguían los pasos, protegiendo la retaguardia. Se adentraron a toda prisa por un laberinto de calles con casas de madera entramada, y no tardaron en llegar a las cuadras en que dejaron sus cabalgaduras. El chico mudo que cuidaba los caballos se asustó al verlos atravesar el portón corriendo y con las espadas en ristre. Salietti se

acercó a él y, señalando al anciano que los acompañaba, a la vez que hacía signos con las manos imitando el trote de un caballo, preguntó:

—¿Tienes una montura para él?

De inmediato, el chico sordomudo corrió hasta uno de los establos y no tardó en regresar con un hermoso caballo negro, listo para ser montado. Al ver el báculo del hombre, el animal se encabritó y soltó un fuerte relincho. El chico mudo soltó las riendas, pero bastó un gesto de la mano del anciano para que el caballo se calmara de nuevo y se acercara a él mansamente, mientras Grimpow y Weienell esperaban inquietos sobre sus cabalgaduras, vigilando junto a la entrada de las cuadras. No había señales de que alguien les hubiera seguido hasta allí.

¡Iremos hacia el sur, les será más difícil encontrarnos en los bosques del Loira! — dijo el anciano, nada más subir a su caballo.

—¿Conocéis estas tierras? —preguntó Grimpow.

—No hay un solo rincón en todo el valle que no hayan visto mis ojos.

Salietti y Weienell se miraron perplejos. Ellos tenían otros planes. Querían trasladar a Grimpow hasta la ciudad de Florencia, en la Toscana, lejos de las manos asesinas del inquisidor Búlvar de Góztell y del rey de Francia, pero estaba claro que tendrían que aplazar sus planes. Al menos, hasta que resolvieran el asunto del sabio o del viejo truhán que los acompañaba.

Así que decidieron seguir al desconocido. Él sabría mejor que ellos cómo escapar de Chartres. Recorrieron al galope una enmarañada red de callejuelas estrechas y apestosas, y salieron por la puerta sur de la ciudad, la más alejada de la catedral. Ningún soldado les salió al paso para interceptar su camino. Luego cabalgaron a galope tendido en la misma dirección que el viento durante un buen rato, cruzando el río por algunos vados para hacer desaparecer las huellas de sus caballos. Un intenso sol brillaba sobre ellos, devorado a veces por unos nubarrones dispersos y amenazantes.

Después de cabalgar sin detenerse hasta que los caballos quedaron exhaustos, los cuatro jinetes se acercaron al río y les dieron de beber. Los chopos se balanceaban con un tintineo de hojas movidas por el viento, el agua descendía en calma lanzando leves destellos de sol y solo el piar de los pájaros rompía el denso silencio que reinaba alrededor. Salietti pensó que era un lugar seguro para descansar y decidir qué hacer con el hombre que se había unido a ellos de un modo tan inesperado. Dejó el caballo suelto en la orilla del río y se acercó al desconocido.

—Ahora que hemos logrado escapar de los soldados del rey, podréis decidnos vuestro nombre y que hacíais gritando ante la catedral como un maldito predicador de herejes. No ignoraréis que, por vuestra insensatez, también nosotros nos hemos convertido en proscritos —dijo malhumorado.

El anciano soltó una carcajada.

—¡Dejad de fingir, señor Salietti! Ya erais unos proscritos antes de llegar a Chartres. ¿O es que lo habéis olvidado? El inquisidor Búlvar de Góztell puso precio a

vuestras cabezas desde que vos mismo lo lanzasteis al Rin y huisteis con Grimpow y Weienell a Estrasburgo.

Grimpow no pudo contenerse al oír su nombre.

—¡Lo veis, es él! Él fue quien me habló en la catedral de Estrasburgo.

El anciano se acercó al muchacho y le removi6 los cabellos.

—Así es, Grimpow, y me alegra comprobar que recorriste el Camino Invisible hasta sembrar la semilla y ver crecer la flor. Nunca pensé que un muchacho de tu edad pudiese lograrlo.

—Nunca lo habría conseguido sin la ayuda de Weienell y de Salietti.

—Entonces, vos sois... —dijo Weienell.

—Mi nombre es Anatol Pempius.

Weienell sintió que el vello se le erizaba.

—¿Vos fuisteis amigo de mi padre? —preguntó.

—Sí..., lo fui. Un gran amigo, sin duda. Como también lo fui del vuestro —dijo mirando a Salietti—. Realmente era a Iacopo de Estaglia, vuestro padre, a quien esperaba en Estrasburgo cuando llegasteis con Grimpow buscando al difunto Aidor Bílbicum. Desde entonces he seguido vuestros pasos hasta llegar a Chartres.

—¿Sabíais que vendríamos aquí? —inquirió Grimpow.

El anciano sonrió y dijo:

—Sentémonos en esos troncos, junto a la orilla. Os lo explicaré todo con detalle y podréis salir al fin de la confusión que tanto os aturde.

Los tres amigos hicieron un corro alrededor de Anatol Pempius. Grimpow y Weienell se sentaron sobre un tronco partido mientras Salietti se quedó de pie junto a ellos. Alguien debía permanecer atento a una posible emboscada de los soldados del rey, pensó.

—Durante el pasado invierno —comenzó a decir el anciano ante la mirada atenta de Grimpow—, uno de los sabios de la sociedad Ouróboros fue acusado de herejía por el inquisidor Búlvar de Góztell. Sometido a insufribles torturas, el sabio le confesó que la Piedra Filosofal de la que hablaban las leyendas existía realmente y era custodiada en secreto por tu padre —dijo señalando a Salietti—. Por fortuna, Iacopo de Estaglia pudo huir de Lyon antes de que Búlvar de Góztell lo atrapara, y se dirigió hacia la abadía de Brínkdum, en las nevadas montañas de los Alpes, donde unos monjes amigos le darían cobijo. Lamentablemente —dijo volviendo a mirar a Salietti—, tu padre se perdió a causa de la niebla y murió congelado entre la nieve, muy cerca de la abadía.

—¡Yo encontré su cadáver! —dijo Grimpow.

—Lo sé, y también encontraste la Piedra y el mensaje cifrado que Iacopo de Estaglia llevaba en su alforja... ¿No es cierto?

—«En el cielo están la oscuridad y la luz. Aidor Bílbicum. Estrasburgo» —recitó Grimpow de memoria.

—Así es —dijo Anatol Pempius—. El padre de Salietti debía reunirse conmigo en

Estrasburgo para esconder de nuevo la Piedra, y el mensaje que llevaba era una clave secreta para encontrarnos en la ciudad.

—Esa historia ya la conocemos —dijo Weienell—. Por eso fuimos a Estrasburgo junto a Salietti, Grimpow era el nuevo poseedor de la Piedra.

—En efecto, pero ninguno de vosotros sabía nada sobre mi como yo tampoco sabía nada sobre vosotros, hasta que preguntasteis a las gentes de Estrasburgo por Aidor BÍlbicum, cuyo nombre aparecía en el mensaje cifrado.

—Entonces fue con vos con quien hablé en la catedral de Estrasburgo —dijo Grimpow, mirando orgulloso a Weienell y a Salietti.

—Así es.

—Pero no puedo comprender por qué os mantuvisteis oculto esa noche entre la oscuridad de la catedral.

—Yo debía seguirte a ti y a tus amigos sin que lo supieseis, hasta que sembraras la semilla y vieras crecer la flor en la catedral de Chartres, como hiciste anoche. Os perdí el rastro en los Castillos del Círculo, en Alsacia, y temía que también vosotros hubieseis muerto en el asalto a la fortaleza del duque Gulf de Östemberg, pero recibí un mensaje desde la ciudad de Metz, asegurándome que os dirigíais a París, siguiendo el mapa del Camino Invisible. Durante días esperé en la catedral de Nôtre Dame vuestra llegada, hasta que al fin os vi. Desde allí os seguí hasta la ciudad de Chartres. Mi intención era haberme presentado esta mañana de un modo menos llamativo, pero la presencia de los soldados del rey provocó la inesperada revuelta de la que vosotros me ayudasteis a escapar —concluyó Anatol Pempius.

—Tendríais que haber sido más discreto. Habéis puesto en peligro vuestra vida, la nuestra y la seguridad de la Piedra —le reprochó Salietti, aunque menos enfadado. Al fin y al cabo, ese anciano fue un buen amigo de su padre y del padre de Weienell, y ambos habían muerto por proteger la Esencia del Misterio de los poderosos que la codiciaban.

—Tienes razón, amigo mío, pero no pensé que mi proclama sobre la existencia de un castillo en las estrellas levantaría las sospechas de los soldados. Creía que todos pensarían que yo no era más que un charlatán y nadie entendería de qué estaba hablando realmente, salvo Grimpow.

Grimpow lo interrumpió.

—¡Yo lo entendí! ¡Yo también vi ese castillo en las estrellas en la catedral de Chartres! Por eso iba a acercarme a vos y preguntaros qué sabíais sobre los grandes prodigios del cosmos.

—De eso precisamente tenía que hablarte. Pero antes me gustaría ver la Piedra, si tú no tienes inconveniente.

Salietti le hizo un gesto a Weienell para que lo siguiera y ambos se alejaron algunos pasos. No es que Salietti tuviera dudas de que aquel anciano que decía llamarse Anatol Pempius era uno de los sabios de la sociedad Ouróboros, pero, si de ahora en adelante iba a acompañarles, quería conocer la opinión de Weienell antes de

tomar una decisión al respecto. Mientras tanto, Grimpow le entregó la Esencia del Misterio al viejo sabio. Este la acarició al cogerla y la Piedra adquirió el mismo color rojizo y azulado que Grimpow había visto muchas veces, incluso la noche anterior, cuando la colocó en el centro de la flor del laberinto de la catedral de Chartres. Sin duda, esa misteriosa Piedra era algo prodigioso, algo que ni siquiera él mismo podría explicar a pesar de ser su poseedor.

Anatol Pempius no pareció sorprenderse al sentir el cálido tacto de la Piedra en sus manos. Probablemente, tampoco sería esa la primera vez que la tocaba ni que la tenía en su poder. Sus ojos brillaron con un insólito destello de astros y sonrió feliz. Fue como volver a sentir toda la juventud perdida renaciendo en su interior; como si el tiempo desapareciera de repente y el espacio infinito lo abarcara todo a su alrededor; como si el principio y el fin del mundo se conectaran por un instante para desvelarle de una vez y para siempre todos los secretos del Universo. Sí, aquel extraño y pulido mineral del tamaño de una almendra era sin ninguna duda la Esencia del Misterio, la verdadera Piedra Filosofal de los viejos alquimistas, la luz que iluminó la oscuridad del ser humano hacía miles de años. Sin embargo, poco o nada tenía que ver con lo que aseguraban las leyendas.

—¡En vuestras manos la Piedra también se ilumina! —dijo Grimpow, contento de estar de nuevo con alguien que podría hablarle de las cosas que él aún no entendía.

—Ella nos eligió, Grimpow. Son muchos los que la han poseído y muchos más los que habrán de poseerla en el futuro para que todas las maravillas que viste en la catedral de Chartres se hagan al fin realidad. Pero hay algo más que la Piedra y su prodigioso poder.

—No sé a qué os referís.

—A algo que debes saber y que debes buscar en algún lugar. Yo he venido hasta aquí para ayudarte.

—¿Vos sabéis de qué se trata? —dijo Grimpow, cogiendo la Piedra que Anatol Pempius le devolvía.

—No, nadie lo supo nunca, salvo los fundadores de la sociedad Ouróboros y los nueve templarios que trasladaron ese secreto desde Jerusalén hasta Francia.

—Pensaba que fue esta Piedra lo que trajeron.

—Tú no deberías hacer caso de las habladorías. Esa piedra la trajo el difunto Aidor Bílbicum en sus propias manos hace muchísimos años, pero lo que cargaron los templarios en la carreta que has visto tallada en la catedral de Chartres fue mucho más grande y pesado que ese liviano mineral.

—La leyenda habla de un inmenso tesoro.

—No, no es un tesoro, créeme. Es mucho más que eso...

Salietti y Weienell se acercaron a ellos.

—Nuestros planes eran partir hoy mismo hacia Florencia, pero no creo que a vos os interese emprender ese viaje. ¿Qué decís? —preguntó Salietti.

Anatol Pempius se puso en pie y sonrió.

—Con gusto iría a una ciudad tan hermosa y próspera, pero creo que Grimpow no ha terminado de recorrer el Camino Invisible que un día comenzó en la abadía de Bríndum. Además, no debéis subestimar a Búlvar de Góztell. Estoy seguro de que sus sabuesos os buscarán en vuestras tierras del Piamonte italiano, antes que en cualquier otro lugar.

—¿Qué proponéis, entonces? —preguntó Weienell.

—Que regresemos a París. Grimpow tiene aún mucho que aprender allí.

—¡Os habéis vuelto loco! En París nos darían caza como si fuésemos conejos atrapados en la propia madriguera de los zorros —protestó Salietti.

—Nunca sospecharán que hemos sido tan osados como para entrar en París y esconder delante de sus narices a Grimpow y a la Esencia del Misterio. Además, hay algo que aún debemos buscar allí.

Grimpow se adelantó hasta quedar en el centro del grupo.

—Creo que yo también tengo algo que decir sobre esto, al fin y al cabo es a mí y a la Piedra a quienes quiere encontrar Búlvar de Góztell.

—¿Y qué opinas tú? —preguntó Salietti.

—Siento decepcionarte, pero mi deseo es que vayamos a París. Tengo el presentimiento de que Anatol Pempius está en lo cierto, y de que algo extraordinario está escondido en algún lugar, aguardando desde hace muchos años a ser descubierto.

# *La Bruja de Montmartre*



Cuando Búlvar de Góztell salió del castillo del Louvre, los cascos de su caballo retumbaron bajo el puente levadizo con la misma fuerza que los latidos del corazón en su pecho. Si no encontraba la Piedra Filosofal, muy pronto su cabeza sería exhibida públicamente sobre una picota en el centro de la bulliciosa plaza que en ese instante se abría ante él. Sabía que el brazo del rey no temblaría en el momento de ejecutar su amenaza, sobre todo si su ambicioso consejero Nogaret continuaba dirigiendo en silencio los movimientos del monarca. Tenía que pensar y hacerlo con rapidez, antes de que también fuera demasiado tarde para él. Había llegado el momento de que alguien le ayudara a salvar su cabeza, a cambio de librarse de las tenazas del verdugo y de la hoguera. Alguien que pudiera ver más allá de donde ven los ojos de los mortales; alguien que dominara las artes de los encantamientos y de la magia; alguien capaz de aliarse con el mismísimo Diablo, sin ningún temor a su poder.

Espoleó su caballo y cruzó veloz la plaza, sin importarle la gente ni los puestos de frutas y hortalizas que abarrotaban el mercado. La fortaleza del Temple, convertida desde tres lustros en mazmorra de asesinos, ladrones, brujas, rebeldes, endemoniados, nigromantes y herejes, no quedaba lejos de allí. Solo tenía que entrar en la calle situada a la derecha de la plaza, recorrer los barrios de los curtidores y los escribanos y cruzar la primera muralla de la ciudad. Incluso podía ver a lo lejos, sobre los tejados de las casas, los cuatro conos con los estandartes de la flor de lis que rodeaban la gran torre central en la que un día ondearon las cruces rojas de los templarios.

—Llebadme hasta la mazmorra de la bruja de Montmartre —ordenó Búlvar de Góztell al jefe de los carceleros, un hombre rudo, pecoso y sin apenas dientes en la boca.

Bajaron una estrecha escalera de caracol, continuaron por un largo pasillo y volvieron a bajar otra escalera que parecía adentrarlos en las oscuras entrañas de la tierra. El suelo de piedra brillaba al paso de la luz sobre la fina capa de agua que lo cubría. El carcelero se detuvo junto a una celda oscura, prendió con la suya una antorcha sujeta al muro y se la ofreció al inquisidor. Luego cogió una gran llave y descerrajó la puerta, cediendo el paso al monje. Búlvar de Góztell le hizo un gesto con la mano para que se marchara y lo dejara solo.

La llama iluminó un rincón en que yacía una mujer joven, vestida con harapos.

—¿Sabes que si aún estás viva solo me lo debes a mi? —dijo Búlvar de Góztell,

acercando la antorcha al rostro de la mujer.

La mujer se incorporó asustada y abrazó sus rodillas con las manos. El fuego de la antorcha le impedía ver quién era el hombre que le hablaba, aunque por la voz intuyó que no se trataba de uno de sus carceleros.

—¿Quién sois? No puedo veros —dijo, levantando una mano hasta su frente y entornando los ojos para evitar que la llama le cegara la vista. Hacía días que sus pupilas no recibían el más leve rayo de luz.

Búlvar de Góztell apartó la antorcha hacia un lado.

—Y ahora, ¿puedes reconocerme?

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par y miraron fijamente al monje.

—Vos... vos sois el inquisidor Búlvar de Góztell —balbució.

—Si, yo fui quién te encerró en esta mazmorra en lugar de quemarte en la hoguera como a las otras brujas de Montmartre. ¿Lo recuerdas?

El bello rostro de la mujer estaba marcado por profundas huellas de dolor y sufrimiento. Hacía más de un año desde que fue acusada junto a otras mujeres de París de practicar la brujería y celebrar aquelarres en las noches de luna llena a las afueras de la ciudad.

—Hubiera preferido arder mil veces antes que soportar este encierro —replicó.

—Ahora puedo ayudarte a salir de aquí, si ese es tu deseo.

Al oír esto, la mujer se arrastró hasta los pies del monje y se arrodilló ante él.

—¡Os lo suplico, tened piedad de mi! ¡Sacadme de este infierno y os entregaré mi alma mientras viva! —murmuró la mujer entre sollozos.

—No será necesario que me la des a mí. Bastará con que le vendas tu alma al Diablo.

# Una caravana de acróbatas



Al anochecer, en las cercanías de una solitaria aldea, los cuatro jinetes divisaron un grupo de carretas alineadas alrededor de una pequeña hoguera. Algunos hombres y mujeres se movían alrededor del fuego y una larga columna de humo se elevaba al cielo dibujando frágiles volutas que deshacía el viento.

Unos perros comenzaron a ladrar tan pronto olfatearon la presencia de los caballos, pero las risas de unos niños jugando transmitieron un mensaje tranquilizador a los recién llegados.

—Los soldados del rey no deben de merodear cerca de aquí —dijo Salietti a Weienell al acercarse a las carretas.

Un hombre musculoso y alto les salió al paso esgrimiendo una vieja espada. Al instante se unieron a él otros tres, que aferraban largas lanzas en actitud amenazante.

—¡Si sois gentes de paso podéis descabalgar y gozar de nuestra hospitalidad sin ningún temor! ¡Pero si os guían intenciones oscuras al venir hasta aquí, más vale que sigáis vuestro camino y busquéis refriegas de las que podáis salir victoriosos! —gritó el hombre de la espada, como si recitara en voz alta un trágico romance.

—Solo deseamos dar descanso a nuestros caballos y compartir este gamo que hemos cazado en el bosque —dijo Salietti, señalando el pequeño animal muerto que cargaba Grimpow a la grupa de su caballo.

—¡Entonces sed bienvenidos a nuestro campamento! —dijo el hombre de la espada, invitando con una reverencia a los jinetes para que se unieran a ellos.

Un reducido grupo de chicos y chicas de distintas edades se acercaron a curiosear, atraídos por el noble aspecto de los caballeros y del muchacho que los acompañaba con un arco y un carcaj repleto de flechas colgado en la espalda. Todos hablaban a la vez, atropellándose unos a otros para acariciar la suave piel del gamo sin vida.

—¿Lo has cazado tú? —preguntó una muchacha de pelo enmarañado, que miraba a Grimpow con ojos de asombro.

Grimpow bajó de su caballo y se unió a los chicos como si ya los conociera. Hacía mucho tiempo que no se encontraba con otros jóvenes de su edad, y se sintió feliz por el amistoso recibimiento que le ofrecían. Por su parte, Salietti, Weienell y Anatol Pempius permanecieron conversando con los hombres de la caravana.

—¿Sois una compañía de comediantes? —preguntó Salietti al ver algunos trastos y artilugios de saltimbanquis y titiriteros desperdigados junto a las carrozas.

—La mejor *troupe* que se conozca en toda Francia —dijo el hombre de la espada,

mientras los otros se ocupaban de los caballos para darles de beber.

—¿Hacia dónde os dirigís? —quiso saber Weienell.

—Volvemos a París, antes de que lleguen las lluvias de otoño y el barro haga intransitables los caminos.

Anatol Pempius pensó que ellos podían unirse a la caravana para hacer juntos el viaje de regreso y entrar en París sin llamar la atención de la guardia real que custodiaba las puertas de las murallas. Pero no habló de esa posibilidad. Aún no era el momento.

—¿Lleváis mucho tiempo fuera de París? —preguntó.

—Desde mediados de primavera. Durante meses hemos recorrido sin descanso el Camino de Compostela y las cortes de las grandes ciudades del sur: Aviñón, Tolosa, Carcasona, Narbona... ¿Y vosotros? —preguntó el hombre.

—También nos dirigimos a París —respondió Anatol Pempius.

—Entonces vais en una dirección equivocada. París está al norte y cabalgáis hacia el sur.

—Sí, es cierto. Perdimos el sendero poco antes de ver el humo de vuestra hoguera —explicó Salietti.

—¿Y de dónde venís?

—De Chartres.

—Haréis bien si no os acercáis al valle del Loira. No muy lejos de aquí hemos encontrado varias aldeas infestadas por una terrible epidemia. Muchos hombres, mujeres y niños han muerto, y sus pútridos cuerpos yacen desperdigados por cualquier parte.

Weienell se alarmó.

—¿La peste?

El hombre negó con la cabeza.

—Nadie lo sabe con certeza, pero un soldado nos aseguró en las cercanías de Orléans que se trata del cólera. Hace un par de días, una de nuestras esposas cayó enferma con grandes fiebres y tememos que haya podido contagiarse con el agua infestada de algún pozo.

—¿Dónde está esa mujer? —preguntó Anatol Pempius.

—En una de las carretas.

—Llévame a verla.

—¿Sois médico?

—No, pero puedo intentar curarla.

El hombre de la espada acompañó a Anatol Pempius, esperanzado en que ese anciano salvara la vida de la mujer enferma, mientras Weienell y Salietti se acercaban a la orilla del río.

—Parece que Grimpow sigue siendo un niño, a pesar de todo lo que ha vivido desde que encontró la Piedra —dijo Weienell, observando cómo Grimpow corría y jugaba a los torneos con espadas de madera junto a los chicos de la caravana.

—Solo es un muchacho de catorce años.

—Pronto cumplirá los quince —aclaró Weienell.

—Me pregunto si regresar a París será lo más conveniente para Grimpow —dijo Salietti, después de agacharse junto al río para lavarse la cara.

—Tienes miedo de perderlo, ¿no es cierto?

—¿Tú no? —preguntó Salietti.

—Nosotros seguiremos junto a Grimpow, no podemos dejarle ahora.

—Anatol me ha dicho que Grimpow ingresará en un colegio de la Universidad de París, donde estudian muchos jóvenes de su edad. Allí cuidarán de él hasta que sea mayor y pueda decidir sobre su propia vida.

—¿Y qué me dices del secreto que Grimpow debe desvelar? Nos necesitará a su lado para protegerle —dijo Weienell.

—Espero que Anatol Pempius no se equivoque.

A Grimpow le bastó mirar a Weienell y a Salietti para adivinar que hablaban de él. Ambos habían sido su única familia desde que abandonara la abadía de Bríndum y tampoco él quería apartarse de su lado. Pero algo le decía que debían ir a París con Anatol Pempius, a pesar de que sus vidas pudieran correr peligro.

# Un pacto diabólico



Embozado bajo la capucha negra de su hábito, el inquisidor Búlvar de Góztell recorrió a caballo las oscuras calles del barrio de Montmartre, La noche era fría y sin luna, muy diferente a la cálida noche de plenilunio del verano anterior cuando salió de la ciudad amurallada por la Puerta de Montmartre acompañado por un nutrido grupo de soldados, para poner fin a los aquelarres que una multitud de brujas celebraban cada sábado en el claro de un bosque a las afueras de París. Al menos sesenta brujas de todas las condiciones y edades fueron apresadas aquella noche, encerradas en las mazmorras de la Torre del Temple y quemadas en la hoguera unos meses más tarde. Solo una pudo salvar su vida de las llamas.

El inquisidor se detuvo cerca de la muralla, ante una casucha con paredes de adobe y madera. Descabalgó y ató las riendas del caballo a una argolla del muro.

—Pasad, mi señor. Os estaba esperando —dijo la mujer abrió la puerta, antes de que él llamara.

Búlvar de Góztell inclinó la cabeza para pasar bajo el quicio de la pequeña entrada, miró asombrado a su alrededor y dijo:

—Espero que lo hayas encontrado todo tal como deseabas.

La mujer esbozó una sonrisa complaciente y acarició las sedas de su vestido. Ni el propio Búlvar de Góztell podía creer que aquella bella mujer fuese la misma que él había dejado libre esa misma mañana, después de visitarla en una maloliente mazamorra de la Torre del Temple. Iluminada por las velas repartidas por la estancia, la joven bruja de Montmartre parecía una verdadera cortesana. Tenía el pelo largo y levemente ensortijado, los ojos sombreados y el rostro maquillado con delicadeza. Un penetrante y exótico aroma flotaba a su alrededor y su expresión reflejaba la dicha que sentía. No solo volvía a ser una mujer hermosa y libre, como lo fuera antes de la terrible caza de brujas en el bosque de Loudon, sino que se sentía una mujer poderosa, protegida por el más temido inquisidor del reino de Francia.

—¿Puedo confiar en ti y en tu silencio? —preguntó Búlvar de Góztell, mirando con severidad a los ojos de la mujer que le sonreía.

—Os debo la vida y esta modesta casa, mi señor. ¡Cómo podría pensar en traicionarlos! Decidme qué queréis de mi y os serviré con la sumisión de una esclava. Pero os lo ruego, sentaos y hablemos con calma.

El monje se acomodó en un banco que la mujer señaló junto al fuego de la chimenea, sobre el que hervía un caldero humeante.

—Necesito encontrar cuanto antes un objeto muy valioso —dijo.

—¿Tiene algo que ver ese objeto con el tesoro del Temple?

—¿Qué sabes tú sobre ese tesoro?

—Solo sé lo que contaban los juglares hace años en las plazas: que lo escondieron los templarios en algún lugar, antes de que vos y el rey entrarais en la Torre para arrebatárselo.

—Los juglares solo cuentan lo que las gentes crédulas quieren oír. El objeto del que te hablo es mucho más valioso que un tesoro, aunque no es mucho más grande que la piedra de uno de tus amuletos.

—¿Estáis buscando la Piedra Filosofal de las leyendas alquímicas, mi señor?

El inquisidor disimuló su sorpresa ante la clarividencia de la bruja.

—Sí, el *Lapis Philosophorum*... la Piedra de la Inmortalidad.

La bruja de Montmartre, que permanecía de pie, se reclinó junto a la chimenea y apartó el caldero del fuego.

—Aguardad un momento —dijo.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó el inquisidor.

—Me pedisteis que vendiera mi alma al Diablo y, esta misma tarde, he cumplido vuestro deseo sin tardanza. Ahora me dispongo a invocarlo de nuevo ante vos con un conjuro que lo someterá a mi voluntad a cambio de mi vida.

—¿Harás que el Diablo aparezca? —quiso saber el monje.

La bruja de Montmartre se llevó el dedo índice a los labios y dijo en voz baja:

—El Diablo ya está aquí, ¿no percibís su presencia?

Un escalofrío recorrió la piel de Búlvar de Góztell.

—¡Déjate de palabrerías y ordénale que use sus diabólicos poderes para encontrar lo que busco!

—Antes necesito añadir algo más a esta pócima mágica.

Con un cazo de madera, la mujer sacó una parte del brebaje viscoso que aún hervía en el caldero y lo volcó con lentitud en un tazón, mientras murmuraba entre dientes unas palabras que sonaron remotas y extrañas.

—¡Ahora, dadme vuestra daga! —pidió.

El monje la observó desconfiado, temeroso de que aquella bruja vengara en su persona los días y las noches de sufrimiento que había padecido en las siniestras mazmorras del Temple, degollándolo sin piedad con su propia daga. Quería negarse, pero los ojos de la mujer se habían clavado en los suyos, paralizándolos como un hechizo, y no pudo resistir la frialdad cadavérica de su mirada. Era como si la belleza de aquel rostro joven que hacía un instante le sonreía se hubiese volatilizado entre los vapores del brebaje que aún borboteaba en el caldero, y se hubiese convertido de pronto en la imagen atroz de una criatura del Infierno.

—No tengáis miedo de mí y haced lo que os pido —dijo la mujer, con un seductor susurro.

La mano del inquisidor hurgó bajo la manga izquierda de su hábito y sacó un

arma de acero curvada. La cogió por la afilada hoja y le ofreció la empuñadura a la bruja de Montmartre sin que le temblara el pulso.

—Unas gotas de mi propia sangre serán suficientes para consumir mi pacto con el Príncipe de las Tinieblas —le explicó la bruja, al tiempo que hacía un corte limpio en la yema de su dedo pulgar izquierdo.

La sangre que manaba de la pequeña herida caía sobre el tazón gota a gota siguiendo el ritmo cadencioso de una larga plegaria, que el monje no pudo comprender. Luego, la bruja cogió el tazón de la mesa y, sin dejar de murmurar su letanía en una lengua insólita, se situó en el centro de un pequeño círculo de ceniza trazado sobre el suelo, junto a la chimenea. Elevó el tazón con solemnidad hasta que el borde rozó sus labios y bebió la poción mágica pausadamente, a la vez que entornaba los ojos con delectación.

Cuando volvió a bajar los brazos, lanzó los restos del brebaje al fuego, y una gran llamarada azul brotó con virulencia de la chimenea. Sus ojos estaban en blanco, sin pupilas, desorbitados. No miraban al monje ni a su alrededor. Parecían secos, vacíos, sin vida, tan ciegos como los de una lombriz bajo la faz de la tierra. También el tono de su voz se había transformado. Ya no era dulce y amable sino brusco y grave, semejante al gruñido que Búlvar de Góztell había oído salir muchas veces de la boca maldita de un poseso, antes de ser ajusticiado.

—La Piedra que buscáis ha vagado de un lugar a otro durante mucho tiempo. Pero ahora está cerca, lo presiento. Puedo ver unas torres..., sí, unas torres y un río. Hay gente alrededor... Pero las torres no son las de un castillo; son torres altas y puntiagudas... como las de una iglesia o una catedral. Sí, eso es, son las torres de una catedral misteriosa. Siento la presencia de una fuerza desconocida, de algo inexplicable en el interior. Es una influencia poderosa que va y viene buscando el centro de una flor. Una especie de laberinto dibujado sobre el suelo.

—¡Chartres! ¿Estás hablando de la catedral de Chartres? —quiso saber el inquisidor, sin ocultar su asombro.

—¡Sí, es Chartres, lo sé..., los ojos del Diablo me han llevado hasta las puertas del templo sagrado! Pero mi amo no puede entrar allí... —dijo la mujer con rabia. Luego bajó la voz—. Esperad... Ahora siento que esa fuerza se desvanece y se aleja, como si la Piedra ya no estuviera en la catedral. Los que la guardan han partido hacia otro lugar... hacia el sur.

—¿Puedes verlos? ¿Puedes ver hacia dónde se dirigen? —preguntó con impaciencia Búlvar de Góztell.

—La tuerza de la Piedra es ahora muy débil, pero los ojos del Príncipe de las Tinieblas la encontrarán... Puedo sentirla, en manos de un muchacho que conoce los caminos invisibles de las estrellas —dijo la mujer, como si fuese el Diablo quien hablara.

# Alrededor de la hoguera



Grimpow no dejó de jugar con los chicos de la caravana hasta que el gamo que había cazado con su arco esa tarde estuvo asado y listo para la cena. Hacía rato que había caído la noche, dejando las carretas bajo un manto de oscuridad impenetrable; una oscuridad sin luna ni estrellas, plagada de sombras que solo las llamas de la hoguera conseguían disipar. A lo lejos, una tormenta rugía entre leves destellos de luz que iluminaban de vez en cuando el horizonte. Todos se habían sentado alrededor del fuego, confiados en que la lluvia siguiera la dirección del viento hacia el oeste y se alejara hasta desaparecer. Grimpow estaba junto a una muchacha de pelo corto y rojizo llamada Sofí, que lo había dejado embobado mientras jugaban con los demás chicos a ser lo que realmente eran: miembros de una compañía de saltimbanquis y titiriteros, capaces de realizar los más sorprendentes y arriesgados saltos, malabarismos, contorsiones y piruetas. Durante su vida como vagabundo en las nevadas comarcas de los Alpes, Grimpow había conocido a muchos juglares, bufones y acróbatas sumidos en la miseria, que se ganaban el sustento diario exhibiendo sus habilidades en las plazas y en los mercados de las ciudades, a cambio de comida o de algunas monedas. Pero la compañía de comediantes de la que Sofí formaba parte no actuaba en las calles sino en los castillos y en los palacios de los nobles de toda Francia. Por eso sus carrozas eran fuertes y estaban engalanadas con banderolas de colores, además de estar protegidas con redondeadas cubiertas de madera; solo una, la de los instrumentos, artilugios, utensilios y demás cacharros de la compañía, estaba envuelta por una lona un poco desgarrada. Sus vestiduras eran elegantes, disponían de buena comida y rara vez dormían fuera de las murallas de alguna fortificación que los protegiera al anochecer de los bandidos que se ocultaban en los bosques. Si esa tarde habían acampado a orillas del río y alrededor de una hoguera, solo había sido porque una de las mujeres de la caravana estaba enferma y ningún señor les habría dado cobijo en su feudo por temor a que el mal de la mujer fuese contagioso, según Sofí le contaba a Grimpow, mientras ambos devoraban entre las manos un pedazo de carne asada.

—Anatol la curará, estoy seguro —le dijo Grimpow.

—Me alegraré por mi tío Lancre, es su mujer la que está con fiebres. Él es el menor de los hermanos de mi padre y aún no hace un año que se casó.

—¿Sois todos de la misma familia?

—Sí, mi padre es el jefe de la compañía y el mayor de los cuatro hermanos. Se

llama Goebel —dijo Sofí. Luego señaló, frente a ella y añadió—: aquel es mi tío Stepper, ese de allí Baunach y este más joven es Lancre.

—¡Demonios! —exclamó Grimpow—. ¡Entonces todos sois hermanos y primos!

—Mí abuelo fue un juglar muy conocido en París hace años, y como solo tuvo hijos les enseñó el oficio de saltimbanquis y titiriteros desde que eran pequeños. Son los mejores comediantes de Francia.

—Tú y los demás chicos también lo sois. No sé cómo podéis dar esos saltos sin haceros daño.

—Una vez que aprendes es fácil, si quieres puedo enseñarte mañana.

—Mañana no sé dónde estaremos —dijo Grimpow.

—¿Tú también vas de un lado para otro?

—Hasta ahora ha sido así. Pero yo no soy comediante.

—¡Eso ya lo sé! —dijo Sofí riendo—. No hay más que verte con ese arco en la espalda.

—Antes era un vagabundo...

Sofí hizo un gesto de sorpresa con sus ojos para que Grimpow continuara.

—Bueno, realmente no sé lo que soy, aunque creo que voy a París para estudiar en la universidad.

—Entonces no estaremos muy lejos, nosotros también vivimos cerca del barrio Latino, junto a la plaza Maubert.

—¿El barrio Latino?

—Sí, es el barrio de los estudiantes, a orillas del Sena, y como ellos hablan en latín, todos en París lo llaman así: el barrio Latino. ¿Tú sabes hablar en latín?

—Hace algunos meses aprendí a leer en latín con los monjes de una abadía.

—Mi padre y mis tíos saben recitar y cantar poemas en esa lengua, pero yo casi nunca consigo acordarme de las palabras. Solo sé una estrofa que dice:

*Vita nostra brevis est,  
brevis finietur,  
venit mors velociter,  
rapit nos atrociter,  
nemini parcetur*

Grimpow hizo la traducción al instante:

—«Breve es nuestra vida, en breve se acabará. Viene veloz la muerte, de forma atroz nos arrebatara, sin perdonar a nadie».

—Mi abuelo me la enseñó cuando ya estaba muy enfermo. Jamás podré olvidarla. ¿Sabes lo que quiere decir?

—Bueno..., supongo que significa que todos morimos cuando nos llega la hora.

—Mi abuelo me dijo que no llorara por su muerte, y que siempre que me acordara de él repitiera ese poema y lo hiciera con alegría.

—La has recitado muy bien, ¿no te gusta estudiar?

—¡No, qué va...! —dijo sonrojándose—. Preferiría ser comediante, pero a las mujeres no les está permitido actuar en público. Por eso tengo el pelo corto. Así puedo parecer un muchacho más de la compañía y pasar desapercibida entre mis primos. Pero mi madre dice que pronto creceré y ya no podré engañar a nadie.

—Weienell también tiene el pelo cortado como un caballero, a pesar de ser una dama.

—¿Una dama?

—Sí, es una dama, aunque lo oculte bajo la capucha de su capa.

—¿Hablas en serio? —preguntó Sofí, mirando fijamente al anciano y a los dos caballeros que hablaban con su padre y su tío Stepper. Nunca hubiera imaginado que podía ser una mujer, y menos aún que portara una espada.

Grimpow sintió deseos de contarle a Sofí todo cuanto le había ocurrido desde que el pasado invierno encontró a un hombre muerto en las montañas de Úllpens, en los Alpes del norte. Desde entonces su vida había cambiado de un modo inesperado e inimaginable. También le habría gustado hablarle de la extraña piedra que el caballero muerto tenía en su mano helada y que él llevaba ahora colgada del cuello como un talismán mágico. Tal vez la Piedra también cambiara de color si Sofí la cogía en sus manos. Entonces podría confesarle su secreto, el secreto de la Piedra y de las maravillas que él había visto desde que la tenía consigo. Incluso le habría contado los muchos peligros que había corrido junto a Salietti o que todos ellos eran unos proscritos que huían de un malvado inquisidor que deseaba apoderarse de la Piedra y de su oculto poder. Grimpow nunca se había sentido tan feliz como en ese instante, sentado junto a una joven con los ojos más hermosos que hubiese visto jamás. Pero sabía que, por más que lo deseara, no podía hablarle a Sofí de la Piedra ni de sus secretos. Si lo hiciera se traicionaría a sí mismo y traicionaría a sus amigos, al caballero muerto en las montañas, a los sabios de la antigua sociedad Ouróboros y a todos los que habían guardado silencio durante siglos. Hasta era posible que ya hubiese hablado demasiado, pensó, sintiendo en su interior un profundo arrepentimiento.

Pero no fue necesario que Grimpow le diese a Sofí más explicaciones sobre su pasado ni el de sus amigos, pues, antes de que pudiera seguir hablando, el padre, de Sofí se puso en pie junto al fuego y pidió silencio. Tenía una importante noticia que comunicar a todos: Bernadet, la bella mujer de Lancre, no tenía ninguna enfermedad contagiosa, y la fiebre le había desaparecido en pocas horas gracias a un bebedizo de hierbas que había preparado Anatol Pempius, dijo, provocando alegría y los aplausos de todos. También Grimpow y Sofí celebraron sin disimulos la buena nueva, mirándose sonrientes y felices.

—Ha sido una suerte encontraros —reconoció Sofí, acercando su cara a la de Grimpow y besándolo disimuladamente en la mejilla, junto a la oreja.

El corazón de Grimpow se desbocó como un caballo encabritado. La sangre le

hirvió y sintió que le ardía el rostro. Era una sensación extraña, confusa, y desconocida para él. «Tan suave como una caricia y tan intensa como un relámpago», recordó que le había dicho su amigo novicio Pobé de Lanfort en la abadía de Bríndum, cuando una noche le hablaba del dulce sabor de los besos. Pero antes de que Grimpow pudiese decir algo, uno de los tíos de Sofí cogió un laúd y comenzó a cantar una vieja canción. Mientras, su padre y los otros improvisaron un escenario junto a la hoguera. En poco tiempo, todo estuvo preparado para que comenzara el espectáculo, como si de una representación ante la corte de un monarca se tratara. Entre bromas y risas, sentaron a Anatol Pempius en un tronco de atrezo, le colocaron una corona y lo cubrieron con el manto de un viejo rey. A un lado del trono situaron a Salietti y al otro a Weienell, sentados en dos pequeños bancos de madera. Lancre colocó a Grimpow a los pies de Anatol, vestido con un colorido traje de bufón repleto de cascabeles, que provocó las burlas divertidas de Sofí y de sus primos más pequeños. Y cuando todo estuvo listo, colocaron un gran tablón de madera frente a ellos. Sofí se situó ante él y su padre cogió unos cuchillos. Uno a uno los lanzó al tablero, hasta dibujar la silueta de Sofí ante los gritos contenidos de Weienell y la admiración de Grimpow. Todos aplaudieron entusiasmados. Los comediantes prendieron fuego a sus antorchas y comenzaron a lanzarlas al aire en una infinita sucesión de cabriolas, piruetas y malabares que iluminaban el cielo, a la vez que cambiaban de unas manos a otras como si volaran ante los ojos admirados de sus invitados. Luego, mazas de madera, saltos acrobáticos y equilibrios imposibles siguieron a las antorchas, hasta concluir en una danza de ritmos trepidantes, marcados por tambores que hacían sonar los primos de Sofí con un estruendo de guerras lejanas.

# El amuleto enterrado



Antes de marcharse, el monje inquisidor le entregó a la bruja de Montmartre unas monedas de oro y le prometió muchas más si encontraba pronto el *Lapis Philosophorum*. Búlvar de Góztell aún no estaba seguro de que la joven hechicera le hubiese dicho la verdad, a pesar de deberle la vida. Pero la mujer había mencionado que la piedra estaba en poder de un muchacho que conocía los caminos invisibles de las estrellas, y eso era algo que ella no podía conocer, a menos que realmente fuese el Diablo quien hablaba por su boca. Era posible que el Príncipe de las Tinieblas tuviera más poder del que él mismo había llegado a creer, pensó. Sin embargo, ese asunto no le preocupaba: ahora, el Diablo era su siervo más fiel.

La bruja de Montmartre esperó a que el sonido de los cascos de la cabalgadura se alejara, camino de la Torre del Temple. Luego se cubrió con un largo manto y salió de la casa. No había nadie en la callejuela ni en las cercanías de la muralla. Tampoco vio ninguna luz en las casuchas de los alrededores: todo estaba oscuro, su figura se confundía entre la intensa negrura de la noche. Aunque no había luna, ella podía ver entre las sombras con la misma nitidez que el sigiloso gato negro que le salió al encuentro y siguió sus pasos después de olfatear el aire. La bruja se agachó y lo tomó en sus brazos.

—Aún está aquí —dijo, a la vez que lo acariciaba.

Los ojos de ambos brillaban como astros diminutos en el cielo. Durante un rato caminó hacia el oeste, en dirección a la rivera del Sena. Pasó ante una iglesia, dejó atrás algunos huertos y se adentró en un pequeño cementerio, muy cerca del río. Junto a una tumba había un hueco en la muralla, oculto tras unos arbustos. Apartó las ramas y se deslizó a través de él, seguida por el gato. Era el mismo agujero por el que había salido de la ciudad la terrible noche de la caza de brujas, junto a otras jóvenes que asistían a un aquelarre en el cercano bosque de Loudon. La bruja de Montmartre no tenía miedo a los lobos ni a las alimañas, ni a los espíritus, los muertos o los fantasmas. Mucho menos temía al Diablo, al que esa misma tarde le había vendido su alma a cambio de su vida. Pero, al llegar al lugar en que se reunían las brujas de París, un temblor incontrolado se apoderó de ella al recordar los gritos de espanto de las mujeres cuando, hacía un año, fueron apresadas bajo la redonda luz de la luna llena. Después, el horror de las mazmorras, los tormentos y las llamas de las hogueras. Aún no podía comprender por qué el inquisidor la había dejado vivir, en lugar de quemarla como a las otras.

Se agachó bajo un árbol de grandes raíces y escarbó con sus manos en la tierra. Al poco, tocó una fina cadena de oro de la que colgaba un medallón con un signo labrado. Lo limpió con su manto y lo guardó en su vestido, mientras el gato negro ronroneaba junto a ella.

La bruja de Montmartre no tardó en regresar a París siguiendo el mismo sendero. Pero, cuando entro en la ciudad por el agujero disimulado entre los arbustos de la muralla, no se dirigió a la casucha que el monje inquisidor le había preparado después de liberarla de las mazmorras de la Torre del Temple; tomó la dirección contraria, recorrió un enjambre de estrechas y sucias calles, pasó la muralla interior sin que nadie se cruzara en su camino, giró a la derecha en una encrucijada de calles presidida por una gran cruz de piedra y se adentró el barrio de los pescadores, muy cerca del puerto. El gato negro ya no la seguía. No era necesario que lo hiciera. Ella lo llevaba en sus brazos, oculto bajo el manto.

Los golpes en la puerta fueron insistentes, pero no tuvieron ninguna respuesta. Hasta llegó a temer que no hubiese nadie dentro de la casa. Entonces la bruja de Montmartre sintió que el corazón se le encogía. Tal vez la persona que buscaba había muerto durante su cautiverio, pensó. Y ya se disponía a marcharse cuando una mujer vieja abrió la puerta y le preguntó quién era.

—Soy Agnes, ¿no me reconoces? —dijo la bruja de Montmartre.

Luego dejó que el gato negro saltara al suelo y abrazó a la anciana con ternura, mientras esta repetía una y otra vez el nombre de Agnes en voz baja, sin apenas fuerzas para pronunciarlo.

Aunque estaba contenta, Agnes sintió que unas lágrimas escapaban de sus ojos. Aquella vieja, casi ciega y desdentada, había cuidado de ella desde el mismo día en que nació, hacía veinte años. Se llamaba Malén y era una de las brujas de más edad de París, aunque pocos la conocían. Nunca quiso que Agnes la llamase abuela o tía. Y hasta esa misma noche, Malén jamás le había hablado de su madre.

—¡Oh, Agnes, mi querida niña, cuánto me alegro de volver a verte! Pensaba que tú también habías muerto en la hoguera, como las demás brujas de la ciudad. Fue todo tan horrible...

—Siempre me aconsejaste que no asistiera a esas reuniones en el bosque de Loudon, ¿lo recuerdas? Pero no te hice caso...

Agnes cerró la puerta de la calle, encendió una lámpara de aceite y ambas se sentaron junto a un ventanuco. La sala era pequeña, apenas suficiente para que cupieran en ella una chimenea, una mesa, un par de bancos y un jergón. El gato negro se recostó sobre el mugriento colchón y se quedó dormido.

—Todavía no puedo creer que estés viva —dijo Malén entre sollozos.

—Todo será distinto a partir de ahora. Volveré a ocuparme de ti como siempre. No te faltará nada. Tengo oro para comprar comida y leña abundante. El fuego arderá en esa chimenea vacía cuando comiencen las lluvias y el frío, puedes estar segura.

—Yo estoy bien, Agnes, no debes preocuparte por mí. Ni siquiera sé si mis

pobres huesos aguantarán hasta el próximo invierno. Pero tú puedes volver a instalarte aquí si lo deseas. Tu cama sigue estando arriba, tal como estaba antes de que te marcharas a vivir a Montmartre.

—Desde hoy tengo otra casa allí, cerca de la muralla. Pero vendré a verte todos los días.

—¿Y dónde has estado durante tanto tiempo?

—Encadenada día y noche en la Torre del Temple.

—¡Pobre niña, cuánto habrás sufrido! —murmuró la anciana.

—Prefiero no hablar de eso. Ya pasó.

—Lo comprendo, lo comprendo...

—Aún no sé por qué motivo el inquisidor me salvó de las llamas para encerrarme en una mazmorra.

—Tú no eras como las otras brujas de París. Nunca lo fuiste. Ese inquisidor debía de saberlo, aunque no te dijera nada. Tienes la verdadera cicatriz de la Estirpe en el hombro izquierdo —dijo Malén tocándole el rostro con las yemas de sus dedos, pues apenas si podía ver los rasgos de su cara.

Agnes se quitó el manto, se apartó el vestido del hombro y dejó al descubierto una pequeña cicatriz con forma de estrella, que tenía desde su nacimiento.

—¿Qué significa esta marca, Malén? ¿Por qué nunca me hablaste de ella?

—Tu madre me hizo jurar antes de morir que no lo haría hasta que tuvieras veinte años.

—Ahora ya los tengo, los cumplí el último solsticio de verano.

Agnes supo siempre que Malén no era su madre. Sin embargo, jamás le preguntó por su pasado ni por el de su familia. Sabía por instinto que esa parte de su vida debía permanecer oculta hasta que llegara la hora. Malén decidiría cuándo y cómo tenía que hablarle de lo ocurrido entonces. Todo cuanto Agnes sabía se lo había enseñado ella. Desde que era una niña, Agnes había mostrado curiosidad por las hierbas y las plantó que Malén recolectaba en los campos, y conocía hasta los más insignificantes detalles sobre cada especie, sus propiedades curativas, el modo de clasificarlas, mezclarlas y conservarlas. Algunos años después, Agnes aprendió a elaborar brebajes, ungüentos, cataplasmas, bálsamos, perfumes, infusiones, jarabes, elixires y venenos; cazaba escarabajos, murciélagos, serpientes, lagartijas, sapos y ratas; podía distinguir cualquier clase de sustancia por su olor y sabía preparar hechizos, filtros de amor o anular encantamientos. Además, tenía la fuerza necesaria para desvelar el influjo de los astros, dominaba los conjuros diabólicos, hablaba con las almas en pena y adivinaba el porvenir. Pero Agnes siempre intuyó que había algo más. Algo que solo ella podía percibir y sentir, y que nada tenía que ver con los poderes de las brujas ni de los diablos.

—Si, recuerdo muy bien la noche que naciste —dijo Malén, entornando los ojos como si buscara los recuerdos en algún lugar escondido de su memoria—. Un lacayo me vino a buscar poco después de la puesta del sol. Cuando llegué al pequeño palacio

del río, tu madre ya estaba muy débil. Había perdido mucha sangre y apenas si podía hablar. Supe enseguida que moriría durante el parto y ella lo sabía también. Al verme entrar en su alcoba ordenó a las criadas que salieran y nos dejaran solas. Cogió mi mano y me dijo que esa misma tarde le había confesado a su esposo que la hija que esperaba no era suya, aunque no habló nada sobre el verdadero padre. Solo me advirtió de que, a menos que yo me ocupara de ella, matarían a la niña, si es que nacía con vida. Esa niña fuiste tú.

Agnes escuchaba la historia sin expresar ninguna emoción. Habían pasado muchos años desde el día de su nacimiento y nunca había añorado a sus padres, quien quiera que fuesen. Hasta ese momento, para ella su única madre había sido Malén y, ahora que conocía la verdad sobre su pasado, sus sentimientos no tenían por qué ser distintos.

—¿Quién fue el esposo de mi madre?

—Un noble muy cercano al rey.

—¿Y mi madre, quién era realmente?

—Se llamaba Agnes, por eso te puse ese nombre, y era una bruja de la Estirpe, como tú lo eres ahora.

—No comprendo lo que quieres decir. ¿Qué es la Estirpe?

—Un antiguo linaje de brujas que no tiene nada que ver con las que tú has conocido hasta ahora. Ni siquiera conmigo.

—Entonces, ese linaje del que hablas tampoco tiene nada que ver conmigo. Todo lo que sé lo he aprendido de ti.

—Eso no es cierto, Agnes. Yo solo soy una pobre hechicera, una bruja decrepita que cree conocer y dominar las fuerzas oscuras de la naturaleza. Lo que has aprendido de mi es pura superchería.

—Tú has curado a mucha gente con tus pociones y nunca has hecho mal a nadie —replicó Agnes.

—En eso quizá tengas razón.

—¿Y qué me dices de nuestro amo?

—Las brujas como yo adoramos al Diablo para obtener su poder. El Diablo es temido por el pueblo y por eso nos respetan, pero tú y yo sabemos que el único poder que tenemos es el poder de la sugestión.

—No deberías hablar así. Muchas mujeres han ardidido en la hoguera por creer realmente en las mismas cosas que nosotras.

—Tú nunca has creído en las mismas cosas que yo, aunque te gustara asistir a los aquelarres de Loudon. No es necesario que finjas conmigo. Tampoco tu madre creyó nunca en mi poder, más allá del poder curativo de algunas hierbas. Sin embargo, las brujas de la Estirpe son mujeres que conocen los secretos que guardan las estrellas, por eso tú tienes una en tu hombro.

Agnes sacó el medallón que escondía en su vestido.

—¿Tiene esa estrella algo que ver con este amuleto?

—¡Aún lo conservas!

—Lo enterré bajo un árbol del bosque antes de que me apresaran. Lo he recogido esta misma noche.

—Ese medallón lo llevó tu madre mientras vivió. Me lo dio para ti la noche que naciste, y lo colgué por primera vez de tu cuello cuando dejaste de ser una niña.

—Háblame de su significado —dijo Agnes, en el instante en que el gato negro volvía a abrir los ojos.

# La luz de la piedra



Al terminar la fiesta alrededor de la hoguera, Grimpow y Sofí caminaron entre la oscuridad hasta la orilla del río, sin alejarse de las carretas. Se tumbaron sobre la hierba y contemplaron el cielo en silencio, concentrados en el titilar de las infinitas estrellas que brillaban sobre ellos.

—¿No tienes miedo cuando tu padre lanza los cuchillos junto a ti? —le preguntó Grimpow.

—Mi padre nunca fallaría. Tiene una puntería increíble. Ese es el número que la gente más aplaude.

Un cometa cruzó veloz el firmamento y se extinguió al instante.

—¿Has visto eso? —gritó Sofí. Ella había visto estrellas fugaces, pero ninguna de ese tamaño.

—¡Sí, ha sido increíble! Parecía una pequeña bola de fuego —admitió Grimpow.

—Si cierras los ojos y pides un deseo, los astros te lo concederán —dijo Sofí.

—¿De veras crees en esas cosas?

—¿Tú no?

—Los cometas no pueden influir en nuestras vidas, solo son rocas que vuelan por el cielo y que se deshacen al acercarse a la Tierra.

—¿Cómo puedes saber que es así?

—Lo aprendí de un monje muy sabio durante la pasada primavera. Fue el mismo que me enseñó a leer en latín.

Sofí se mostró entusiasmada al oír a Grimpow. Él no era como sus primos, que siempre andaban molestándola con bromas pesadas y nunca le hablaban de cosas interesantes y misteriosas.

—Yo creo que las estrellas fugaces son las almas de los niños que mueren y van al cielo. Por eso conceden deseos a quienes los ven.

—Bueno, eso es lo que dice mucha gente. Antes yo también creía en algo parecido.

—¿Y ahora no crees en esas historias?

—No, ahora creo que todo es muy distinto a como nos dicen que creamos.

—Hablas de un modo muy extraño.

Grimpow sonrió.

—Si miras fijamente aquella estrella que brilla más que las otras, allí, junto a la copa del árbol, verás que poco a poco se va alejando junto a las demás...

—¡Claro! —exclamó Sofí, como si lo que Grimpow le decía fuese algo evidente. Luego añadió—: El cielo y el Sol giran alrededor de la Tierra. Cualquiera sabe eso.

—Te equivocas, no es así como ocurre. Es exactamente lo contrario: la Tierra gira bajo el cielo y alrededor del Sol.

—¡Pero eso es imposible! Mi padre dice que la Tierra es el centro del Universo y que todo gira alrededor de ella.

Grimpow deseaba con toda el alma que Sofí comprendiera de qué le hablaba. Quería que por un momento ella experimentara la misma felicidad que él había sentido al tener por primera vez la Piedra en sus manos y entender al instante tantas cosas inexplicables. Así que abrió la bolsa que le colgaba del cuello, sacó la pequeña piedra que guardaba en ella y se la ofreció a Sofí sin pensarlo. Sabía que no debía hacerlo, que no debía mostrarle a nadie la Piedra ni hablarle de ella por los peligros que podía acarrearle a él y a sus amigos, pero Grimpow necesitaba hacerlo. Necesitaba confiar en Sofí y compartir con ella su secreto.

—¿Qué es? —preguntó Sofí, incorporándose. Cogió la piedra y la acercó a sus ojos para verla mejor en la oscuridad.

—Solo es una piedra. Si la haces girar bajo el cielo, podrás entender lo que digo.

Sofí giró la Piedra, pero no entendió lo que Grimpow trataba de explicarle. Tampoco la Piedra cambió de color, como Grimpow esperaba que ocurriera cuando ella la tocara.

—¿Puedes ver algo a través de la piedra?

—No, no veo nada que no haya visto antes.

—Está bien, déjamela a mí.

—Dame tu mano —le pidió Grimpow.

Sofí no lo dudó. Ansiaba saber qué era aquella misteriosa luz que destellaba y cambiaba de color ante sus ojos. Pero a penas hubo cogido la mano de Grimpow, una voz salió de la oscuridad y la sobresaltó.

Cuando Grimpow volvió a cogerla, la Piedra comenzó a adquirir una intensa luz azulada que se escapaba entre los dedos de su mano. Sofí lo miraba incrédula. Pensó que Grimpow y los otros debían de ser magos o alquimistas, por eso tenían poderes mágicos.

—¿Dónde os habíais metido?

Era uno de sus primos, se llamaba Ricard y era algo mayor que ella.

—¿Por qué no te ocupas de tus cosas, en lugar de andar espiando a los demás? —replicó Sofí, al tiempo que soltaba la mano de Grimpow.

—No deberías estar aquí.

—Solo estábamos mirando las estrellas.

—Tu madre ha preguntado por ti. Deberías regresar, antes de que descubra que no estabas con nosotros.

—Iré enseguida.

Grimpow deseaba que el primo de Sofí no hubiese visto la luz en su mano, pero

se equivocaba.

—¿Puedes hacer magia con esa luz? —preguntó Ricard.

—No, solo es un truco; no es más que una pequeña piedra pintada con polvo de alas de luciérnagas —dijo abriendo la mano, sin estar seguro de que el primo de Sofí le hubiese creído.

# *Las penumbras del recuerdo*



Con los ojos entornados, el gato negro ronroneaba junto a los pies de la bruja de Montmartre. Sentada junto al fuego, Agnes repasaba un viejo manuscrito que Malén había guardado para ella desde el lejano día en que murió su madre.

«En este libro encontrarás las respuestas a tus preguntas. Yo no he podido averiguar lo que dice, pero tú sabes leer y podrás entender su significado», le había dicho Malén esa misma noche, antes de despedirse de ella.

Sin embargo, Agnes no podía comprender los extraños signos con los que el viejo libro estaba escrito. En lugar de responder a sus preguntas, aquel misterioso manuscrito aumentaba sus dudas y sus miedos. Eran signos perfectamente trazados sobre las hojas de pergamino, con una delicada belleza que Agnes no había visto nunca. Malén tampoco había podido decirle nada sobre el medallón que llevaba colgado del cuello desde que era niña; solo le había dicho que las brujas de la Estirpe conocían los secretos de las estrellas y que por esa razón llevaban una marcada en su hombro desde su nacimiento. Una estrella idéntica a la que aparecía en el centro del medallón, que brillaba con una luz insólita al pasar las yemas de sus dedos sobre ella. Una estrella que, aunque Agnes no conociera su verdadero significado, le hacía vislumbrar un sinfín de imágenes lejanas y olvidadas.

Pero entre las penumbras del recuerdo, la bruja de Montmartre también vio esa noche a un muchacho que poseía una prodigiosa piedra que permitía seguir los caminos invisibles de las estrellas. Entonces supo, sin ninguna duda, que sus vidas estaban destinadas a encontrarse.

Preparó una pócima con un puñado de hierbas, algunas gotas de agua de rosas, un poco de miel, raspaduras de jengibre y tallos de hinojo.

—Esto servirá —dijo, mirando al gato negro.

Luego se bebió la poción con lentitud y cogió al gato en sus brazos.

—Pronto tendremos esa piedra en nuestro poder —anunció, acariciando el suave pelaje del animal.

La bruja de Montmartre esperó durante un rato a que su poción mágica hiciera efecto, aunque no estaba muy segura de que fuese ese brebaje ni su pacto con el Diablo lo que le permitiría encontrar la piedra. Desde que había tocado el libro que su madre le había dejado al morir, sentía la presencia de una fuerza extraña a su alrededor. Sin darse cuenta, su mente se iba alejando poco a poco de las viejas ideas sobre la brujería que había aprendido con Malén y otras mujeres del barrio de

Montmartre. Ya no era el Diablo quien ejercía su poderosa influencia sobre ella. Era algo distinto, algo misterioso que Agnes aún desconocía.

Cerró los ojos, y una parte de sí misma voló en medio de la negra oscuridad de la noche sobre las casas y las torres de París. Se alejó hacia el sur, siguiendo las llanuras que conducían a los bosques del Loira, y contempló la Tierra desde el cielo, hasta que encontró lo que buscaba. Como un espectro, alargó su mano invisible y sintió el calor de la Piedra junto a los latidos del corazón de un muchacho, que dormía inquieto junto al fuego.

# Una mano fantasmal



Las carretas de la caravana estuvieron listas para partir al amanecer. Sobre ellas, un cielo plomizo amenazaba con deshacerse en infinitas gotas de agua. La hoguera se había reducido a un montículo de cenizas y carbones aún encendidos. No hacía viento ni frío, y el incesante rumor del río se mezclaba con los agudos cánticos de los pájaros que revoloteaban en los árboles cercanos.

A pesar del agotamiento, Grimpow apenas si había pegado ojo durante la noche. Estaba acostumbrado a dormir a la intemperie, bajo las estrellas, y rara vez tardaba en conciliar el sueño. Pero, esa noche, un inquietante pensamiento lo mantuvo despierto hasta bien entrada la madrugada. Se había acostado cerca de la hoguera poco después de que el primo de Sofí lo sorprendiera junto al río con la extraña luz de la piedra en su mano. Pronto, todo quedó en silencio. Salietti y Weienell dormían a su lado, mientras que Anatol Pempius roncaba despreocupadamente a pocos pasos de ellos. Sofí y los demás se habían cobijado en sus carretas, y los perros dormitaban cerca de las ruedas, alertas a cualquier peligro que pudiese surgir de la oscuridad. Sin embargo, no había pasado mucho desde que Grimpow cayó en el sopor que precede al sueño cuando sintió que una manó fantasmal cogía la bolsa que colgaba del cuello y le arrebatava con sigilo la piedra, sin que él pudiese hacer nada por impedirlo. Aterrado, abrió los ojos de par en par y miró a un lado y a otro sin ver nada que no fueran las llamas de la hoguera danzando entre las sombras. No había nadie allí, ni los perros ladraron. Por un instante pensó que se había tratado de una pesadilla, de un mal sueño relacionado con su arrepentimiento por haber mostrado la Piedra Filosofal a Sofí. Ahora estaba seguro de que no debía haberlo hecho nunca; estaba seguro de que, sin quererlo, había desvelado el secreto y ello podía poner en peligro su vida y la de sus amigos. Algo le decía que el miedo que sentía era un miedo a algo real, y que la mano fantasmal que había notado cerca de su cuello no era la mano de Ricard, el primo de Sofí, ni la mano de ningún otro miembro de la compañía de comediantes. Era la mano helada de un ser invisible que sabía que él era el poseedor de la esencia del misterio.

Grimpow recogió sus cosas y se acercó a Weienell y a Salietti, que preparaban las monturas de sus caballos. Frente a ellos, Anatol Pempius conversaba con Goebel, el padre de Sofí, sobre el camino que seguiría la caravana hasta llegar a París.

—¡Vaya, Grimpow ha resucitado! —exclamó Salietti al verlo.

—Me he pasado toda la noche en vela —dijo Grimpow, restregándose los ojos.

Weienell ajustó los estribos de su cabalgadura y sonrió.

—¿Ha sido esa joven la causa de tus desvelos?

—¿Por qué dices eso? Apenas si la conozco —murmuró Grimpow, sonrojándose.

—Pues yo diría que le caes muy bien. No deja de mirarte —continuó Weienell.

Muy cerca, Sofí ayudaba a su madre a guardar algunos trastos en la carreta. Su mirada se cruzó con la de Grimpow.

—Iré a despedirme de ella y de sus primos.

—No será necesario que lo hagas —le anunció Salietti.

—Están a punto de marcharse, tal vez no vuelva a verlos.

—No van a marcharse sin ti.

—¿Sin mí? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, aún no lo sabes, pero Anatol cree que debemos separarnos antes de entrar en París —aclaró Weienell.

A Grimpow no le importaba lo que Anatol creyera sobre ese punto. La última vez que se había separado de alguien a quien quería, creyendo que sería por poco tiempo, había sido para siempre. No estaba dispuesto a que algo así volviera a ocurrir.

—Yo voy con vosotros, no con ellos.

—Solo nos separaremos durante un día —intentó tranquilizarlo Weienell.

Salietti se acercó a Grimpow y apoyó las manos sobre sus hombros.

—Sí, es lo más seguro para ti y para nosotros. Si vamos juntos, en París llamaríamos la atención de los soldados que vigilan las puertas de las murallas. Después de lo ocurrido en Chartres, nos estarán buscando por todo el Loira.

—¡Pero yo no quiero separarme de vosotros! —protestó Grimpow—. Quedamos en que iríamos juntos a París.

—Y nos veremos allí de nuevo, Grimpow. Pero es más prudente que entremos en París separados. Solo será un día, mañana estaremos juntos otra vez —explicó Salietti.

Grimpow pensó un instante. No quería mostrarse asustado.

—¿Seguro que solo nos separaremos un día? —preguntó resignado.

—Puedo jurarlo ante mi espada, si lo deseas.

—De momento no tienes que preocuparte aún continuaremos juntos hasta las cercanías de París —añadió Weienell para animarlo.

Grimpow se sintió desolado. Volvió a mirar a Sofí, y su hermosa sonrisa le hizo olvidar sus temores.

## *La decisión del consejero*



Búlvar de Góztell entró sin llamar en el gabinete del consejero del rey. Era temprano y una lluvia fina caía sobre París.

—Necesito que pongáis a mi disposición un grupo de soldados.

Nogaret no levantó la cabeza de los pergaminos que firmaba sobre su escritorio.

—Deberíais llamar a la puerta antes de entrar en una estancia real sin haber anunciado vuestra visita —dijo con ironía.

—No hay tiempo que perder. Sé dónde pueden estar los poseedores de la Esencia del Misterio. Esta vez no escaparán.

—Llegáis tarde. Mis mejores soldados ya han partido en su busca.

El inquisidor sintió un estruendo en la cabeza, como si lo hubiese fulminado un trueno.

—¿Ya han partido? ¿Qué queréis decir? —gritó.

—Calmaos, hermano Búlvar. Una patrulla bajo el mando de nuestro mejor capitán salió al amanecer hacia Chartres.

—¿Cómo... cómo habéis sabido que es allí donde se encuentran?

Nogaret soltó la pluma junto al tintero y alzó la mirada.

—Ayer por la mañana hubo un alternado ante la catedral con un viejo chiflado; los proscritos de la Piedra salieron en su ayuda. Un muchacho iba con ellos. Huyeron hacia el sur, según me informó anoche un emisario. Pronto, esos malditos rebeldes estarán encerrados en la Torre del Temple.

—Sabéis muy bien que fue a mí a quien el propio rey encargó que encontrara la Piedra de la Inmortalidad. Vos mismo oísteis su advertencia si fracasaba de nuevo.

Nogaret contuvo una sonrisa.

—Ahora no tendréis que temer por vuestra cabeza. Precisamente, acabo de firmar un decreto real por el que se os ordena abandonar vuestra misión y regresar a vuestro cargo como inquisidor de Lyon. Leedlo vos mismo si os place. Iba a enviároslo con un mensajero a la Torre del Temple, pero ya que estáis aquí no será necesario —dijo.

Búlvar de Góztell se acercó al consejero y le arrebató de las manos el pergamino que le ofrecía.

—¿Está el rey informado de vuestra decisión?

—Id a preguntarle vos mismo, si dudáis de mi palabra.

—Espero que sepáis lo que hacéis, Nogaret. Esos proscritos son más astutos de lo que pensáis.

—Dejad los asuntos de Estado de mi cuenta y ocupaos de buscar herejes y brujas para quemarlos en la hoguera, hermano Búlvar. Toda Francia está infestada de ellos.

El inquisidor prefirió mostrarse sumiso. El consejero del rey no debía sospechar que su intención era exactamente esa: buscar a la bruja de Montmartre, pero no para quemarla en la hoguera. Ya la había salvado una vez del suplicio de las llamas y no lo lamentaba. La joven bruja de Montmartre era una bruja distinta a todas las que él había conocido y condenado. Lo supo desde que vio la marca de una estrella en su hombro cuando, hacía un año, iba a ser torturada en las mazmorras de la Torre del Temple. Por ese motivo la dejó con vida. Había oído hablar de las brujas de la Estirpe y de su inmenso poder para ver lo invisible, pues descendían de una antigua raza de mujeres, creada por el mismísimo Diablo en las cavernas del Infierno.

# La guadaña de la muerte



Cuando la caravana se puso en marcha, Anatol Pempius avanzó con su caballo hasta alcanzar a Grimpow, que cabalgaban en silencio delante de la primera carroza, junto a Weienell y a Salietti.

—¿No crees que deberías contarnos lo que ocurrió anoche junto al río? —le preguntó, mirándolo a los ojos.

Grimpow sintió que algo tan afilado como un cuchillo le clavaba en el estómago. Estaba claro que Ricard no se había creído la historia de la piedra pintada con polvos de alas de luciérnagas y se había ido de la lengua.

—Fue una estupidez, lo siento —se lamentó Grimpow, cabizbajo.

Weienell y Salietti se miraron sin comprender.

—¿Qué ocurre? —preguntó Weienell, acortando el paso de su caballo con un leve tirón de las riendas.

—Anoche le dejé la Piedra a Sofí mientras mirábamos estrellas; quería comprobar si ella podía ver las mismas cosas que yo al tocarla, y si se iluminaba en sus manos.

Salietti se sobresaltó.

—¡Nadie debe saber que posees esa Piedra, Grimpow, lo sabes de sobra! Ahora toda la caravana conoce el secreto que guardamos —le amonestó, entre el nudo de las ruedas de los carros.

—¡Sofí no ha dicho nada! —exclamó Grimpow—. Ha sido su primo Ricard, que apareció por sorpresa junto al río. Ese chivato vio la luz de la Piedra cuando la tenía en mis manos y no ha podido cerrar el pico...

—Ese muchacho no es el responsable de tus actos, Grimpow: Él se ha limitado a contar a su padre y a sus tíos lo que vio. Solo les contó que tú eras capaz de crear una intensa luz con una piedra mágica —dijo Anatol.

—Le dije a Ricard que era una simple piedra pintada con polvos de alas de luciérnaga, eso fue todo —aceptó Grimpow.

Anatol Pempius se atusó la barba, pensativo. Luego continuó:

—Goebel, el jefe de la caravana, me ha pedido que le muestre cómo haces para conseguir esa luz. Cree que puede ser un truco interesante para sus espectáculos.

Salietti miró con disimulo hacia atrás. Aunque no desconfiaba de los comediantes, la idea de enseñarles el mítico *Lapis Philosophorum* no le convencía.

—¿Estás pensando en mostrarles la piedra? —preguntó.

No. Le he dicho a Goebel que se trata de un sencillo truco que solo es visible con

plena oscuridad, y para el que hace falta untar la piedra con una sustancia alquímica de la que no dispongo en mi alforja, pero que he prometido regalarle cuando volvamos a vernos en París.

—¿Crees que sospecha algo? —Quiso Saber Weienell.

—Juraría que Goebel se ha quedado muy satisfecho con mis explicaciones —dijo Anatol.

—¡Yo no estaría tan seguro! —afirmó con rotundidad Salietti.

—¿Dudas de esta pobre gente?

—No es eso, Anatol, pero lo ocurrido cambia las cosas. Teniendo la Piedra en su poder, Grimpow no puede quedarse solo con los comediantes hasta entrar en París. No me perdonaría nunca si le ocurriese algo.

—Yo opino como Salietti. Ahora que los comediantes saben lo de la Piedra, todo es distinto. Habrá que pensar en otro modo de entrar en París.

Grimpow permanecía en silencio, mirando el horizonte gris de la lejanía. Bastante revuelo había provocado, para opinar sobre lo que había o no que hacer al respecto; pero la posibilidad de que no se quedara solo con los comediantes, como estaba previsto, le hizo pensar que tal vez no se había equivocado al coger la Piedra ante Sofí. Aunque, si algo lamentaba era no poder seguir junto a ella. Encontrar a Sofí era lo mejor que le había ocurrido desde hacía mucho. Grimpow confiaba en volver a verla en París.

Algo, sin embargo, llamó su atención a lo lejos. Era un pequeño grupo de jinetes que galopaban veloces hacia la caravana. El cielo se había ensombrecido, cubriendo la llanura con un manto sombrío que presagiaba tormenta.

—¡Mirad allí, hacia el norte!

Todos dirigieron las miradas al horizonte, alarmados por el grito de Grimpow. Goebel se puso en pie sobre el pescante del carro. Anatol Pempius le había advertido de la posible presencia de soldados del rey en el camino, y del peligro que supondría para sus familias si descubrían que estaban protegiendo a unos proscritos, pero Goebel le había ofrecido su ayuda sin reservas, agradecido por haber curado a la mujer de su hermano Lancré de la enfermedad que padecía.

—¡Ocultaos en los carros, vamos! —gritó a los chicos que caminaban junto a las carretas.

Salietti hizo girar a su caballo hasta situarlo junto al jefe de la caravana.

—¿Crees que pueden ser bandidos?

—Si mis ojos no me engañan, son soldados del rey —dijo Anatol—. También vosotros deberíais ocultaros.

—No hay tiempo para que podamos escondernos ni para huir, y tal vez no sea a nosotros a quienes buscan. Si preguntan algo, diremos que somos peregrinos del norte que regresamos del Camino de Compostela y que acabamos de uniros a vuestra caravana.

—Veamos entonces qué es lo que quieren —dijo Goebel.

—De acuerdo, pero si es necesario lucharemos por nuestra vida.

—También la nuestra está en juego.

—Vosotros no tenéis que meteros en esto.

En ese instante, llegaron Weienell y Anatol Pempius.

—¡Grimpow debe esconderse junto con los otros chicos! —apremió Weienell.

Salietti llamó a Grimpow, lo hizo desmontar de su caballo Astro y le ordenó que subiera a la carreta de Goebel.

—¡Yo puedo luchar con mi arco! —se quejó Grimpow.

—Haz lo que te digo, y defiende tu vida y la de esa chica si ves que somos derrotados en esta batalla —le pidió Salietti, al ver el rostro asustado de Sofí tras el cuerpo de su padre.

Poco a poco, el galope de los caballos se oía más cercano, Incluso eran visibles el estandarte y los brillantes yelmos de los soldados.

—¿Cuántos crees que son? —preguntó Anatol a Salietti.

—Apenas una docena.

—Si quieren pelear, pelearemos. No os dejaremos solos en esta disputa desigual. Al menos así seremos seis contra doce —dijo Goebel, cogiendo su espada y haciendo con ella una señal a sus hermanos.

—Si lucháis de nuestro lado, pondréis en peligro la vida de vuestros hijos —le advirtió Weienell.

—Me temo que ya es demasiado tarde para burlar nuestro destino —respondió Goebel, aferrando con fuerza su espada.

—Quizá aún estéis a tiempo de salvaros si nos delatáis ante los soldados —insistió Salietti.

—No estoy seguro de que esos soldados respeten nuestra vida, si como decís os buscan por herejes.

Goebel sabía de lo que hablaba. En su largo viaje por tierras del sur de Francia, él y los suyos habían visto inmensas piras de leña en las que ardían familias completas, acusadas de cobijar a los herejes cátaros del Languedoc que huían o se ocultaban de la Inquisición. No confiaba en que fuese distinto en esa ocasión.

Siguieron avanzando hasta que los soldados del rey les cortaron el paso, colocándose alrededor de la caravana.

—¡Deteneos en nombre del rey de Francia! —gritó el capitán.

Rodeados por los soldados del rey, todos permanecieron en silencio y con las manos bien aferradas a sus armas. Salietti encabezaba la caravana sobre su caballo, junto al carro de Goebel, mientras que Weienell y Anatol Pempius se habían situado en la retaguardia. Escondidos en el carro, tras el cuerpo de Goebel, Grimpow y Sofí miraban temerosos al capitán de los soldados.

—¿Quién de vosotros es él jefe de la caravana? —gritó el capitán.

Goebel se puso en pie sobre el pescante del carro.

—¡Yo soy! ¡Mi nombre es Goebel Lascour!

—¿Hacia dónde os dirigís?

—¡Somos una compañía de comediantes que regresamos a París tras duros meses de trabajo por el sur!

—¡Mostradme vuestro salvoconducto real!

La gruesa mano de Goebel hurgó en una alforja y sacó de ella un añejo documento firmado por el propio rey, que lo autorizaba a realizar espectáculos con su *troupe* de saltimbanquis en todas las ciudades y castillos de Francia.

—¡Aquí lo tenéis! ¡Podéis comprobar vos mismo que somos gente honrada, que siempre ha pagado sus tributos al reino! —dijo, saltando del carro y acercándose al capitán sin dejar de aferrar su espada.

—Y vos, ¿también sois comediante? —preguntó el capitán señalando a Salietti.

—No. Como podéis ver, soy un caballero italiano que ha peregrinado a Compostela y arde en deseos de regresar a sus tierras sin tardanza. He dado alcance a esta caravana y me he unido a ellos para evitar los asaltos de los bandidos. He oído decir que son muy frecuentes en estas comarcas.

En ese instante, uno de los soldados se acercó con su caballo al capitán y le dijo algo al oído, que nadie más oyó. Era uno de los soldados que habían intentado prender a Anatol Pempius ante la catedral de Chartres. Luego, el capitán cogió el salvoconducto y lo hizo pedazos ante la mirada incrédula de Goebel.

—¿Ocurre algo, señor? No hemos hecho nada que pueda haberos ofendido a vos ni a nuestro rey —dijo Goebel.

El capitán de los soldados desenfundó su espada.

—¡Dar cobijo a herejes y proscritos está castigado con la horca! ¡Bajad de los carros y entregad vuestras armas! ¡Si os resistís, también vuestras mujeres y vuestros hijos serán ajusticiados!

—Entonces nos obligáis a defender sus vidas con las nuestras.

Y al decir esto, Goebel lanzó un golpe con su espada al capitán, que este esquivó con destreza al tiempo que gritaba a sus soldados:

—¡Atacad!

A la orden de su capitán, los soldados del rey se abalanzaron sobre la caravana como una jauría de alimañas. Los tres hermanos de Goebel saltaron de los carros con sus lanzas en ristre y no tardaron en derribar a los atacantes más cercanos, hiriéndolos de muerte. Luego cogieron las espadas de los muertos y se enfrentaron a los otros con los dientes apretados y una ferocidad inusitada. Incluso Weienell, protegida por el largo báculo de Anatol Pempius, había enarbolado al aire la espada que recogió del suelo en Chartres, y peleaba con destreza junto a la última carroza, recordando las enseñanzas de un noble y viejo amigo de su padre. Salietti luchaba contra tres soldados a la vez, manejando con agilidad las riendas de su caballo y lanzando mandobles con su espada, que a duras penas eran repelidos por sus enemigos, mientras Goebel se batía a su lado contra el capitán, incapaz de responder a las continuas y virulentas acometidas del jefe de los soldados. También Grimpow

apuntaba con su arco a un lado y a otro entre los alaridos y el fragor de la batalla, sin atreverse a disparar sus flechas por temor a errar en el blanco y herir a alguno de los suyos. Hasta que el capitán de los soldados derribó a Goebel y se dispuso a clavar su espada con ambas manos en el pecho indefenso del comediante. Sofí lanzó un grito desesperado al ver el horrible final de su padre, pero Grimpow disparó su arco sin dudar un instante, y una flecha cruzó veloz el aire, segando la vida del capitán como si fuese la afilada guadaña de la Muerte.

# *El comienzo del fin*



Para la bruja de Montmartre, cruzar las puertas de la siniestra Torre del Temple fue como volver a entrar en una horrible pesadilla, de la que creía haber despertado hacía mucho tiempo. Ni siquiera pudo evitar que la piel se le erizara de miedo, incluso después de haber sido recibida por la guardia de la fortaleza como una gran dama de la corte, merecedora de todos los honores. Había transcurrido un solo día desde que abandonara aquel lugar de tormentos y muerte, pero la bruja de Montmartre no olvidaría nunca que bajo aquella gigantesca mole de piedra se ocultaban las mazmorras más inhumanas y sangrientas de toda Francia. Ella misma había conocido el horror de la oscuridad, el frío, la locura y el hambre, durante el año que había pasado encadenada en sus calabozos, temiendo a cada instante ser torturada o quemada en la hoguera como lo fueron las otras brujas de Montmartre. Aún no podía comprender por qué el inquisidor Búlvar de Góztell la había salvado de los verdugos y de las llamas, la misma noche en que frieron apresadas en el bosque de Loudon, a las afueras de París. Solo recordaba que aquella lejana noche de sortilegios y danzas fue brutalmente apresada, subida junto a otras mujeres a una carreta con barrotes de madera, y paseada por las calles de la ciudad como un animal enjaulado al que la muchedumbre enloquecida gritaba y lanzaba piedras, agitando al aire el fuego de sus antorchas como muestra palpable del terrible castigo que le aguardaba. Luego siguió la lúgubre oscuridad de la celda y los aullidos de dolor y espanto de las brujas que eran interrogadas bajo los hierros de los verdugos.

Mientras recorría el patio de la fortaleza que durante casi dos siglos había sido el símbolo del inmenso poder de los caballeros de la Orden del Temple, Agnes volvió a revivir su encuentro con el inquisidor Búlvar de Góztell, aquella noche de plenilunio. Acababa de ser sentada en el potro de tortura cuando un verdugo le rasgó el vestido, dejando desnudos sus hombros. Todo su cuerpo temblaba bajo la agitación del terror que le produjo ver unas tenazas al rojo vivo acercándose a su rostro. Entonces la mano del inquisidor detuvo el brazo del verdugo.

—¡Espera! —gritó.

El inquisidor se acercó a ella y observó la marca de una pequeña estrella que había quedado a la vista en su hombro izquierdo. Luego, solo añadió:

—¡Devolvedla a la celda!

Un año después, la joven bruja de Montmartre iba a ser recibida por el inquisidor Búlvar de Góztell en sus aposentos de la Torre, como si aquel horror nunca hubiese

ocurrido. La había mandado llamar esa misma mañana, después de su conversación con el consejero del rey, y ella había obedecido con rapidez, como un siervo fiel que acude presto a la llamada de su amo.

Búlvar de Góztell estaba sentado tras el escritorio de un austero gabinete. Sobre la mesa, presidida por un crucifijo de alabastro, había algunas plumas y tinteros, una Biblia y algunos pergaminos que, una vez firmados, decidirían sobre la vida y la muerte de los herejes encarcelados en la Torre. La luz entraba débilmente por unos huecos estrechos y alargados abiertos en el muro de piedra, y la puerta de la estancia estaba abierta. El guardián acompañó a la bella mujer hasta la entrada y se marchó.

—¡Pasa, pasa sin miedo! —dijo el inquisidor con amabilidad al ver a la bruja de Montmartre frente a él.

La joven retiró la capucha que le cubría la cabeza y cruzó el umbral, sintiendo de nuevo que toda la piel de su cuerpo se le erizaba. Luego se mantuvo de pie, en silencio, esperando que fuese el inquisidor quien hablara. Algo había cambiado en la actitud del monje respecto a su encuentro anterior.

—¿Aún no me has dicho cómo te llamas? —preguntó Búlvar de Góztell, dejando sobre el escritorio la pluma que tenía en su mano.

—Mi nombre es Agnes, Agnes Lebuy.

—Bien, Agnes, siéntate en ese sillón, frente a mi.

Agnes obedeció sin dejar de mirar al inquisidor a los ojos. No quería que su nerviosismo fuese percibido por aquel hombre de cabeza tonsurada, cuyo rostro parecía curtido en mil batallas.

—Si te he mandado llamar con urgencia ha sido porque necesito que vuelvas a ayudarme en un asunto trascendental para mí y para el rey de Francia.

—Ya sabéis que podéis disponer de mí como os plazca.

—Lo sé, lo sé. Y te confieso que estoy profundamente impresionado por tus... cómo decirlo... —Se interrumpió durante un instante y prosiguió—: ¿poderes diabólicos? ¿Es así como debo llamarlos?

—Solo son mágicas capacidades intuitivas o adivinatorias, señor, adquiridas a través de mi pacto con el Diablo, como vos me pedisteis que hiciera. Espero que mi visión de anoche no haya defraudado vuestras expectativas.

—En absoluto, he podido comprobar por mí mismo que acertaste en tus augurios al situar a los proscritos en la catedral de Chartres. Pero me temo que un traidor se nos ha adelantado en nuestro deseo de encontrar la Piedra Filosofal.

—¿Un traidor?

—Sí, un hombre rastrero y perverso llamado Nogaret.

—¿Habláis del consejero del rey?

—En efecto. Aunque sé de muy buena fuente que, desde hace mucho tiempo, ese malnacido está preparando una conspiración para entregar la corona a los eternos enemigos de Francia.

—¿Os referís a los ingleses?

—A quién si no. Nogaret solo espera tener esa mágica piedra en su poder para dar su zarpazo definitivo y acabar con la corte y los barones más fieles del monarca —mintió—. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Que a vos os corresponde evitar que algo así ocurra, supongo —respondió Agnes.

El inquisidor miró a la bruja de Montmartre intentando intuir sus pensamientos, pero él carecía de la capacidad profética de la joven.

—Y supones bien. El propio rey me encargó esa misión en secreto, que deberá llevarse a cabo con la mayor discreción y eficacia.

—¿Puedo preguntaros cómo puede seros útil una pobre bruja como yo en un asunto tan delicado? —se atrevió a inquirir Agnes.

—Tú serás quien lleve a cabo mis planes.

—¿Qué deberé hacer?

—¡Matar a Nogaret! —dijo el inquisidor sin parpadear.

La bruja de Montmartre se sobresaltó.

—Nunca he matado a nadie, mi señor. No sabría cómo hacerlo.

—Las brujas sabéis preparar sutiles venenos, ¿no es cierto?

Agnes meditó durante un instante, antes de responder. Jamás había pensado que sería capaz de asesinar a un hombre, y menos aún al consejero del rey de Francia, a quien ni siquiera conocía. Tampoco tenía motivos para cometer ese crimen atroz. Pero sabía de sobra que no podía negarse a cumplir los deseos del inquisidor, a menos que quisiera regresar a las siniestras mazmorras que tenía bajo sus pies, y pasar allí el resto de su vida.

—Necesitaré algunas sustancias especiales para que el veneno no deje ningún rastro en el cadáver —dijo Agnes decidida.

—Tendrás todo lo que puedas necesitar y más aún de lo que nunca puedas haber soñado. Además, he preparado para ti una nueva casa junto al río, muy cerca de las nobles mansiones de París. Espero que te satisfaga cuando la veas. Podrás instalarte allí hoy mismo, si lo deseas.

La bruja de Montmartre no podía creer lo que oía en boca del inquisidor. Ella, una huérfana desdichada que había pasado su vida entre las miserias de la pobreza, rodeada de supersticiones y de falsos embrujos, hechizos y ritos diabólicos que la habían conducido a las más crueles mazmorras de la Inquisición, y casi a ser quemada viva en una hoguera, se estaba convirtiendo como por encantamiento en una dama tan respetada como lo fue su madre, según la vieja Malén le había contado.

—Y, ahora, dime —prosiguió Búlvar de Góztell, sacándola de sus pensamientos—. ¿Puedes ver aún al muchacho que tiene en su poder la Piedra Filosofal?

Agnes cerró los ojos y aferró bajo la capa el medallón que le colgaba del cuello, de manera que no pudiese verlo el monje.

—La vida de ese joven está rodeada de muerte. Veo soldados y hombres que luchan muy cerca de él, en una sangrienta batalla —dijo sin dudar.

# *La tragedia de los comediantes*



Un silencio sobrecogedor envolvió las carretas de la caravana. Los cuerpos sin vida de los soldados del rey yacían alrededor como espantapájaros ensangrentados que hubiese arrastrado el viento. Ni uno solo había quedado con vida. Habría sido demasiado peligroso que alguno de ellos hubiera logrado escapar para avisar al consejero del rey de la masacre.

Grimpow saltó del pescante sosteniendo el arco en su mano. Con los ojos entornados por el horror evitó mirar el cadáver del capitán. Aún no había cumplido quince años y ya había matado a un hombre. La sensación que lo invadió fue una mezcla de tristeza y de rabia. Él no había querido hacerlo, pero si no hubiera disparado su arco sería el padre de Sofí quien estaría muerto. No había otra alternativa.

—A veces es necesario matar para sobrevivir —le dijo Goebel, después de darle las gracias por haberle salvado la vida.

También Sofí se acercó llorando a Grimpow y lo abrazó.

Poco a poco, las mujeres y los hijos de los comediantes fueron saliendo de las carretas. Saliatti recorrió la caravana sobre caballo preguntando a todos si estaban bien. Fue entonces cuando vio que Anatol Pempius estaba reclinado junto al cuerpo de Weienell, sosteniendo la cabeza de la joven entre sus manos. El corazón de Saliatti estalló con el palpito de un mal presagio. De un salto bajó de su caballo y corrió hasta ellos. Weienell tenía los ojos cerrados y un hilo de sangre en los labios.

—¿Está malherida? —preguntó asustado, colocando la mano sobre la frente de su amada.

—No te preocupes por ella, Weienell se encuentra perfectamente. Solo ha sufrido un desmayo después de haber peleado con dureza contra los soldados.

Saliatti respiró aliviado y sonrió. Ni siquiera sabía que Weienell manejaba la espada con la destreza de un caballero. Pero su alegría se desvaneció cuando oyó los gritos de una mujer junto a la última carreta de la caravana. Alarmado, alzó los ojos y la vio llorando desconsoladamente junto a su esposo. Era Baunach, uno de los hermanos de Goebel, que había muerto en la batalla.

Todos corrieron hacia ella al oír los gritos de la mujer. También Grimpow y Sofí, que vieron con lágrimas en los ojos cómo Ricard se abrazaba al cuerpo sin vida de su padre. El muchacho contuvo el llanto, alzó la mirada buscando el rostro de Grimpow y, con los ojos llenos de odio y rabia, gritó:

—¡Vosotros lo habéis matado! ¡Malditos herejes! ¡Malditos...!

Goebel se acercó a Ricard, lo apartó del lugar y lo abrazó con ternura. Luego, todos ayudaron a cavar una gran tumba, en la que fueron enterrados los soldados muertos, y otra más pequeña, que sería la última morada de Baunach.

—La tragedia forma parte de la vida de los comediantes —dijo Goebel, emocionado, después de colocar una cruz sobre la tumba de su hermano.

Grimpow sabía que había llegado el momento de despedirse de Sofí. La esposa de Baunach se retiró con su hijo Ricard a la carreta, acompañada también por las otras mujeres de la caravana, pero antes le había pedido a Goebel que los herejes que trajeron la desgracia a sus familias se marcharan de allí. Nadie quería volver a verlos de nuevo.

—¿De verdad sois herejes? —preguntó Sofí a Grimpow, mientras su padre se despedía de Anatol Pempius, de Saliatti y de Weienell, que había recuperado el conocimiento al poco de caer desmayada.

—No sé muy bien lo que significa esa palabra, Sofí. Aunque supongo que la Inquisición nos persigue porque nuestras creencias son distintas a las suyas. Para mí, el gran misterio del Universo somos nosotros mismos, y eso es lo único que deseo llegar a comprender algún día.

—¿Por eso llevas esa misteriosa piedra?

—Me habría gustado poder hablarte de ella...

Sofí colocó su dedo índice sobre los labios de Grimpow.

—¡Chissssst! No tienes que contarme tus secretos.

—Es una larga historia...

—Siento mucho que tengáis que marcharos así —dijo Sofí, con una sonrisa triste.

—Yo también.

—Búscame cuando llegues a París.

—Sí, lo haré... te lo prometo.

La voz de Goebel llamando a Sofí los interrumpió. No había tiempo para decir nada más. Pero Grimpow y Sofí desearon con toda su alma que el destino volviese a unir sus vidas de nuevo.

## *La marca de la Estirpe*



El inquisidor se frotó las manos, impresionado por lo que bruja de Montmartre le decía. Sin duda era prodigioso que la mujer que tenía frente a él pudiese vaticinar con tanta precisión lo que ocurría con la misteriosa Piedra Filosofal. Ella no podía saber que unos soldados del rey, enviados por el consejero Nogaret, habían partido de París la pasada noche para buscar por los alrededores de Chartres a los herejes huidos. Nadie salvo él mismo tenía noticias de ello.

Así que no había engaño alguno en las palabras de la joven bruja. El Diablo habitaba realmente en sus entrañas, pensó.

—¿Se han apoderado de la Piedra los soldados? —quiso saber.

—No, los soldados del rey han sido derrotados. Veo a la calavera de la muerte sonreír, satisfecha de su triunfo. Pero el muchacho ya no está en peligro. Él y los suyos cabalgan de nuevo hacia el norte.

—¿El norte? ¿Sabes hacia dónde se dirigen exactamente?

—Es pronto para saberlo, mi señor. Pero no os impacientéis. No ha de pasar mucho tiempo antes de que la Piedra que buscáis esté en vuestras manos. El Diablo se encargará de traerla hasta vos, sin que tengáis que mover un solo dedo para conseguirla.

—Entonces, aguardemos a que llegue ese momento de dicha —concluyó el inquisidor, satisfecho.

Bajo el hábito negro, su aspecto de curtido guerrero se diluía hasta provocar una extraña emoción, que poco a poco se transformaba en terror. Pero Agnes se sintió mucho más confiada. Era obvio que la actitud del despiadado Búlvar de Góztell hacia ella se había dulcificado, y hasta parecía un hombre amable. Tal vez había llegado el momento de hacerle la pregunta que había rondado su mente desde la noche que fue encerrada en las mazmorras de la Torre del Temple, pensó Agnes para sí. Así que carraspeó y dijo:

—¿Puedo haceros una pregunta, mi señor?

—Adelante, hazla. ¿De qué se trata?

La bruja de Montmartre dudó, a pesar de la invitación del monje. Luego, se armó de valor y preguntó:

—¿Por qué me salvasteis aquella noche del tormento de los verdugos y de las llamas de la hoguera?

El inquisidor la miró con frialdad.

—¿No lo sabes?

—Cómo podría saberlo. Mis poderes de adivinación no alcanzan el interior de vuestros pensamientos —dijo Agnes, esbozando por primera vez una sonrisa.

—Tienes la marca de la Estirpe en tu hombro.

—Nadie me ha hablado nunca de esa marca.

—¿Nadie?

—No... —mintió Agnes sin titubear. Malén solo le había dicho que esa era la marca de las brujas de la Estirpe, pero no le habló de su significado.

—¿Y tu madre? ¿Tampoco ella te dijo nunca nada sobre esa estrella?

—Mi madre murió el mismo día que me trajo al mundo. Ella estaba casada con un noble de la corte del rey, pero me crio una mujer, una bruja de París que la ayudó en el parto. Solo se que me habrían matado aquella misma noche si esa bruja no se hubiese ocupado de mí. Ella me enseñó todo lo que sé. Por desgracia, también murió hace tiempo —volvió a mentir. No quería involucrar a Malén en ese asunto—. Y a mi verdadero padre nunca le conocí —añadió.

—Parece que el Diablo ha cuidado de ti desde que naciste. Él te salvó la vida entonces y volvió a salvarte la noche del aquelarre en el bosque de Loudon.

—No os entiendo. ¿Qué queréis decir?

—Que el Diablo no solo es tu amo, también es tu verdadero padre. Él te engendró y por eso le perteneces. Eso al menos cuenta la leyenda.

Agnes sintió que una náusea se removía en sus adentros como si realmente el Diablo se agitara en sus entrañas. Pero algo en su interior también le decía que lo que escuchaba no podía ser cierto. El Diablo no existía, solo era una invención humana para representar el Mal que dominaba el mundo. Ella nunca creyó en los diablos ni en los dioses, y si fingía ser una bruja era porque así lo había aprendido de Malén desde que era niña.

—Nunca he oído hablar de esa leyenda —dijo.

El inquisidor se puso en pie y se acercó a uno de los huecos abiertos en el muro de piedra. Desde allí podía contemplar toda la ciudad de París, atrapada entre las murallas. Multitud de torres puntiagudas se elevaban al cielo borrascoso, y, a lo lejos, hacia el oeste, las robustas y redondas almenas del castillo del Louvre contrastaban con la sutil belleza de la catedral de Nôtre Dame.

—Nadie sabe cuál fue el principio de la leyenda ni dónde surgió. Ni siquiera yo mismo estoy seguro de que haya algo de verdad en ella —reconoció el monje, sin apartar la vista de la lluvia que embarraba las calles de París—. Desde hace años, he interrogado a muchas mujeres acusadas de brujería sobre esa antigua leyenda, pero ninguna supo decirme algo que no fuesen palabrerías de su propia invención, para evitar ser torturadas por el verdugo. Solo en una ocasión, una anciana a la que habían acusado de provocar con sus maleficios la muerte de un hombre en su aldea, se atrevió a hablarme de la leyenda. Me dijo que ella y las demás brujas que habían conocido a lo largo de su vida no eran más que unas pobres esclavas a las que el

Diablo les había regalado los dones de la curación, los hechizos, y los sortilegios, a cambio de celebrar en su honor los aquelarres de las noches de plenilunio. Pero había otras brujas, las llamadas de la Estirpe, que eran hijas del propio Satanás y tan poderosas como él mismo, pues podían ver lo invisible o hacer los más increíbles prodigios con su sola voluntad. También me aseguró que esas brujas dominaban las artes de la magia, de la alquimia y de la astronomía, porque habían llegado a la Tierra desde el cielo, en los oscuros días del origen del mundo. Por esa razón levaban una cicatriz en su hombro izquierdo con la forma de una pequeña estrella, como marca indeleble de su origen diabólico. Eran brujas que rara vez se dejaban ver y de las que nadie conocía dónde vivían ni con quién. Tampoco eran pobres ni viejas; hermosas y afortunadas, a las que siempre sonreían los caballeros, ajenos al embrujo de su malvada y seductora mirada. Incluso me aseguró que las brujas de la Estirpe eran las únicas capaces de volar realmente durante la noche a cualquier lugar que desearan; no con escobas de patraña, sino con sus impenetrables pupilas de gatos negros y sus cuerpos, tan invisibles como fantasmas. Por último, me dijo que si alguien daba muerte a una bruja de la Estirpe, el mismísimo Diablo devoraría sin piedad al asesino...

—¿Y vos creísteis esas historias? —se atrevió a preguntar Agnes.

—Pensé que tal vez hubiese algo de verdad en ellas. Por eso tú aún estás viva.

Búlvar de Góztell se giró y, sin pestañear, clavó sus brillantes ojos en los de la joven. Agnes se preguntó cuánta crueldad sería capaz de ocultar aquel rostro marcado por una larga cicatriz; cuántos crímenes habrían cometido aquellas manos blancas y pulcras; cuántas agonías interminables habrían presenciado aquellos ojos que en ese instante la miraban fijamente, con la complacencia de un amigo entrañable.

## *Camino de París*



La muerte de Baunach y el odio que había visto destellar en los ojos de su hijo Ricard mantenían sobrecogido a Grimpow, incluso algunas horas después de que él y sus amigos abandonaran la caravana. Si no se hubiesen unido a los comediantes la tarde anterior, el padre de Ricard no habría muerto. Tampoco habría conocido a Sofí, ni le habría mostrado la piedra, ni los habrían emboscado los soldados del rey, ni Ricard lo odiaría, ni él habría matado a un hombre para salvar la vida de Goebel, pensó Grimpow, mientras cabalgaban en silencio hacia el norte siguiendo el sinuoso curso del río. Los demás parecían compartir los mismos pensamientos, sin atreverse a decir una palabra al respecto. A Grimpow le pareció inevitable que todos se sintieran culpables de lo ocurrido, aunque ninguno de ellos pudiese haber previsto lo que les depararía el destino.

—¿Vos creéis que todo ocurre sin que nosotros podamos hacer nada por evitarlo? —preguntó a Anatol Pempius.

Ambos avanzaban rezagados, siguiendo las huellas de los caballos de Weienell y Salietti, que se habían adelantado algunos pasos para ir abriendo camino y evitar ser sorprendidos de nuevo. Una lluvia débil iba calando sus ropas hasta empaparlos.

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Creó que el pobre Baunach no habría muerto si no nos hubiésemos encontrado ayer con la caravana de comediantes.

—Baunach posiblemente no, pero la joven esposa de su hermano Lancré habría tardado pocos días en morir. Estaba muy enferma y tuvo la suerte de que nos cruzáramos en su camino. La pócima que le di ayer tarde y durante esta noche le ha salvado la vida.

—Pero si hubiésemos seguido nuestro camino al amanecer, ellos no habrían tenido que pelear contra los soldados del rey para ayudarnos. Nadie los habría acusado de dar cobijo a unos proscritos.

—Sí, es posible que sea como dices, Grimpow. Aunque en ese caso también deberías considerar la posibilidad de que nosotros hubiésemos sido apresados y conducidos a las mazmorras de la Torre del Temple de París como herejes. Dudo mucho que Weienell, Salietti y yo hubiésemos ganado solos esa batalla, a pesar de tu extraordinaria puntería con el arco. Además, de no haber sido por ti, también Goebel habría muerto, y la tragedia de los comediantes, como él mismo dijo ante la tumba de su hermano, habría sido aún más dolorosa para todos.

Grimpow se sintió confundido. Esa era una forma de analizar lo ocurrido en la que él no había pensado.

—Entonces, ¿vos pensáis que nadie puede evitar el destino?

—Lo que yo creo es que el destino lo hacemos cada uno de nosotros con nuestras decisiones, sean o no equivocadas. Unas nos conducirán hacia las metas que deseamos alcanzar y otras nos alejarán de ellas, pero nunca podremos eludir sus consecuencias ni debemos lamentarnos porque no sean las que esperábamos, a menos que las hayamos buscado intencionadamente. Esta mañana, ninguno de nosotros deseaba luchar contra los soldados del rey ni que Baunach muriera en esa sangrienta batalla, pero el destino de los hombres, mi querido amigo, es así de caprichoso e impredecible.

Grimpow no estaba de acuerdo con esa afirmación. Desde que el pasado invierno había encontrado la Piedra Filosofal en la mano helada de un cadáver en las nevadas montañas de Úllpens, su propia vida había transcurrido como si todo estuviese previamente escrito en alguna parte desconocida, y él se hubiera limitado a representar su papel día tras día como la marioneta de un guiñol, sin poder cambiar nada de lo que habría de ocurrirle en el futuro.

—Ya veo que vos no creéis en la posibilidad de conocer el futuro.

—¡Yo no he dicho tal cosa! —protestó riendo Anatol Pempius.

—Explicaos entonces, no consigo entenderos. Yo mismo he visto muchas cosas con la Piedra que aún no han ocurrido, aunque estoy seguro de que un día sucederán.

—Tú posees esa Piedra prodigiosa y ella te permite ver lo invisible, como el castillo en las estrellas del que me oíste hablar en la catedral de Chartres, pero eso nada tiene que ver con el destino de cada uno de nosotros. Si fuese de otro modo, también habrías adivinado que los soldados del rey nos darían alcance esta mañana y habrías evitado que el infortunado Baunach muriera en la batalla.

—Sí, eso es cierto. Habría dado la Piedra por salvar la vida de Baunach. Ahora, su hijo Ricard nos odia como si nosotros hubiésemos asesinado a su padre —reconoció Grimpow.

—Pronto entenderá que la muerte también forma parte de la vida. Es un muchacho fuerte y con una gran destreza; supongo que no tardará en ocupar el puesto de su padre en la compañía de comediantes.

Las palabras de Anatol Pempius reconfortaron a Grimpow. Él mismo había visto a Ricard dar saltos y piruetas imposibles, lanzar al aire varias antorchas ardiendo con una sola mano o tocar la flauta como un juglar. Tampoco tenía duda alguna de que el anciano con quien hablaba mientras cabalgaban juntos bajo la lluvia, camino de París, era uno de los sabios de la sociedad secreta Ouróboros. Ellos rara vez se equivocaban.

—¿Y qué me decís del secreto que hemos de desvelar en París?

—Sabemos muy poco sobre ese secreto, aunque suponemos que está relacionado con la Piedra y el laberinto de la catedral de Chartres. Era el padre de Weienell...

—¿Estáis hablando del difunto Gurielf Lábox?

—Así es. Era Gurielf Lábox quien estaba investigando sobre él aquí, en París. Íbamos a hablar de sus avances y sus descubrimientos cuando nos viésemos en Estrasburgo, pero, al morir a manos de los verdugos del inquisidor Búlvar de Góztell, solo sabemos lo que tú y tus amigos habéis ido desvelando sobre ese misterio.

—Pero vos mismo me disteis las claves para desvelar los enigmas del Camino Invisible, y en ese mapa no había nada más que descifrar.

—Yo solo te di la hoja que le faltaba al manuscrito de Aidor Bílbicum, lo demás lo averiguasteis vosotros sin ninguna ayuda.

—Entonces, ¿cómo sabremos dónde seguir buscando?

—Gurielf Lábox guardaba todos sus manuscritos en la universidad y en su casa de París. Tal vez encontremos algo allí.

La lluvia cesó y grandes pedazos de un azul intenso se abrieron entre las oscuras nubes que se desplazaban sobre sus cabezas. Frente a ellos, el arco iris pintó hermosos colores en el cielo emborronado que se fundía a lo lejos con el horizonte.

# *La casa del alquimista*



En su nueva casa del barrio Latino, junto al río, Agnes pensaba en lo que había hablado esa mañana con el inquisidor. Sobre todo en lo que le había dicho sobre la vieja leyenda de las brujas de la Estirpe. Si esa leyenda fuese cierta, ella sería sin duda una de las hijas del Diablo marcada para siempre con la estrella de su linaje. Pero, a pesar de que esa leyenda la había salvado de morir quemada en la hoguera, Agnes no creyó en la historia que Búlvar de Góztell le había contado. Por toda Francia corrían un sinnúmero de antiguas leyendas sobre monstruos, tesoros, brujas, demonios, bandidos, héroes, reliquias, milagros, lugares mágicos o malditos, que nada tenían que ver con la realidad. Sin embargo, algunas de las cosas que le dijo el inquisidor también le ocurrían a ella. No sabía explicar por qué, pero lo cierto era que Agnes tenía una innata capacidad para ver cosas que nadie más podía observar. Desde que era una niña, cada vez que iba a suceder algo importante a su alrededor, ella percibía visiones extrañas que le provocaban un intenso temor. Como cuando, con apenas doce años de edad, presintió el gran incendio de París, que devastó una parte de la ciudad. Aquel día, Agnes pudo ver las llamas devorando las casas poco antes de que el fuego comenzara cerca de la primera muralla y se extendiera con la velocidad de un rayo hasta alcanzar la casucha en la que vivía. Cuando después de huir de aquel infierno le contó a Malén lo que había visto momentos antes, la bruja la abrazó y le dijo:

—Lo sé, mi pequeña niña. Tus ojos ven más allá de la realidad.

Y Malén no se equivocó. En otra ocasión, Agnes salvó a una amiga de morir ahogada en un pozo, al presentir que la muchacha había caído en un profundo agujero, cercano al lugar en que ambas jugaban con otros chicos al escondite. Incluso la noche del aquelarre en el bosque de Loudon, presintió que sería apresada por los soldados del rey junto a las demás brujas de Montmartre mientras celebraban bajo la luz de la luna llena sus ritos ancestrales. Sin embargo, un impulso irresistible la condujo hasta allí, a pesar de saber el cruel destino que a todas ellas les aguardaba. Pero nunca sus visiones habían sido tan nítidas como el día anterior, cuando el inquisidor la liberó de la mazmorra y le habló de la Piedra Filosofal. Era como si aquella Piedra siempre hubiese tenido algo que ver con su vida; como si ejerciera sobre ella una misteriosa atracción que Agnes aún no era capaz de comprender, pero cuyo origen pertenecía a un tiempo lejano y remoto.

Cerró los ojos y vio de nuevo al muchacho que guardaba la Piedra en una

pequeña bolsa que le colgaba del cuello, bajo el jubón. Montaba un hermoso caballo blanco que galopaba muy cerca de las murallas de París junto a otro jinete: un anciano venerable que tenía una larga barba blanca. «Pronto estarán en París», pensó.

El gato negro maulló a sus pies. Agnes se agachó para cogerlo.

—Tienes hambre, ¿verdad?

Fue hasta la cocina de la casa, desdobló un trapo que envolvía unos pescados de río, cogió uno y se lo ofreció al gato. Luego se sentó junto al pequeño fuego que ardía en la chimenea. Todo a su alrededor le era de nuevo desconocido. Aunque ya no llovía, el atardecer era deslucido y frío. Durante la mañana, el inquisidor había dado órdenes para que un carruaje llevara a Agnes desde la Torre hasta Montmartre. Allí debía recoger lo que deseara de su antigua casa y luego sería trasladada a su nuevo hogar del barrio Latino. Agnes apenas se ocupó de llevarse unos vestidos, algunas hierbas con las que había preparado sus pociones y a su inseparable gato negro. La nueva casa era luminosa y acogedora. Además, en ella había encontrado todo lo que hacía tiempo que Agnes deseaba: un laboratorio alquímico, repleto de matraces, hornos, probetas, crisoles, y cuantas sustancias, minerales y líquidos pudiese haber imaginado. También encontró un pequeño artilugio cuyo uso desconocía, pero que descubrió pronto, al mirar por una de las lentes de sus extremos. Era un ingenio que permitía ver con gran tamaño las cosas pequeñas y que acercaba las lejanas. Supuso que se trataría de un invento del alquimista que vivió en aquella casa: un viejo profesor de la Universidad de París, a juzgar por los ropajes y las togas que había en una de las alcobas. En otra también encontró vestidos, perfumes y adornos de una mujer joven. Y arriba, en la buhardilla, descubrió una gran biblioteca con estantes atestados de libros y manuscritos hasta el techo. Una gran mesa estaba situada en el centro, con tinteros, plumas y extraños mapas y pergaminos. Junto a la ventana reconoció varias esferas armilares, distingos astrolabios y algunos compases que despertaron su curiosidad. Entonces se preguntó si acaso esas personas también habrían sido apresadas y encerradas en una mazmorra acusadas de herejía. Todo parecía estar en perfecto orden, como si los habitantes de aquella casa nunca se hubieran marchado de ella o lo hubiesen hecho con prisa.

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron. Ignoraba quien podía saber que ella vivía allí. Se puso en pie, se atusó el pelo y fue a abrir. Era un sirviente del inquisidor, que le traía un pequeño cofre con un tarrito de cristal en su interior. Al verlo, Agnes supo que eran las hierbas venenosas que matarían sin piedad a Nogaret, el consejero del rey.

# *Ante la muralla de la ciudad*



Esperaron en las afueras de París hasta el anochecer. A esa hora, las entradas de la ciudad se abarrotaban de campesinos, monjes, mercaderes, mujeres, soldados, caballeros, peregrinos, mendigos o vagabundos que salían hacia las aldeas y las abadías vecinas, o regresaban de ellas y de los campos cercanos para buscar refugio en el interior de las murallas, antes de que las tenebrosas sombras de la noche reinaran sobre el mundo. Poco después de que el sol desapareciera en los confines del horizonte, todas las puertas de la ciudad se cerrarían y nadie podría entrar o salir de París.

Desde la cima de una pequeña colina, situada frente a la puerta sur de la muralla, podían divisar el bullicioso ir y venir de gentes, rebaños y carros tirados por bueyes que se movían con pereza entre la multitud.

—Ha llegado el momento de que nos separemos, Grimpow —dijo Salietti, erguido en su caballo.

Grimpow asintió. Aún no sabía que la separación de la que Salietti le hablaba sería más larga e incierta de lo que él imaginaba. Pero el tono entristecido de Salietti le hizo sospechar que algo ocurría.

—Nos esperaréis en París, ¿verdad? —preguntó desconfiado. No era la primera vez que un amigo lo abandonaba.

Salietti descabalgó y se acercó a Grimpow.

—Ven, tenemos que hablar de algo importante.

Luego echó el brazo sobre su hombro y ambos se retiraron algunos pasos. Los ojos de Weienell se humedecieron.

—Verás, Grimpow, desde que nos encontramos con Anatol en la catedral de Chartres, Weienell y yo hemos hablado mucho sobre tu futuro.

—¿Mi futuro? Siempre dijiste que iríamos a Florencia. Mi futuro está con Weienell y contigo. No sé qué haría sin vosotros.

—Hemos pensado que debes quedarte con Anatol en París; al menos durante algún tiempo. Aún tienes que aprender muchas cosas sobre la Piedra y sus secretos, y en la universidad de París podrás encontrar las respuestas a los misterios que aún no se han desvelado.

—¡Pero yo no quiero quedarme con Anatol en París si vosotros no venís! ¡Él puede quedarse con la Piedra, no la necesito!

—Pero la Piedra sí te necesita a ti, ya hemos hablado de eso muchas veces.

—Entonces, ¿por qué no podemos seguir juntos? Weienell y tú sois mi única familia. La única familia que he tenido. El invierno pasado, Dúrlib me abandonó en la abadía de Bríndum diciendo que lo hacía por mi bien, para que pudiera aprender junto a los monjes y tener un futuro mejor que el suyo. Y ahora tú me dices lo mismo.

La vida no siempre es como deseamos. Eso es algo que ya deberías saber. Además, Weienell y yo no vamos a abandonarte nunca, solo nos separaremos durante unas semanas. Mientras tanto, Anatol cuidará de ti. Ni a él ni a ti os conoce nadie en París, de manera que el inquisidor Búlvar de Góztell no podrá encontrarte. Él cree que estás con Weienell y conmigo, y nos buscará a nosotros para apoderarse de la Piedra. Así estarás más seguro. Ese perro de presa seguirá una pista falsa.

Grimpow pensó en lo que Saliatti acababa de decirle, y por un momento recordó a Ricard y la muerte de su padre. Tampoco para Ricard la vida había sido como él hubiera deseado. Todo su mundo de felicidad en la compañía de comediantes se había desmoronado a su alrededor en un instante y, aun así, Ricard no había dejado escapar una sola lágrima de sus ojos. Quizá Saliatti tuviese razón y él debiera mostrarse más fuerte de lo que aparentaba. Ya no era ningún niño, pensó Grimpow.

—¿Y adónde iréis? —dijo con resignación.

—Hace meses que abandoné mis tierras del Piamonte y necesito ir hasta allí para poner orden en mis asuntos. En poco tiempo regresaremos para buscarte.

Grimpow cambió su actitud y fingió que no le importaba que Weienell y Saliatti se marcharan.

—Está bien, si creéis que es lo mejor, me quedaré con Anatol en París. Pero siempre estaré esperando vuestro regreso.

Esta vez, Saliatti desenvainó su espada, la aferró con las dos manos y dijo:

—¡Juro por mi honor de caballero que volveremos a vernos pronto!

Weienell se acercó a ellos intentando disimular la inmensa tristeza que sentía, y Grimpow se abrazó a su cuerpo sin decir nada, como si presintiera que no volvería a verla.

## *Un bebedizo emponzoñado*



Mientras caía la noche sobre París, Agnes Lebuy estaba de pie en el laboratorio alquímico de su nueva casa, pensando qué clase de pócima usaría para matar al consejero del rey. Subido en la mesa, el gato negro la miraba expectante con sus ojos amarillos. Varias lámparas de aceite ardían en distintos lugares de la sala, repleta de tarros con todo tipo de plantas secas etiquetadas con su nombre en latín. Aunque hacía mucho tiempo que la bruja de Montmartre no practicaba el arte de la destilación mediante el uso de alambiques, nunca había olvidado las enseñanzas de Malén cuando, siendo Agnes aún una niña, elaboraba todo tipo de pociones, brebajes o licores que, además de sus virtudes curativas, deleitaban con su exquisito sabor el paladar más delicado y exigente. Malén también le habló en aquellos lejanos años de las plantas venenosas, y el modo de aprender a conocerlas para evitar sus peligros. Por ello, Agnes sabía que el saúco y el arándano curaban los males de los ojos aplicando cataplasmas al enfermo, o que el tilo y el aloe aliviaban los dolores de estómago; tampoco desconocía que la raíz de la belladona provocaba sueños irreales y mágicos, que hacían creer a muchas brujas que veían el rostro del Diablo o volaban sobre escobas mágicas; o que las semillas del beleño, abundantes en terrenos baldíos, permitían conocer y manipular los pensamientos de otra persona, dominando su voluntad como un amo domina a su esclavo.

Pero la bruja de Montmartre no buscaba entre los estantes del laboratorio ningún tarro que contuviera una de esas hierbas. Tampoco estaba segura de que hubiera alguna planta venenosa en el herbario del alquimista que había vivido antes en esa casa. Además, los venenos que Agnes necesitaba para crear el bebedizo emponzoñado que debía matar a Nogaret se los acababa de entregar un mensajero del inquisidor: hojas de cicuta, semillas de ricino y ramas de tejo. Lo que ella necesitaba encontrar eran los ingredientes necesarios para elaborar un néctar desconocido, pero tan dulce y sabroso que hiciera las delicias del consejero del rey mientras se bebía, sin saberlo, su propia muerte. Búlvar de Góztell había sido muy claro en sus palabras: «Nadie debe sospechar que ha sido envenenado».

Al fin, la bruja de Montmartre decidió preparar un licor de frutas, aprovechando los tarros de uvas, manzanas y peras conservadas en almíbar que había encontrado esa tarde en una alacena de la cocina. Así que fue seleccionando del herbario una larga serie de hojas y plantas, hasta que tuvo sobre la mesa del laboratorio más de treinta especies diferentes: albahaca, romero, coriandro, canela, anís, eucalipto,

jengibre, laurel, salvia, tila, manzanilla... Las coció en una infusión de agua hirviendo junto a las hojas, raíces y semillas de las plantas venenosas, previamente machacadas hasta que obtuvo un polvo muy fino. Al cabo de dos horas le añadió alcohol para proceder a la destilación, de la que eliminaría los aromas amargos. Traslado la infusión así preparada al alambique, y vertió sobre ella una mezcla de miel cocida en un caldero de cobre con hojas de tilo, flores de violeta y vainas de vainilla. Luego filtró el aguardiente obtenido para limpiarlo de impurezas y disolvió en él otra infusión de azafrán hasta que el exquisito licor adquirió un sugerente color dorado. El bebedizo emponzoñado estaba listo, pensó Agnes. Ahora solo le quedaba conseguir que el consejero del rey se lo tragara.

## *El ciego y su criado*



Hacía mucho tiempo que Grimpow no sentía tanta tristeza. Anatol y él se habían quedado solos sobre la colina, después de que Weienell y Salietti se marcharan hacia tierras del Piamonte italiano, llevándose todos los caballos. Ni Grimpow ni Anatol los necesitarían en París, pero ellos podrían usarlos de recambio para cabalgar más deprisa. Además, la puerta de la muralla sur estaba cerca, y si un anciano y un muchacho entraban en la ciudad caminando entre la multitud levantarían pocas sospechas. Anatol Pempius fingiría ser un ciego que pedía limosna y Grimpow pasaría por su criado.

—Nadie se fijará en vosotros —había dicho Salietti.

Pero en la mente de Grimpow seguían vivos los recuerdos de cuanto había vivido junto a Weienell y Salietti mientras recorrían el Camino Invisible, sin que lo que pudiese ocurrirle en el futuro le importara. Su única ilusión por llegar a París era la posibilidad de encontrarse de nuevo con Sofí, pero ni siquiera esa idea aliviaba su melancolía. Estaba cansado de vagar de un lado a otro durante meses y echaba de menos un hogar y una familia con la que vivir en paz, sin temor a ser capturado y quemado en una hoguera como hereje. Si el inquisidor Búlvar de Góztell los atrapaba, eso era exactamente lo que ocurriría. Ni siquiera estaba seguro de que entrar en París fuese una decisión acertada. Menos aún cuando ni Weienell ni Salietti estaban con ellos para ayudarlos.

—¡Creo que he empezado a detestar esta Piedra! —soltó Grimpow con desdén, después de bajar en silencio la colina.

—No deberías decir eso. Muchos jóvenes darían su vida por poseerla.

—¡Entonces podéis regalársela a quien os plazca! Tal vez alguno de esos jóvenes sepa sobrellevar esta carga mejor que yo —replicó Grimpow malhumorado.

—Comprendo tu desánimo, Grimpow, pero estás siendo muy injusto contigo mismo y con nosotros. Esa Piedra no tiene la culpa de lo que nos ocurre. Podrías haber decidido ir con Weienell y Salietti en lugar de quedarte conmigo en París. No comprendo por qué no lo has hecho, en lugar de lamentarte cuando ya es demasiado tarde.

Grimpow estaba dolido y necesitaba desahogarse, aunque supiera que no estaba siendo justo con Anatol ni con la Piedra. Era mucha la tensión que había acumulado desde que llegó a Chartres, y aún no había asumido todo lo que le había ocurrido de un modo tan inesperado: el incidente con Anatol Pempius ante la catedral, la huida de

Chartres, el encuentro con los comediantes, la noche que le mostró la Piedra a Sofí, la batalla con los soldados del rey, la muerte del padre de Ricard, la marcha de Weienell y de Salietti... Había sido todo tan rápido y tan distinto a como él lo había imaginado que, por un instante, llegó a pensar que el cielo se desplomaría sobre sus cabezas antes de qué llegaran a las puertas de las murallas.

—No he tenido fuerzas para renunciar a mi destino: la Piedra me empuja a seguir adelante —respondió Grimpow al fin.

—Aunque no lo creas, eres tú quien se resiste a abandonarla. Grimpow recordó entonces la pesadilla que había tenido después de mostrarle la Piedra a Sofí y decidió compartirla con Anatol.

—Anoche soñé que una mano fantasmal cogía la Piedra mientras yo dormía y me la arrebatava sin que pudiera evitarlo.

—Bueno, estabas obsesionado con la idea de que Ricard había insto la luz de la Piedra. Era lógico que tuvieras miedo a que alguien de la caravana pudiese intentar robártela, y por eso soñaste que la perdías.

—Pero yo sentí esa mano invisible muy cerca: era la mano de una mujer joven y hermosa.

—¿Una mujer?

—Sí, hasta pude ver cómo sus ojos me miraban con desprecio, antes de despertarme.

Anatol Pempius sacudió la mano al aire.

—Eso solo fue un mal sueño, Grimpow, no deberías darle más importancia. Cuando entremos en París, todo será distinto. Esta noche podrás comer y dormir cuanto te apetezca, y mañana verás las cosas de un modo diferente. En el colegio de la universidad conocerás a otros jóvenes como tú y muy pronto te sentirás como en tu propia casa, créeme —le animó, mientras se adentraban en el camino que llegaba hasta las murallas.

Pero Grimpow temía que su futuro no fuera tan apacible como Anatol Pempius le acababa de anunciar.

# Una trampa mortal



La belleza de Agnes Lebuy cautivó al consejero del rey desde el mismo momento en que la vio entrar en la sala de recepciones del palacio del Louvre, vestida como una princesa llegada de un país remoto. El inquisidor Búlvar de Góztell le había rogado esa mañana que recibiera en audiencia privada a una joven y hermosa dama de París, y le ayudara a encontrar información sobre su madre, fallecida la misma noche que ella nació, hacía dos años. Pero Nogaret no esperaba que se tratara de una dama tan bella: sus ojos eran brillantes como los de un felino, y su rostro poseía proporciones tan perfectas y delicadas que era imposible resistirse al encantamiento de su mirada.

—Así que eres huérfana —dijo Nogaret, después de que ambos se sentaran en sendos sillones, situados bajo un gran tapiz que colgaba del muro de piedra.

Agnes asintió con un leve parpadeo, mostrando una fragilidad de niña asustada.

—No sé nada de mi madre, salvo que estaba casada con un noble muy cercano al rey.

—Por lo que veo se trata de un asunto delicado.

—La noche que nací me entregaron a una mujer para evitar que el esposo de mi madre me matara. Al parecer, mi madre le confesó que yo no era hija suya, sino de otro hombre. Quiero averiguar quién era mi madre y quién fue mi verdadero padre. El inquisidor Búlvar de Góztell me dijo que vos podríais ayudarme.

—¿Sabes el nombre de tu madre?

—Se llamaba como yo, Agnes Lebuy, pero ignoro el nombre de su esposo. La mujer que me crio nunca quiso hablarme de ello.

—Agnes Lebuy... —repetió el consejero del rey en voz alta, como si la sonoridad de aquel nombre no le fuese desconocida.

—Es posible que vos llegarais a conocerla, ahora tendría una edad cercana a la vuestra.

Nogaret se acarició la perilla que adornaba su rostro.

—Sí, es posible, aunque entonces yo era demasiado joven y no consigo recordar ese nombre. Pero creo que se cómo averiguar con quién estaba casada tu madre. En la catedral de Nôtre Dame se guarda un archivo en el que están registrados todos los matrimonios celebrados en París desde hace años. Su nombre debe figurar en esos documentos.

—¿Me ayudaréis, entonces?

—Claro, claro... —dijo Nogaret, pensativo.

El consejero del rey tenía otras cosas de las que ocuparse, mucho más importantes que averiguar quién era una mujer muerta hacía más de veinte años. Aún no había recibido ninguna noticia del capitán que partió hacía ya dos días hacia Chartres para atrapar a los herejes que guardaban la Piedra de la Inmortalidad, y temía desatar las iras del rey si fracasaba en su empeño por apoderarse del *Lapis Philosophorum*. Pero la dama que tenía frente a él era tan hermosa que deseó gozar de sus favores.

—Volved mañana, al anochecer. Tendréis noticias de vuestra madre.

—¡Oh, mi señor Nogaret! No dudéis de que os recompensaré por vuestra ayuda. Pero ahora, permitidme que os obsequie con este licor de frutas que yo misma he preparado para vos. ¡Es tan dulce como un beso!

## Un mundo diferente



Grimpow durmió profundamente hasta bien entrada la mañana.

Por primera vez desde hacía meses había pasado una noche bajo techo y se había acostado en un confortable camastro, después de haber saciado el hambre con una cena succulenta junto a Anatol Pempius y otro anciano llamado Edmond de Tokvill. Pero, esa mañana, Grimpow apenas podía recordar quién era ese hombre y de qué hablaron esa noche, pues no tardó en quedarse dormido sobre la mesa, tan pronto terminó el último bocado del postre de pastel de ciruelas que le ofreció amablemente el desconocido. Ni siquiera sabía quién lo había conducido hasta su aposento ni cómo había llegado hasta aquel dormitorio con dos jergones alineados sobre armazones de madera, en uno de los cuales dormía otro joven. Sin embargo, Grimpow no había olvidado aún la triste despedida de Weienell y de Salietti en la colina de las afueras de París, y, cuando despertó, sintió una punzada que parecía abrirle un hondo agujero en su corazón. Ahora volvía a estar solo. Sus amigos más queridos ya no estaban con él, y eso era algo que Grimpow tendría que asumir tarde o temprano, por más que le apenara. Anatol Pempius había intentado prepararlo para su nueva vida en París mientras caminaban hacia la puerta sur de las murallas, fingiendo ser un ciego y su criado.

—En la universidad de París descubrirás un mundo diferente. Pronto conocerás a grandes maestros de las artes, de las letras y las matemáticas, y a muchos estudiantes de tu misma edad, entre los que encontrarás nuevos amigos —insistió el anciano con la mirada perdida en el infinito.

—¿Y podré estudiar astronomía? —preguntó Grimpow más animado.

—Sin ninguna duda, Grimpow. Los más prestigiosos astrónomos de toda Francia están en París. Gurielf Lábox, el difunto padre de Weienell, era uno de ellos.

Luego Anatol le habló de cómo había sido fundada la universidad de París en el año 1200, después de muchos conflictos entre profesores y estudiantes con las autoridades religiosas de la ciudad, que terminaron con la concesión de los privilegios papales de que ahora gozaba, entre ellos la creación de un gigantesco edificio en la Sorbona, destinado a la enseñanza de todas las materias del *trivium* y el *quadrivium*, en el que, hacía más de un siglo, se instalaron profesores y estudiantes llegados de toda Europa.

—Yo ya estudié el *trivium* y el *quadrivium* con el hermano Rinaldo de Metz en la abadía de Brínkdam.

—Lo sé, Grimpow. Tú podrás dedicar todo tu tiempo a la astronomía y a buscar los manuscritos de Gurielf Lábox que puedan ayudarnos a desvelar el último secreto de la Piedra, si es eso lo que deseas. Pero hay algo que debes saber antes de que lleguemos a la universidad.

Grimpow dejó de fingir que pedía limosna bajo la gran puerta de entrada a la ciudad, junto a otros vagabundos y mendigos congregados ante la muralla. El sol acaba de ponerse en el horizonte, oculto entre nubes.

—¿A qué os referís? Después de la partida hacia Italia de Weienell y Salietti, no creo haya nada que pueda volver a sorprenderme.

—Nadie, salvo algunos maestros de la universidad, debe conocer tu verdadero nombre, ni que eres poseedor de una extraña Piedra —le recordó Anatol, que apoyaba su mano en el hombro de Grimpow y acompañaba sus pasos con el báculo.

Grimpow supuso que era una advertencia para que no volviera a cometer el error de mostrarle la Piedra a alguien, como había hecho con Sofí. Pero no le dio más importancia al asunto.

—Entonces, ¿cómo pensáis llamarme?

—Elige tú un nombre que sea de tu agrado. Desde ahora serás un joven llegado de la universidad de Berna para continuar tus estudios en París. Y tu padre será un rico mercader de Génova que comercia con tejidos y especias del otro lado del mar. Así evitaremos que tus nuevos compañeros te hagan preguntas indiscretas por tu acento alsaciano.

A Grimpow no le importó que tuviera que cambiar su nombre. El inquisidor Búlvar de Góztell lo conocía y era más prudente que no llegara a sus oídos que un nuevo estudiante de la universidad de París se llamaba como él. Grimpow era un nombre inventado por su padre, de manera que no debía de haber nadie más en toda Francia que se llamara así. Incluso le pareció divertido ocultar su verdadera identidad, simulando ser el hijo de un rico mercader genovés. En ese mismo instante fingía ser el criado de un anciano ciego y desvalido, y unos meses atrás, cuando vivía con Dúrlib en la comarca alpina de Úllpens, había utilizado todo tipo de argucias para sacar unas monedas a los incautos que se dejaban embaucar en las plazas y los mercados de Alsacia. No le sería difícil volver a hacerlo en la universidad, si en ese insignificante ardid le iba la vida. Así que, mientras cruzaban las puertas de la muralla sin que nadie reparara en ellos, ni siquiera para darles la limosna que mendigaban, Grimpow fue pensando en cuál sería su nuevo nombre. Hasta que, al fin, estando ya dentro de la ciudad, dijo:

—Entonces me llamaré Mathie, Mathie Baumon.

Y ese fue el nombre que Grimpow oyó esa mañana en boca de Anatol Pempius, cuando este entró en el dormitorio de estudiantes y le dijo que se levantara de la cama, pues debía acompañarlo ante el Consejo de Sabios de la universidad.

Grimpow no tardó en saltar de su camastro. Se lavó la cara en una pila con agua situada en una esquina del dormitorio y enseguida estuvo listo para acompañar a

Anatol Pempius ante el Consejo. Los rayos del sol entraban a raudales por las amplias ventanas ojivales de la estancia, desde la que podía verse un claustro con un cuidado jardín y una fuente en la planta inferior.

Grimpow había descansado y se sentía de buen humor. Aquel lugar le recordaba los meses que había pasado junto al hermano Rinaldo de Metz y otros monjes en la abadía de Bríndum. Pero ahora no estaba en las montañas nevadas de Úllpens sino en el barrio Latino de París, y todo era muy distinto a su alrededor. También Grimpow había cambiado mucho desde entonces. Y si antes ignoraba qué significaba la Piedra que encontró en las manos del caballero muerto sobre la nieve, después de haber recorrido el Camino Invisible junto a Weienell y Salietti, sabía que esa prodigiosa Piedra encerraba todo el conocimiento pasado, presente y futuro de la Humanidad. Solo tenía que comenzar a interpretar lo que había visto en la catedral de Chartres para dar respuesta a cualquier pregunta que despertara su curiosidad. Y eso era algo que lo convertía en un ser poderoso y peligroso a la vez. Esa era la razón por la que el inquisidor Búlvar de Góztell deseaba apoderarse de la Piedra, aunque en sus manos no fuese más que un mineral insólito sin ningún poder mágico. Nunca lo había pensado de ese modo, pero Grimpow estaba seguro de que nadie, salvo él mismo, podría descifrar los enigmas que encerraba la Piedra y que cambiarían para siempre el destino del mundo.

# *La confesión del crimen*



Cuando Agnes salió del castillo del Louvre, alzó los ojos al cielo de París y respiró aliviada. El consejero del rey no solo había aceptado probar el licor de frutas que ella le había obsequiado, sino que se deshizo en halagos sobre su exótico y exquisito sabor.

—¡Brindad conmigo! —propuso el consejero, llenando otra copa de plata.

Agnes cogió la copa que le ofreció Nogaret y la elevó ante sus ojos.

—¡Por vuestro futuro! —exclamó con ironía.

Luego llevó la copa a sus labios y la vació de un trago.

—Si vuestros besos son tan dulces como este néctar, espero ansioso el momento de gozar de vuestro amor. Sois la mujer más bella que ningún hombre haya visto jamás —le había dicho Nogaret, con una respetuosa reverencia.

La bruja de Montmartre se limitó a reclinar levemente la cabeza, al tiempo que esbozaba una sonrisa.

—Os agradezco vuestra gentileza, mi señor, y os prometo que mañana al anochecer beberéis de mis labios la dulzura que tanto anheláis —respondió.

—¡Entonces brindemos también por nuestro nuevo encuentro!

Pero Agnes sabía que no volvería a verlo con vida.

Bajo el sol que iluminaba las calles de París después de largos días de tormentas, Agnes cruzó la plaza dejando atrás el foso del castillo del Louvre. En un puesto del mercado compró algunas verduras y frutas, y luego buscó otro en el que poder comprar un poco de carne. Se sentía inquieta entre el bullicio de la ciudad. Ella también había bebido su propio veneno, y necesitaba ayuda urgente de la única persona que podía prestársela. Luego recorrió algunas calles empedradas de los alrededores y se encaminó hacia el puerto.

Malén no tardó en abrirle la puerta de la casa. Desde que supo que Agnes estaba viva había recuperado las fuerzas y, con la luz del día, hasta podía ver con más nitidez las hermosas facciones de su rostro y el lujo de sus vestidos.

—¡Mi querida niña, te has convertido en una verdadera dama!

Agnes la besó con ternura y cerró la puerta. Dentro, el fuego de la cocina estaba apagado.

—Necesitas alimentarte —dijo, dejando sobre un poyete de piedra las verduras y la carne.

—Mis escasos dientes apenas si me permiten comer un poco de pan mojado en

leche. No tienes que traerme comida.

—Un poco de carne con verduras te sentará bien.

Agnes encendió el fuego de la chimenea y esperó a que se formaran brasas sobre las que asar la carne.

—Esta mañana he envenenado al consejero del rey —soltó de pronto, mirando absorta las llamas que bailoteaban ante sus ojos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Malén, llevándose las manos a la boca como si quisiera contener el horror que la invadió al oír las palabras de Agnes.

—Vamos, no te preocupes por mí, nadie sospechará que ha sido asesinado —dijo Agnes, acercándose a Malén para tranquilizarla.

—¿Cómo has podido hacer algo así?

—Hice un pacto con el Diablo que debo cumplir.

—Tú, ¿un pacto con el Diablo?

—¿Recuerdas al inquisidor del que te hablé, el que me dejó salir de las mazmorras de la Torre del Temple?

Malén se dejó caer sobre un banco de madera y asintió sin decir nada.

—Él me pidió que matara al consejero del rey. No podía negarme. El inquisidor es ahora mi protector y, una vez que Nogaret muera, se convertirá en el hombre más poderoso de Francia.

—¿Y si descubren que fuiste tú quien mató a ese hombre?

—Lo he envenenado para que muera lentamente sin sufrimientos. No quedará ningún rastro. Cuando mañana lo encuentren sin vida en sus aposentos, pensarán que ha muerto porque había llegado su hora.

—¡Oh, Agnes, mi pequeña niña! Yo no te enseñé los secretos de las plantas para que las usaras para matar, sino para curar.

—Déjate de sermones, tú no tienes la culpa de nada. Solo quería que lo supieras. Es posible que necesite tu ayuda.

—¿Mi ayuda? ¿En que puede ayudarte una pobre vieja como yo?

—Yo también he bebido el licor envenenado —le confesó.

—¿Te has vuelto loca, Agnes?

—Si me hubiese negado a hacerlo, me habrían descubierto.

Malén se puso en pie y se acercó a Agnes.

—Déjame ver tus ojos y tu boca —pidió. Pero la vieja Malén apenas si podía ver las brillantes pupilas de Agnes o el color rosado de sus labios—. ¿Qué plantas venenosas has usado?

—Hojas de cicuta, semillas de ricino y ramas de tejo.

—Espero que las hayas mezclado en las proporciones adecuadas para retardar el efecto.

Malén fue hacia un cartucho oscuro situado junto a la cocina. Aunque no podía ver en el interior, tampoco necesitaba luz. Conocía a detalle cada uno de los botes con hierbas que tenía almacenados, y la posición exacta de los brebajes y pócimas que

ella misma había preparado durante años. Cogió algunos tarros y regresó a la cocina.

—Bébetete esta poción —le ordenó.

Agnes miró el líquido pastoso de color negruzco y lo bebió sin decir nada. Sabía que debía ingerir un fuerte antídoto antes de el licor mortal comenzara a envenenar su sangre.

—¿Qué me has dado? —preguntó, imaginando lo que ocurriría.

—Es un purgante de brionia.

Al instante, una angustia incontenible se agitó en las entrañas de Agnes. El vomitivo había hecho su efecto.

Luego, Malén preparó una infusión de hierbas y le pidió a Agnes que se quedara en su casa hasta que estuviera segura de que el antídoto que le había dado anulaba el veneno.

—Si, creo que será lo mejor —aceptó Agnes.

Unas horas después, la bruja de Montmartre dormía profundamente sobre el jergón de la misma buhardilla en la que había vivido durante años. Pero nunca como ese día había tenido visiones tan extrañas y siniestras: creyó que hablaba con el Diablo en las grutas del mismísimo Infierno; o que volaba sobre una escoba alejándose de la Tierra hasta alcanzar una lejana estrella; o que el consejero del rey se levantaba de su tumba y la señalaba ante la horca de ser una bruja asesina; o que Malén reía a carcajadas al ver que ella también había sido envenenada. Hasta que poco a poco fue recuperando la cordura de sus pensamientos, y vio en sueños al joven que poseía la Piedra de la Inmortalidad muy cerca de ella, escondido en algún agujero de la ciudad como un ratón indefenso.

# El Consejo de Sabios



En una sala de la universidad de París, cubierta por una gran bóveda decorada con los signos del Zodiaco pintados sobre un firmamento celeste, ocho hombres vestidos con togas estaban sentados alrededor de una larga mesa. Esperaban, sin saberlo, la llegada de un joven llamado Grimpow, que había recorrido el Camino Invisible y tenía en su poder el mítico *Lapis Philosophorum*, guardado durante siglos por la sociedad Ouróboros. Las últimas noticias que el Consejo había tenido de la Piedra eran que Iacopo de Estaglia y Gurielf Lábox habían muerto en su intento de protegerla y desvelar sus misterios. Solo Edmond de Tokvill, el noble anciano que los había recibido la pasada noche cuando Grimpow y Anatol Pempius llegaron a la hospedería de la universidad, había sido informado de todo lo sucedido desde que Grimpow encontrara la Piedra el pasado invierno; en las nevadas montañas de Úllpens.

Anatol Pempius golpeó tres veces la inmensa puerta de la sala, antes de abrirla él mismo. Luego entró acompañado por Grimpow, y los ocho miembros del Consejo se pusieron de pie para recibir a los recién llegados.

—¡Sed bienvenidos ante el nuevo Consejo de la Sociedad Ouróboros! —dijo Edmond de Tokvill, que presidía la mesa.

Grimpow se sobresaltó al oír esto. Creía que la antigua Sociedad Ouróboros había desaparecido con la muerte de los últimos sabios que él mismo había conocido. Miró a Anatol Pempius sin comprender lo que ocurría, pero este se limitó a esbozar una mueca tranquilizadora, a la vez que un rumor de voces contenidas se elevaba por la sala.

—¡Qué clase de broma estúpida es esta! —exclamó airado uno de los maestros de la universidad allí reunidos, al ver que un joven de apenas quince años de edad había entrado en el Consejo. Sus reuniones eran secretas, y ninguno de los sabios que lo integraban deseaba que alguien extraño a la sociedad Ouróboros conociera sus nombres y sus rostros.

—¡Sí, explicadnos esta locura, Edmond! ¿Cómo habéis permitido que este estudiante entre aquí? ¡Estáis poniéndonos a todos en peligro!

Edmond de Tokvill alzó los brazos para acallar los murmullos.

—¡Este joven es ahora el poseedor del *Lapis Philosophorum*! De no haber sido por él, la Piedra estaría perdida en las montañas de los Alpes o en manos del inquisidor Búlvar de Góztell. No tenemos nada que temer.

De nuevo, los corros de voces apagadas se avivaron entre los sabios del Consejo.

¿Cómo era posible que algo tan prodigioso como la Piedra de la Sabiduría estuviese en manos de un muchacho?, se preguntaban unos a otros sin saber qué responderse.

—¡Caballeros, caballeros...! —gritó Edmond de Tokvill, agitando las manos al aire para poner orden en medio de aquel alboroto.

Grimpow lo miraba intrigado. Nunca había pensado que su llegada a París pudiese provocar esos recelos entre los sabios de la sociedad Ouróboros, y no se explicaba por qué Anatol Pempius no le había advertido antes de ello. Si Weienell y Saliatti estuviesen con él en ese momento, las cosas serían de otra manera, pensó. Pero Grimpow tampoco estaba dispuesto a dejarse asustar por aquel grupo de hombres, por muy sabios que fueran. Así que llevó la mano a la bolsa que le colgaba del cuello y sacó la Piedra ante la incrédula mirada de Anatol Pempius.

—¡Si alguno de los sabios miembros del Consejo se cree más digno de poseer esta Piedra que yo, puede cogerla de mi mano! —gritó Grimpow, alzando su brazo para que la luz de la Piedra quedase a la vista de todos.

Un profundo silencio inundó la sala. Salvo los ancianos Edmond de Tokvill y Anatol Pempius, ninguno de los restantes miembros de la sociedad Ouróboros había visto la Piedra de la Sabiduría hasta entonces, y quedaron maravillados ante la intensa luz que desprendía.

—Ahora que la piedra ha sido al fin recuperada, debería volver a ser el Consejo quien la oculte de sus enemigos en un lugar seguro —propuso uno de los sabios.

—¡Este no es momento para tener miedo! —replicó Anatol Pempius—. Si Grimpow ha venido con la Piedra hasta París no ha sido para ocultarla, sino para desvelar los misterios que aún desconocemos sobre ella.

—¿Esperáis que un simple estudiante como él consiga descifrar lo que el propio Gurielf Lábox fue incapaz de resolver durante años, a pesar de su experiencia y su sabiduría? —se burló otro.

—Tal vez os sorprendería saber lo mucho que Grimpow ha aprendido desde que tiene la Piedra en su poder. Podéis comprobarlo vos mismo preguntándole lo que os plazca —explicó orgulloso Edmond de Tokvill.

—¡Entonces haré una pregunta! —dijo el sabio situado a su derecha—. ¿Qué puede decirnos este joven sobre las teorías de las esferas celestes?

Los demás sabios sonrieron y asintieron, refrendando la pregunta del gran astrónomo Auguste Agnú. Pero Grimpow no tardó en responder a esa pregunta; y lo hizo de tal modo y con tanta precisión en sus detalles que ninguno de los sabios del Consejo pudo llegar a comprender el verdadero alcance de sus originales e innovadoras explicaciones. Fue tal el silencio que provocó su breve discurso, que nadie más volvió a poner en entredicho su sabiduría.

Animados por los conocimientos que el joven expresaba con una sencillez pasmosa, otros sabios también le preguntaron sobre los asuntos que le interesaban, sin poder creer que Grimpow acertara en cada una de sus respuestas.

—Dudo mucho de que alguno de nosotros llegue a ver los prodigios que los ojos

de este joven han visto —añadió Anatol Pempius.

—Entonces, ¿para qué habéis convocado al Consejo? —preguntó uno de los sabios con aire arrogante.

Edmond de Tokvill se adelantó a la respuesta de Anatol.

—Grimpow se quedará a vivir con nosotros durante algún tiempo, bajo el nombre de Mathie Baumon. Será como un estudiante aventajado llegado de la universidad de Berna para ampliar en París sus estudios sobre astronomía. Cada uno de nosotros deberá prestarle toda la ayuda que necesite y mantener en secreto su verdadera identidad. Una nueva era de conocimiento se avecina, y nuestro futuro depende ahora de él. Los misterios del Universo podrán ser al fin desvelados.

Los sabios comenzaron a salir de la sala comentando entre ellos su sorpresa ante las magistrales lecciones que habían recibido de Grimpow. Era la primera vez que un sabio tan joven les descubría nuevas teorías matemáticas, físicas y astronómicas, aún desconocidas por ellos mismos.

Cuando se quedó a solas con Edmond de Tokvill y Anatol Pempius, Grimpow aún tenía la Piedra en su mano. Con un gesto de humildad se la ofreció al anciano que había presidido la reunión del Consejo.

—Preferiría que la guardaseis vos en algún lugar seguro.

—¡Oh, no! No debes juzgar a los maestros con desconfianza. Ellos no te conocían y era lógico que mostraran sus temores a que un joven como tú poseyera la Piedra.

—Edmond tiene razón, Grimpow. Tú fuiste el elegido y solamente tú debes guardarla. Siempre ha sido así, a pesar de los peligros que la han acechado desde hace siglos —prosiguió Anatol.

Grimpow lo miró enfadado.

—Tal vez sea como decís, Anatol, pero creo que debisteis advertirme antes de que la sociedad Ouróboros seguía existiendo.

—Quería que lo descubrieras por ti mismo. Han cambiado muchas cosas desde que murió Gurielf Lábox, y era necesario seguir adelante. Edmond de Tokvill se ha encargado durante estos meses de reorganizar la sociedad secreta en París. Los sabios que has visto comparten nuestras mismas creencias y luchan por un mundo mejor, como otros lo hicieron antes.

Pero Grimpow estaba decidido a renunciar a la Piedra, al menos hasta que volviera a sentirse con fuerzas para tenerla en su poder. Era una carga demasiado pesada, que se había apoderado de su cuerpo y de su alma desde el momento que la encontró.

—Yo también necesito pensar —dijo desanimado, recordando el sueño en que una mano fantasmal le arrebató la Piedra. Era posible que esa mano invisible estuviese allí, en la universidad de París, aguardando como un espectro el momento oportuno para apoderarse de su secreto.

—Tus amigos Weienell y Saliatti se sentirán decepcionados cuando sepan que has abandonado la misión por la que sus padres dieron la vida —le recordó Anatol

Pempius.

Grimpow pensó en decir que también ellos lo habían abandonado a él, pero sabía que no sería justo con sus amigos. Ahora debía resolver solo sus propios problemas, por mucho que dudara sobre el modo de hacerlo.

—¿Dónde están los manuscritos de Gurielf Lábox? —preguntó al fin.

—Ven, están guardados en un lugar secreto. Pero hay algo más.

# Los desaparecidos



El inquisidor Búlvar de Góztell se preguntaba en la Torre del Temple dónde demonios se habría metido la bruja de Montmartre después de haber visitado al consejero del rey. Esperaba tener noticias suyas sobre el asesinato de Nogaret, pero Agnes no había acudido a la cita convenida para informarlo sobre lo ocurrido. Incluso temía que la joven lo hubiera traicionado confesando las instrucciones que él mismo le había dado para que matara al consejero del rey; o que hubiera sido desenmascarada por el propio Nogaret antes de que este hubiese bebido el licor envenenado; o que hubiera huido de París por no sentirse con valor suficiente para cometer el crimen.

—En su casa no está, señor. La he buscado por los alrededores de la isla, del puerto y del mercado, pero no he encontrado ninguna pista que pudiera conducirme hasta ella. Nadie la ha visto —dijo un hombre corpulento, que entró en el gabinete con una espada ceñida al cinto y un largo puñal colgado en la espalda.

—¡Maldita sea, Ethan! ¡No es posible que se la haya tragado la tierra! —exclamó el inquisidor, dando un puñetazo sobre su escritorio.

—Quizá esta noche regrese a su casa.

—¡Búscala! ¡Busca a esa bruja del diablo en el mismísimo infierno si es necesario y no regreses sin ella!

Ethan agachó sumisamente la cabeza.

—Lo haré, señor, quedaos tranquilo. ¿Hay alguna noticia de los soldados del rey que partieron tras los herejes?

Búlvar de Góztell se secó el sudor de la frente con la manga de su hábito.

—También ellos han desaparecido.

—¿Es cierto lo que decís? —inquirió Ethan.

—Sí, tan cierto como que la muerte nos acecha con su invisible faz de calavera. Nadie ha vuelto a verlos desde que pasaron por Chartres. ¡Es como si una funesta maldición hubiese caído sobre ellos!

—Entonces se habrán dirigido al valle del Loira. Hay rumores de que una epidemia de cólera recorre esas tierras. Sé los proscritos han llegado hasta allí, es posible que mueran contagiados por la enfermedad, y que los soldados no los encuentren nunca.

—Esos herejes no son estúpidos, ni los soldados del rey tampoco. Probablemente se hayan encaminado hacia el norte, huyendo de las garras de la epidemia. Pero

olvídate de ese asunto por ahora, ya te ocuparás de ellos cuando encuentres a la bruja de Montmartre. Ella averiguará dónde se han escondido —concluyó el inquisidor.

Ambos bajaron la escalera acaracolada de la Torre y salieron al patio de la fortaleza. En otro tiempo, cientos de caballeros de la Orden de los Templarios se entrenaban sin descanso ante los gigantescos muros de piedra para luchar en las Cruzadas, pero ahora solo un grupo de soldados hacía guardia junto a las puertas de la gran muralla que los rodeaba.

Ethan montó en su caballo, lo espoleó y cruzó el puente levadizo al galope, mientras el inquisidor se subía en una pequeña carroza y ordenaba al cochero que se pusiera en marcha; alguien lo estaba esperando en un fastuoso palacio situado a orillas del río, frente a las monstruosas gárgolas de la catedral de Nôtre Dame. El sol aún brillaba sobre París.

# *El enigma de la biblioteca*



Los pasillos y los claustros de la universidad estaban repletos de estudiantes vestidos con largas capas negras que reían y conversaban ante las aulas, mientras esperaban el comienzo de las clases. También Grimpow había recibido como obsequio de Edmond de Tokvill una capa igual, que portaba orgulloso sobre sus hombros sin dejar de mirar asombrado a un lado y a otro. Así vestido, pasaría inadvertido entre los estudiantes, y nadie sospecharía que su presencia allí obedecía a razones que ninguno de sus nuevos compañeros podría llegar a imaginar ni comprender.

—Parecen todos muy felices —dijo Grimpow, esbozando una sonrisa.

—Y lo son. La búsqueda del conocimiento es el mejor bálsamo para las desdichas humanas —respondió Edmond de Tokvill, contento de ver a Grimpow más animado.

—Muy pronto tú también te sentirás feliz de estar aquí —añadió Anatol Pempius. Para él no había otro lugar donde un joven como Grimpow pudiese sentirse tan libre y afortunado.

Y, por un momento, Grimpow recordó los días que durante el último invierno había pasado con los monjes de la abadía de Bríndum. Aunque allí nadie, salvo el hermano Brasgdo, el cocinero, parecía sentirse dichoso. Las reglas de la orden eran estrictas, el silencio obligatorio y los rezos constantes: desde maitines a completas. Ahora comprendía por qué su buen amigo de entonces, el novicio Pobé de Lanfort, se escapó de la abadía para convertirse en caballero. Probablemente, pensó Grimpow, cada uno de aquellos estudiantes, muchos de ellos mayores que él, habían vivido hermosas historias de amor como las que Pobé de Lanfort le contaba en las oscuras y frías noches de las montañas de Úllpens. Y sin saber por qué, Grimpow recordó a Sofí. ¿Dónde estaría ahora? ¿Habría llegado ya a París? ¿Se acordaría de él? ¿Volvería a verla alguna vez?, se preguntaba en silencio. Pero la voz de Edmond lo sacó de sus cavilaciones.

—Venid, es por aquí —dijo Edmond de Tokvill cuando llegaron a una galería abovedada, sostenida por altas columnas con capiteles tallados.

Una escalera descendía a los sótanos del edificio. Bajaron por ella hasta adentrarse en un pasaje estrecho y húmedo. En una esquina había una lámpara de aceite encendida. Era el final de una especie de túnel que terminaba en una rugosa pared, de la que sobresalían distintos ganchos de hierro formando caprichosas combinaciones. Grimpow supuso que en aquel agujero debía de haber una entrada que los conduciría a algún secreto. Pero la entrada no estaba en la pared, como él

había pensado. Edmond de Tokvill tiró con rapidez de algunos de los ganchos siguiendo un orden que solo él conocía, y el suelo se movió bajo sus pies. Una losa de piedra se deslizó en el suelo y dejó abierto un hueco suficiente para que pudiesen bajar a través de él hasta un nivel inferior.

Edmond de Tokvill cogió entonces una lámpara de aceite y el agujero negro se iluminó dejando visibles los peldaños de una estrecha escalera. Entraron de uno en uno siguiendo los lentos pasos de Edmond. Luego, este accionó una palanca que volvió a cerrar la losa de piedra sobre sus cabezas. Abajo todo estaba oscuro, pero Grimpow no sintió ningún miedo. Edmond de Tokvill elevó la lámpara, y la luz se propagó hasta iluminar la entrada a un inmenso laberinto de salas forradas con estandartes repletos de manuscritos.

—No hay en el mundo conocido otro lugar como este —proclamó Edmond, ante la mirada sorprendida de Grimpow.

Y no se equivocaba, pensó Grimpow. Ante sus ojos tenía la mayor biblioteca que pudiese existir, excavada en las profundas entrañas de la tierra.

—¿Cuántos manuscritos puede haber aquí? —preguntó Grimpow a Anatol Pempius, mientras Edmond encendía otras lámparas repartidas por distintas salas que parecían no tener fin.

—Nadie lo sabe con exactitud, pero son algunos cientos de miles los manuscritos que se guardan aquí desde hace siglos.

—En efecto —dijo Edmond de Tokvill—. En esta biblioteca secreta hay libros antiquísimos procedentes de Alejandría y Pérgamo, y manuscritos desconocidos de sabios como Arquímedes, Tales de Mileto, Pitágoras, Platón, Aristóteles o Ptolomeo...

—Conozco algunas de sus obras —lo interrumpió Grimpow, sin pretender ser pedante—. En la pequeña biblioteca de la abadía de Brínkum estudié con el hermano Rinaldo de Metz las teorías matemáticas y astronómicas de esos grandes sabios.

Pero se equivocaban al afirmar que la Tierra es el centro del Universo. Nuestro planeta no es más que una gota de agua en medio de un océano infinito.

—El difunto Gurielf Lábox pensaba de esa misma forma —recordó Edmond de Tokvill. Por eso quiero mostrarte los manuscritos en los que trabajaba antes de que el inquisidor Búlvar de Góztell lo matara. Él creía que había descubierto cuál es el origen de la Piedra que tú posees ahora. Por eso comenzó a buscar el secreto que los nueve caballeros templarios trajeron de Jerusalén por encargo de los antiguos sabios de la sociedad Ouróboros, hace ahora más de dos siglos.

—Sí, queremos que tú continúes lo que él no pudo terminar —dijo Anatol.

—¿A qué os referís?

—Será mejor que lo veas con tus propios ojos.

Iluminados por las lámparas de aceite que llevaban en sus manos, recorrieron largos pasillos rodeados de libros que zigzagueaban en todas las direcciones, sin que

Grimpow pudiera recordar el camino que seguían. Si la luz se apagaba, jamás conseguirían salir con vida de aquel laberinto insondable, pensó estremecido. Finalmente, Edmond de Tokvill se detuvo ante unos estantes y los hizo girar accionando un dispositivo oculto tras los libros.

Una pequeña sala cubierta por una bóveda semicircular se abrió ante ellos.

—¿Qué es eso? —preguntó Grimpow.

—Esperábamos que fueses tú quien nos lo explicara. Nadie ha visto nunca algo semejante —le confesó Edmond de Tokvill.

Grimpow entró en la sala, maravillado y aterrado por lo que veían sus ojos. En el centro, sobre un catafalco, había un cuerpo tendido, apenas visible entre las penumbras. A pesar del miedo que lo paralizaba, Grimpow se acercó y contempló el cadáver.

—Es una mujer muerta hace miles de años —dijo Edmond de Tokvill.

Y Grimpow sintió que la prodigiosa Piedra que le colgaba del cuello se iluminaba sin que él la tocara.

# El duque Gauthier



El hombre que esperaba al inquisidor tenía el ojo derecho cubierto por un parche negro, vestía con elegancia y portaba en su mano enguantada un halcón peregrino, del que nunca se separaba. Estaba de pie, en el centro de un salón decorado con ápices de caza y abundantes cabezas de ciervo disecadas.

Búlvar de Góztell entró en la estancia y se inclinó ante el duque con una ostentosa reverencia. Al verlo, el halcón movió la cabeza de un lado a otro con desconfianza.

—Llegáis tarde —se quejó el hombre de un solo ojo.

—Lo siento, señor. Un asunto de suma importancia para nuestros planes requirió mi atención antes de venir a visitaros —se excusó el inquisidor.

—Espero que ese asunto del que habláis no signifique que Nogaret sigue vivo. Aún no recorre París ningún rumor sobre su muerte.

—No sé qué ha podido ocurrir, pero lo cierto es que la hermosa mujer que debía asesinarlo no ha acudido al lugar convenido. Esa ha sido la causa de mi demora.

—Debisteis encargarse de ese asunto a Ethan. Él nunca falla.

—No quería que pareciera un crimen, por eso pensé que era mejor que una joven bruja lo envenenara.

—El duque Gauthier se paseó por la estancia con aire pensativo. A él le importaba poco cómo muriera Nogaret, solo deseaba verlo muerto.

—Si Nogaret muere como aseguráis, lo parezca o no, todo París pensará que ha muerto a causa de la maldición que el gran maestro del Temple lanzó en la hoguera al Papa, al propio rey y a su consejero.

—Entonces harán responsables del crimen a los rebeldes templarios y no a nosotros —continuó el inquisidor.

—Pero los alquimistas herejes seguirán gozando de los privilegios de su cargo como maestros de la universidad. El rey los apoya, esperanzado en que alguno llene sus arcas de oro con la transmutación del plomo —le interrumpió el duque.

—No si, como espero, consigo convencer al rey de que esos son ahora sus verdaderos enemigos —apostilló Góztell.

—¿Supongo que al menos habréis enviado los mensajes?

—Sí, todos están convocados para mañana, aquí, en vuestro palacio, después de la media noche.

—¿Y el rey? —preguntó el duque. Se acercó a un bastón con forma de T anclado en el suelo y dejó al halcón sobre él.

—Una vez que Nogaret haya muerto, vuestro primo dejará de ser un obstáculo para la conjura. Dejad eso de mi cuenta. El rey es el más interesado en poseer la Piedra de la Inmortalidad, y muy pronto la tendrá en sus manos. Luego, yo mismo se la arrebataré para entregárosla a vos.

—Confío en que no os equivoquéis, Góztell. Sin la Piedra, el poder de la sociedad secreta que ambos deseamos fundar solo sería una quimera —recordó el siniestro duque, mientras le daba al ave rapaz un trozo de carne cruda.

—Os aseguro que no habrá de pasar mucho tiempo antes de que el rey se rinda a nuestros pies. Muy pronto, la palabra «Kôt» que da nombre a nuestra conspiración será tan temida como el mismísimo Diablo. Todos los sabios y alquimistas serán marcados a fuego con ella, y nadie se atreverá a discutir la supremacía del nuevo y único Dios que reinará sobre la Tierra: vos seréis Dios, y el mundo entero será vuestro reino.

# *El cadáver dormido*



Una mujer muerta hace miles de años, se repitió Grimpow en silencio, mientras miraba asombrado el cadáver que tenía ante sus ojos. Habría jurado que aquella mujer solo estaba dormida. Nunca había visto un rostro tan perfecto y tan bello. El pelo, cortado a ras de la nuca, era negro, como las cejas y las largas pestañas. Tenía la piel rosada, y tanta era la serenidad de su expresión, que un aura imprecisa y misteriosa parecía emanar de ella. ¿Cómo era posible que esa mujer hubiese muerto hacía miles de años?

—Ninguna momia se ha podido conservar intacta durante tanto tiempo —reconoció Edmond de Tokvill.

—Sí, es como si un mágico soplo de inmortalidad se hubiese posado sobre el cuerpo a pesar de su muerte —añadió Anatol Pempius.

Pero Grimpow no escuchó lo que sus maestros le decían. Un sinfín de imágenes incomprensibles se había adueñado de sus pensamientos; su mente se alejó de aquella biblioteca excavada en las entrañas de la tierra, adentrándose en lejanas nebulosas y remotas galaxias, basta que sus ojos se detuvieron en la marca de una diminuta estrella que parecía desprender la misma luz que emitía la piedra, situada sobre el hombro izquierdo de aquel cadáver dormido.

—¿Qué significa esa estrella? —preguntó, mientras contemplaba los hombros desnudos de la mujer.

—Nadie lo sabe. Pero ese era uno de los misterios que Gurielf Lábox estaba intentando desvelar antes de morir. Había averiguado que una vieja leyenda hablaba de la existencia de una raza de brujas llamadas de la Estirpe, que descendían del mismísimo Diablo, pero estaba convencido de que esa leyenda no era cierta —dijo Anatol Pempius.

—En efecto, no sabemos aún lo que significa esa estrella ni por qué el cadáver de esa mujer se ha conservado sin sufrir deterioro alguno durante tantos siglos, pero ninguno de nosotros cree que sea obra del Diablo.

—Yo tampoco lo creo —dijo Grimpow.

—Entonces, ¿de qué puede tratarse? —preguntó Anatol Pempius, admirado ante la seguridad en sí mismo que Grimpow mostraba al fin, muy distinta a la que había observado en él durante los últimos días.

—Tampoco yo lo sé aún, pero estoy convencido de que este cadáver tiene mucho que ver con la Piedra —respondió Grimpow.

Al instante sacó la Piedra de la bolsa de lino que le colgaba del cuello y la depositó en la mano de la mujer muerta. La luz se intensificó como un sol dorado y luego fue diluyéndose de nuevo en las penumbras, hasta quedar reducida a un carbón encendido.

—¿Puedo dejar durante un tiempo la piedra en sus manos? Creo que a ella le pertenece más que a mí —comentó Grimpow.

—Si ese es tu deseo, no veo motivos para que no puedas hacerlo. La Piedra estará segura aquí —dijo Edmond de Tokvill, maravillado ante lo que había ocurrido.

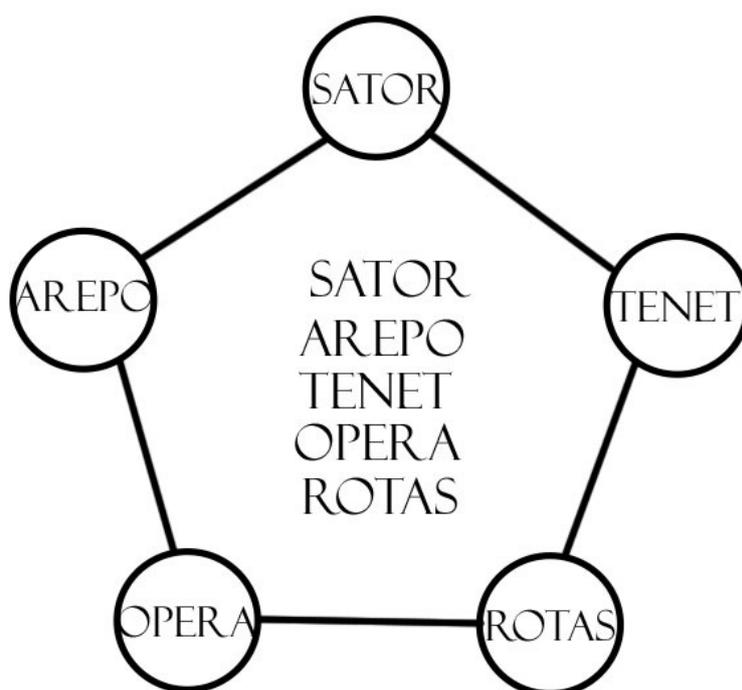
Grimpow no dijo nada más, pero pensó que allí, bajo tierra, la mano fantasmal que había visto en sueños no podría apoderarse de la Piedra. Además, algo le decía que ese misterioso cadáver también había poseído la Piedra alguna vez, en un lugar muy lejano y un tiempo remoto. Incluso pensó que él solo era un simple portador, que debía devolver la Piedra a su verdadero origen. Intuía, sin saber por qué, que ese origen desconocido que buscaba Gurielf Lábox antes de morir tal vez estuviera mucho más cerca de lo que él pudiera imaginar.

—Aún debes ver esto —dijo Edmond de Tokvill, acercándose a una pequeña hornacina situada en un rincón de aquella sala mortuoria.

Cogió un pergamino y se lo mostró a Grimpow.

—Es lo último que Gurielf Lábox dejó escrito.

Grimpow cogió el pergamino en sus manos y lo miró. Era un pentágono con cinco círculos y una palabra en cada uno de ellos, que se repetían en el centro y que podían leerse de la misma forma cualquiera que fuese el orden en que se hiciera: de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, de arriba abajo o de abajo arriba.



—¿Es la clave para encontrar el Secreto de los Sabios? —preguntó Grimpow,

después de observarlo durante un rato.

Edmond de Tokvill se acercó a Grimpow.

—Lo único que sabemos es que Gurielf Lábox lo llamaba el Pentágono Mágico.

## *Dos Bolsas de oro*



El contacto de la fría hoja de un puñal en su cuello sorprendió a Agnes cuando se disponía a abrir la puerta de la casa del río. Quiso gritar, pero una poderosa mano se aferró a su boca impidiéndole respirar.

—¡Si gritas te degollaré como a un cordero! —murmuró tras ella una voz ronca y pestilente.

Agnes parpadeó y asintió, emitiendo un balbuceo incomprensible pero suficiente para que la mano se retirara de sus labios. Giró la cabeza y pudo ver la cara de un hombre con aspecto de guerrero despiadado. Aún no había amanecido sobre París, pero las primeras luces del alba hacían clarear el cielo por el este.

—Tendrás que venir conmigo ahora, el inquisidor Búlvar de Góztell está esperándote en la Torre del Temple —dijo amenazante el hombre, a la vez que la cogía con fuerza del brazo.

La bruja de Montmartre tiró de su cuerpo hasta librarse de la mano que la aprisionaba y achicó los ojos como si lanzara un maleficio.

—¡No vuelvas a tocarme o será el verdugo de esa Torre quien corte tus asquerosas manos, antes de que puedas ver el sol del nuevo día!

El hombre hizo una mueca de desprecio, pero se apartó de la mujer. Había algo diabólico en la mirada de aquella hermosa bruja que le provocó un temor inusitado.

—¡De acuerdo..., de acuerdo! —dijo el hombre, levantado las manos en señal de aceptación—. Mi caballo está ahí, a la vuelta de aquella esquina —añadió, esta vez sin brusquedad.

Agnes caminó con arrogancia ante él.

—Yo montaré en la grupa —dijo cuando vio el animal.

Luego se subió con agilidad al caballo y, antes de que el hombre pudiera sujetarla, dio un grito, picó espuelas y cabalgó veloz hacia la Torre del Temple, sin prestar atención a los insultos y las blasfemias del desconocido.

El inquisidor estaba sentado ante la mesa de su escritorio. Una tenue luz iluminaba el libro que leía. A lo lejos se oyeron las campanas de una iglesia. Búlvar de Góztell alzó los ojos y vio frente a él a la bruja de Montmartre.

—¿Dónde has estado? Te he buscado por todo París sin encontrarte y de pronto apareces ante mí como un fantasma —le espetó.

—Lo siento, mi señor, tuve que ir a visitar a una vieja amiga.

—¿Has olvidado que teníamos una cita importante?

—No, ¡cómo podría olvidar algo así! Pero necesitaba que alguien me ayudara, antes de que fuese demasiado tarde.

—¿Te ayudara? Creía que lo único que tenías que hacer era conseguir que el consejero del rey se bebiera tu licor envenenado.

—Y lo hice, tal como vos deseabais. Pero yo también tuve que beber el veneno para no despertar sus recelos.

—Entonces...

—A estas horas, Nogaret debe de estar muerto. Si yo he logrado vivir ha sido porque esa vieja amiga de la que os hablaba me dio un fuerte antídoto, antes de que el bebedizo emponzoñado comenzara a hacer su efecto. Desde entonces he estado inconsciente, hasta que desperté hace un rato. Por eso no he podido venir a veros antes. Siento haberos defraudado.

—¿Defraudado? ¿Cómo puedes decir algo así después de lo que has hecho por mí? Si Nogaret ha muerto, yo seré el nuevo consejero del rey. Te aseguro que no lamentarás estar a mi lado.

Búlvar de Góztell estaba exultante. Sus planes comenzaban a salir como había deseado desde hacía mucho tiempo. Ahora solo le quedaba apoderarse de la Piedra y entregársela al rey como prueba de su fidelidad. Ya llegaría el momento de arrebatarla. Pero antes quería agradecer a la bruja de Montmartre sus desvelos por ayudarle. Ella había puesto al Diablo a su servicio, había asesinado a Nogaret y aún tenía que adivinar dónde se escondían los poseedores de la Piedra. Un par de bolsas repletas de monedas de oro la ayudarían a encontrarlos.

—Son para ti —dijo, después de cogerlas de un cajón de su escritorio.

—¡Oh, mi señor, cómo podré agradeceréoslo!

—Me sentiré correspondido sí encuentras pronto la Piedra de la Inmortalidad. Es mi deseo regalársela al rey cuanto antes. ¿Puedes ver dónde está ahora?

Agnes cerró los ojos para concentrarse en sus visiones, pero no consiguió ver al muchacho con la misma nitidez que lo había hecho en anteriores ocasiones. Era cómo si la energía que emitía ese mágico mineral se hubiese consumido, o como si el muchacho la hubiera escondido en algún lugar donde ni sus ojos ni los ojos del Príncipe de las Tinieblas pudieran verla.

—Sé que está aquí, en París.

—¿En París? ¿Estás segura?

—Pude sentirla esta noche muy cerca, pero no consigo verla ahora.

—Convoca otra vez al Diablo. Él te guiará hasta ella.

—El Diablo me dice que los amigos del muchacho, un hombre y una mujer, se han separado de él y han seguido caminos diferentes.

—Es posible que esos herejes nos estén engañando, y que sean el caballero italiano y la hija de Gurielf Lábox quienes guarden la Piedra por la que murieron sus padres. ¿Hacia dónde se dirigen?

—Van hacia el este..., hacia Italia.

—Así que el osado Salietti de Estaglia está regresando a sus tierras del Piamonte con la bella Weienell a su lado.

—Todavía estáis a tiempo de apresarlos, apenas llevan un día de camino. Mientras tanto, yo buscaré al muchacho aquí, en París.

—Ethan cabalgará día y noche hasta alcanzarlos y se encargará de ellos. Ahora que tú has aparecido, no será necesario que siga buscándote.

—¿Os referís al hombre que me asaltó hace un momento a las puertas de mi casa colocando su afilado puñal en mi cuello? ¡Esa maldita bestia me amenazó con degollarme! —exclamó Agnes.

—Le encargué que te trajera aquí aunque tuviera que buscarte en el mismísimo Infierno. Pero no era necesario que te hiciera ningún daño. ¿Te ha ofendido en algo ese insensato?

—Preguntadle a él, tal vez se sonroje al explicaros cómo permitió que una mujer indefensa le robara su caballo —dijo Agnes, señalando la puerta.

En ese instante, Ethan entró en el gabinete, sudoroso y jadeante.

—¡Señor, señor...! ¿No oís las campanas? —gritó, sin ni siquiera reconocer a la joven bruja que acompañaba a Búlvar de Góztell.

El inquisidor orientó sus oídos hacia los ventanales de la torre. Decenas de campanas de todas las iglesias de París sonaban al unísono con un redoble de difuntos. Ethan respiró hondo y añadió:

—¡El consejero del rey ha muerto!



## *Alguien en quien confiar*



Inmerso en la cotidiana algarabía de los estudiantes, Grimpow comenzaba a sentirse feliz en la universidad de París. Desde el momento en que había dejado la piedra en manos del misterioso cadáver de la mujer muerta hacia miles de años, algo que él no sabía precisar muy bien cambió en su vida. Era como si se hubiera liberado de una pesada carga que ya no era capaz de soportar sobre su espalda; o como si se hubiera desprendido de una sombra que vigilara cada uno de sus pasos; o como si la piedra se hubiese alimentado durante meses de su propio ánimo y ya no le quedara ni una sola gota de coraje que ofrecerle. También se olvidó pronto de sus miedos a que alguien pudiese quitársela: entre los infinitos laberintos de aquella biblioteca subterránea, nadie, ni siquiera un fantasma, podría encontrarla. Y, aunque a veces también recordaba a Weienell y a Salietti, esos pensamientos ya no le causaban ningún sufrimiento; si acaso, un poco de melancolía.

Pasó el final de la mañana en clase de astronomía con el maestro Edmond de Tokvill, escuchando con atención sus teorías sobre la materia invisible del Universo, las esferas celestes y los cataclismos cósmicos. Incluso fue el maestro Edmond quien presentó a Grimpow ante sus compañeros de aula con el nombre de Mathie Baumon. Dijo que era un estudiante muy aventajado llegado de la universidad de Berna y le hizo preguntas sencillas sobre astronomía que Grimpow respondió con timidez, pero también con acierto.

Al salir de clase, otro estudiante de su misma edad se acercó en el pasillo, junto a uno de los claustros.

—¡Por las barbas de Aristóteles! ¡Tú sí que sabes de astronomía! —le alabó.

Grimpow se detuvo y esbozó una sonrisa.

—Bueno, solo es...

—¡Oh, lo siento, lo siento! —dijo, apresurado, el joven—. Ni siquiera me he presentado. Mi nombre es Kylian, Kylian Dulongval, compartimos habitación en la hospedería.

Kylian Dulongval era un chico delgado y rubio, de ojos azules muy vivos que, cuando hablaba, agitaba los brazos al aire como si estuviera espantando un enjambre de avispas de su cara.

—Me alegro de conocerte —dijo Grimpow.

—¡Yo también! Esta mañana te vi acostado y no quise despertarte. El maestro Edmond de Tokvill me dijo que necesitabas descansar de un largo viaje. Supongo que

también tendrás hambre.

—¡Más que un viejo zorro en época de nieves! —confesó Grimpow riendo. Desde que el pasado invierno se separó de su querido amigo Dúrlib en las montañas de Úllpens, no hablaba de ese modo.

—Ven, acompáñame, iremos al comedor de estudiantes.

Rodeados de jóvenes envueltos en sus capas negras, se adentraron en una sucesión de galerías abovedadas que pasaban junto a las puertas de las aulas, seguían alrededor de otro claustro de altas columnas y, a través de un arco, comunicaban con el jardín de la hospedería. El comedor estaba en la planta baja; era grande y sobrio, sin más ornamento que los muros de piedra y las antorchas prendidas en ellos. Muchos estudiantes habían ocupado ya sus asientos alrededor de largas mesas de madera.

—¿Y por qué has venido a estudiar a la universidad de París desde la de Berna? —preguntó Kylian Dulonval, sentándose a una mesa vacía.

Sobre la mesa había una jarra de agua, unos pedazos de pan, un guiso de verduras, algo de queso y varios racimos de uvas.

—Mi maestro de matemáticas se iba a trasladar a vivir aquí y mi padre pensó que sería bueno para mis estudios que lo acompañara, al menos durante algún tiempo —mintió Grimpow sin ruborizarse.

—¡Puf! ¡Este guiso es nauseabundo! —exclamó Kylian arrugando la cara, después de llevarse la cuchara a la boca.

—A mí me parece muy sabroso —dijo Grimpow, que no probaba un plato de comida caliente desde su paso por las cocinas del hermano Brasgdo, en la abadía de Bríndum.

—Ya pensarás de otro modo cuando pruebes el estofado de carne y el vino de la taberna de maese Grellón. No queda muy lejos de aquí.

—¿Y tú? ¿Llevas mucho tiempo en la universidad? —quiso saber Grimpow.

—Este es mi primer año, quiero ser médico. Mi padre esperaba que estudiara leyes, para que ocupara su puesto en el Consejo Municipal de la ciudad de Samur cuando él muriera. Pero yo prefiero aprender algo que le ayude a seguir vivo.

A Grimpow le hizo gracia la explicación de Kylian Dulonval. Era un chico tan despierto y hablador que Grimpow no tardó en sentir afecto hacia él. Y, aunque intentaba disimularlo, la realidad era que necesitaba tener a su lado a alguien en quien confiar.

—¿Samur? ¿Dónde está esa ciudad? —quiso saber.

—Al suroeste, en el valle del Loira. Es una pequeña ciudad situada junto al río. Pocos castillos hay en Francia como el de Samur, puedes jurarlo.

—En el camino hacia París oí que en el valle del Loira había una epidemia de cólera.

—Lo sé. La gente allí muere como moscas. ¿Por qué crees que quiero estudiar medicina? Pero no hay nada que pueda compararse con París. Si el Paraíso existe en

algún lugar está aquí, y, una vez que descubras las maravillas de esta ciudad, no querrás marcharte nunca de ella.

Al oír esto, Grimpow pensó que Kylian podría ayudarle.

—¿Conoces bien la ciudad? —le preguntó.

—Como la palma de mi mano. Podría recorrer sus calles y sus plazas con los ojos cerrados, y regresar aquí sin haber tenido un solo tropiezo.

De pronto, un revuelo de gritos y silbidos se extendió entre los estudiantes que entraban y salían del comedor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Grimpow, poco acostumbrado aún a tanto alboroto.

Kylian se levantó y se acercó a una mesa en la que otros jóvenes parecían festejar algo, alzando al aire sus tazones de agua. Al poco, regresó junto a Grimpow.

—¡El consejero del rey ha muerto! —exclamó con la misma alegría que sus compañeros.

—¿Y por qué lo celebran?

—¡Han suspendido las clases! —dijo Kylian, esperando que Grimpow compartiera su alborozo.

—Bueno, yo creía que... —Grimpow no sabía qué decir.

—¡Al menos tendremos dos días libres! Mañana se celebrarán los funerales; y al día siguiente, el cortejo del enterramiento.

—Entonces, quizá puedas ayudarme a buscar a una persona...

—¿Tienes algún pariente en París? —preguntó Kylian, intrigado.

—No, es una buena amiga... Vive cerca del barrio Latino.

# Especulaciones y sospechas



Cuando Agnes Lebuy entró en la catedral de Nôtre Dame, las campanas de las torres seguían repicando por el alma del difunto consejero del rey. En todo París no se hablaba de otra cosa. La noticia corría de boca en boca, y por todos lados habían corros de gente que especulaba sobre las causas de la muerte del temido y odiado Nogaret. Unos aseguraban que había muerto mientras dormía plácidamente en sus aposentos; otros sospechaban que había sido asesinado por los templarios huidos de Francia, mientras que la mayoría no dudaba de la maldición que el gran maestro de la Orden del Temple lanzó en la hoguera había vuelto a cumplirse, y que el próximo en morir sería el propio rey. Pero la bruja de Montmartre sonreía para sus adentros, nadie podría imaginar que ella había sido la asesina.

Con el pelo cubierto por un velo negro, avanzó entre las penumbras de la nave central de la catedral. Un murmullo de rezos envolvía decenas de velas encendidas ante el altar, cuyas diminutas luces destellaban en la oscuridad como un infinito campo de estrellas. Pasó ante las luminarias y se dirigió a la sacristía. La puerta estaba abierta. En el interior, un clérigo ordenaba un gran armario repleto de túnicas y casullas de color blanco y púrpura. Era el capellán de la catedral, un hombre delgado de facciones afiladas y con abundantes mechones de pelo blanco en la tonsura.

—¿Qué os trae aquí en un día tan amargo como este? —preguntó el capellán, al ver a la dama que acababa de entrar en la sacristía.

—Siento molestaros, pero necesito hablar con vos de un asunto urgente.

—Mal momento habéis elegido. Como podéis ver, estoy demasiado ocupado con los preparativos de los funerales del consejero del rey. ¡Dios tenga piedad de su alma! —rezó el capellán, a la vez que se persignaba.

—Solo deseo consultar los archivos de la catedral.

—Entonces tendréis que hablar con el hermano archivero. Volved otro día. Todos los clérigos están orando por el difunto Nogaret en el Louvre, y pronto regresarán para vestir las galas de las exequias.

Agnes abrió una pequeña bolsa de cuero que llevaba atada a la cintura, sacó un par de monedas de oro y se las ofreció al capellán.

—Tomad, con esto podréis ayudar a la salvación de muchas almas.

—¡Oh, señora! Vuestra generosidad debe ser sin duda premiada, a pesar de las circunstancias. ¿Qué deseáis saber exactamente? Veré si yo mismo puedo ayudaros —dijo el capellán, inclinándose con humildad para coger las monedas.

—Necesito averiguar quién fue el esposo de una dama llamada Agnes Lebuy.

—¿Sabéis la fecha de su matrimonio?

—No, solo sé que fue algunos años antes de 1290.

—Venid, acompañadme. Miraremos en el archivo de casamientos. Tal vez allí encontremos lo que buscáis.

Junto a la sacristía había una sala amplia con varias mesas en el centro, rodeadas de estantes con gruesos tomos forrados en cuero. El capellán fue mirando las fechas manuscritas en los tomos y no tardó en coger uno de los libros.

—Aquí están inscritas las bodas celebradas en París desde el año 1275. Creo que debe de ser este tomo.

Se acercaron a una de las mesas y el capellán encendió un pequeño candelabro de plata.

—Avisadme cuando hayáis terminado.

La bruja de Montmartre se sentó y comenzó a pasar una a una las páginas del voluminoso manuscrito. Hasta entonces nunca le había preocupado quiénes fueron sus padres ni por qué la habían abandonado. Sin embargo, desde que la vieja Malén le hablara de las brujas de la Estirpe, Agnes sintió un deseo incontenible de conocer quién había sido realmente su madre. En las páginas que hojeaba con inquietud podía estar la primera respuesta a las muchas preguntas que desde entonces se hacía. Las bodas en París durante esos años habían sido abundantes. Pero a pesar de sus dotes adivinatorios, ella ignoraba si encontraría lo que buscaba. Hasta que, en las anotaciones del año 1288, descubrió que había una hoja arrancada.

# El Barrio Latino



Nada deseaba más Grimpow que volver a encontrarse con Sofí. Le había prometido que la buscaría en París y estaba dispuesto a hacer todo cuanto pudiera por verla de nuevo. Sin embargo, no estaba seguro de que la muchacha compartiera sus mismos sentimientos. Sabía que la muerte de Baunach, el tío de Sofí, le había convertido en culpable de su tragedia. Ninguno de los comediantes querría volver a verlo. Sobre todo Ricard, el primo de Sofí, cuyo odio seguiría alimentando día a día sus deseos de venganza. Por esa razón, Grimpow necesitaba que su nuevo amigo Kylian Dulonval le ayudara. Él conocía bien el barrio Latino.

—¿Estás enamorado de esa amiga? —preguntó Kylian cuando salieron de la hospedería.

—Bueno, no lo sé... Creo que solo somos buenos amigos, porque la verdad es que apenas si la conozco.

—¡Por las barbas de Aristóteles! ¿Cómo puedes dudar de si estás o no enamorado de ella? Eso es algo que se sabe a ciencia cierta. O lo estás o no lo estás. Y si lo estás, sientes que el corazón te late tan deprisa que crees que te vas a morir súbitamente por culpa de esa inconfundible sensación.

—¿Tú has estado enamorado alguna vez? —quiso saber Grimpow.

Kylian lo miró como si le hubiese hecho una pregunta absurda.

—¡Oh, claro que sí! No hay un solo estudiante en todo París que no esté enamorado. ¿A quién podríamos dedicar si no nuestros poemas? Deberías escribir unos versos para ella y declararle amor eterno a esa joven... ¿Cómo se llama?

—Sofí Lascour.

Kylian se adelantó unos pasos a Grimpow, lo miró y se llevó las manos al pecho.

—¡Oh, amada Sofí, bella como un rubí, delicada como un colibrí y dulce como...! Bueno, podría ser dulce como un... querubín —dijo al fin, abriendo sus brazos como un trovador.

Los apasionados gestos de Kylian hicieron reír a Grimpow.

—No está mal. Podrías unirme a la *troupe* de su familia: son todos comediantes.

—¿Comediantes...? ¿Has dicho comediantes?

—Sí, eso he dicho...

—¡Entonces puedes considerarte afortunado, mi querido Mathie! Esa joven está tocada con los dones de la diosa Diana y estoy seguro de que espera ansiosa que Cupido lance sus flechas de amor contra su frágil corazón —dijo Kylian con la

misma teatralidad.

Oír que Kylian le llamaba Mathie desconcertó a Grimpow, Aún no se había acostumbrado a su nuevo nombre y tuvo la sensación de que también él estaba representando un falso papel de teatro ante su amigo, asumiendo una personalidad que realmente no le correspondía. Pero entonces recordó que Anatol Pempius le había advertido de los riesgos que correría si en la universidad se conociera su verdadero nombre, así que, de momento, era más seguro que Kylian no supiera nada sobre los verdaderos motivos de su presencia en París.

—¿De veras crees que ella está enamorada de mí? —preguntó Grimpow, continuando con su papel de ingenuo.

—Aunque no la conozco todavía, apostarí los ojos a que es así... A propósito, ¿cómo os conocisteis?

Mientras caminaban por las estrechas y animadas calles del barrio Latino, rodeados de gente que se dirigía hacia los puentes que cruzaban el río y comunicaban con la isla y la parte este de la ciudad, en la que se encontraba el castillo del Louvre, Grimpow le contó a Kylian que conoció a Sofí durante su viaje, en las cercanías de París, pero no le dijo nada sobre lo ocurrido con su tío Baunach y los soldados del rey. Luego, preguntaron a algunos comerciantes del barrio si sabían dónde estaba la casa de Goebel Lascour, el comediante, pero, aunque le conocían, ninguno supo decirles nada sobre el lugar exacto en que vivía.

—¿Estás seguro de que era en las cercanías del barrio Latino? —pregunto Kylian.

—Sí, estoy seguro. Sofí me dijo que vivía cerca de la universidad, junto a una plaza de la que no recuerdo el nombre.

—Vayamos entonces a la plaza Maubert...

—¡Esa es la plaza! Ahora que tú lo has dicho, no me cabe ninguna duda.

Siguieron la calle, giraron a la derecha, cruzaron la gran Rue de Saint Jacques, dejaron una iglesia a la derecha y llegaron a una plaza con forma triangular. Una mujer vendía pescados del río en una cesta de mimbre que tenía a sus pies. Kylian se acercó a ella y le preguntó por la casa del comediante Goebel Lascour.

—Está allí, al girar esa esquina. Veréis los carros en el patio —dijo la mujer, señalando hacia el lugar con el brazo extendido.

Grimpow había temido que la caravana de comediantes no hubiera llegado aún a París, pero las palabras de aquella mujer lo tranquilizaron.

—¡Vamos, tu amada Sofí te espera! —dijo Kylian, tirándole del brazo.

—Aguarda un momento, será mejor que ella no me vea.

## *¡Malditos Templarios!*



Los funerales por la muerte de Nogaret habían comenzado en el castillo del Louvre. Metido en un lujoso ataúd abierto, el cadáver del consejero del rey descansaba en el centro del gran salón de recepciones, custodiado por seis heraldos armados con lanzas. Su rostro expresaba la serenidad de una muerte dulce. Multitud de nobles y clérigos desfilaban en silencio ante el féretro, presidido por un cirio encendido. Pero alrededor del gran salón todos los miembros de la corte, vestidos con sus mejores galas, murmuraban en voz baja sobre el fatal destino del odiado Nogaret. Su extendida fama de hombre cruel y despiadado se había forjado desde que inició la persecución de los caballeros templarios, hacía más de quince años. Él fue el impulsor de la conjura contra la poderosa Orden del Temple, que había condenado a la Inquisición y a la hoguera a cientos de monjes soldado de toda Francia, después de que confesaran bajo tormento sus herejías.

En un rincón apartado de las miradas indiscretas, el rey hablaba con el inquisidor Búlvar de Góztell.

—¿Habéis oído los rumores que recorren las calles de París como una epidemia de peste? —preguntó el rey a su nuevo consejero.

—No deberíais hacer caso de tan absurdas habladurías, majestad. Los médicos han sido muy claros en su diagnóstico: Nogaret ha muerto por causas naturales.

—Pero toda la ciudad cree que ha caído sobre él la maldición que el gran maestro de la Orden del Temple lanzó contra nosotros antes de arder en la hoguera.

—Dejad que el populacho crea en esas fantasías.

—Olvidáis que después de la muerte del Papa y de Nogaret, yo soy el único que aún queda con vida. Si esa maldición siguiera cumpliéndose, la muerte estaría tan cerca de mí como vos lo estáis ahora.

—Yo cuidaré de que nada os ocurra, majestad. Confiad en mí. Tengo buenas noticias que daros sobre la Piedra de la Inmortalidad.

—¿Qué sabéis de ella? ¿La habéis encontrado?

—Aún no, pero sé que está aquí, en París.

—¿Acaso han regresado los soldados que Nogaret envió en su busca antes de morir?

—Los soldados de los que habláis han desaparecido de la faz de la Tierra. Nadie ha vuelto a verlos. Lo más probable es que también hayan muerto.

—¡Malditos templarios! Ellos y el Diablo son la causa de nuestras desdichas.

Jamás podré descansar mientras quede uno de ellos con vida.

—Pero podéis aprovechar la ocasión para dar un nuevo escarmiento. En París aún hay viejos amigos de la Orden del Temple que son un peligro para vos y para vuestro reino.

—¿A quien os referís?

Búlvar de Góztell acercó sus labios al oído del rey y le susurró los nombres de algunos poderosos nobles de París.

—¿Estáis seguro de que son unos traidores?

—Vos mismo podréis oír sus confesiones cuando sean apresados.

—¡Entonces prendedlos! ¡Prended a los traidores y ahorcadlos a todos!

# Una promesa cumplida



A Kylian Dulonval le sorprendió el cambio de actitud de su nuevo compañero de cuarto.

—¡Pero qué dices! ¿Puedo saber entonces para qué demonios hemos venido hasta aquí? —preguntó en medio de la plaza.

En ese instante, Grimpow supo que no podría seguir mintiendo.

—Hay algo que no te he contado.

—Dijiste que el padre de Sofí era un buen hombre. ¿Por qué no llamas a la puerta y preguntas por su hija?

—No estoy muy seguro de ser bien recibido en esa casa. Después de conocer a Sofí y a su familia, ocurrió algo horrible y ellos creen que yo fui el culpable de su desgracia.

Se sentaron en un banco de piedra y Grimpow le contó a Kylian cómo la caravana de los comediantes fue asaltada por los soldados del rey. Kylian Dulonval no podía creer la historia que acababa de escuchar. Lanzó un silbido al aire y preguntó:

—¿Y Sofí te odia tanto como su primo Ricard?

—Después del tiempo que ha pasado no sé lo que pensará, por eso creo que es mejor que hables tú con ella, antes de que me vea a mí.

—¡Por las barbas de Aristóteles! ¡A mí ni siquiera me conoce!

Durante un rato planearon cómo harían para que Kylian pudiera hablar con Sofí sin que nadie les viera. Al fin, decidieron que Grimpow esperaría a las puertas de un monasterio que estaba situado algunas calles más arriba, mientras Kylian vigilaba en la esquina de la plaza hasta que Sofí saliera sola de la casa. Entonces Kylian se acercaría a ella y le diría que su amigo Grimpow había cumplido su promesa y la esperaba en el lugar convenido.

—¿Grimpow? —preguntó Kylian, sorprendido una vez más por las intrigas de su misterioso compañero.

—Ella lo entenderá, ya te lo explicaré más tarde.

Envuelto en su capa de estudiante, Grimpow se alejó calle arriba, buscando el monasterio que Kylian le había indicado. No tardó en encontrarlo, rodeado de huertos y frutales que llegaban hasta la orilla del río. Tampoco Kylian tuvo que esperar mucho. Al poco de que Grimpow se hubo marchado, la puerta de la casa que vigilaba se abrió. Pero no fue Sofí quien salió de ella, sino un hombre fornido y alto, que apenas si pasaba bajo el quicio de la puerta. Kylian supuso que sería el padre de Sofí

y lo siguió con la mirada hasta que se perdió al final de la calle. El corazón le palpitaba con fuerza, a pesar de que no era él quien estaba enamorado de Sofí. Sin embargo, se sentía contento de haber conocido a Mathie Baumon o quien quiera que fuese su nuevo amigo. Hacía tiempo que nada interesante ocurría en su vida y, después de lo que Grimpow le había contado, deseaba conocer más detalles de su historia. Él nunca había presenciado una batalla, mientras que Grimpow a pesar de su aparente ingenuidad, parecía curtido en mil de ellas, pensó. Fue entonces cuando la puerta de la casa volvió a abrirse y sus ojos quedaron deslumbrados por la belleza de una joven de pelo corto que vestía como un muchacho inquieto como si fuese a declararle su amor, Kylian esperó a que Sofí se alejara de la casa. Tenía que ser ella sin ninguna duda, pues era tal como Grimpow se la había descrito. Ahora podía verla más de cerca, caminando distraída hacia la esquina en la que él se encontraba.

Sofí se sobresaltó al ver que un chico desconocido se acercaba a ella.

—Eres Sofí, ¿verdad? —dijo Kylian, seguro de no equivocarse, cuando llegó junto a la muchacha.

Los ojos de Sofí observaron a Kylian con expresión de sorpresa. Sin duda, el chico que le hablaba era un estudiante de la universidad de París. Pero no era quien ella esperaba. Así que se limitó a asentir sin decir nada.

Kylian le sonrió.

—Tu amigo Grimpow ha cumplido su promesa —dijo.

El bello rostro de Sofí no disimuló su alegría al oír el nombre de Grimpow, aunque temió que le hubiese ocurrido algo y por eso enviaba a otro estudiante con algún mensaje para ella.

—¿Dónde está? ¿Por qué no ha venido él? —preguntó angustiada.

—Está cerca de aquí, pero antes de verte quiere estar seguro de que tú no le odias.

—Llévame con él, ¿quieres? —pidió Sofí, tímidamente.

—Ven, te está esperando en el monasterio que hay unas calles arriba.

Sofí siguió los pasos de Kylian en silencio. Se sentía feliz y no pudo evitar que un súbito estremecimiento le recorriera el cuerpo al pensar que pronto vería de nuevo a Grimpow. Ella no le odiaba. ¿Cómo podría odiarle después de haber salvado la vida de su padre? Lo que le había ocurrido a su tío Baunach no era culpa suya, a pesar de que Ricard lo odiara con toda su alma. Además, lo que ella sentía por Grimpow no era solo el afecto de una buena amistad. No era la primera vez que se enamoraba de algún chico y conocía bien las emociones que provocaba el amor. Pero Sofí nunca las había sentido con tanta intensidad como cuando conoció a Grimpow. Desde el primer momento se despertó en ella el deseo de estar junto a él, de observar la ternura de sus ojos cuando le hablaba...

Los pensamientos de Sofí se interrumpieron bruscamente al ver a Grimpow bajo el pórtico del monasterio. Corrió hasta él y lo abrazó, dejando que unas lágrimas furtivas se escaparan de sus ojos.

—Creía que no volvería a verte —dijo.

—¡Por las barbas de Aristóteles! ¿Y tú dudabas de que esta bella joven te amara?  
—exclamó Kylian, al ver los ojos húmedos de Sofí.

Grimpow y Sofí rieron ante las exageradas expresiones de Kylian.

—Este es Kylian Dulonval, mi compañero de cuarto en la hospedería. Le pedí que me ayudara a encontrarte —dijo Grimpow.

Kylian se acercó a Sofí, tomó su mano y se arrodilló como haría un caballero, rendido ante la dama de sus sueños.

—Y me alegro de haberlo hecho. En otro caso, mis ojos se habrían privado de la dicha de contemplar un rostro tan dulce como el vuestro.

Besó la mano de Sofí y esta se ruborizó.

—Gracias por ayudar a Grimpow —dijo algo turbada.

—No hagas mucho caso a Kylian, le encanta hacer teatro —advirtió Grimpow.

—Es cierto, pero no tanto como a ti. Por lo que hasta ahora he visto, tú tampoco eres realmente quien dices ser. Así que por qué no me explicas cómo siendo tu nombre Mathie Baumon, Sofí te ha llamado Grimpow.

—¿De verdad te llamas Mathie Baumon? —preguntó Sofí.

Grimpow se sintió atrapado en su propio engaño. Nunca le había mentado a un amigo y él necesitaba que Sofí y Kylian le creyeran. Sin Salietti y Weienell, eran los únicos en quienes ahora podía confiar, aunque a Kylian acabara de conocerlo. Pero Grimpow intuía que Kylian no lo traicionaría. Él le había ayudado a encontrar a Sofí y ambos ya formaban parte de su nueva vida.

—Será mejor que os cuente la verdad —dijo.

—Sí, será lo mejor —aceptó Kylian—. Así aclararemos de una vez este enredo.

Luego se sentaron en los escalones del pórtico del monasterio, y Grimpow les contó su verdadera historia, desde que el invierno anterior había encontrado el cadáver de un hombre en las nevadas montañas de Úllpens.

# *La noche de las espadas*



En los sótanos del palacio del duque Gauthier, doce caballeros y un monje conspiraban contra el trono de Francia. Búlvar de Góztell había convencido al rey de que algunos poderosos nobles, antiguos amigos de los templarios, debían ser ahorcados como escarmiento por la muerte de Nogaret; los caballeros allí reunidos se encargarían esa noche de arrestar a los «traidores», siguiendo las órdenes del inquisidor.

Los doce caballeros vestían armaduras y ocultaban sus rostros bajo los yelmos. Todos llevaban una capa negra prendida de los hombros, y estaban sentados a una mesa ovalada, sobre la que cada uno había depositado su espada, con el puño apuntando hacia ellos. El único que permanecía de pie era Búlvar de Góztell, cuyo rostro apenas era visible bajo la capucha de su hábito. Varias antorchas ardían en uno de los muros, iluminando una extraña palabra de tres letras, tallada en la piedra:

KÔT Era el nombre de la sociedad secreta que el duque Gauthier y el inquisidor Búlvar de Góztell se disponían a fundar esa misma noche, con el objetivo de apoderarse de la Piedra Filosofal. Ellos sabían que si esa Piedra seguía en manos de los sabios, todas sus creencias, todos sus privilegios, todo su mundo y su poder sobre él, desaparecerían para siempre.

El inquisidor se dirigió a los doce caballeros y leyó en voz alta los estatutos que regirían la sociedad secreta. Luego les pidió que cogieran sus espadas y se pusieran en pie. Uno a uno, los doce caballeros fueron prestando juramento de fidelidad a la sociedad secreta. El último fue el duque Gauthier. Elevó su espada ante sus ojos y, tras besar su afilada hoja, proclamó con solemnidad:

—¡Juro que esta fiel espada peleará hasta mi muerte por defender nuestra fe, y cortará la cabeza de la serpiente que se muerde la cola y de cuantos sabios y alquimistas la adoran!

Búlvar de Góztell cogió un pergamino que tenía el símbolo del Ouróboros pintado en el centro, y lo fue mostrando a su alrededor para que todos lo vieran. Luego lo acercó a una de las antorchas y le prendió fuego. Lo mantuvo cogido en su mano hasta que las llamas devoraron el pergamino, convirtiéndolo en pavesas que se deshacían en el aire.

—¡Muerte al Ouróboros! —gritó entonces el inquisidor.

—¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte! —repetieron los otros.

Encabezados por el inquisidor, los doce caballeros salieron al exterior del palacio

del duque Gauthier. Montaron en sus caballos y, seguidos por un carro que cargaba una gran jaula de barrotes de madera, se dirigieron a distintas casas blasonadas de París. De cada una de ellas sacaron a golpes a los nobles que moraban en ellas. Y ante los gritos desesperados de sus hijos y esposas, los encerraron en la jaula. Los que se resistieron y lucharon por su vida fueron asesinados sin piedad. La noche de las espadas había comenzado. Búlvar de Góztell mostraba su orgullo erguido sobre su caballo. Ahora era el hombre más poderoso en Francia. Ni siquiera el rey tenía tanto poder.

## *Cerca del embarcadero*



Grimpow y Kylian Dulongval desayunaban en el comedor de la hospedería. Se habían despertado tarde porque ese día no había clases en la universidad, y porque la pasada noche se habían reunido con unos amigos de Kylian y se habían acostado al amanecer, agotados de recorrer las calles y las plazas de París. Sofí no estuvo mucho tiempo con ellos durante la tarde anterior; tenía que hacer unos recados y regresar a su casa antes de que su madre la echara de menos, así que se marchó poco después de que Grimpow terminara de contarles su historia. Quedaron en verse a la mañana siguiente, antes del mediodía, para ver el fastuoso cortejo fúnebre del difunto consejero del rey.

Kylian mostraba un apetito voraz, aunque no paraba de hablar y de hacer preguntas a Grimpow sobre su increíble aventura; deseaba conocer cada instante, cada acto, cada vivencia, cada acontecimiento, cada dato, cada detalle que le permitiera comprender todo lo que su nuevo amigo les había contado sobre la Piedra Filosofal y el Secreto de los Sabios. Era todo tan fantástico, tan misterioso y apasionante, que Kylian aún dudaba que esa historia sobre el Camino Invisible fuese realmente cierta. Y si lo era, por nada del mundo estaba dispuesto a perderse lo que pudiese ocurrir de ahora en adelante. Él y Sofí ayudarían y protegerían a Grimpow de cualquier peligro que pudiese acecharlo. El Secreto de los Sabios ya no era un secreto para ellos. Grimpow podía estar tranquilo; ni él ni Sofí lo traicionarían.

Pero no eran esas las preocupaciones de Grimpow. Él solo quería volver a estar de nuevo con Sofí, y no pensaba que fuese buena idea quedar con ella donde alguien de su familia pudiese verlos juntos. Si Ricard se enteraba de que su prima se había visto con uno de los herejes culpables de la muerte de su padre, les crearía un serio problema. Sobre todo a la pobre Sofí, a quienes sus padres le prohibirían que volviera a verse con él. Nadie, salvo Kylian, debía saber que ambos habían vuelto a encontrarse.

—¿Crees que será divertido ver un entierro? —preguntó con desgana.

—¡Cómo puedes dudarlo! —exclamó Kylian—. Te aseguro que asistirán todos los grandes nobles de París y de las ciudades cercanas, a pesar del desprecio que sentían hacia Nogaret. Los caballeros y los soldados del Louvre desfilarán sobre sus cabalgaduras, se adornarán las calles y las gentes lanzarán pétalos de flores sobre el féretro. Será un espectáculo como nunca se ha visto otro en la ciudad desde la última ceremonia real. Todos querrán exhibir sus mejores galas y expresar al rey su pesar

por la pérdida de su querido consejero. También veremos a los maestros y a los estudiantes de los últimos cursos de la universidad formando parte del cortejo.

—Entonces vámonos y no perdamos más tiempo. Sofí estaba esperando.

Cuando Grimpow y Kylian llegaron al pequeño puente que unía el barrio Latino con la isla de París, Sofí estaba esperando en la entrada, tal como habían acordado. Una muchedumbre de hombres, mujeres, ancianos y niños de todas las edades y clases, hacían cola para cruzar al otro lado.

Al verlos llegar, Sofí sonrió a Grimpow, mientras Kylian dijo:

—¡Vaya, pensaba que después de oír la historia de ayer ni querrías volver a ver a Grimpow!

—¿Por qué dices eso? —preguntó Sofí.

—Porque si sigues amando a Grimpow acabarás metiéndote en algún otro lío. Deberías interesarte por alguien menos enigmático y más vulgar; alguien como yo: solo aspiro a ser médico —dijo Kylian.

—¡Ocúpate de tus asuntos, Kylian! Yo sé cuidarme sola —soltó Sofí, acostumbrada a discutir con sus primos y a salir airosa de sus desafíos.

—Vamos, ¿a qué viene esto ahora? —dijo Grimpow. No soporto las discusiones absurdas.

—¡Solo estaba bromeando! —aclaró Kylian, dando una palmada con sus manos.

—¡Yo también! —añadió Sofí riendo, aunque pensó que tal vez Kylian preferiría estar a solas con Grimpow.

—Será difícil cruzar este puente entre tanta gente —dijo Grimpow, temeroso de encontrarse con el padre, los tíos o alguno de los primos de Sofí. Posiblemente, también ellos acudirían a ver el cortejo fúnebre del consejero del rey, pensó.

—¡Venid, iremos por otro lado! —dijo Sofí sin dudar. Cogió la mano de Grimpow y tiró de él.

—¡Esperad, yo también voy con vosotros! —gritó Kylian, decidido a no volver a hacer objeto de sus bromas a Sofí. Realmente era muy distinta a todas las jóvenes que él había conocido. Desde ahora la consideraría como un amigo más, sin pensar que era la chica más hermosa que había visto nunca.

Moviéndose entre el bullicio, dieron un rodeo por las calles cercanas y se dirigieron hacia el otro puente que cruzaba el río y separaba la isla de la ciudad. Pero, antes de llegar, Grimpow reconoció algo que ya había visto en otra ocasión, cuando pasó con Weienell y Saliatti por París, camino de la catedral de Chartres.

—¡Un momento! ¡Un momento! —exclamó, sin soltar la mano de Sofí.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kylian, deteniéndose junto a ellos.

—¡Esa es la casa de Gurielf Lábox! La recuerdo perfectamente —dijo Grimpow, señalando una casa con arzones de madera en la fachada, situada al fondo de la calle.

—¿Aquí vivía tu amiga Weienell con su padre, antes de que ambos se marcharan de París? —preguntó Sofí, recordando la historia que Grimpow les había contado.

—Sí, nos detuvimos con los caballos justo aquí —explicó Grimpow, situándose en el interior de la calle y señalando el lugar con su mano—. Salietti se acercó a la puerta, iba a coger una llave que había escondida sobre la cornisa, mientras Weienell y yo esperábamos. Nuestra intención era pasar la noche en casa del padre de Weienell y recoger algunas cosas. Pero vimos que había una luz en el interior y nos marchamos.

—¿Y qué importancia tiene eso ahora? —quiso saber Sofí.

—Tengo que conseguir entrar en esa casa —dijo Grimpow.

Kylian parecía perdido.

—¡Por las barbas de Aristóteles! ¿Puedo saber de qué demonios estáis hablando?

—Sigamos, te lo explicaré cuando crucemos el río.

Dejaron atrás el segundo puente, bordeado por los talleres de los orfebres y los joyeros. Kylian hizo ademán de dirigirse hacia el puente, pero Sofí lo agarró del brazo.

—¡Por ahí no! También hay demasiada gente. Cruzaremos en barca.

—¡Pero yo no sé nadar! —protestó Kylian.

—Vamos, no querrás que pensemos que eres un miedoso —dijo Sofí.

## *La mujer surgida de la bruma*



Al otro lado del río, la bruja de Montmartre había vuelto a visitar a la vieja Malén. Todo París se había echado a las calles para ver cómo el cortejo fúnebre se dirigía desde el castillo del Louvre a la catedral de Nôtre Dame y, desde allí, al cementerio de la Trinité, al oeste de la ciudad. Pero a Agnes no le apetecía presenciar el paso del cadáver del consejero del rey; demasiadas veces se había reprochado no haber tenido valor suficiente para negarse a cometer el crimen, y no estaba dispuesta a permitir que su conciencia siguiera torturándola. Se consolaba pensando que, si no hubiese envenenado a Nogaret, probablemente sería ella quien estaría muerta y nadie habría asistido a su entierro. Además, ahora era una dama respetada, disponía de oro, lujosos vestidos, vivía en una casa confortable, podía cuidar de Malén y, por si no fuesen suficientes razones, su magnífica relación con Búlvar de Góztell, el nuevo consejero del rey y gran inquisidor de Francia, le auguraba un futuro de poder y riquezas como jamás hubiese podido soñar. Solo tenía que volver a encontrar el rastro de la Piedra de la inmortalidad y del muchacho que la guardaba, y entregárselos al inquisidor como un regalo por la generosidad que le había mostrado al sacarla de las mazmorras de la Torre del Temple.

La vieja Malén y Agnes estaban sentadas junto a la ventana.

—¿Por qué no te vienes a vivir a mi nueva casa? Allí hay sitio para las dos y estarías más cómoda que en esta covacha —propuso a la vieja hechicera.

—Eres muy buena conmigo, pero quiero acabar aquí mis días. Yo nací entre estas paredes y espero que ellas me cobijen cuando llegue la hora de mi muerte.

—Tú no vas a morir todavía —dijo Agnes con una sonrisa, a la vez que cogía la mano huesuda y apergaminada de la que había sido para ella como una madre.

—Sé que no me queda mucho tiempo.

—No digas eso, me causa tristeza pensar que no volvería a verte.

—Mi pequeña niña, ya solo soy un estorbo para ti.

Agnes se recostó sobre el regazo de Malén y la abrazó como cuando era una niña y se quedaba dormida en sus brazos.

—Háblame de las brujas —dijo, recordando las historias que entonces le contaba junto al fuego.

Malén le acarició el pelo y comenzó a hablar con los ojos cerrados, como si mirara hacia un recóndito lugar de su memoria, hecho de sueños.

—Hace muchos, muchísimos años, las brujas fueron el alma del mundo. Los

hombres cazaban, luchaban por defender sus territorios y las mujeres parían a sus hijos y los cuidaban. Pero la enfermedad y la muerte los acechaban como las bestias hambrientas de los bosques. Una noche sin luna, en un lugar muy lejano, cayó una roca ardiente del cielo que abrió un gran agujero sobre la faz de la Tierra. Los hombres temieron que fuese un castigo de los dioses y huyeron despavoridos del lugar como si los persiguiera el Diablo. Pensaban que aquella inmensa bola de fuego solo podría traer desgracias a su pueblo. Así pasó mucho tiempo, siglos o milenios tal vez, sin que nadie se acercara por aquel lugar maldito, del que aún se desprendía una bruma densa que parecía salir del interior de la Tierra. Hasta que un día, una extraña mujer, de la que nadie supo nunca el nombre y a la que nadie conocía, apareció en una aldea cercana. Era tan bella y delicada que todos la recibieron como si fuese una diosa, pero se asustaron al oírla decir que había encontrado una pequeña y mágica piedra dentro del páramo. Desde entonces le llamaron «la mujer surgida de la bruma».

Agnes se incorporó bruscamente.

—¿Una piedra mágica?

—Sí, mi pequeña niña, una piedra única que desprendía una luz tan intensa como la de las estrellas.

—¿Y qué ocurrió luego?

—La «mujer surgida de la bruma» se quedó a vivir en aquella aldea de seres primitivos, y les enseñó a hacer fuego, a construir herramientas y armas para la caza, a cultivar la tierra, a preparar pociones con hierbas que curaban enfermedades, a observar el cielo y a comprender los misterios de la vida y de la muerte. Muchos la amaban por su sabiduría, pero muchos otros la temían por los poderes mágicos de la piedra que poseía. Con el paso del tiempo, dejaron de llamarla «la mujer surgida de la bruma» y la llamaron simplemente «la bruja», sin que nadie sepa aún el verdadero significado de ese nombre. Aquella primera bruja tenía la marca de una estrella en su hombro izquierdo, igual que todas las mujeres que desde entonces han nacido de su mismo linaje.

—¡Las brujas de la Estirpe! —exclamó Agnes.

—Sí, tú eres la última descendiente de aquella extraña mujer surgida de la bruma. Es todo lo que sé sobre ella.

Agnes se quedó pensativa. La historia que acababa de escuchar era muy distinta a la leyenda que el inquisidor le había contado cuando le explicó los motivos por los que la había dejado con vida en lugar de quemarla en la hoguera. Al menos, el relato de Malén no hablaba del Diablo ni de que las brujas de la Estirpe fuesen hijas suyas. Cada vez estaba más convencida de que el Diablo solo era una invención humana y de que su pacto con él no fue más que una farsa en la que ni ella misma creía. Además, Malén le había dicho que «la mujer surgida de la bruma» poseía una piedra mágica, y Agnes se preguntó si no se trataría de la misma piedra que el inquisidor le había encargado que buscara.

—¿Por qué nunca me hablaste de esa antigua historia? Hace unos días me dijiste que no sabías nada sobre las brujas de la Estirpe —preguntó, mirando con ternura a Malén.

—Creía que aún no estabas preparada para escuchada.

# El cortejo fúnebre



Decenas de estandartes que ondeaban al viento engalanaban la gran plaza del castillo del Louvre. La multitud se había congregado alrededor de un ancho pasillo formado por los soldados de la guardia real, vestidos con uniforme de gala. Era imposible encontrar un hueco entre la muchedumbre desde el que poder ver salir de las murallas de la fortaleza al cortejo fúnebre, camino de la catedral de Nôtre Dame.

—Venid, sé dónde podremos verlo —dijo Sofí, escabullándose entre la gente.

A un lado de la plaza, frente a las tribunas de la corte, había un andamiaje al que podrían encaramarse si conseguían llegar hasta allí. Dieron un rodeo bajo los soportales de las casas vecinas y en poco tiempo lograron alcanzar las tablas de madera que se elevaban como una escalera sobre las cabezas de la gente. Una vez arriba, Grimpow miró a su alrededor y lanzó un silbido de asombro. A pesar de las nubes que cubrían el cielo, el colorido era tan diverso que la plaza parecía estar hechizada.

—Ya te dije que sería divertido —dijo Kylian, haciendo malabarismos para no caerse de la frágil plataforma a la que se habían subido.

—¡Mirad, allí está el rey! —exclamó Sofí.

Sobre un estrado cubierto con terciopelo azul y con una gran flor de lis bordada en oro en el centro, el rey permanecía sentado en su trono, rodeado de caballeros y nobles, que esperaban la salida del féretro para unirse al cortejo. Pero cuando Grimpow deslizó la mirada hacia el lugar al que Sofí señalaba, sus ojos se clavaron en la figura siniestra de un monje encapuchado, que se encontraba de pie junto al rey. Sin duda alguna, ese monje era el inquisidor Búlvar de Góztell, se dijo Grimpow a sí mismo. A pesar de la capucha que cubría la cabeza del inquisidor, Grimpow podía ver la gran cicatriz que le cruzaba el rostro. Sí, ese monje era el mismo que durante muchos años había perseguido a los sabios de la sociedad secreta Ouróboros para matarlos y arrebatárselos la Piedra que Grimpow poseía. Por eso ahora lo perseguía a él. Y aunque al verlo tan cerca se le erizó el vello, Grimpow no sintió ningún miedo. Sabía que la Piedra estaba escondida en un lugar seguro y no tenía nada que temer. Además, intentaba convencerse de que jamás podría encontrarlo en París.

—¿Qué te ocurre? No pareces muy contento de estar aquí —dijo Sofí, al ver a Grimpow abstraído en sus pensamientos.

—El monje que está junto al rey es el inquisidor que me persigue para apoderarse de la Piedra —respondió Grimpow en voz baja.

—¡Por las barbas de Aristóteles! Entonces deberíamos marcharnos de aquí, antes de que ese monje pueda reconocerte.

—Ahora no le tengo miedo, él no sabe que estoy aquí, en París, y tampoco creo que recuerde mi cara. Solo me vio una vez —le tranquilizó Grimpow.

En ese momento echó de menos a Salietti y a Weienell, y deseó que regresaran pronto. Con ellos a su lado, todo sería distinto. Pero sus amigos estaban lejos, muy lejos de París, y él tendría que valerse por sí mismo ante cualquier peligro que lo amenazara. De momento tampoco tenía por qué preocuparse. Lo más probable es que Búlvar de Góztell se marchara de la ciudad después de asistir a los funerales del consejero del rey.

—¿Y qué ocurriría si te encontrara? —preguntó Sofí, algo preocupada.

—Creo que me obligaría a decirle dónde esta escondida la piedra.

Kylian abrió los ojos de par en par, asustado.

—¿Quieres decir que ese inquisidor te torturaría y te quemaría en la hoguera, como hace con los herejes?

—Vamos, Kylian, no seas tan trágico. Nada de eso va a ocurrir —dijo Sofí.

—Bueno... quizá tengas razón, los héroes como Grimpow nunca mueren —rectificó Kylian, que no quería parecer un pájaro de mal agüero.

Grimpow sonrió. Le hacía gracia el modo en que Kylian lograba deshacer sus propios entuertos, pero la realidad era muy distinta.

—Yo nunca me he considerado un héroe. Siempre he sabido que sería peligroso para mí guardar la Piedra, y solo lo hice para evitar que se apoderara de ella Búlvar de Góztell. Si él la consiguiera, una profunda oscuridad volvería a caer sobre el mundo. Sé bien lo que digo.

—Entonces ese inquisidor no se saldrá con la suya, puedes estar seguro de eso. Sofí y yo te ayudaremos a buscar el Secreto de los Sabios... ¿no es cierto? —preguntó Kylian mirando de reojo a la chica.

Sofí asintió en medio de los incesantes murmullos y ruidos de la plaza, con la expectación de ver salir el féretro del consejero del rey a la cabeza del cortejo, que estaba a punto de comenzar.

—Creo que necesitaré vuestra ayuda para entrar en la casa del sabio Gurielf Lábox —confesó Grimpow al fin.

—¿Sabes si ahora vive alguien en esa casa? —quiso saber Kylian, a quien la idea de implicarse en la búsqueda del misterioso Secreto de los Sabios no solo le parecía inquietante y peligrosa, sino realmente tentadora. También Sofí se alegró de que Grimpow contara con ella, aunque no supiese aún de qué modo podría ayudarle.

—Eso es lo primero que tendremos que averiguar. Cuando vine por primera vez a París con Weienell y Salietti, vimos una luz en su interior, pero no llegamos a saber si había alguien dentro de la casa.

—Yo puedo enterarme de si la casa está vacía o de quién vive en ella, conozco alguna gente del barrio Latino a la que podría preguntar —dijo Sofí, feliz de sentirse

útil. Ella apenas si sabía leer y escribir, pero era tan astuta y atrevida como cualquier chico de su edad.

—Sería estupendo si pudiésemos conocer pronto esos detalles, Sofí —afirmó Grimpow para animarla—. Pero no creo que sea una buena idea preguntar a los vecinos del barrio. Es mejor que nadie sepa nada de todo esto.

—Lo comprendo, pero no sé qué puedo hacer entonces.

—Podrías vigilar la casa en distintos momentos del día y observar si alguien entra o sale de ella —propuso Kylian Dulongval, que no tardó en poner en marcha sus propias maquinaciones.

—Si, no es mala idea —aceptó Sofí, cuando el ensordecedor redoble de unos tambores, seguido de unos heraldos que comenzaron a salir con paso lento por la gran puerta de la muralla del castillo del Louvre, anunció el comienzo del cortejo.

# *La obsesión de Agnes*



Después de escuchar la historia de la «mujer surgida de la bruma», Agnes Lebuy había comenzado a sacar sus propias conclusiones. Si esa historia era cierta, también era posible que la Piedra Mágica que aquella primera bruja llegó a poseer hacía muchísimos años fuese la misma que ahora estaba en poder del muchacho que ella debía encontrar para arrebatársela. Desde el momento en que el inquisidor le encargó que buscara la Esencia del Misterio, Agnes había percibido que algo inexplicable la unía a esa piedra: una extraña e invisible atracción que entonces no sabía explicar, pero que empezaba a tener sentido si, como Malén le aseguraba, ella era la última bruja de la Estirpe. Quizá por esa razón había podido sentir la presencia de la Piedra y había podido verla en sus visiones con la misma nitidez que si la tuviera ante sus ojos. Lo que no acababa de entender era por qué, a pesar de estar segura de que la Piedra estaba en París, había perdido su rastro y el del joven que la guardaba. Era como si ambos se hubiesen escondido en las entrañas de la Tierra.

Pero los pensamientos que obsesionaban a Agnes no trataban sobre la Piedra, sino sobre su madre. Necesitaba saber más de ella y la vieja Malén era la única que podía ayudarla.

—Esta mañana estuve en la catedral de Nôtre Dame buscando en los archivos de casamientos el nombre del esposo de mi madre —dijo.

Malén la miró sorprendida. La luz se filtraba por las ventanas y podía ver el rostro de Agnes difuminado entre sombras.

—¿Y lo encontraste?

—No, solo averigüé que una hoja del libro de bodas había sido arrancada.

—Sabes muy bien que no es bueno volver a abrir una herida cicatrizada.

—Sí, lo sé. Pero quiero conocer el verdadero pasado de mi madre. Solo así podré saber quién soy yo realmente...

—Eres una bruja de la Estirpe, ¿no es suficiente con eso?

—No, no lo es, necesito saber quién fue realmente mi madre.

La vieja Malén dudó antes de hablar. Pero al poco, dijo:

—Tu madre fue una gran mujer. Nunca he conocido a nadie como ella. Era la única hija de una familia noble de París. Yo asistí a su nacimiento como luego al tuyo. En aquellos días yo era casi tan joven como tú, pero ya ayudaba a las parturientas a traer a sus hijos al mundo. Tu abuela era una mujer fuerte y decidida. Ella fue quien me enseñó a preparar muchas de las pócimas curativas que conozco. A

pesar de ser una dama, tu abuela tenía un laboratorio alquímico en su casa y le encantaba observar el cielo y las estrellas. Decía que en una de esas estrellas había un castillo en el que vivieron sus antepasados. Fue tu abuela quien me contó la historia de la «mujer surgida de la bruma». Yo no la creí, pero, cuando nació tu madre, pude ver que tenía en el hombro izquierdo la marca de una estrella diminuta, idéntica a la que tenía tu abuela y a la que ahora tienes tú. Entonces me habló de su madre, y de la madre de su madre. Me dijo que su abuela fue una princesa de Oriente, que se enamoró de un caballero francés durante la Primera Cruzada a Tierra Santa.

—Entonces, ¿los antepasados de mi madre no eran de Francia?

—No, eran de Jerusalén.

—¿Cuánto tiempo hace de todo eso?

—Más de doscientos años. Esa princesa, que también fue una bruja de la Estirpe, se casó con aquel caballero y vino a vivir a Francia, y era tan sabia que los hombres más eruditos de París la admiraban. En aquel tiempo nació la leyenda del tesoro que los nueve caballeros templarios trajeron desde Jerusalén. Pero realmente no se trataba de un tesoro, sino de algo distinto. Algo que, como la mágica Piedra, estaba en poder de las brujas de la Estirpe desde hacía miles de años, y que esa antepasada tuya, junto a otros sabios de Francia que formaban parte de una sociedad secreta llamada Ouróboros, decidieron traer hasta París.

—¿Ouróboros? —repitió Agnes sin comprender.

—El Ouróboros es el símbolo de la serpiente que se muerde la cola.

Agnes cogió el medallón que llevaba en el cuello desde que era niña y lo miró sorprendida. También era una serpiente que se mordía la cola formando un círculo perfecto. Un símbolo del que siempre ignoró su significado pero que, al menos ahora, comenzaba a comprender. Sin embargo, Malén aún no le había hablado de lo que en esos momentos más le importaba.

—¿Y con quién se casó mi madre? —preguntó.

Ya te he contado mucho más de lo que debía, no me pidas que traicione los deseos de tu madre. Le juré en su lecho de muerte que nunca te diría nada sobre ese hombre.

—Ahora ya es demasiado tarde para ocultármelo, ¿no crees?

—Olvídate de ese hombre, Agnes, hazme caso. Tu madre nunca le amó, pero él la obligó a que se casara con ella.

—¿Qué quieres decir?

—Como ya te conté, era un noble muy cercano al rey. También era codicioso y despiadado, como tantos otros que ambicionaban apoderarse de la corona de Francia. Conoció a tu madre durante una cacería y quedó deslumbrado por su belleza. Tampoco fue el único. Muchos hombres poderosos de París le ofrecían su amor prometiéndole todos los tesoros de la Tierra. Pero a tu madre nunca le importaron las riquezas. La familia de tu abuela tenía suficiente fortuna para que no le preocupase su futuro. Además, ella era distinta a las otras damas de la corte, y sus únicas pasiones

eran la alquimia y la astronomía, que estudiaba en secreto en el laboratorio de su casa. Pero ese hombre comenzó a cortejarla sin descanso, utilizando todos los ardides a su alcance para conseguir su amor. La vigilaba día y noche sin que tu madre pudiese sospecharlo, y sobornó a algunos sirvientes de tu abuela para que espieran cada uno de sus movimientos. Un día fue a visitarla para pedirle que se casara con él, y, ante las insistentes negativas de tu madre, la amenazó con denunciarla ante la Inquisición por practicar la brujería y las artes mágicas. Tu madre aceptó convertirse en su esposa antes que ser torturada y quemada en una hoguera. Al poco tiempo, naciste tú y ella murió.

—¿Y qué sabes sobre mi verdadero padre?

—Nada, te lo aseguro. Tu madre nunca me habló de él. Ese secreto se lo llevó con ella a la tumba.

Agnes no dudó de que lo que la vieja Malén le decía era cierto. Pero insistió.

—Te lo ruego, dime cómo se llamaba el esposo de mi madre. Tengo que saberlo o me volveré loca.

—Ya te he dicho todo cuanto podía decirte, mi pequeña niña. Aunque tal vez haya un modo de que yo no rompa mi juramento y tú puedas saber lo que deseas —dijo Malén—. Pero antes, prométeme que nunca irás a verle.

—Sabes que puedes confiar en mi palabra.

—Si ese hombre supiera que estás viva, no dudaría en matarte.

—No te preocupes por mí, no seré tan estúpida.

Malén miró fijamente a los ojos de Agnes como si pudiera ver en ellos sus pensamientos.

—Tu madre tenía una amiga de su total confianza entre la nobleza de París. Ella podrá hablarte de lo que yo no puedo. Se llama *madame* de Chatelet.

## *Los ecos del Terror*



Tumbados en sus camastros de la hospedería, Grimpow y Kylian Dulong no conseguían conciliar el sueño. En medio de la oscuridad del pequeño cuarto, Grimpow le contaba a su compañero la conversación que había tenido con Anatol Pempius y Edmond de Tokvill esa misma tarde, después de que regresaran de ver el cortejo fúnebre. Como rector de la universidad, Edmond de Tokvill también había asistido al entierro del consejero del rey, y las noticias que traía de la Corte no eran nada alentadoras. Al menos una decena de nobles habían sido apresados y acusados de traición a la Corona de Francia. Muchos de ellos habían sido antiguos amigos de los templarios, pero ninguno de ellos suponía un peligro para el rey. Las acusaciones de traición eran falsas.

—El inquisidor Búlvar de Góztell, apoyado por doce caballeros desconocidos, ha sido el instigador de la venganza por la muerte de Nogaret. Ahora él es el nuevo consejero del rey —había dicho Edmond de Tokvill, sin disimular su preocupación.

—Vi a Búlvar en la tribuna del rey, pero no tengo miedo —aseguró Grimpow.

—Tenemos que encontrar el Secreto de los Sabios antes de que sea demasiado tarde, Grimpow. Muy pronto, Búlvar de Góztell convencerá al rey para que también acabe con los maestros de la universidad y sus teorías heréticas. Entonces tendrá allanados todos los caminos para que su conjura tenga éxito —destacó Anatol Pempius.

—Pero el inquisidor no encontrará nunca la Piedra. Él no sabe que estamos en París —dijo Grimpow.

Anatol Pempius asintió.

—No, es cierto. Por eso debemos darnos prisa en desvelar el enigma del pentágono mágico. Si la piedra cayera en poder de Búlvar de Góztell, todo estaría perdido para siempre.

—Intentaré resolver ese misterio lo antes posible —aceptó Grimpow, sin estar muy seguro de que pudiera conseguirlo.

Tenía que admitir que, desde que dejó la Piedra en la mano del cadáver de la mujer que había visto en la biblioteca subterránea de la universidad, se había olvidado del Pentágono Mágico y del Secreto de los Sabios. Pero, ahora que contaba con la ayuda de Kylian y de Sofí, estaba decidido a seguir la búsqueda aunque le fuera la vida en ello.

—¿Y qué esperas encontrar en la casa de Gurielf Lábox? —preguntó Kylian,

tumbado sobre el jergón, después de que Grimpow le explicara en la oscuridad del dibujo del Pentágono Mágico y las palabras que aparecían en el centro y en cada uno de sus ángulos. No era difícil imaginarlo.

—No lo sé, pero es posible que el padre de Weienell escondiera alguna pista para descifrar las claves de ese enigma.

—Será peligroso entrar en la casa si alguien vive en ella.

—Espero que Sofí pueda averiguar algo que nos permita entrar sin correr riesgos —dijo Grimpow.

También a él le preocupaba que fuesen sorprendidos dentro de la casa como unos vulgares ladrones, pero no tenía más remedio que intentar buscar allí cualquier dato que le ayudara a comprender el significado oculto del Pentágono Mágico. Grimpow pensó que la Piedra podría serle útil en esa búsqueda, aunque prefería no tenerla con él. La mano fantasmal seguía rondando en su cabeza.

—¿Tú has besado alguna vez los labios de una chica? —preguntó Grimpow a Kylian, para cambiar el rumbo de sus pensamientos.

—Solo una vez, y te aseguro que fue una sensación inolvidable. Fue como besar una fruta jugosa y dulce. Pero ¡por las barbas de Aristóteles! ¡A qué viene ahora esa pregunta!

—Estaba pensando en Sofí.

Ambos hablaban sin ver nada, envueltos por la negrura de la noche. La ventana del cuarto estaba abierta y de vez en cuando se oía el ulular de una lechuza en el jardín de la hospedería.

—¿Aún no la has besado?

—No... no sabría cómo hacerlo.

—Solo tienes que acercar tus labios a los suyos, lo demás es fácil —dijo Kylian, a la vez que cambiaba su posición sobre el camastro, buscando una postura que le ayudara a conciliar el sueño.

Grimpow también cerró los ojos y, al poco, se quedó dormido.

A la mañana siguiente, los ecos del Terror desatado en París después de la muerte de Nogaret retumbaban en los pasillos y en los claustros de la universidad. Los corros de estudiantes no hablaban de otra cosa. El castigo de los traidores sería la horca.

—¿No estarás pensando en asistir también a la ejecución de esos nobles? —preguntó Grimpow a Kylian mientras se dirigían a clase de aritmética.

—¿Y por qué no? Yo nunca he visto a nadie morir ahorcado. Quiero saber cómo se produce la muerte por asfixia.

—Yo sí lo he visto, y te puedo asegurar que no es una muerte agradable —dijo Grimpow, recordando imágenes del pasado que habría deseado no tener que revivir nunca mis.

Kylian sonrió. ¡Él deseaba ser médico!

—¡Por las barbas de Aristóteles! La muerte es la causa de la existencia de la medicina, Grimpow, y a mí me interesa todo lo que trate sobre ella. Si esos nobles

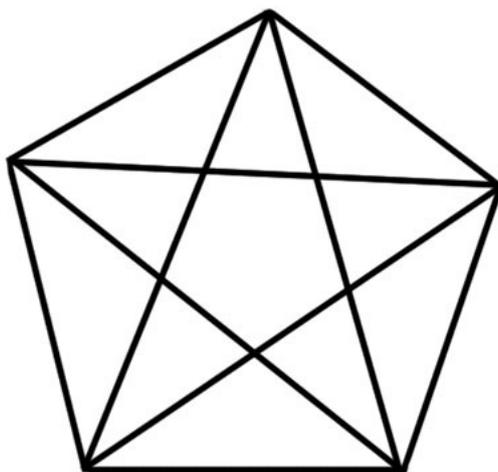
son ahorcados públicamente, no estoy dispuesto a perderme esa «lección magistral» sobre la agonía de varios hombres en el patíbulo. Eso es algo que no se aprende en la universidad.

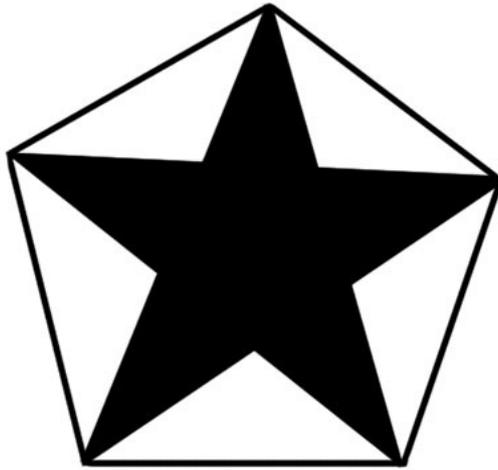
—Entonces tendrás que ir solo, yo no pienso acompañarte a esa clase sobre la brutalidad humana y su desprecio por la vida —dijo Grimpow.

En el aula de aritmética, un maestro de mediana edad y aspecto ceñudo les explicó durante la mañana el modo de resolver problemas de proporciones y ecuaciones, según las teorías del matemático Fibonacci. Grimpow podía comprender sin ninguna dificultad las fórmulas que el maestro desarrollaba sobre una gran pizarra, pero sentía como si hubiese perdido su capacidad para analizar esos problemas con la misma facilidad con que lo haría si tuviera la Piedra con él. Y no es que la Piedra cambiara su percepción de la realidad ni lo convirtiera en un ser único e invencible, capaz de afrontar cualquier reto que se propusiera. Pero cuando tenía la piedra colgada a su cuello o en su mano, sentía como si su mente se expandiera más allá de los límites del conocimiento. Entonces volvió a temer que no fuese capaz de resolver el enigma del Pentágono Mágico, a menos que volviera a coger la Piedra del lugar en que estaba escondida. Con ella en su poder volvería a sentir la misma seguridad que creía haber perdido. Sin embargo, algo en su interior le aconsejaba en voz baja que no lo hiciera, que dejara la Piedra donde la había guardado o la mano fantasmal que había visto en sueños se la arrebataría.

Aunque intentaba concentrarse en las explicaciones matemáticas del maestro, Grimpow no dejó de pensar en el Pentágono Mágico y el modo de resolverlo. En ese momento, sin saber por qué, tuvo una idea. Cogió uno de los pergaminos en los que escribía y dibujó un pentágono.

Luego trazó una línea en su interior y las rellenó con tinta negra.





Dentro del pentágono apareció una estrella de cinco puntas; una estrella tan perfecta como la que tenía marcada en su hombro el cadáver de la mujer muerta hacía miles de años.

# Los ojos del gato



Quedaron con Sofí al atardecer, junto al embarcadero próximo a la casa de Gurielf Lábox. El sol del ocaso estallaba en infinitos brillos dorados sobre el río, algunas barcas se mecían en el agua, movidas por pequeñas olas, y una brisa cálida soplaba desde el sur, inflando las velas de los barcos que entraban y salían del puerto.

—¿Has podido averiguar algo, Sofí? —preguntó impaciente Kylian, tan pronto se encontraron con ella en el embarcadero. Sofí se había demorado en llegar.

—Mucho más de lo que pensaba.

—¿Vive alguien en la casa? —se apresuró a preguntar Grimpow.

—Solo una mujer. Es una dama joven y elegante, que cubre su cabeza con un velo de seda cuando sale a la calle.

Sofí estaba orgullosa de sus pesquisas y deseaba recrearse en el relato de sus averiguaciones. Por ello se interrumpía a cada instante, esperando que fuesen sus amigos quienes la interrogaran.

—¿Y la has seguido? —inquirió Kylian sin ocultar su nerviosismo.

—Puedes apostar a que lo hice. Ayer tarde fui hasta la casa y esperé un rato hasta que la dama abrió la puerta y salió, llevando una cesta en su brazo...

—¿Una cesta? ¡Olvídate de los detalles, Sofí! No tenemos todo el día para escuchar lo que viste —dijo Kylian.

—¡Déjala que continúe! Cualquier detalle, como tú dices, puede ser interesante —le espetó Grimpow.

—Y la cesta lo es, creo que la dama llevaba comida para una vieja bruja que vive al otro lado del río, en las calles de los pescadores del puerto.

Kylian abrió los ojos de par en par.

—¿Has dicho una vieja bruja?

—Sí, eso es lo que he dicho. La vieja se llama Malén y vive sola desde que su hija y otras brujas de Montmartre fueron quemadas en la hoguera el año pasado, acusadas de celebrar aquelarres en el bosque de Loudon.

—¡Por las barbas de Aristóteles!

—Pero eso no es todo. Esta tarde he vuelto a vigilar la casa, antes de venir aquí y la dama ha vuelto a visitar a la bruja.

—¿Sabes cuánto tiempo pasa fuera cada tarde? —preguntó Grimpow.

—Ayer estuvo en casa de la bruja hasta que cayó la noche. Y hoy también llevaba la cesta con ella. Para mí que la visita cada tarde a la misma hora para llevarle algo de

cenar.

—Entonces tenemos tiempo para entrar en la casa —aseguró Grimpow.

—¿Y si esa mujer es también una bruja? —preguntó Kylian temeroso de que una terrible maldición cayera sobre ellos.

—Ya te he dicho que es una dama, no tienes nada que temer de sus poderes mágicos —dijo Sofí.

Grimpow miró a Kylian para tranquilizarlo.

—Tampoco es necesario que vosotros entréis en la casa. Alguien tendrá que vigilar la calle, por si esa dama regresa antes de lo previsto.

—¡Yo entraré contigo! —dijo Sofí sin dudar.

—Y tú, ¿qué dices? —preguntó Grimpow a Kylian.

—Bueno, no es que tenga miedo, pero será mejor que me quede vigilando fuera. Si la dama regresa, daré un fuerte silbido y la entretendré para daros tiempo a escapar.

Abandonaron el embarcadero cuando las tabernas de la orilla del río encendían sus farolillos y comenzaban a llenarse de gente. Muchos estudiantes de la universidad paseaban por las calles del barrio Latino, hablaban con otras jóvenes en las esquinas o simplemente buscaban un lugar tranquilo en el que cenar y pasar un rato alejados de los libros y de las aulas.

La calle en la que había vivido Gurielf Lábox estaba desierta esa hora en que las penumbras comenzaban a apoderarse de la ciudad. Los tres amigos se acercaron a la casa y miraron alrededor para asegurarse de que nadie los observaba. Sofí se agarró al alféizar de la puerta y escaló por él hasta alcanzar la llave escondida en la parte superior, mientras Kylian y Grimpow esperaban inquietos ante la casa. Ellos no habrían podido subir hasta la cornisa con la facilidad con que Sofí lo había hecho. Sus manos se adherían a la piedra como si tuviese dedos de lagartija.

Con la llave en su poder, Sofí bajó de un salto y abrió la puerta. Grimpow y ella entraron en la casa rodeados por un silencio sepulcral. Aún había luz suficiente para que no necesitaran alumbrarse con una vela.

—¿Sabes lo que estamos buscando? —preguntó Sofí, sin saber hacia dónde debían dirigir sus pasos.

—Aún no lo sé, Sofí, pero avísame si ves algo que llame tu atención.

Un pequeño distribuidor se abría ante ellos. Ala derecha, estaba la cocina y a la izquierda había una sala con una gran mesa en el centro rodeada de banquetas y algunos sillones. Al fondo, una puerta conducía al patio trasero y, junto a ella, una escalera subía hasta los pisos superiores.

—El laboratorio y la biblioteca de Gurielf Lábox estaban arriba, en la buhardilla. Su hija Weienell y Salietti me hablaron de esa parte de la casa, desde la que observaban el cielo cuando vivían aquí —explicó Grimpow, sin poder evitar que la voz le temblara a causa de su nerviosismo.

Subieron a la parte superior de la casa y dejaron a un lado los dormitorios. En el rellano, otra pequeña escalera de caracol ascendía hasta la buhardilla. La puerta

estaba cerrada. Grimpow la abrió lentamente, como si no se atreviera a profanar aquel espacio silencioso en el que Weienell y su padre habían pasado la mayor parte de sus vidas.

Cuando entraron en la estancia, Grimpow presintió que algo tan indefinido como un fantasma los observaba. El vello se le erizó y una extraña sensación lo invadió. Entonces vio los ojos de un gato negro, que lo miraban desde el hueco de una de las ventanas de la buhardilla.

—Pobre animal, no parece que le guste quedarse aquí —dijo Sofí, acercándose al gato con intención de acariciarlo.

—Ten cuidado, esos gatos negros son tan ariscos y traicioneros como un endemoniado —le advirtió Grimpow.

Pero Sofí insistió en acercarse hasta que sus manos acariciaron el suave pelaje del animal. El gato maulló y estiró su cuerpo en un gesto de complacencia. Sofí lo cogió en sus brazos con ternura.

—Siempre me he llevado bien con los gatos, ellos saben distinguir a las personas.

—Parece que a ti no te considera una extraña —dijo Grimpow sin dejar de mirar a un lado y a otro de aquella sala repleta de manuscritos, mapas estelares y todo tipo de instrumentos y artilugios para observar el cielo. En un rincón había un pequeño laboratorio alquímico.

—¿Qué es eso? —pregunto Sofí, a la vez que acariciaba al gato.

Grimpow se acercó a un objeto metálico y brillante.

—Es un telescopio; un instrumento astronómico que utilizaba Gurielf Lábox para observar las estrellas.

La curiosidad de Sofí le hacía tocar todos los objetos que veía a su alrededor y que eran para ella incomprensibles, mientras Grimpow le iba explicando el nombre de cada uno de ellos y para qué servían: astrolabios, esferas armilares, sextantes, espejos, compases... Sobre una mesa redonda había muchos pergaminos sueltos, con tablas planetarias, mapas estelares y dibujos de Gurielf Lábox. Grimpow cogió uno especialmente bello y se lo mostró a Sofí. Era el diseño de una esfera armilar, que los maestros utilizaban para enseñar a sus discípulos los movimientos de los planetas, los satélites y las estrellas alrededor de la Tierra.



—¿Cómo sabes tanto sobre todo esto? —preguntó Sofí admirada ante los conocimientos de Grimpow.

—Estudie astronomía con el hermano Rinaldo de Metz en la abadía de Brínkdum. No es muy difícil aprender cuando tienes un buen maestro.

Grimpow también pasaba las yemas de sus dedos sobre los lomos de los manuscritos que llenaban los estantes como si quisiera detectar en ellos cualquier vibración o sensación táctil por mínima que fuese. Confiaba en que si concentraba su mente en esas percepciones podría encontrar alguna de las pistas que buscaba para descifrar el Pentágono Mágica. Pero, por más que lo intentaba, no conseguía que nada captara su atención. Tal vez si hubiera llevado la Piedra con él hubiese podido descubrir algo, pensó otra vez. La Piedra se habría iluminado al acercarla a cualquier cosa que estuviera relacionada con ella.

—Debemos irnos antes de que la dama regrese —dijo desanimado.

Sofí percibió la desolación de Grimpow.

Tal vez lo que buscas esté escondido en otro lugar de la casa. Si quieres, podemos volver mañana.

—Sí, creo que será lo mejor.

—¿Estás decepcionado?

—Solo un poco. Pensaba que aquí estaría la clave para desvelar el enigma del Pentágono Mágico —reconoció Grimpow simulando una leve sonrisa; no quería que Sofí se compadeciera de él.

Bajaron la escalera de caracol y Grimpow se detuvo en el rellano. De pronto, una extraña sensación lo hizo mirar hacia uno de los aposentos. Era el dormitorio de la dama, el cuarto en el que también Weienell había dormido durante años. Por un instante imaginó su rostro y el de Salietti y se preguntó qué sería de ellos, dónde estarían y si volverían pronto para reunirse de nuevo. Pero la extraña sensación crecía

en su interior como si le advirtiera de que allí había algo cuya misteriosa e invisible esencia lo estaba llamando a gritos. Entró en el cuarto y entonces lo vio sobre una mesita, junto al dosel de la cama. Era un libro escrito con símbolos que Grimpow conocía muy bien.

# Madame de Chatelet



Esa misma tarde, Agnes Lebuy fue a visitar a la amiga de su madre, de la que Malén le había hablado el día anterior. *Madame* de Chatelet vivía en un lujoso palacete de la isla de París, fácilmente identificable por las dos torres puntiagudas que sobresalían junto al puente de Saint Denis. Agnes llevaba puesto su mejor vestido y cubría su cabeza con un velo de seda de color dorado. Malén le aconsejó que, una vez fuera recibida por *madame* de Chatelet, le mostrara el medallón de la serpiente que se mordía la cola. Ella lo reconocería y no dudaría de quién era Agnes realmente. Aunque era posible, le dijo también, que le bastara con mirarla a los ojos para saber que quien la visitaba era la hija de una bruja de la Estirpe: «Tú guardas un enorme parecido con tu madre», le había asegurado.

Un sirviente ataviado con un vistoso jubón abrió la puerta y se inclinó levemente al ver a la hermosa dama que aguardaba fuera.

—Vengo a visitar a *madame* de Chatelet —dijo Agnes, después de que el sirviente le preguntara qué deseaba.

—Siento decirles que *madame* de Chatelet está muy ocupada, no desea recibir visitas hasta pasados unos días. Os ruego que la disculpéis.

—Necesito hablar con ella, es muy importante que me reciba ahora. Decidle que me envía a verla su amiga Agnes Lebuy —insistió.

El mayordomo la invitó a entrar con un gesto amable de su mano.

—Pasad, veré qué puedo hacer por vos.

Cerró la puerta y le pidió a la dama que esperara allí. Dentro del palacete, Agnes contempló el gran recibidor circular que la rodeaba. El techo abovedado, sostenido por columnas muy altas y redondas, estaba decorado con frescos de paisajes y seres mitológicos y, en el centro, una amplia escalera se dividía en dos bajo unas vidrieras ojivales repletas de color, como las que Agnes había visto muchas veces en la catedral de Nôtre Dame.

Al poco regresó el mayordomo.

—Acompañadme, *madame* de Chatelet os recibirá en su gabinete.

Agnes estaba intrigada y emocionada. La dama que iba a recibirla tenía la misma edad que su madre. También supuso que su madre habría visitado muchas veces ese palacete y habría subido por la misma escalera que ella lo hacía en ese momento. Incluso imaginó que no era ella quien estaba allí, sino su propia madre; que el tiempo no había pasado ni su madre había muerto, y ni tan siquiera ella había llegado a nacer

aún.

También *madame* de Chatelet pensó que era el fantasma de su amiga muerta quien venía a visitarla cuando vio a Agnes entrar en el gabinete.

—¡Oh, Dios mío! ¡No es posible que...! —exclamó llevándose la mano a la boca para contener su estupefacción.

Agnes permaneció de pie, ya no le cabía duda de que la amiga de su madre la había reconocido.

—Soy Agnes, la hija de Agnes Lebuy —le confirmó.

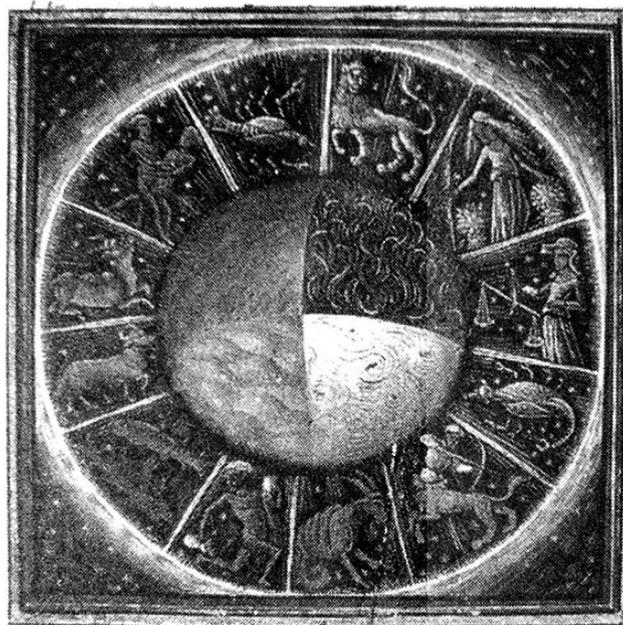
—Lo sé, lo sé... Pero creía que habías muerto al nacer... —susurró *madame* de Chatelet, incapaz de creer aún lo que sus ojos le mostraban.

—Una mujer llamada Malén se ocupó de cuidarme sin que nadie más lo supiera.

*Madame* de Chatelet se levantó del sillón, se acercó a la joven y la abrazó con ternura, sin poder contener el llanto. Luego acarició el rostro de Agnes y secó las lágrimas que se habían escapado de sus ojos.

—Eres igual de bella que tu madre, y en tus ojos brillan los mismos astros que en los suyos —le dijo.

La cogió de la mano y la acompañó hasta dos butacas presididas por un tapiz preciosamente bordado en colores azules y dorados. Agnes lo observó con curiosidad.



—Ese tapiz me lo regaló tu madre, lo bordó ella misma. Representa la Tierra, con los cuatro elementos que la componen: tierra, fuego, agua y aire, rodeada de las doce constelaciones del Zodiaco. Pero ven, siéntate aquí, a mi lado, tenemos muchas cosas de las que hablar.

A pesar de la felicidad que había expresado al verla, Agnes apreció una profunda melancolía en las palabras de *madame* de Chatelet, como si un sufrimiento atroz le atenazara el corazón.

## *La última estrella*



Con el libro en sus manos, Grimpow y Sofí salieron de la casa. Kylian seguía esperándolos fuera, sin apartar sus ojos del lugar por el que podría aparecer la dama que Sofí le había descrito como una bella mujer que vestía con elegancia y cubría su cabeza con un velo de seda. Afortunadamente, la dama no había aparecido. La calle seguía tan desierta como lo había estado desde que Grimpow y Sofí entraron en la casa. Así que cuando Kylian vio a sus amigos acercarse, respiró aliviado.

—¡Por las barbas de Aristóteles! Pensaba que no saldríais nunca de ahí —protestó, haciendo aspavientos con sus manos.

—Solo hemos estado en la casa un momento, no deberías quejarte tanto —le espetó Sofí.

—A mí me ha parecido un siglo. Además, ya ha caído la noche.

—Tampoco ha sido agradable para nosotros estar ahí dentro —le reclamó Grimpow.

—Al menos hemos encontrado algo interesante —murmuró Sofí.

Kylian la miró descreído.

—¿Es cierto eso?

—Puedes verlo tú mismo —dijo Grimpow, ofreciéndole el manuscrito que acababa de coger de la casa.

—¿Lo has robado? —preguntó Kylian, sin comprender los símbolos en los que estaba escrito.

—No, lo he tomado prestado.

En cualquier caso, Grimpow tampoco pensaba devolverlo. Pensó que ese libro no pertenecía a la dama desconocida que ahora vivía en la casa, sino a su antiguo dueño, el sabio Gurielf Lábox. Él mismo le daría el manuscrito a su hija Weienell cuando volviese a verla.

Se alejaron de la calle y regresaron al embarcadero. Los farolillos de las tabernas tenían luz suficiente para poder echarle una rápida ojeada al misterioso libro, antes de que Grimpow y Kylian se separaran de Sofí y regresaran a la hospedería de la universidad.

—¿Puedes comprender esos signos? —preguntó Kylian, cada vez más sorprendido de todo lo que había visto y oído desde que conoció a Grimpow.

—Son un tipo de símbolos rúnicos, que usaban los antiguos sabios de la sociedad secreta Ouróboros para ocultar sus mensajes y sus estudios sobre el cosmos. Ya he

visto antes otros símbolos como estos, cuando recorría el Camino Invisible.

—¿Y qué dice en ese libro? —quiso saber Sofí. Se hacía tarde y no debía demorarse demasiado en llegar a su casa, si no quería que su madre se preocupara por su tardanza y la acribillaran a preguntas sobre dónde y con quién había estado. Hasta ciertos límites, Sofí podía salir libremente.

Grimpow leía con rapidez a pesar de la escasa luz. Los tres estaban deseosos de conocer el texto encriptado del manuscrito, que podría conducirlos a desvelar el enigma del Pentágono Mágico.

—El manuscrito se titula *La última estrella*, y habla de una galaxia situada en los confines del Universo. Su estrella es más brillante es Ouro, formada por infinitos cristales de boro.

—¿Y qué demonios es el boros? —preguntó Kylian, deseoso de oír algo más interesante que una lección de astronomía.

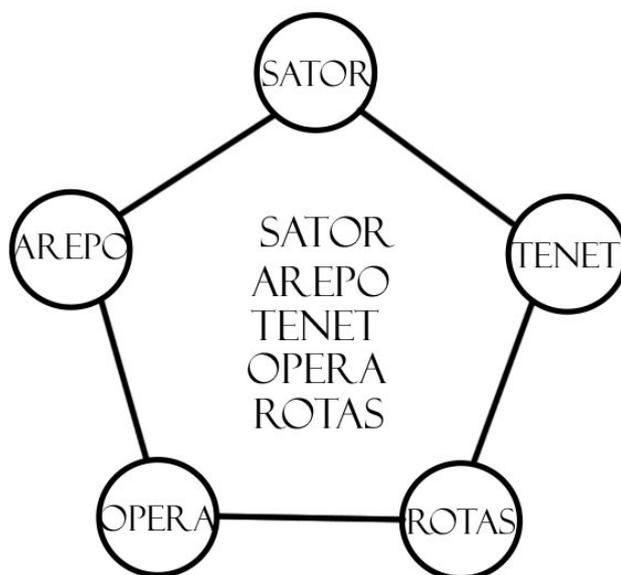
—Según dice aquí, es un polvo estelar muy brillante, que produce una luz azul muy distinta a la del Sol.

—¿Es como la luz de la Piedra? —preguntó Sofí, al recordar la luz azulada que ella había visto surgir en la mano de Grimpow cuando le mostró la Esencia del Misterio, la noche que miraban las estrellas.

—Sí, creo que sí. El manuscrito habla de una gran roca ardiente que cayó en la Tierra hace miles de años, procedente de Ouro, y de la piedra que una mujer encontró en el lugar en que había caído. Esa mujer no tenía nombre, pero llevaba una estrella marcada en su hombro...

—¡Por las barbas de Aristóteles! ¡Esa tiene que ser la mujer momificada de la biblioteca subterránea! —exclamó Kylian que no había olvidado la historia que Grimpow les había contado. Pero Grimpow no oyó a su amigo.

—¡Mirad esto! —dijo con entusiasmo, después de pasar la siguiente página del manuscrito encriptado. El Pentágono Mágico dibujado por Gurielf Lábox volvía a aparecer ante sus ojos.



Siguió leyendo y exclamó:

—¡Son planetas...! ¡Los cinco planetas que giran alrededor de Ouro!

## Una historia nunca contada



Hacía un rato que Agnes conversaba animadamente con *Madame* de Chatelet sobre la antigua amistad que la había unido a su madre desde la infancia, y el modo en que Malén había cuidado de ella desde que nació, cuando tuvo el extraño presentimiento de que un ladronzuelo acababa de estar en su casa. Fue como una punzada en su cabeza que pronto se transformó en la imagen mental del joven que poseía la Piedra. Una imagen diluida que parecía llegarle a través de los ojos de su gato negro. Intentó concentrarse en esa visión, pero las palabras de *madame* de Chatelet le impidieron ver con nitidez lo que hacía el intruso y quién lo acompañaba.

La del muchacho no era la única energía que Agnes podía percibir invadiendo un territorio que ahora le pertenecía a ella. Y la rabia afloró a su rostro, disimulada con una mueca imprecisa que no pasó desapercibida a *Madame* Chatelet.

—¿Te ocurre algo?

—No, no... no es nada, solo estoy un poco aturdida por todo lo que la vieja Melón me había contado sobre mi madre, y ahora vos misma me confirmáis —se excusó.

—Si, tu madre fue una mujer extraordinaria... —recordó con un suspiro.

Luego, *madame* de Chatelet carraspeó para deshacer el nudo que se aferraba a su garganta. La hija de su desdichada amiga Agnes no había venido a visitarla en el momento más oportuno, pensó, aunque tampoco lamentaba tenerla a su lado.

Al menos con ella se distanciaría durante unas horas de sus graves preocupaciones y podría recordar tiempos ya olvidados. Así que prosiguió:

—Y habría sido muy feliz si no hubiese aparecido el monstruo que acabó devorando su vida. Fue como si un ser diabólico se hubiese disfrazado de apuesto caballero para arrastrarla con él al Infierno.

Agnes supo que era el momento de hacerle la pregunta que la había llevado hasta allí.

—¿Quién era ese noble del que me habláis? Malén no ha querido decirme su nombre; mi madre le hizo jurar en su lecho de muerte que nunca lo haría, por eso me envió a hablar con vos.

—Es el duque Gauthier, un hombre malvado y siniestro al que nunca debes acercarte.

—Ni siquiera le conozco —dijo Agnes pensativa y satisfecha. Poco a poco, las piezas deslavazadas de su vida se iban recomponiendo, aunque el resultado no fuese

el más grato para ella.

*Madame* de Chatelet tenía la mirada perdida en alguna parte que Agnes no podía ver.

—Aún no comprendo cómo pudo dejarte con vida después de saber que tú no eras hija suya —dijo ensimismada.

—Yo también me he hecho muchas veces esa misma pregunta.

—Pero tal vez haya una razón que lo explique —dijo *madame*.

—¿Que queréis decir?

—Que el duque Gauthier no tuvo el valor de matar a una bruja de la Estirpe.

—¿Él sabía que mi madre era una de ellas?

—Desde luego que sí, por eso el duque la amenazó con llevarla ante la Inquisición si no aceptaba casarse con ella.

Agnes comprendía el terror que su madre debió de sentir a ser encarcelada, torturada y quemada viva en una hoguera, y no le reprochaba que aceptara como esposo a alguien a quien despreciaba. Ella también había aceptado servir como una esclava al inquisidor Búlvar de Góztell y había envenenado al consejero del rey por miedo a los horrores que había padecido durante un año en la Torre del Temple.

—¿Sabéis si mi madre amó a otro hombre?

—No a alguien que yo conociera. El duque Gauthier se negaba a dejarla salir y ver a nadie, aunque ella intentaba rebelarse contra su despotismo, y se escapaba a escondidas del palacio cada vez que podía.

—¿Venía a veros a vos?

—Desde que tu madre se casó, raras veces nos encontrábamos. No quería causarme problemas si venía a visitarme. Yo sabía que ella seguía reuniéndose en secreto con uno de los maestros de la universidad de París, pero jamás me habló de que se hubiera enamorado de uno de ellos. Sus únicas pasiones fueron siempre la alquimia y la astronomía, hasta que supo que iba a tener una hija. La última vez que la vi se sentía tan feliz que incluso bailamos juntas de alegría. Luego no supe nada más de ella hasta el día en que murió durante el parto, y el duque Gauthier hizo correr la voz de que la niña que esperaba había nacido sin vida.

—¿Y nunca os digo quién era mi verdadero padre?

*Madame* de Chatelet le cogió la mano y la acarició.

—Lo siento, Agnes, me gustaría ayudarte a encontrar a tu verdadero padre, créeme. Pero esa es una historia que tu madre nunca me contó.

La puerta del gabinete se abrió y entró el mayordomo. *Madame* de Chatelet se puso en pie y lo miró angustiada.

—¿Hay alguna noticia?

—Sí, *madame*, la peor noticia que podíamos esperar.

## Los planetas de Ouro



Tan pronto llegó a la hospedería de la universidad, Grimpow fue a buscar a Anatol Pempius y a Edmond de Tokvill. Kylian se había quedado en los claustros con otros compañeros de clase y acordaron verse de nuevo en el dormitorio de estudiantes. Pensaron que era mucho mejor que los maestros no sospecharan que Kylian y Sofí sabían de la existencia de la Piedra y que le estaban ayudando a desvelar el Secreto de los Sabios. Grimpow era consciente de que sus maestros no aprobarían que les hubiese confiado a sus amigos todo lo que sabía sobre la Piedra y sus misterios pero, desde que Weienell y Salietti se marcharon, necesitaba alguien a su lado que le ayudara a seguir. Él solo no lo conseguiría, ni habría tenido ánimos para intentarlo.

Encontró a Anatol Pempius y a Edmond de Tokvill en las pequeñas casas de los maestros, situadas junto a las hospederías de estudiantes. La noche se había cerrado sobre París y una espesa niebla comenzaba a extenderse sobre el barrio Latino, procedente del cauce del río. La casa de Edmond de Tokvill apenas tenía una sala que hacía las veces de estudio y biblioteca, una cocina diminuta y un par de dormitorios con un camastro cada uno en la parte superior. Anatol Pempius se alojaba allí desde que él y Grimpow llegaron a la universidad.

Una vela encendida iluminaba entre sombras la estancia.

—De modo que has entrado tú solo en la casa de Gurielf Lábox —dijo Anatol Pempius, mirando de reojo a Edmond de Tokvill. No tenían claro si debían reprender a Grimpow o felicitarlo por su osadía.

—Así es. Aproveché que la dama que vive ahora en ella había salido para coger la llave que Weienell dejó escondida sobre la puerta. Y esto fue lo que encontré —dijo Grimpow orgulloso, ofreciéndole a Anatol Pempius el manuscrito que llevaba en sus manos.

Los dos maestros examinaron el misterioso libro y se quedaron mudos de asombro al leer el texto encriptado con los símbolos secretos de la antigua sociedad Ouróboros. Ambos habían oído hablar de la existencia de un castillo que alzaba sus murallas en las estrellas, pero ninguno sabía que era en ese manuscrito donde se contaba esa historia. Los dos pensaron que Gurielf Lábox debía de saber mucho más de lo que ellos habían imaginado sobre la mujer muerta hacía miles de años. Toda la historia de la Piedra Filosofal comenzaba a encajar: la roca ardiente que cayó a la Tierra desde el cielo; la mujer surgida de la bruma que mucho tiempo después encontró la Piedra a la que llamaron «la bruja» y cuyo cadáver yacía intacto en la

biblioteca subterránea de la universidad; la estrella que tenía en su hombro; las brujas de la Estirpe que descendieron de ella y guardaron el Secreto de los Sabios en Oriente; la boda de una princesa de Jerusalén con un noble francés llamado Aidor Bílbicum durante la Primera Cruzada; la información obtenida entonces sobre la Piedra y un objeto prodigioso enterrado en el Templo de Salomón; el traslado del secreto por los nueve caballeros templarios hasta París; el nacimiento de la sociedad Ouróboros para guardar el secreto y custodiar la Piedra; los estudios sobre el cosmos una galaxia lejana cuya estrella más brillante era Ouro, alrededor de la cual giraban cinco planetas llamados Sator, Arepo, Tenet, Opera y Rotas...

Todo estaba escrito allí y ellos acabaron de leerlo.

Edmond de Tokvill miró con incredulidad a Anatol Pempius.

—¿Conocías este manuscrito de Gurielf Lábox?

—No, jamás supe que hubiera escrito una obra como esta, ni que él conociera la existencia de las brujas de la Estirpe.

—¡Pero este libro no lo escribió el padre de Weienell! —exclamó Grimpow—. Está firmado por una mujer, podéis verlo aquí, en la hoja final del texto —añadió, cogiendo el manuscrito de la mesa y pasando sus páginas con precipitación.

Anatol Pempius tradujo los símbolos en voz alta.

—«Agnes Lebuy», año 1292.

—¡Fue escrito por una mujer hace ahora veintidós años! —murmuró Edmond de Tokvill.

—Esa mujer debía de ser una bruja de la Estirpe, una descendiente de la mujer muerta hace miles de años, por eso conoce la historia de la Piedra y de esa lejana estrella que lleva marcada en su hombro —especuló Anatol Pempius.

—Sí, ellas son las que debieron de esconder las claves para encontrar el Secreto de los Sabios, por eso ni siquiera los antiguos miembros de la sociedad Ouróboros lo sabían. Así se aseguraban que ninguno de nosotros pudiera desvelar a la Inquisición el lugar en que había sido escondido el secreto si era encarcelado y torturado —dijo Edmond.

Anatol Pempius se mesó la barba.

—Me pregunto dónde encontraría Gurielf Lábox ese manuscrito y por qué nunca nos dijo que lo tenía en su poder.

—Solo se me ocurre pensar que creyera que ese manuscrito no sería para resolver el pentágono mágico —respondió Edmond de Tokvill.

—Si fuese así, Gurielf Lábox se habría equivocado —sentenció Grimpow.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó Anatol Pempius.

—Hay algo más, que vos aún no habéis visto —advirtió Grimpow, señalando unos símbolos escritos bajo el pentágono mágico.

Los dos maestros volvieron a mirarse. Luego, Edmond de Tokvill cogió la vela, acercó la luz al manuscrito y al instante interpretó una línea de signos pequeños que les había pasado desapercibida.

—«Allí donde están los planetas deberás colocar las esferas. Pero de nada te servirán, sin la luz de la estrella que las hace girar» —leyó como si pronunciara un conjuro.

Pero Grimpow parecía estar pensando en otra cosa.

—Necesito volver a coger la Piedra —dijo.

## Entre la niebla



Abrió la puerta y entró despacio, como si temiera encontrar a alguien dentro. El gato negro ronroneó en el suelo y se rozó con el vestido de su ama. Agnes se agachó y lo cogió en sus brazos. Aún podía percibir la presencia del joven en la casa. Movi6 la cabeza a un lado y a otro, husmeando los restos de aromas que todavía impregnaban el aire. Luego mir6 al gato negro a los ojos, como si pudiera ver en ellos lo que había ocurrido en su casa mientras ella visitaba a *madame* Chatelet.

—SÍ, ha estado aquí... ¿verdad? —preguntó en voz alta.

El gato maulló.

—No importa, ya nos ocuparemos de ese intruso. Ahora tengo algo que te gustará —dijo.

Volvió a asomarse a la puerta y dejó al gato en el suelo.

—Eso es para ti. El pobre animal también intentaba entrar en nuestra casa sin ser invitado —dijo, señalándole al gato un ratón que acaba de aplastar con uno de sus pies cuando llegó ante el portal.

El gato engulló a su presa de una dentellada, se relamió satisfecho y entró de nuevo en la casa. Agnes cerró la puerta, encendió una lámpara de aceite y subió lentamente la escalera. Su sombra danzaba en las paredes formando espectros de cuerpos deformes. A cada paso se preguntaba qué habría ido a buscar ese joven allí. Se detuvo en el rellano, alzó la luz hacia el hueco que llevaba a la buhardilla y luego alumbró hacia su cuarto. Una cólera incontenible se adueñó de ella. El libro de las brujas de la Estirpe, que su madre le había dado a Malén para ella hacía más de veinte años, había desaparecido. Agnes gritó y maldijo al muchacho de la Piedra una y mil veces. Sabía que había sido él quien se lo había llevado, robándole lo único realmente suyo que tenía: las palabras que su madre había escrito poco tiempo antes de morir.

Se cambió de vestido y se cubrió con un largo manto de color negro.

—No, esta vez tú te quedarás aquí —dijo Agnes al gato, cuando se disponía a salir tras ella.

Cerró la puerta y comenzó a caminar entre la niebla. Recorrería todo París si era necesario hasta que encontrara la guarida en que ese joven se escondía. Y, cuando lo atrapara, se lo entregaría al inquisidor junto con la Piedra que el rey de Francia tanto ansiaba. Poco le importaba si ese malnacido acababa ardiendo en una hoguera, aunque apenas fuese un muchacho. Ella no era una dama noble y bondadosa como su madre; ni una mujer sabia; ni siquiera se sentía una bruja de la Estirpe. Ella era

simplemente la bruja de Montmartre, una bruja vulgar como lo había sido Malén toda su vida, que fingía pactar con el Diablo para infundir temor en los ignorantes; una bruja que había aprendido que los débiles nunca triunfarían, o que era necesario servir a los poderosos como Búlvar de Góztell para recoger las migajas que se caían de su mesa, se decía a sí misma. Tampoco entendía de leyendas, ni de estrellas o serpientes que se mordían la cola; ni sentía ningún interés por la astronomía ni por los misterios del cosmos, que tanto apasionaron a su madre. Pero ese libro era lo único que ahora la unía a ella y estaba dispuesta a volver a matar para recuperarlo. Ya lo había hecho una vez y no sentía ningún remordimiento, a pesar de que la muerte de Nogaret arrastraría a la horca a los nobles acusados de traición. El esposo de *madame* de Chatelet era uno de ellos. Lo supo cuando el mayordomo la informó de que el rey había firmado la sentencia de muerte en la horca, y serían ajusticiados al amanecer al cabo de unos días, cuando estuviera levantado el patíbulo ante la catedral de Nôtre Dame. Ni siquiera el llanto inconsolable de *madame* de Chatelet la conmovió. Ella había aprendido a sobrevivir por sí misma, y nadie se había ocupado de sus sufrimientos durante el año que estuvo encadenada en las mazmorras de la Torre del Temple. Por nada del mundo estaba dispuesta a volver allí.

La niebla había convertido las calles de París en un limbo de oscuridad blanquecina y etérea, entre la que se disipaban las siluetas de las casas como espíritus errantes en busca de un descanso imposible. Agnes se dejó llevar por su instinto. Al poco de salir de su casa había notado que volvía a percibir una invisible atracción hacia la Piedra que poseía el muchacho, como cuando días antes podía verlo con total claridad. La visión que ahora tenía de él era tan intensa como entonces y no parecía estar lejos. Estaba en el mismo barrio Latino, aunque algo más al sur. Recorrió algunas calles pedregosas que parecían flotar en medio de la nada y llegó a la plaza de la universidad, devorada por la niebla. El silencio era tan intenso que Agnes solo oía su propia respiración. Se acercó hasta la puerta de la hospedería de estudiantes y alzó la cabeza hasta la primera planta. Entonces sonrió. El muchacho de la Piedra estaba allí, en una habitación junto a otro joven de su misma edad. La puerta de la hospedería estaba abierta. Agnes entró con sigilo y subió las escaleras. Nadie parecía estar despierto a esas horas de la noche. Accionó el pestillo y entró en el cuarto. Le bastó echar una ojeada en la oscuridad para ver que junto a uno de los camastros estaba abierto el libro que buscaba. Lo recogió del suelo y se acercó al joven sin hacer ruido. A esa distancia podía sentir los latidos de su corazón.

# *El fantasma existe*



El grito desgarrado de Grimpow despertó a Kylian, que llegó a temer que a su compañero de cuarto le hubiese ocurrido algo. Grimpow estaba sentado en el camastro, su respiración era entrecortada y tenía los ojos desorbitados como un sonámbulo.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Kylian, alarmado.

—¡Estaba allí! ¡Estaba allí! —repitió Grimpow señalando delante de él.

Kylian miraba donde Grimpow le indicaba, pero no comprendía a qué podía referirse. Él no veía a nadie entre la oscuridad.

—Ahí no hay nada.

—¡Te aseguro que la he visto! ¡Era ella...!

—¡Por las barbas de Aristóteles! ¿De quién demonios estás hablando?

—De la dama de la casa, hace un momento estaba ahí, frente a mí, mirándome en la oscuridad como si tuviera los ojos del gato negro que Sofí y yo vimos en la buhardilla. Sentí que ella se acercaba, que me quitaba la Piedra y que iba a arrancarme el corazón con sus manos fantasmales. ¡Ha sido horrible! —explicó Grimpow aún sobresaltado, sin dejar de aferrar con fuerza la bolsa de lino que le colgaba del cuello. La Piedra seguía en su interior. Esa misma noche había vuelto a bajar con Anatol Pembius y Edmond de Tokvill a la biblioteca subterránea y había recuperado la Piedra. La necesitaba para seguir adelante, aunque temiera que la mano fantasmal se la arrebatara.

—Vamos, olvídalo, solo ha sido una pesadilla; aún tienes la Piedra y tu corazón contigo, aunque algo más agitado de lo que sería deseable. Deberías volver a dormirte, no tardará mucho en amanecer —le tranquilizó Kylian.

—Lo que he visto no ha sido una pesadilla, Kylian. La Piedra se iluminó para advertirme.

Grimpow saltó de la cama y encendió una vela.

—¡Se ha llevado el libro! —exclamó.

Kylian creyó que él también despertaba de un mal sueño; o peor aún, que todavía estaba soñando.

—¡Demonios, eso sí es increíble! Anoche lo dejaste ahí, junto a tu camastro.

Grimpow tampoco salía de su perplejidad.

—¿Cómo ha podido saber que lo robamos nosotros de su casa?

—Confío en que no sea lo que estoy pensando... —apuntó Kylian, sin poder

contener un bostezo.

—¿No pensarás que Anatol Pempius o Edmond de Tokvill han tenido algo que ver con esto?

—¡Oh, no! Ellos son tus maestros y confían en ti. Si hubieran deseado coger el manuscrito les habría bastado con decirte que debían guardarlo en algún otro lugar...

—¡Déjate de rodeos!

—¿Recuerdas la vieja bruja de la que Sofí nos habló?

—Tampoco creo que se trate de eso; nadie podría adivinar algo así. Ni siquiera una bruja.

—Las verdaderas brujas de la Estirpe tenían poderes mágicos. Al menos eso decía el manuscrito, ¿no es cierto?

—Sí, es cierto.

Los pensamientos de Grimpow se precipitaban hacia un torbellino de dudas y temores. Ya había sentido otra vez esa presencia fantasmal junto a él, la noche que durmió junto al fuego en el campamento de los comediantes. También entonces tuvo la sensación de que la mano que se acercaba a él deseaba poseer la Piedra como si fuese algo suyo; algo que le había pertenecido desde hacía mucho tiempo, antes incluso de que los sabios de la sociedad Ouróboros supieran de su existencia. Y eso mismo era lo que decía el manuscrito de la última estrella. Kylian tenía razón; sin saberlo, había encontrado la clave que les permitiría comprender lo que había ocurrido; la dama debía de ser una bruja de la Estirpe. Solo ella podría encontrar la Piedra. Pero, si era así, ¿por qué no se la había quitado mientras dormía?

—Tendré que volver a esa casa —dijo Grimpow al fin.

—¿Te has vuelto loco? Ahora la dama ya sabe que has entrado una vez, y estará esperándote con los alguaciles para apresarte como a un ladrón. ¡Te cortarán las manos si te cogen dentro de la casa!

Pero la intención de Grimpow era otra.

—Esta vez llamaré a la puerta y esperaré a que la dama me abra.

# *Algo ha cambiado*



A pesar de la niebla, de la hora cercana al alba y de la distancia que los separaba, la situación en que Agnes y Grimpow se encontraban en ese momento era idéntica. Ambos estaban tumbados en sus camastros, rodeados de oscuridad y silencio; ambos permanecían despiertos, con los ojos abiertos y sin poder conciliar el sueño, y ambos, sin saberlo, pensaban el uno en el otro. También ambos sintieron que algo había cambiado esa noche en sus vidas, aunque no se conocieran.

Agnes estaba feliz por haber recuperado el manuscrito y Grimpow se sentía tranquilo por haber perdido algo que no le pertenecía. Agnes recordó las historias que Malén le había contado y pensó en su madre y en todas las brujas de la Estirpe que habían llevado una estrella marcada en su hombro desde los comienzos del mundo, mientras que Grimpow evocaba los recuerdos de todo lo que había vivido desde que encontrara la Piedra y emprendiera el Camino Invisible, imaginando a todos los sabios que durante siglos la habían poseído. Dos vidas, dos mundos, dos destinos, que ni Agnes ni Grimpow sabían aún hacia dónde los conducirían. Pero a ninguno de los dos le cabía duda de que, muy pronto, ambos se encontrarían.

Cuando al fin despuntó el día, Agnes fue a ver al inquisidor a la Torre del Temple. Aunque su nuevo cargo de consejero del rey le permitía vivir en el castillo del Louvre —cuando lo había hecho su predecesor hasta el momento de su muerte—, Búlvar de Góztell prefirió seguir habitando en su particular fortaleza, alejado del boato y de las intrigas de la corte.

Agnes tenía varios asuntos que tratar con el inquisidor, aunque uno de ellos fuese el más importante.

—He encontrado la Piedra en París, tal como os prometí —dijo Agnes, nada más ser recibida por Búlvar de Góztell en una capilla de la Torre, en la que este practicaba sus oraciones.

—¿La has traído contigo? —preguntó el inquisidor sin disimular su satisfacción. Hacía mucho tiempo que esperaba ansioso ese momento.

—No, aún no la tengo en mi poder, pero mañana yo misma la pondré en vuestras manos.

—Entonces deberías haber esperado a mañana para venir y verme. Y no olvides traer también al muchacho, quiero verle la cara a ese aprendiz de sabio. Tenemos alguna cuenta pasada que ajustar —dijo el inquisidor, mientras se dirigía con prisa hacia la puerta de la capilla, como si otros asuntos más urgentes reclamaran su

atención.

—De él quería hablaros.

—¿Ha ocurrido algo que yo deba saber? —preguntó deteniendo sus pasos.

—Solo es un niño... No podéis encerrarlo en esta Torre.

—Las mazmorras de esta fortaleza están atestadas de truhanes que roban y asesinan como si fuesen adultos. No veo por qué habría de ser distinto en este caso.

—Ese joven no ha hecho daño a nadie.

—Deja que sea yo quien juzgue sus actos. El Diablo usa los más sutiles disfraces para sembrar la semilla de la herejía entre los inocentes.

—Vos sabéis que el Diablo no tiene nada que ver con esto —dijo Agnes, intentando sobreponerse a su propio miedo.

—No pensabas así cuando te saqué de la mazmorra. Tú misma pactaste con él para encontrar al muchacho y la Piedra que posee. Ese que ahora consideras un niño, será mañana un hereje que buscará las respuestas a los misterios del cosmos para negar nuestra fe.

Agnes se arrodilló ante el inquisidor y habló con levedad, casi suplicando.

—Os lo ruego, dejad que yo me ocupe de ese muchacha.

—Lo siento, Agnes, mi deber es matar a la serpiente, antes de que su veneno letal acabe con nuestro mundo. Dios así lo quiere.

# *La llamada del destino*



Grimpow decidió no decir nada a Anatol Pempius y a Edmond de Tokvill sobre lo que ocurrió esa noche en la hospedería de la universidad. No lo entenderían. No entenderían por qué había decidido seguir adelante sin su ayuda, acompañado por un chico y una chica que nada podrían hacer por él si algún peligro lo acechaba. Pero Grimpow estaba decidido a tomar sus propias decisiones. Por esa razón no quería decirles que el manuscrito de Ouro había desaparecido de su cuarto, y menos aún que se lo había llevado un fantasma. Antes debía estar seguro de que se trataba de la misteriosa dama que ahora vivía en la casa del sabio Gurielf Lábox. También necesitaba comprobar si esa mujer era realmente una bruja de la Estirpe de las que hablaba el manuscrito, como había sugerido Kylian, y no se le ocurría otra manera de averiguarlo que yendo a la casa para hablar con ella. Estaba convencido de que era la mejor opción, aunque pudiera correr algún peligro si lo hacía. Pero Kylian no estaba de acuerdo, y se pasó las clases de la mañana haciendo gestos a Grimpow para que desistiera de su locura.

—¡Tú mismo dijiste anoche que esa dama podía ser una bruja de la Estirpe! —le replicó Grimpow antes del mediodía, entre el bullicio de los estudiantes que salían de las aulas y llenaban los pasillos y los claustros de la universidad.

—Anoche ni siquiera sabía de lo que hablaba, solo quería volver a dormir.

—Pensaba que este asunto te interesaba tanto como a Sofí y a mi.

Kylian protestó. No era la sensación que él quería transmitirle a Grimpow.

—Y me interesa. Por eso intento buscarle una explicación razonable a lo ocurrido. ¿No has pensado que ese libro ha podido cogerlo cualquier estudiante de la hospedería?

—Ni tú mismo crees lo que dices, Kylian. Nadie, salvo nosotros, Sofí y los maestros Anatol Pempius y Edmond de Tokvill, sabía que teníamos el libro. Además, cada vez estoy más seguro de lo que vi.

Kylian abrió los brazos en señal de aceptación.

—De acuerdo, admitamos que quizá haya sido esa dama, pero no deberías ir a verla si, como crees, se trata de una bruja de la Estirpe. Puede ser peligroso que te encuentres a solas con ella en su casa.

—Si no voy a verla, no veo de qué otro modo podría aclarar este misterio.

—Deberías consultar a Anatol Pempius y Edmond de Tokvill, ellos sabrán cómo resolver este asunto.

Grimpow miró a su amigo con severidad.

—Ni lo sueñes. No les pregunté qué debía hacer cuando decidí entrar en la casa y tampoco voy a hacerlo ahora para volver a ella. Ya no soy ningún niño, y aquí he aprendido que debo tomar mis propias decisiones, aunque sean equivocadas.

—Entonces Sofí y yo iremos contigo. Me sorprendería que tu amada quiera dejarte solo en brazos de una bruja tan bella —dijo Kylian riendo.

—¡Déjate de bromas! —soltó Grimpow. Y a pesar del nerviosismo que sentía, rio también.

Informaron a Sofí de lo que había ocurrido con el libo tan pronto llegaron al embarcadero del río. Siempre se reunían allí.

—¿Estás seguro de que era ella? —preguntó Sofí incrédula, después de escuchar el relato de Grimpow.

—Tan seguro como que tú estás ahí.

—Vayamos a verla. Si es una bruja como dices, no creo que sea una bruja malvada —dijo Sofí, decidida a seguir adelante. No podía sospechar que otros ojos la observaban, ocultos tras unas barcas destrozadas.

El corazón de los tres amigos palpitaba desbocado cuando Kylian golpeó con fuerza la puerta de la casa. Según los cálculos de Sofí, la dama no debía de haber salido aún a llevarle la cena a la vieja bruja que visitaba cada tarde en una apestosa calle del puerto, al otro lado del río. Sin embargo, nadie parecía contestar a la llamada. Kylian iba a golpear de nuevo la puerta, pero al fin se abrió con lentitud, hasta que la figura de una bella mujer quedó ante ellos.

—¡Mira a quién tenemos aquí! Me parece que estos jóvenes ya han estado antes en esta casa —dijo Agnes, como si le hablara al gato negro que tenía en sus brazos.

Los tres jóvenes no supieron qué decir. Ni siquiera Grimpow, que había imaginado durante toda la mañana cómo sería su encuentro con la misteriosa dama, fue capaz de articular una palabra. Solo el gato soltó un breve maullido, se removió inquieto en los brazos de Agnes y saltó al suelo. Luego, ronroneó a los pies de Sofí.

—Ya veo que os conocéis.

—Es un gato muy cariñoso —dijo Sofí, sin saber qué debía responder. Se agachó y cogió al animal, que parecía sentirse feliz con sus caricias.

—También nosotros nos conocemos, aunque todavía nadie nos haya presentado, ¿no es verdad, Grimpow? —preguntó Agnes.

Grimpow asintió, sin dejar de mirar las manos de la dama. Sin duda eran las manos fantasmales que él había visto en sueños, pero, lejos de ser huesudas y arrugadas como él las había imaginado, eran blancas y delicadas.

—Tenía que hablar con vos, por eso he venido. Ellos son mis amigos Sofí y Kylian —respondió, venciendo su propio miedo.

Ambos sonrieron con levedad, al tiempo que Agnes los invitaba a entrar en la casa. Sofí pasó sin dudar, seguida de Grimpow, mientras Kylian no ocultaba sus recelos y miraba a un lado y a otro, esperando ver algún cuervo revoloteando sobre

sus cabezas, grandes telas de araña en las paredes y en los techos, sapos y culebras por el suelo, escarabajos y cucarachas en los rincones o alguna escoba voladora, apoyada tras la puerta que la dama acababa de cerrar. Pero nada había a su alrededor, más que el gato negro que Sofí acariciaba con agrado.

Para Agnes, la visita de los tres chicos fue una sorpresa inesperada. Sabía que volvería a encontrarse con Grimpow, aunque nunca hubiera imaginado que ese muchacho de rostro travieso tendría el valor de ir a verla a su propia casa. Si había tenido la osadía de ir hasta allí, era porque no sabía que ello iba a arrebatarle la Piedra que poseía.

—Supongo que has venido a disculparte por haber robado un libro de esta casa —dijo Agnes, después de que todos se sentaron alrededor de la mesa.

—Ese manuscrito no os pertenece. Era del sabio Gurielf Lábox. Él y su hija Weienell vivían aquí antes de que llegais vos.

—¿Te envió ese sabio a coger el libro?

—Gurielf Lábox murió la pasada primavera. Vine a recoger algunas cosas suyas y encontré el libro, por eso me lo llevé —explicó Grimpow, sin decir nada sobre el enigma del Pentágono Mágico y las claves que buscaba para resolverlo.

—Ese libro es mío, no del sabio del que hablas. Por eso me molesté en ir a recuperarlo anoche.

—¿Cómo supisteis que yo lo tenía?

—Este gato me lo dijo.

Kylian sintió un repelús. La dama era sin duda una bruja.

—Sentimos habernos equivocado. Mi amigo no tenía intención de causaros ningún agravio. De haber sabido que el libro era vuestro lo habría dejado donde lo encontró —se excusó, con el propósito de evitar que la dama se enfadara. A buen seguro que podría fulminarlos con un soplo mágico o convertirlos en sapos o ratas de cloaca con solo pronunciar un maleficio.

—Agradezco tus excusas, Kylian, aunque no sea a ti a quien le corresponda expresarlas —dijo Agnes con un gesto amable.

Pero Grimpow no pensaba en disculparse.

—¿Vos sois una bruja de la Estirpe? —preguntó, sin rodeos.

Sofí levantó la cabeza, abrió sus rasgados ojos de par en par y dejó de acariciar al gato. Pero Agnes no contestó a la pregunta de Grimpow.

—¿Qué sabes tú de las brujas de la Estirpe?

—Todo lo que cuenta el manuscrito. Si me lo lleve, fue para leerlo.

Esta vez fue Agnes quien se sorprendió.

—¿Puedes comprender esos signos?

—Supongo que igual que vos.

—Te equivocas, nunca he podido leer esos extraños símbolos.

La dama se puso en pie y salió de la sala sin decir nada. Kylian aprovechó la ocasión para hablar con Grimpow y con Sofí.

—¡Por las barbas de Aristóteles! Si la provocas no saldremos vivos de aquí. Será mejor que te disculpes y nos vayamos de esta maldita casa antes de que sea demasiado tarde —dijo en voz baja.

Sofí se adelantó a Grimpow.

—Quédate tranquilo, Kylian; esa dama no va a hacernos ningún daño —murmuró entre dientes, para no ser oída desde fuera.

—¿Y cómo estás tan segura de eso? Tiene poderes diabólicos, y ese gato tal vez no sea lo que parece. Apostaría a que está hechizado...

La súbita aparición de Agnes hizo que Kylian se callara.

—¿Tendrías la bondad de leerlo? —dijo amablemente, ofreciéndole a Grimpow el manuscrito.

Con un gesto instintivo, Grimpow se llevó la mano al pecho y cogió la Piedra de la bolsa de lino.

—Deberíais intentarlo vos. Tal vez esta Piedra os ayude —dijo, sin llegar a comprender por qué le ofrecía la Piedra, cuando apenas hacía unos instantes temía que sus manos fantasmales se la quitaran. Fue como si los ojos de aquella hermosa bruja también lo hubiesen hechizado a él, o como si la misma piedra deseara escapar de sus manos. Algo semejante había sentido cuando dejó la Piedra en manos de la mujer muerta hacía miles de años, aunque en ese instante ni siquiera pensó en ello.

Agnes miró con incredulidad la mano del joven. Una pequeña luz azul comenzaba a surgir de la Piedra que ella pensaba arrebatarse. Sentados frente a Agnes, Sofí y Kylian también estaban pasmados de asombro. No podían creer que Grimpow le ofreciera la Piedra a aquella mujer, quien quiera que fuese, después de lo que había ocurrido. Incluso el gato negro clavó fijamente sus ojos amarillos en la mano de Grimpow.

—¿Qué es esa Piedra? —preguntó Agnes, fingiendo desconocer que él la poseía. Realmente, aquella luz azul era algo prodigioso.

—Cogedla sin ningún temor y comprobadlo vos misma, os lo ruego —le pidió Grimpow, manteniendo su mano extendida.

La mano temblorosa de Agnes se acercó a la de Grimpow y la luz creció hasta formar un gran halo azul entre sus dedos. Entonces, ambos sintieron que sus pensamientos se conectaban a través de esa luz inexplicable, fundiéndose en un sinfín de imágenes y recuerdos como si formaran parte de una única mente y de un solo cuerpo. No había recelos entre ellos ni hacían falta palabras para explicar sus sentimientos. La mágica Piedra los había unido y juntos debían escuchar la llamada del destino.

—Con la piedra en la mano, Agnes cogió el libro que su madre había escrito para ella hacía más de veinte años. En silencio comenzó a leerlo como si los signos fuesen palabras de una lengua que ella siempre había conocido. Los tres jóvenes la miraban expectantes, observando absortos las dulces facciones de aquel rostro, que poco a poco se iba transformando en la imagen de una hermosa divinidad. Era una

metamorfosis lenta pero visible, que alcanzó su cénit cuando Agnes terminó de leer el manuscrito.

—¿Sabéis quién era Agnes Lebuy? —preguntó Grimpow.

Agnes cerró el manuscrito sobre su regazo y se quedó pensativa, como si oyera la voz del muchacho entre las brumas de un sueño.

—Era mi madre... murió al nacer yo —dijo al fin.

Los tres jóvenes se miraron como si en ese instante se hubiesen desvanecido todas sus dudas.

—¿Lo entendéis ahora? —dijo Grimpow—. Vuestra madre escribió ese libro para que vos conocierais la historia de las brujas de la Estirpe y continuarais guardando las claves que protegen el Secreto de los Sabios. Ella escondió los cinco planetas del Pentágono Mágico para que vos los buscarais y siguieseis guardándolos como ella lo había hecho hasta antes de morir.

—Los cinco planetas del Pentágono Mágico... —murmuró Agnes.

—Nosotros os ayudaremos a encontrarlos —dijo Grimpow.

Agnes cogió el medallón que le colgaba del cuello y se lo mostró.

—Mi madre también dejó esto para mí. Lo llevo conmigo desde que era una niña.

—¡El Ouróboros! —Exclamó Sofí sin poder contener su entusiasmo.

—¿También tenéis la marca de una estrella en el hombro? —quiso saber Kylian. Lo que había visto esa tarde era tan increíble, que seguía convencido de que la dama los había embrujado a todos.

Agnes deslizó el vestido que le cubría el hombro y dejó al descubierto una pequeña estrella marcada en su piel, que parecía brillar con la misma intensidad que la luz de la piedra.

El rostro de Grimpow expresó su emoción. No se había equivocado.

—Es evidente que vos sois ahora la última bruja de la Estirpe —dijo, recordando la estrella que había visto en el hombro de la mujer muerta hacia miles de años.

Y aunque eso era algo que Agnes sabía, pues la vieja Malén se lo había dicho hacía unos días, hasta ese momento no llegaba a comprender la verdadera trascendencia de lo que ella significaba. Ya no le cabía ninguna duda. Lo aceptara o no, ella era la única heredera de una antigua raza de mujeres que habían guardado el secreto de la sabiduría humana desde los remotos tiempos de las cavernas; de ella dependía que ese maravilloso legado continuara vivo o se olvidara para siempre.

—Venid conmigo, hay algo que encontré en esta casa y que tal vez sea lo que estabais buscando para desvelar el misterio del Pentágono Mágico.

Siguieron a Agnes hasta la buhardilla, ilusionados con la idea de que la dama les proporcionara la primera pista para encontrar a los cinco planetas de los que hablaba el manuscrito.

—¡Por las barbas de Aristóteles! —exclamó Kylian después de soltar un largo silbido, cuando vio la belleza de aquella estancia repleta de libros y de objetos maravillosos, que Sofí y Grimpow ya conocían.

Agnes se dirigió a un rincón en el que había una gran esfera sobre un trípode de bronce. La esfera tenía el color del cielo de la noche y había infinitas estrellas pintadas en ella, incluso podía girar sobre un eje de metal que sobresalía del polo superior y terminaba en una pequeña bola dorada. Empujó sobre ella hasta que se oyó un chasquido y la esfera se abrió como un melón hecho rodajas. En su interior había un plano del laberinto de la biblioteca subterránea de la universidad de París, con cinco círculos marcados en rojo y una palabra en cada uno de ellos: Sator, Arepo, Tenet, Opera y Rotas.

—¡Son los planetas del Pentágono Mágico! ¡Gurielf Lábox sabía dónde están escondidos! —gritó Grimpow, contento.

También Agnes estaba feliz. Pero a pesar de la alegría que había supuesto para ella llegar a comprender todo el sentido de libro que su madre había escrito, se sintió súbitamente desolada. La misión que debía cumplir era otra, si es que quería salvar su vida.

Se acercó a Grimpow e hizo ademán de devolverle la Piedra.

—No, quedáosla vos... Esa Piedra os pertenece.

## Una obra del Diablo



Ahora ya la tenía en sus manos, aunque sería por poco tiempo. Búlvar de Góztell la había liberado de las mazmorras de la Torre del Temple para que encontrara la Piedra Filosofal donde quiera que estuviese y ella debía cumplir su parte de aquel pacto si no quería que el inquisidor la devolviera sin compasión al infierno del que había salido. Agnes había entregado su alma al Diablo y ya no le pertenecía, por más que una parte de si misma deseara proseguir la tarea que su madre había dejado inacabada. Incluso dudaba de si la Piedra había caído en sus manos por obra del Diablo o por la atracción que la estirpe de su madre ejercía sobre la Esencia del Misterio. Pero, a pesar de lo que había sentido cuando tocó la Piedra, ella no sería nunca una bruja de la Estirpe como lo había sido su madre, se repetía a si misma. Nunca podría vencer el miedo.

Antes del anochecer, Agnes fue hasta el puente de la isla de París con intención de comprar en los bazares de los orfebres un pequeño cofre en el que guardar la Piedra. Luego fue a cumplir su compromiso.

El inquisidor despachaba importantes asuntos del reino en el castillo del Louvre cuando le fue anunciada la visita de una dama que deseaba verlo con urgencia.

—Disculpadme, continuaremos en otro momento —dijo al monje escribano, que redactaba bajo su dictado los documentos que luego debía firmar el rey.

El monje escribano se levantó, se reclinó con levedad ante el consejero y se marchó, cruzando una mirada de cortesía con la dama que aguardaba en la puerta.

Agnes entró y se acercó a la mesa del inquisidor.

—¡Tomad, aquí tenéis lo que deseabais! —dijo sin mis preámbulos.

Las manos de Búlvar de Góztell cogieron con avidez el pequeño cofre dorado que la bruja de Montmartre le ofrecía. Luego lo abrió con lentitud y contempló la piedra que brillaba en su interior como una extraña y preciada joya. Había destellos de codicia y satisfacción en los ojos del monje; lo que durante tanto tiempo había deseado estaba al fin en su poder: la Piedra Filosofal, la única capaz de encerrar toda la sabiduría del Universo y de conducir a la inmortalidad. Cogió la Piedra con recelo, como si temiera que pudiese fulminarlo como un rayo al tocarla, pero solo notó la pulida superficie del mineral entre sus dedos.

—Pensaba que al tocar la Piedra ocurrían cosas prodigiosas —dijo.

—Y ocurren, aunque vos no podáis percibir las aún. Los poderes mágicos de la Piedra necesitan algún tiempo para aceptaros como a su nuevo amo y señor. Dejadme

a mí y lo comprobaréis —le pidió entonces Agnes.

Búlvar de Góztell le entregó la Piedra, y Agnes cerró sus manos sobre ella, ocultándola. Entonces surgió la luz que hizo estremecer al inquisidor como si una estrella se hubiese encendido de súbito en él.

—¡Ese prodigio es realmente una obra del Diablo! —exclamó.

—Ahora el Príncipe de las Tinieblas os servirá a vos y no a los sabios —dijo Agnes, devolviéndole el mineral.

—¿Y qué hay del muchacho que guardaba la Piedra? El peligro de las herejías de los sabios no habrá acabado mientras él y sus protectores sigan con vida. Ya te advertí que traerlo contigo.

Agnes tembló ante la mirada despiadada del inquisidor.

—Consiguió huir cuando le quité la Piedra.

—¿Crees que puedes engañarme con esa estupidez?

—Ese joven es muy astuto y logró liberarse de mis hechizos antes de que pudiera dominar su voluntad.

—¡Estás mintiendo! —gritó Búlvar de Góztell dando un fuerte golpe sobre la mesa—. ¿Dónde le encontraste?

—Le localicé junto a otros chicos en la isla de París, cerca de Nôtre Dame. El Diablo me llevó hasta él una vez y volverá a hacerlo de nuevo. Prepararé un poderoso embrujo para que ese muchacho me obedezca y yo misma lo llevaré a la Torre del Temple.

El inquisidor volvió a acariciar la Piedra y la guardó en el cofre.

—Hoy seré complaciente contigo por haberme traído la Esencia del Misterio. Pero atrapa a ese maldito muchacho antes de que se agote mi paciencia o serás tú quien vuelva a las mazmorras.

—No os defraudaré de nuevo, podéis estar seguro de ello —dijo, simulando cierta indiferencia ante las amenazas del monje.

Agnes se giró sobre sus pasos dispuesta a marcharse, pero se detuvo y volvió a mirar al inquisidor.

—¿Puedo hablaros de algo confidencial?

—¿De qué se trata?

—¿Conocéis al duque Gauthier?

—Tengo entendido que es un hermano bastardo del rey, pero no le conozco personalmente. Jamás se deja ver por la corte. ¿Por qué me preguntas por él?

—Era el esposo de mi madre.

## *Preguntas sin respuesta*



De regreso a la hospedería de la universidad, Kylian y Grimpow comentaban su fantástico encuentro con la bruja de la Estirpe.

Sofí se había marchado a casa después de que sus amigos le prometieran una y mil veces que no entrarían sin ella en el laberinto de la biblioteca subterránea para buscar los cinco planetas del Pentágono Mágico, aunque Kylian no estaba convencido de que fuese buena idea que una chica los acompañara, pues en la universidad tenían prohibida la entrada las mujeres, y solo las sirvientas de la hospedería que limpiaban las aulas podían deambular a ciertas horas de la tarde por los claustros y los pasillos. Pero Sofí había insistido en que tenía el pelo cortado como un muchacho y pasaría desapercibida junto a ellos si cubría su cuerpo con una capa de estudiante como la que Kylian y Grimpow vestían. Kylian se ocuparía de buscar una que le sirviera, a pesar de sus reticencias. Kylian parecía de acuerdo con que Grimpow le hubiese dado la Piedra a la bruja de la Estirpe.

—Al menos deberías haber esperado hasta que los maestros Anatol Pempius y Edmond de Tokvill supieran quién es esa dama —dijo, de camino a la hospedería.

—Ya te dije que estaba dispuesto a tomar mis propias decisiones. De momento no pienso contar nada de esto a Anatol Pempius ni a Edmond de Tokvill, y espero que tú tampoco lo hagas.

—Pero ¿y si esa dama no resulta ser realmente quien tú crees que es? Ni siquiera la conoces.

—Es la última bruja de la Estirpe y eso me basta. Tú mismo viste la luz de la Piedra en sus manos. Nadie que no esté destinado a tenerla conseguiría que se iluminara. La Piedra elige a sus poseedores.

—¡Y tú eras quien la poseía hasta ahora! ¿Por qué crees de pronto que es esa mujer la elegida?

—Yo encontré la Esencia del Misterio casualmente, aunque la Piedra me aceptara como su dueño. Pero siempre supe que no era a mí a quien estaba destinada. Era como si tuviese que ser yo quien la devolviera a su verdadero origen, para restablecer el equilibrio que se rompió al morir la madre de la dama.

—Apostaría a que esa dama te hechizó para qué se la dieras. Es una bruja, ¿es que no te das cuenta? —insistió Kylian.

—Eres tú quien se niega a aceptar la realidad. Las brujas de la Estirpe no son como cuentan las leyendas. No hay ninguna maldición diabólica que debamos temer

de esa dama.

—¿No se te ha pasado por la cabeza preguntarte cómo es que vive en la casa de Gurielf Lábox y de su hija? Dijiste qué Weienell había sido como una madre para ti durante los últimos meses...

—Y lo sigue siendo. Cada día la echo más de menos.

—¡Pues esa bruja ni siquiera la conoce!

—¿Adónde quieres ir a parar?

—A que es muy extraño que viva en la misma casa en que vivió Gurielf Lábox. ¿Quién le dio permiso para entrar en ella?

—¡Eso no importa ahora!

—¡Sí que importa! Piénsalo.

—No sé..., es posible que su madre y Gurielf Lábox sean amigos...

—O que esa bruja de la Estirpe estuviera buscando en casa de Gurielf Lábox lo mismo que nosotros y se quedara a vivir allí hasta que lo encontrara, sabiendo que ni él ni su hija regresarían nunca —dijo Kylian.

—Ella misma nos ha dado el plano del laberinto de la biblioteca para que busquemos los cinco planetas del pentágono mágico. ¿Qué más pruebas necesitas para convencerte de que estamos del mismo lado?

Kylian contestó con otra pregunta.

—¿Y si lo que pretende es utilizarnos para que pongamos en sus manos lo que ella busca? Ya ha conseguido la Piedra y ahora espera conseguir los cinco planetas del pentágono mágico. Cuando tenga todas las claves en su poder, estará a un paso de encontrar el Secreto de los Sabios.

—Si eso es lo que busca, no veo nada de malo en ello. A esa dama le corresponde guardarlo, como lo hizo su madre y han hecho todas las brujas de la Estirpe desde que el Secreto de los Sabios llegó a París, hace más de doscientos años. Al fin y al cabo, es lo mismo que deseábamos hacer nosotros, antes de conocer la historia que se explica en *Ouro: La última estrella*.

—Yo no me refería a que ella se lo quedara...

—¿Qué querías decir entonces?

—Que se lo entregue a alguien más poderoso y temible...

—¿El inquisidor Búlvar de Góztell?

—Tú has pronunciado su nombre.

Las palabras de Kylian golpearon la mente de Grimpow como la maza de hierro de un verdugo. La sangre se le heló y por un momento, se paró su corazón. ¿Era posible que su amigo tuviera razón? ¿Cómo había sido tan estúpido para no darse cuenta de las intenciones de la dama? ¿Lo habría hechizado realmente, como aseguraba Kylian, y por eso él le había entregado la Piedra? Si era sí, todo estaba perdido. Búlvar de Góztell se apoderaría de la Piedra y todo el esfuerzo de las brujas de la Estirpe durante miles de años, todo el sacrificio y todas las muertes de los sabios, incluso las muertes de los padres de Weienell y de Salietti habrían sido en

vano, se habrían desvanecido en la nada sin ningún sentido. Él los había traicionado llevado por su ingenuidad. Había fracasado al recorrer el Camino Invisible para acabar poniendo en manos del inquisidor lo que tanto le había costado proteger de su codicia. El futuro sería tan aciago e incierto como un mundo de tinieblas. Pero luego pensó que no había sido él, que había sido la Piedra la que había decidido quedarse en manos de la última bruja de la Estirpe porque al fin se había reencontrado con su origen. Y eso era algo que nadie podría reprocharle, por más que Kylian y su propia conciencia insistieran en culpabilizarlo por lo que había hecho.

# *La verdadera conspiración*



La mano enguantada del duque Gauthier cogió el cofre que el inquisidor le entregó y lo mantuvo ante él, sin atreverse a abrirlo. Lo miró por todos lados y lo dejó sobre la mesa sin dejar traslucir sus pensamientos. El parche negro que tapaba su ojo derecho confería a su rostro una inexpresividad cadavérica, acentuada por las sombras de las antorchas que iluminaban la palabra «Kôt» tallada en el recinto sagrado de la sociedad secreta. Sabía que la Piedra que había dentro del cofre tenía un poder extraordinario según aseguraban todas las leyendas, capaz de desvelarle los más recónditos misterios del Universo y de conducirlo a la inmortalidad. Pero, a diferencia del rey de Francia, el duque Gauthier no sentía ninguna curiosidad por conocer esos misterios ni aspiraba a vivir eternamente. Si deseaba poseer la Piedra era porque solo ella podía abrir la puerta que conducía hasta el Secreto de los Sabios, guardado durante más de doscientos años por los templarios. El momento de la verdadera conspiración se acercaba. El rey tenía sus días contados y muy pronto él se sentaría en el trono de Francia. Con el Secreto de los Sabios en su poder, sería invencible.

—Mañana al atardecer ahorcarán a los traidores. Sin sus barones, el rey estará tan indefenso como un recién nacido —dijo el inquisidor.

—Habéis hecho un buen trabajo, os felicito por ello.

El inquisidor se inclinó ante los elogios del duque.

—¿Cuándo deseáis abrir la puerta? —preguntó.

—Dejemos pasar algún tiempo, no es conveniente precipitarse.. Las aguas estarán demasiado revueltas en la corte con los acontecimientos.

—Dentro de unos días el rey ofrecerá una cacería y una gran fiesta a todos los nobles de París para que olviden estos días amargos de muerte y traición.

—¿Ha anunciado ya el lugar de los festejos? —preguntó el duque.

—Será en el castillo de la Bastilla y en los bosques que lo rodean.

—Está claro que el rey desea congratularse con sus vasallos.

—¿Vos asistiréis? —quiso saber el inquisidor.

—Ni siquiera por el trono de Francia me perdería una partida de caza tan provechosa. Preparadlo todo para ese momento.

—Haré que parezca un accidente.

—Confío en vuestra habilidad para no levantar ninguna sospecha.

—Las sospechas recaerán de nuevo sobre los templarios rebeldes. A los ojos de

todo el reino, la maldición del gran maestro del Temple volverá a cumplirse. El rey morirá antes de que llegue el invierno, como el hereje profetizó en la hoguera —sentenció Búlvar de Góztell.

—Así podremos acabar de una vez con los templarios que aún se esconden en sus guaridas. Toda Francia clamará por vengar al rey muerto.

—Y os glorificará a vos como su nuevo monarca —le agasajó el inquisidor.

El duque Gauthier cogió el cofre de la mesa, lo abrió y contempló la piedra durante un instante. Luego se acercó a una pequeña hornacina y depositó allí el cofre.

—Ocupaos entonces de que nada falle. Cuando llegue el momento, sabré recompensaros como os tenía prometido. Nos veremos mañana, ante el patíbulo de Nôtre Dame —dijo el duque, dando por terminada la visita.

—Aún hay algo de lo que deseaba hablaros.

—Decidme, ¿qué os inquieta? —preguntó el duque, al ver el rostro preocupado del inquisidor.

—La bruja de la Estirpe me ha preguntado por vos.

—¿Ha averiguado mi nombre?

—Sabe que vos fuisteis el esposo de su madre.

—Debisteis quemarla en la hoguera como a las otras brujas cuando la encontrasteis en el bosque de Loudon.

—Sin ella no habríamos conseguido la Piedra.

—Entonces, deshacedos de esa maldita bruja, ya no la necesitamos.

—Preferiría esperar hasta que abramos la puerta del Secreto de los Sabios. Aún puede sernos útil.

—Haced lo que os plazca, pero no os fieis de su lealtad, conozco bien a esa clase de hechiceras.

—Cuando llegue la hora morirá, y con ella las brujas de la Estirpe desaparecerán de la faz de la Tierra.

# *El patíbulo de Nôtre Dame*



Las pesadillas volvieron durante la noche en forma de monstruos, demonios y fantasmas. Pero, cuando se despertó a la mañana siguiente, los temores de Grimpow se habían disipado. Había hecho lo que debía, se repetía a sí mismo mientras se levantaba, y no se arrepentía de haberle entregado la Piedra a la bruja de la Estirpe. Al menos ella estaba unida a la Esencia del Misterio por un antiguo vínculo de sangre del que él carecía. Nadie podía burlar las trampas del destino, pensó recordando unas palabras de Salietti, y algo le decía que la Piedra estaba más segura en poder de la dama que en sus propias manos. Lo único que deseaba es que su amigo Kylian estuviera equivocado, y que el inquisidor no le encontrara. Aún tenían que buscar los cinco planetas del Pentágono Mágico, y luego ya verían por qué nuevos derroteros los conducía la búsqueda del Secreto de los Sabios. De momento debía darse prisa, si no quería llegar tarde a clase de astronomía con el maestro Auguste Annú. Kylian ya debía de estar desayunando desde hacía rato, pues su cama estaba deshecha y no lo había visto en el cuarto esa mañana. Probablemente habría ido a ver a los estudiantes que cursaban medicina, para pedirles que le dejaran ir con ellos a presenciar la ejecución de los traidores en el patíbulo de la catedral de Nôtre Dame. La muerte ejercía sobre Kylian una incontenible atracción, tan misteriosa e invisible como la de los imanes que el maestro Annú usó en clase para explicarles las leyes físicas de la atracción entre las masas de los cuerpos celestes, que hacían girar a los planetas alrededor del Sol.

Pero Grimpow pensaba en otra clase de atracción, la que sentía por Sofí. Era incapaz de comprender qué lo había llevado a sentir tanto afecto por esa chica de pelo corto y carácter rebelde, que deseaba ser comediente cuando creciera. Si pensaba en ella, experimentaba un agradable cosquilleo en el estómago y una emoción silenciosa e inexplicable, que le hacía creer que tocaba las estrellas con sus manos.

—¿Y Kylian? —preguntó Sofí al llegar esa tarde al embarcadero.

—Ha preferido ir con otros estudiantes a ver la ejecución pública de Nôtre Dame. Le veremos luego, para entrar en el laberinto de la biblioteca.

—No entiendo cómo puede desear ver morir a alguien en la horca.

—Yo tampoco, pero dice que le interesa observar la agonía de un ahorcado. Quiere ser médico, ya lo sabes.

—Y tú... ¿qué piensas ser? —dijo Sofí, comenzando a caminar por la orilla del río.

—No lo sé, tengo demasiadas dudas. Dejaré que el destino elija por mí.

—¿El destino?

—Bueno, supongo que algo pasará cuando llegue el momento —dijo Grimpow—. Siempre pasa algo, aunque nosotros no sepamos lo que ocurrirá. Mira si no lo que pasó ayer con la bruja de la Estirpe.

Sofí volvió a ver a Grimpow ensimismado.

—¿Te preocupa lo que ocurrió?

—Nunca pensé que ocurriría lo que ocurrió. Antes de ir a ver a esa dama, creía que era a mí a quien le pertenecía la Piedra, pero luego...

—Si no hubieses decidido ir a hablar con ella, no sabrías todo lo que sabes ahora. El destino te llevó hasta ella porque tú lo buscaste.

—Kylían piensa de otra manera. Él cree que fue la dama quien me buscaba a mí para apoderarse de la Piedra.

—No hagas caso de Kylían, él aún cree que la bruja de la Estirpe nos hechizó a todos.

—Me alegro de que tú no lo veas así.

—Esa mujer me pareció algo extraña, pero no había ninguna maldad en sus ojos. ¿Te has arrepentido de darle la Piedra?

Grimpow pensó un instante su respuesta.

—Nunca he estado más seguro de algo en mi vida —confesó al fin.

—¡Entonces olvídale y cojamos esa barca! Daremos un paseo por el río.

—¿Y si nos ve su dueño?

—Es un amigo de mi padre, no pasará nada.

Sofí lo tomó de la mano y tiró de él. Un sol gigantesco se escondía por el oeste, dejando una estela de colores incandescentes en el horizonte.

—¿Nunca has pensado en subirte a uno de esos barcos y recorrer el mundo? —preguntó Sofí, cogiendo los remos y adentrándose en el agua.

—Prefiero quedarme en tierra firme, es más seguro que esta barca. Además, no creo que llegáramos muy lejos con estos dos remos —dijo Grimpow sonriendo.

—Algún día me marcharé de París.

—¿Y a dónde irás?

—No lo sé, cualquier lugar lejano. En el sur hace sol y hay flores todo el año.

—Yo me marcharé a Florencia cuando Weienell y Saliatti regresen.

—No digas eso, no quiero volver a separarme de ti.

—¿Me besarás cuando me vaya?

Sofí dejó los remos, se acercó a Grimpow y lo besó en los labios.

Desde el río podían oír los gritos de la muchedumbre que había acudido a la isla para ver la ejecución de los traidores ante la catedral de Nôtre Dame. Kylían estaba allí, colocado ante el patíbulo junto a otros estudiantes mayores que él. Sobrecogido y expectante, pensaba en la frágil y terrible línea que separa la vida de la muerte.

Los gritos de la multitud arreciaron cuando la carreta con la jaula que

transportaba a los traidores apareció en la plaza. Once hombres abatidos por el dolor y el miedo miraban humillados los rostros crispados del gentío que los insultaba, mujeres, niños y ancianos que no deseaban perderse el horrible espectáculo de la muerte. Sobre el gran patíbulo once horcas aguardaban a los reos. Habían sido torturados por los verdugos y habían confesado un crimen que nunca cometieron: traicionar al rey. Lo demás, poco importaba. En apenas un instante estarían muertos, colgados de la horca a merced del viento.

## *Las cinco esferas*



Al día siguiente habían quedado con Sofí ante la hospedería de la universidad para entrar en la biblioteca subterránea. Sin embargo, Sofí no llegó a la hora convenida.

—¿Estás seguro de que quedamos aquí y no en el embarcadero, como siempre? —preguntó Kylian, después de llevar un rato sentado bajo la sombra de un sauce, hablando de la agonía de los traidores en la horca.

—Claro, tenía que ponerse la capa antes de entrar en la universidad y le dije que tú la tendrías preparada para ella aquí, en este árbol —respondió Grimpow, que, en lugar de atender a las detalladas explicaciones que Kylian le acababa de dar sobre el momento en que el verdugo accionó la palanca que abría las trampillas bajo los pies de los condenados, y sus cuerpos cayeron al vacío, no dejaba de recordar el beso de Sofí. No pensaba hablarle a Kylian sobre la dulzura de los labios de Sofí. Ese era su secreto, un secreto que solo les pertenecía a ellos y que nadie más conocería. O, al menos, eso pensaba Grimpow.

—¿Que crees que le habrá pasado?

—No lo sé, siempre suele ser muy puntual.

—Deberíamos entrar nosotros, antes de que vuelva a caer la noche. Ni siquiera sabemos el tiempo que pasaremos dentro del laberinto de la biblioteca subterránea —sugirió Kylian, haciendo evidente su nerviosismo.

—Tranquilízate. Esperaremos un poco más y, si no viene, entraremos nosotros.

Las ramas del sauce oscilaban sobre sus cabezas empujadas por el viento que comenzaba a soplar con fuerza, formando pequeños remolinos de hojas secas a su alrededor. El cielo se había encapotado y su oscuro color grisáceo auguraba tormenta.

—¡Ahí está! —exclamó Kylian al verla aparecer corriendo por el fondo de la calle que llevaba hasta los jardines de la hospedería.

Grimpow se puso en pie de un salto. Algo le ocurría a Sofí. Por su forma de correr mirando continuamente hacia atrás, pensó que huía de alguien. Pero tras ella no se veía a nadie.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmado, cuando Sofí llegó hasta ellos.

Sofí respiraba con dificultad, asfixiada por la carrera.

—Es Ricard... Sabe todo lo que hemos hecho juntos estos días y no ha dejado de hacerme preguntas sobre vosotros y los lugares a los que hemos ido. Ha estado espíandome, y me ha amenazado con decir a mis padres que estoy viéndote a escondidas y que me estoy metiendo en algún lío peligroso... —dijo, tomándose un

respiro.

—¿Te ha seguido hasta aquí? —preguntó Kylian, sin dejar de mirar al fondo de la calle.

—No lo creo. He dado un rodeo por el mercado y allí he conseguido despistarlo entre la gente. Por eso he llegado tarde...

—¿Qué piensas hacer ahora? Quizá deberías volver a tu casa y hablar con tus padres antes de que lo haga Ricard, así te harán más caso a ti que a él —le aconsejó Grimpow, que volvía a sentirse culpable de las desdichas de Sofí.

—Si voy a mi casa, no podré volver. Además, es posible que Ricard ya esté hablando con mis padres al no encontrarme.

—Entonces no lo pensemos más —dijo resuelto Kylian, ofreciéndole la capa a Sofí—. Póntela, con ella parecerás uno de nosotros.

A esa hora de la tarde apenas si había estudiantes en los pasillos y en los claustros de la universidad. Sofí no dejaba de mirar a un lado y a otro como si hubiese conquistado un paraíso siempre prohibido a las mujeres, y mucho más a las jóvenes de su edad. Por un momento se sintió tan feliz de estar allí, vestida como Grimpow y Kylian, que pronto se olvidó de Ricard y de sus amenazas, aunque supiera que ya nada sería como antes.

—¡Esperad! —exclamó Kylian en un murmullo.

Los maestros Anatol Pempius y Edmond de Tokvill paseaban por uno de los claustros, conversando en voz baja entre ellos.

—Vayamos por ese pasillo —añadió, mientras Grimpow y Sofí se deslizaban con sigilo junto al muro de piedra.

A partir de ese momento, fue Grimpow quien señaló el camino que debían seguir. Cruzaron varios corredores vigilando que nadie les viera y llegaron hasta la galería abovedada. Una escalera situada a su derecha descendía hacia las oscuras entrañas de la universidad. Grimpow bajó el primero, seguido de Sofí.

—Ojalá no tenga que arrepentirme de haberte conocido —dijo Kylian, siguiendo los pasos de sus amigos.

—Aún estás a tiempo de volver atrás —dijo Grimpow, entre bromas.

—¿Y dejarte a ti todos los honores del descubrimiento? Ni lo sueñes.

—Entonces cállate. Alguien podría oírnos —le espetó Sofí.

—Aquí abajo no debe de haber más que ratas y cucarachas. El pasaje se estrechaba a medida que avanzaban. Sofí sintió que algo le rozaba en los pies y ahogó un grito.

—Solo es una rata —la tranquilizó Grimpow.

—Ya te lo advertí —concluyó Kylian, orgulloso de su suspicacia.

Grimpow cogió la lámpara de aceite encendida que había en una esquina y continuaron hasta el final del túnel. La rugosa pared de la que sobresalían distintos ganchos de hierro estaba ante ellos.

—Coge la lámpara, intentaré recordar la combinación que utilizó Edmond de

Tokvill para abrir una entrada en el suelo —le dijo a Kylian.

—¿El suelo? ¿Aún tendremos que seguir bajando?

Su propio nerviosismo le impedía estar en silencio. Pero Grimpow no le contestó. Intentaba concentrarse en los cuatro movimientos que hizo la mano de Edmond de Tokvill, cuando lo llevaron a ver el cadáver de la mujer muerta hacía miles de años.

—¿Sabrás abrirla? —preguntó Kylian, recobrando la sensatez.

—Creo que sí, pero no recuerdo bien el último movimiento. Me parece que era ese gancho de allí.

—Entonces no lo dudes, siempre podías intentarlo de nuevo —dijo Sofí.

—No estoy muy seguro de que tengamos más de una oportunidad. Si me equivoco, es posible que no pueda volver a intentado.

—Tampoco tenemos otra alternativa —destacó Kylian.

La mano de Grimpow tiró de los ganchos en el orden que recordaba y esperó a que el suelo se moviera bajo sus pies. Pero nada ocurrió. Y antes de que Kylian y Sofí comenzaran con sus preguntas sobre qué hacer ahora, volvió a tirar de los ganchos cambiando el último por otro.

—¡Lo has conseguido! ¡Lo has conseguido! —gritó Sofí, emocionada al sentir el temblor de la losa de piedra que pisaban.

Abajo todo estaba oscuro. Grimpow encendió algunas lámparas que había sobre las mesas de estudio de la primera sala.

—¡Por las barbas de Aristóteles! ¡Aquí hay más libros que en la mítica biblioteca de Alejandría! —exclamó Kylian, mientras Sofí miraba a su alrededor como si hubiese entrado en un territorio encantado. Jamás había visto algo parecido a aquella gran sala, hecha con paredes de libros.

Grimpow desplegó el plano del laberinto de la biblioteca.

—Coged una lámpara cada uno. Ahí dentro las vamos a necesitar.

—¿Dónde está el cadáver de la mujer? —preguntó Kylian. La idea de que un cuerpo humano pudiese permanecer intacto desde hacía tanto tiempo le parecía de un extraordinario interés para la medicina.

—Está en una sala secreta a la que no sé llegar. Además, no podemos entretenernos ahora; según el plano de Gurielf Lábox, nos queda un largo camino que recorrer hasta llegar al lugar señalado con los cinco planetas.

—¿Y qué pasará si nos quedamos sin luz ahí dentro? —quiso saber Sofí, a quien la idea de quedarse encerrada no le agradaba en absoluto.

—Mejor que no pienses en eso ahora. No estoy muy seguro de que consiguiéramos volver a salir.

—Tenías que haber traído la Piedra contigo. Su luz nos alumbraría mejor que estás viejas lámparas de aceite —le recriminó Kylian.

Sofí percibió la doble intención de las palabras de su amigo.

—No insistas otra vez con la Piedra. Grimpow decidió dársela a la bruja de la Estirpe y él mejor que nosotros sabe por qué lo hizo.

—¡Por las barbas de Aristóteles! Solo pretendía hacer un simple comentario, Sofí. Ya sé que tú y yo tenemos poco que decir en este asunto.

Grimpow miró a Kylian sin ningún resentimiento. Conocía bien a Kylian, y sabía que no tenía intención de herirlo con sus palabras.

—No es eso, Kylian. Pero prefiero resolver el enigma del Pentágono Mágico sin la ayuda de la Piedra. Necesito comprobar que puedo seguir siendo yo mismo sin ella.

—Será mejor que busquemos el lugar señalado en el plano. Para eso hemos venido aquí, ¿no? —dijo Sofí, dando por zanjada esa disputa.

Los tres avanzaron por el laberinto de la biblioteca como almas en pena que buscaran su redención entre la profunda oscuridad de un lugar desconocido. Las pequeñas llamas de las lámparas apenas si iluminaban más allá de sus propios pasos, y hacían bailotear las sombras de sus cuerpos entre los anaqueles repletos de gruesos manuscritos como si participaran en una danza de espectros deformes. El plano de Gurielf Lábox conducía hacia el fondo, giraba a la derecha, luego a la izquierda, y continuaba en un zigzag interminable que les hizo pensar que estaban dando vueltas sin sentido alrededor de un mismo punto. Pero Grimpow sabía que irían por buen camino mientras no abandonaran las señales del plano. Por esa razón avanzaban en silencio, esforzándose por mantener la concentración en cada recodo, en cada giro, en cada pasillo interminable. Hasta que Sofí miró hacia atrás y comprobó que Kylian no la seguía.

Asustada, se acercó a Grimpow y le tocó en el hombro.

—Kylian ha desaparecido —dijo en voz baja.

—¡Maldita sea! ¿Dónde se ha metido?

Grimpow iba a llamarlo a gritos, pero Sofí le tapó la boca con su mano libre.

—¡Chisst! Puede que haya alguien más aquí —susurró.

Por la mente de Grimpow cruzó como un rayo la imagen de la bruja de la Estirpe, seguida de la del inquisidor Búlvar de Góztell. Era posible que alguno de ellos, o ambos, los hubieran seguido hasta el laberinto de la biblioteca para matarlos y robarles el plano de Gurielf Lábox, pensó. El pobre Kylian podría tener razón cuando le dijo que la bruja de la Estirpe buscaba lo mismo que ellos. Grimpow se sintió responsable de lo que le ocurriera a su amigo. Si le hubiese hecho caso... Pero qué podía hacer ahora, se preguntó, rodeado por un mar de dudas y temores.

—¿Cuánto tiempo hace que lo perdiste de vista?

—No lo sé, pero hacía un rato que no miraba hacia atrás. Creía que nos seguía...

—También ha podido retrasarse y haberse extraviado al intentar alcanzarnos de nuevo.

—Volvamos hacia atrás sin hacer ruido —sugirió Sofí.

—Si perdemos el camino que señala el plano de Gurielf Lábox no volveremos a encontrarlo en medio de este laberinto.

—Colocaremos algunos libros en el suelo para que podamos saber por dónde

hemos ido. Así regresaremos sin problema a este mismo punto.

A Grimpow le pareció acertada la propuesta de Sofí. Regresaron sobre sus pasos y en cada cruce de pasillos dejaron un libro elegido al azar como señal de que habían pasado por ese lugar. Sus corazones palpitaban desbocados mientras se deslizaban entre la oscuridad. Si había alguien más en aquella biblioteca subterránea, podía estar siguiéndolos sin que ellos percibieran su presencia. Pero no muy lejos de donde estaban vieron el leve resplandor de una luz.

—Dejemos las lámparas aquí —propuso Sofí, más decidida que Grimpow a resolver esa situación.

Se agazaparon junto a uno de los estantes y fueron acercándose sin hacer ruido. Poco a poco pudieron ver que la luz provenía de una lámpara de aceite situada en el suelo.

—Debe de ser la lámpara de Kylian —dijo Sofí.

—¿Y dónde está él?

—No puedo verlo desde aquí. Tendremos que acercarnos más.

A medida que se aproximaban a la pequeña luz, cobraba forma entre las sombras un cuerpo tendido en el suelo.

—¡Es Kylian!

—¿Y qué hace ahí tumbado?

—Parece que está leyendo un manuscrito.

—Será imbécil...

Grimpow cogió un par de gruesos libros del estante que tenía a su lado y los dejó caer a plomo sobre las cubiertas. El golpe en el suelo sonó como un estallido que hizo dar un salto acrobático a Kylian para ponerse en pie.

—¿Qué demonios te pasa? —le recriminó Grimpow, realmente enfadado.

—¡Por las barbas de Aristóteles! Menudo susto me habéis dado.

—¡Tú sí que has podido matarnos de miedo! —le gritó Grimpow.

Sofí no sabía si reír o llorar.

—No vuelvas a hacer esto. Creíamos que te había ocurrido algo y que había alguien más aquí abajo —dijo.

Kylian se sintió abrumado al ver la palidez de los rostros de sus amigos.

—Lo siento, lo siento... Pero al pasar por aquí encontré estos libros de medicina escritos por el gran Galeno y no me pude resistir a echarles una ojeada. Cuando quise darme cuenta, os habíais adelantado tanto que no supe qué camino seguir para encontraros. Así que decidí esperar aquí a que volviéseis a buscarme, antes que perderme en este laberinto. No pensé que...

—¡Olvídalo! —le cortó Grimpow sacudiendo el aire con su mano.

—Vamos, recoge tu lámpara y regresemos. De ahora en adelante no pienso quitarte el ojo de encima —murmuró Sofí.

Los libros colocados en el suelo a modo de hitos les sirvieron para regresar sin más incidentes al mismo punto en que habían perdido de vista a Kylian Dulong.

Grimpow repasó el plano de Gurielf Lábox y señaló el lugar donde debían encontrarse los cinco planetas que buscaban. No quedaban muchos pasillos para llegar. Un par de giros consecutivos a la derecha, otro a la izquierda, otra vez a la derecha, luego hacia el fondo y un último pasillo, tras un recodo a la izquierda.

—Debe de ser aquí —dijo Grimpow ante los anaqueles que rodeaban la galería sin salida a la que habían llegado.

—¿Y ahora qué tenemos que buscar? —preguntó Sofí, pues aquel lugar no se diferenciaba en nada de los muchos pasillos del laberinto que habían recorrido, salvo en que no era posible avanzar más allá.

Grimpow alzó la lámpara y la movió a su alrededor, disipando la oscuridad.

—No lo sé, Sofí. Tiene que haber algo: una señal, un objeto, una llave, una palanca..., algo que guarde la clave para encontrar los cinco planetas del Pentágono Mágico.

—¡Aquí! —exclamó Kylian, iluminando con su lámpara el lomo de uno de los manuscritos que reposaban en la estantería que cerraba el pasillo.

Grimpow se acercó a Kylian y leyó el título estampado con grandes letras sobre el lomo de piel del libro.

—*Las Cinco Esferas* —dijo.

También Sofí se acercó hasta ellos y lamentó no saber leer. Kylian estaba feliz de haber sido él quien encontrara la pista. Parecía claro que las cinco esferas guardaban alguna relación con los cinco planetas.

—¿No deberíamos cogerlo? —le preguntó a Grimpow.

—Ese honor te corresponde a ti, tú lo encontraste.

Kylian cogió el libro y sopló sobre él para apartar la gruesa capa de polvo que lo cubría. Y, como si se hubiese tratado de un soplo hechizado, la estantería del fondo que cerraba el pasillo comenzó a deslizarse hasta dejar al descubierto una pared de piedra, sobre la que destacaba una gran plancha de bronce con los cinco nombres de los planetas del Pentágono Mágico.

SATOR  
AREPO  
TENET  
OPERA  
ROTAS

—¡Ahí dentro están los planetas! —exclamó Grimpow.

—Pero ¿cómo conseguiremos entrar? —preguntó Sofí, maravillada ante lo que parecía una puerta secreta.

—Ya he visto antes criptogramas como estos. Necesitamos una clave que nos permita interpretar el mensaje oculto en esas palabras —explicó Grimpow.

—¡Mirad esto! —dijo Kylian, que acababa de abrir el manuscrito de las cinco

esferas.

Todas las páginas del libro estaban escritas en latín, como un tratado de astronomía, menos la última; en ella solo aparecía una larga relación de números:

42 51 45 33 23 31 54 13 43 22 44 12

—¡Es el código para resolver el criptograma! —exclamó Grimpow sin dudar. Al menos ahora tenían una pista para poder abrir aquella puerta secreta.

—Solo son letras y números. ¿Qué relación puede haber entre unas y otros? —preguntó Kylian.

—Siento no poder ayudaros —dijo Sofí, decidida a que Grimpow le enseñara a leer y a escribir tan pronto volvieran a salir de aquel laberinto. Acababa de descubrir la magia de las palabras.

—No te preocupes, solo se trata de encontrar la conexión que da sentido a esos números.

—Están agrupados de dos en dos —apuntó Kylian.

Grimpow se acordó de la Piedra y de su poder, pero se negó a aceptar que no podría resolver ese enigma sin ella. Permaneció durante un rato pensativo, con los ojos saltando de los nombres de los planetas a los números del libro que Kylian mantenía abierto. Entonces se dio cuenta de que todos los números del código estaban comprendidos entre el uno y el cinco, tanto en la cifra de las unidades como en la cifra de las docenas. No debía ser casualidad que también se tratara de cinco palabras con cinco letras cada una, pensó.

—Creo que tengo la solución —dijo, señalando hacia las grandes letras de bronce.

—¿Tiene algo que ver con que cada uno de los nombres de los planetas pueda leerse de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, de arriba abajo o de abajo arriba? —preguntó Kylian.

—No, es algo más sencillo que eso.

—Pues explícalo, ¿quieres? Sofí y yo necesitamos saberlo.

—El largo código de números del manuscrito indica la posición de las letras del mensaje encriptado en cada una de las cinco palabras.

—No lo entiendo, nunca se me dieron bien las matemáticas —se excusó Kylian.

—Se trata de doce grupos de dos cifras cada uno que equivalen a doce letras. La primera cifra indica el orden de la palabra y la segunda cifra el orden de la letra del mensaje dentro de esa palabra.

—¿Quieres decir que la cifra 42 significa que, de la cuarta palabra, que es OPERA, debemos coger la segunda letra?

—Así es, la letra P. Y de la segunda cifra, que es 51, la quinta palabra es LOTAS y la primera letra es la L.

—¿Y qué dice ese mensaje encriptado? —quiso saber Sofí, que no acababa de

entender muy bien de qué hablaban sus amigos.

—No lo sé, aún no lo he leído completo, pero te lo diré en un momento si Kylian va diciéndome las cifras que aparecen en el libro.

—Pero eso no abrirá la puerta —dijo Kylian.

—Se abrirá, si yo empujo cada letra del mensaje.

Grimpow se acercó a la plancha de bronce y empujó la letra P, desplazándola hacia el interior del muro. Luego Kylian le fue diciendo cada una de las cifras de dos números del manuscrito hasta completar las doce letras del mensaje, que Grimpow fue empujando a medida que las localizaba entre los nombres de los cinco planetas del Pentágono Mágico, hasta formar las palabras:

## PLANETA TERRA

—¿«Planeta Terra»? ¿Y qué demonios significa eso? —preguntó Kylian.

—Tal vez que los cinco planetas de la estrella Ouro están desde hace tiempo en el planeta Terra.

—¡Por las barbas de Aristóteles! ¡Pero los planetas están en el cielo, no en la Tierra!

—Una vez leí las palabras escritas por un sabio que decían que lo que está arriba está abajo y lo que está abajo está arriba —explicó Grimpow, sin saber muy bien cuál era el verdadero significado de esa afirmación. Luego empujó la última letra y la puerta de bronce se abrió.

Ante ellos quedó al descubierto un pasadizo tan oscuro y estrecho, que era imposible adivinar hacia dónde los conduciría. Sofí se dio cuenta de que su lámpara se estaba quedando sin aceite y de que, muy pronto, también se quedaría sin luz. Sopló sobre la llama y le dijo a Kylian que hiciera lo mismo. De momento, la lámpara que llevaba Grimpow sería suficiente para iluminar el interior de aquel pasadizo; las otras dos las reservarían para cuando las necesitaran, explicó. Pero, una vez más, Kylian no estuvo de acuerdo con Sofí.

—No pienso entrar allí sin la luz de esta lámpara en mis manos. Prefiero que me corten la cabeza antes que quedarme a oscuras dentro de ese agujero.

Sofí no insistió. Se limitó a seguir los pasos de Grimpow, que ya había cruzado la entrada para echar un vistazo al interior del túnel. Las rugosas paredes de roca parecían estrecharse cada vez más a medida que avanzaban. Pero Grimpow pensó que solo se trataba de un efecto óptico debido a la oscuridad que reinaba más allá de la luz.

Apenas se hubieron adentrado algunos pasos, Grimpow notó que el suelo desaparecía de pronto bajo sus pies, sin darle tiempo a volver atrás. Dejó escapar un grito y su cuerpo se precipitó al vacío. Soltó la lámpara y movió los brazos con rapidez buscando desesperadamente algún lugar al que agarrarse. En un instante consiguió que sus manos se aferraran con fuerza al borde de la roca, mientras veía

cómo la débil luz de la lámpara caía por el abismo hasta extinguirse en una infinita oscuridad. Sofí corrió hacia Grimpow y consiguió cogerlo de las muñecas.

—No podré aguantar mucho tiempo —balbució Grimpow, mirando aterrado a los ojos de Sofí.

—¡Kylian, ayúdame! ¡Ayúdame! —gritó Sofí, sintiendo que no tenía fuerzas para evitar que los brazos de Grimpow resbalaran entre sus manos.

Kylian aún no sabía lo que había ocurrido delante de él, pero dejó la lámpara en el suelo y se acercó a Sofí tan rápido como pudo.

—¡Cógelo de uno de los brazos y yo lo sujetaré del otro! —dijo, al ver a su amigo colgando de aquel precipicio sin fondo.

Ambos tiraron a la vez de Grimpow hasta que al fin quedó a salvo. Kylian resopló, agotado por el esfuerzo, mientras Sofí lloraba de alegría.

—¡Por las barbas de Aristóteles! ¿Qué ha pasado? —preguntó.

—He debido de pisar algo que activaba esa trampa. De no haber sido por vosotros habría caído ahí abajo y...

—Bueno, está claro que de ahora en adelante habrá que tener más cuidado con el lugar donde ponemos los pies —dijo Kylian, pisando a su alrededor una y otra vez para comprobar la firmeza del suelo.

Entonces sonó un chasquido y la trampa volvió a cerrarse ante ellos como si nunca hubiera existido.

—¿Crees que podremos seguir? —preguntó Sofí.

Kylian recogió la lámpara del suelo y pisó suavemente sobre la trampa cerrada.

—Te lo diré cuando llegue al otro lado.

Con la lámpara en la mano, Kylian continuó caminando lentamente y no ocurrió nada. Luego, Grimpow y Sofí lo siguieron, midiendo cada uno de sus pasos como si se les fuera la vida en ello. Pensaban que podía haber otras trampas en el camino, pero, cuando llegaron a lo que parecía el final del túnel, lo único que vieron fue una diminuta luz brillando en medio de la oscuridad. Asombrados por su insólito descubrimiento, se acercaron a la luz y comprobaron que a su alrededor flotaban cinco pequeñas esferas de un metal precioso, que giraban lentamente trazando una órbita circular perfecta. Las tenían tan cerca que incluso podían tocarlas con sus manos, pues apenas eran del tamaño de una manzana.

—¿Son los cinco planetas de la estrella Ouro? —preguntó Kylian, convencido de que aquello que veía solo podía ser un acto de brujería.

—Creo que son las cinco esferas que abren la puerta del Secreto de los Sabios. El libro de la bruja de la Estirpe lo decía: «Allí donde están los planetas deberás colocar las esferas, pero de nada te servirán sin la luz de la estrella que las hace girar».

—¿Vas a cogerlas? —quiso saber Sofí, temerosa de romper el hechizo de aquel espectáculo de luz, que parecía haber colocado una parte del Universo ante sus ojos.

—Es necesario que lo haga, para eso hemos venido hasta aquí —dijo Grimpow.

Una a una fue cogiendo las esferas como si cogiera la fruta de un árbol prohibido,

y se las fue dando a Kylian y a Sofí. No pesaban nada y, sin embargo, parecían hechas de un metal más duro y pesado que el oro. Luego las guardó en su alforja y, al coger la última esfera, la luz de la diminuta estrella que brillaba en el centro se desvaneció. Los tres amigos se miraron sorprendidos sintiendo, sin saber por qué, la presencia de alguien situado a sus espaldas. Se giraron y vieron tras ellos el hermoso rostro de Agnes Lebuy, la bruja de la Estirpe.

# Los maestros y la bruja



Anatol Pempius y Edmond de Tokvill escucharon fascinados lo que Grimpow les contó sobre las cinco esferas que él y sus amigos habían encontrado en la biblioteca subterránea de la universidad, siguiendo el plano de Gurielf Lábox. El enigma del Secreto de los Sabios estaba cada vez más cerca de ser desvelado.

—¿Y dices que ese plano te lo dio la dama que vive ahora en la casa? —preguntó Anatol Pempius, sin dejar de rascarse la barba.

—Así es. La dama se llama Agnes Lebuy...

—¿Agnes Lebuy, la mujer que escribió el manuscrito de *Ouro: la última estrella*? —inquirió desconcertado Edmond de Tokvill.

—Se trata de su hija, y está fuera, esperando hablar con vos y con el maestro Edmond. Creo que esa dama es ahora la última bruja de la Estirpe, aunque ella ni siquiera lo sabía...

Grimpow siguió contándoles todo lo que había averiguado desde que decidiera entrar en la casa de Gurielf Lábox. Su instinto le había llevado a confiar en esa dama y hasta entonces no se había equivocado. Ella era la verdadera y única heredera del Secreto de los Sabios. Lo había comprobado esa misma noche, después de que la bruja de la Estirpe los sorprendiera en la sala donde estaban escondidas las cinco esferas del Pentágono Mágico.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —le había preguntado Grimpow, una vez repuesto del susto.

—Me ha traído la Piedra.

—Tomad, son las cinco esferas del Pentágono Mágico. El plano de Gurielf Lábox estaba en lo cierto —dijo Grimpow, ofreciéndole su alforja.

—Guárdalas tú; ahora que habéis encontrado las esferas, podréis abrir la puerta del Secreto de los Sabios.

—Pero aún no sabemos dónde está escondido —dijo Kylian.

—Está en la Torre del Temple.

A Grimpow se le erizó el vello de la piel.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—Soy una bruja, ¿lo has olvidado?

—En la Torre del Temple es imposible entrar —aseguró Sofí, a quien solo con oír ese nombre le temblaba todo el cuerpo. Ese era sin duda el lugar más temido y mejor protegido de París.

—Yo sé cómo hacerlo, pero tendréis que confiar en mí —dijo Agnes, sin que Kylian creyera en sus palabras.

Luego había sido la propia dama la que los había guiado por las galerías de la biblioteca subterránea hasta la sala donde yacía la mujer muerta hacía miles de años. Ninguno de los tres amigos se atrevió a preguntar cómo había encontrado ese lugar secreto ni cómo había abierto la puerta de la sala, aunque pensaron que la mágica Piedra Filosofal tendría mucho que ver con ello.

—¡Es igual que vos! —exclamó Kylian al ver el rostro del cadáver.

También Sofí miró a Agnes como si se hubiera duplicado su imagen, y todos clavaron sus ojos en la marca de la pequeña estrella que ambas tenían en su hombro izquierdo. Las estrellas se iluminaron cuando Agnes tocó la mano del cadáver, y por un momento Grimpow pensó que podría tratarse del cuerpo de su madre, de su abuela, de su bisabuela o de cualquiera de las brujas de la Estirpe de las que ella descendía.

Agnes miró a Grimpow y le preguntó:

—¿Sabes cuándo y cómo llegó el cuerpo de esta mujer hasta aquí?

—No, no lo sé, pero los maestros Anatol Pempius y Edmond de Tokvill deben de saberlo. Si lo deseáis, puedo pedirles que os reciban; estoy seguro de que les encantará hablar con vos. Ellos aún no saben nada sobre todo esto.

—No tenéis nada que temer, podéis creernos —dijo Kylian, deseoso de que los maestros Anatol y Edmond supieran lo que estaba ocurriendo. Si la dama los había hechizado, ellos no tardarían en descubrir el ardid.

Pero a juzgar por el modo en que Anatol Pempius y Edmond de Tokvill recibieron esa tarde a la bella Agnes Lebuy, Kylian hubiera jurado que también los había embrujado a ellos con solo mirarlos a los ojos. Ninguno de los dos maestros parecía tener la menor duda de que aquella misteriosa dama era realmente una bruja de la Estirpe de las que hablaba el manuscrito *Ouro: la última estrella*, que Grimpow les había mostrado. Además, ambos estaban deseosos de conocer los detalles de la vida de Agnes Lebuy. Todo indicaba que había una parte de la historia del Secreto de los Sabios que ellos mismos desconocían y que había quedado perdida en el olvido, después de la muerte de la madre de la joven.

—Esta claro que vuestra madre dejó escrito ese libro para que vos pudieseis conocer la existencia del Secreto de los Sabios y el lugar en que está escondido —concluyó Edmond de Tokvill.

—He sabido que mi madre visitaba con frecuencia a un maestro de esta universidad. ¿Sabéis de quién podría tratarse? —preguntó.

Anatol Pempius y Edmond de Tokvill volvieron a mirarse como si cada uno de ellos esperara que fuese el otro quien contestara.

—Es difícil saberlo, después de tantos años —dijo Anatol Pempius.

—Si Gurielf Lábox estuviese aún con vida, tal vez hubiera podido contestar a esa pregunta. Él era el único que parecía tener alguna idea sobre la existencia de las

brujas de la Estirpe y su relación con el Secreto de los Sabios —añadió Edmond de Tokvill, ante la mirada atenta de Grimpow y de Kylian, que permanecían sentados y en silencio junto a la dama. Ellos tenían poco que decir al respecto.

—Pero alguien debió de traer hasta la sala secreta de la biblioteca subterránea el cadáver de esa mujer —razonó Agnes.

—Tal vez lo hiciera ese maestro de la universidad amigo de vuestra madre. Lo único que Edmond y yo sabemos es lo que Gurielf Lábox dejó escrito antes de marcharse de París, y en sus documentos no había más que una nota encriptada sobre el modo de acceder a la sala secreta de la biblioteca, y el pergamino con el dibujo del Pentágono Mágico. Ni siquiera nosotros sabíamos que el cadáver de la primera bruja de la Estirpe estaba allí —explicó Anatol Pempius.

—En cualquier caso, todo parece indicar que tras la muerte de vuestra madre debió de ocurrir algo que hizo que ese maestro de la universidad del que habláis escondiera en la biblioteca subterránea el cadáver, junto a las cinco esferas del Pentágono Mágico que abren la puerta del Secreto de los Sabios. Muchos años después, Gurielf Lábox encontró alguna pista importante sobre todo ello y consiguió resolver parte de ese misterio; lo único que impidió que completara el resto fue su muerte a manos de Búlvar de Góztell —añadió Edmond de Tokvill.

—¿Queréis decir que ese inquisidor podría conocer la existencia de ese cadáver? —preguntó Agnes, sorprendida.

—Posiblemente. Como también conoce la existencia de la piedra y del Secreto de los Sabios. Pocas cosas hay que Búlvar de Góztell ignore.

Grimpow pensó que tenía algo que decir.

—Pero ahora casi todo está aclarado —dijo mirando a Agnes—. Vos sois quien debe abrir la puerta del Secreto de los Sabios, no nosotros.

—¿Sabéis dónde está escondido el Secreto de los Sabios? —preguntó, descreído, Anatol Pempius.

—Está en la Torre del Temple —se adelantó a decir Kylian, incapaz de morderse la lengua.

—¿Es cierto eso? Allí no encontraron nada ni el rey ni el inquisidor Búlvar de Góztell, cuando hace más de catorce años asaltaron la fortaleza de los templarios y los encarcelaron a todos, antes de quemarlos en la hoguera —dijo Edmond de Tokvill.

—Tal vez encontraron la puerta, pero no supieron cómo abrirla —dijo Agnes.

—En ese caso, será muy difícil y arriesgado entrar en esa fortaleza. Sería tanto como meter la cabeza entre las fauces de un lobo —añadió el maestro.

Grimpow iba a decir que Agnes sabía cómo hacerlo sin correr ningún peligro, pero mantuvo la boca cerrada y le hizo un gesto a Kylian para que no volviera a irse de la lengua.

—Esperaremos a que regresen Weienell y Saliatti antes de tomar una decisión. No creo que tarden mucho en regresar de Florencia —concluyó Anatol Pempius, sin

ocultar su preocupación.



TERCERA PARTE

*La Torre  
del Temple*

# *La herida abierta*



La alegría de saber que Weienell y Salietti regresarían pronto de su viaje a Florencia no fue suficiente para aliviar la tristeza que Grimpow sentía por no haber vuelto a encontrarse con Sofí desde la tarde que entraron en la biblioteca subterránea de la universidad. La muchacha ya le advirtió entonces que, una vez que Ricard les contara a sus padres lo que sabía sobre ellos, no la dejarían salir de su casa en mucho tiempo, a menos que fuera acompañada por su primo o por alguno de sus hermanos. Aun así, Grimpow acudía cada atardecer a la orilla del río y se pasaba un rato mirando los infinitos destellos del sol sobre el agua, imaginando una y mil veces el rostro de Sofí.

Todo era distinto desde que ella no estaba a su lado. Ni siquiera Kylian mostraba interés por ver el bullicio de las tabernas, que tanto le había gustado hasta entonces. Le decía a Grimpow que si quería llorar sus penas a orillas del río, mejor que lo hiciera solo, pues la melancolía era un mal ingrato para la mente y tan contagioso como una terrible epidemia. Tampoco a Grimpow le fastidiaba la soledad de esos momentos. Después del ajetreo de las clases en la universidad, le parecía que el tiempo se detenía a su alrededor y ya no tenía posibilidad de seguir adelante. Nada le importaba. Hasta dejó de pensar en la bruja de la Estirpe y en el modo de entrar en la Torre del Temple para desvelar al fin el Secreto de los Sabios. Creía que eso era algo que ya no le incumbía.

Esa tarde, Grimpow oyó una voz tras él y pensó que era Kylian.

—Es inútil que sigas viniendo al embarcadero. Sofí no volverá a verte nunca más.

Cuando se volvió, Grimpow se dio cuenta de que era Ricard quien le había hablado. El primo de Sofí estaba de pie, erguido con orgullo sobre una barca varada en la orilla del río. Probablemente fuese la misma barca en la que ese malnacido se había ocultado cada tarde para espiarlos, sin que ellos pudieran sospechar que eran observados, pensó Grimpow.

—¡Por qué no me dejas en paz! Ya has conseguido lo que deseabas, ¿qué más quieres de mí?

—Quiero que te vayas de París, aquí no hay sitio para los dos.

—Hasta ahora no nos habíamos encontrado en ninguna parte, y si esta tarde no hubieses venido al embarcadero, seguiríamos sin vernos las caras.

—No puedo vivir en esta ciudad sabiendo que también anda por ella el asesino de mi padre —dijo Ricard, lanzando un escupitajo al suelo.

—¡Yo no maté a tu padre!

—¿No? ¿Acaso crees que los soldados del rey nos habrían atacado de no haber sido porque te buscaban a ti y a los otros herejes?

Ricard tenía los ojos inyectados de rabia y los puños apretados. Saltó de la barca y se acercó a Grimpow hasta que sus cabezas quedaron frente a frente. Ricard era mucho más alto y fuerte, pero Grimpow no se sintió amedrentado.

—Nadie sabía lo que iba a ocurrir. Podría haber muerto cualquiera de nosotros.

—¡Pero no fue así!

—Lo siento, Ricard... Siento que hayas pasado por esto.

—Eso no es suficiente.

Grimpow solo vio la mano de Ricard cruzar ante sus ojos. No sintió nada hasta que se llevó los dedos a la cara y palpó la herida que le sangraba en la mejilla derecha.

—Si vuelvo a verte por aquí, te cortaré la garganta —le amenazó Ricard, antes de guardar bajo su jubón un pequeño puñal y salir corriendo.

Cuando Grimpow entró en el cuarto de la hospedería, Kylian estaba tumbado sobre su camastro leyendo un voluminoso libro de gramática a la luz de una vela.

—¡Por las barbas de Aristóteles! ¿En qué lío te has metido ahora?

—Ha sido Ricard, el primo de Sofí.

Kylian cerró el libro y se levantó de la cama.

—Déjame ver esa herida —dijo, cogiendo la cabeza de Grimpow para que no se moviera—. No parece muy profunda, pero has tenido suerte de que no te afectara el ojo. Podrías haberte quedado ciego.

—No juegues a ser médico conmigo, ¿quieres?

—Tendremos que avisar a Pempius y a Tokvill.

—¡No, no quiero que ellos sepan nada de esto! ¿Crees que tú podrías curarme?

—Yo no sé coser esa herida, pero conozco a alguien que podrá hacerlo como el cirujano más prestigioso de París. Quédate aquí y no te muevas.

Al poco, Kylian regresó acompañado de un estudiante de medicina mucho mayor que ellos.

—¿Cómo te has hecho ese corte?

—Me caí sobre un hierro afilado —mintió Grimpow.

El estudiante llevaba en sus manos un pedazo de cuero, una aguja y un fino hilo de tripa de cerdo. Le dio a Grimpow el trozo de cuero y dijo:

—Será mejor que muerdas esto, te va a doler un poco.

## *Nunca olvides quien eres*



Llovía a cántaros sobre París. El cielo era una masa compacta de nubarrones grises e impenetrables, y los truenos estallaban sobre la ciudad como zarpas fantasmales, seguidas de un estruendo apocalíptico. Agnes salió de su casa cubriéndose con su largo manto provisto de capucha. Sus pasos se hundían en el barro de las calles solitarias, obligándola a caminar despacio bajo la terrible tormenta. También sus pensamientos se debatían entre un ruidoso clamor de voces invisibles que le gritaban que llevara ante el inquisidor al chico que le había dado la Piedra, y las que le rogaban en silencio que no lo hiciera, Sabía que Grimpow acabaría quemado en una hoguera como hereje si caía en las garras de la Inquisición, pero también sabía que a ella le aguardaría una muerte más horrible aún si traicionaba a Búlvar de Góztell. No tenía otra alternativa que llevar al muchacho a la Torre del Temple, por más que se despreciara a si misma por tomar esa decisión. Grimpow había confiado en ella, y Agnes no dudaba de que le destrozaría el corazón cuando supiera quién la había entregado al inquisidor, traicionándolo no solo a él y a sus amigos, sino a todas las brujas de la Estirpe, que durante miles de años habían velado por mantener oculto el Secreto de los Sabios. Pero el miedo al dolor y al sufrimiento habían calado tan profundamente en los huesos de Agnes como el agua que empapaba sus ropas mientras caminaba bajo la lluvia hacia la casa de la vieja Malén. También su pobre madre había sucumbido al miedo cuando aceptó casarse con el duque Gauthier para no ser denunciada como una bruja ante la Inquisición. Ese era su único consuelo.

La puerta estaba abierta y daba golpes contra la pared a causa del viento. Dentro todo estaba en calma, y la escasa luz entraba por el ventanuco de la pequeña sala apenas servía para crear un ambiente de penumbra. Agnes atrancó la puerta y llamó a Malén, sin obtener ninguna respuesta. Era imposible que hubiera salido a la calle con semejante tormenta, pensó en el corto espacio que separaba la sala y la cocina del dormitorio. Malén estaba allí, acostada en su camastro.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma? —preguntó Agnes con dulzura, a la vez que se sentaba al borde de la cama y tocaba la frente de la anciana.

—Mi querida niña, ha llegado la hora de que me marche de este mundo —susurró Malén, con apenas un hilo de voz.

—No digas eso, prepararé unas de tus hierbas y te pondrás bien, ya lo verás.

Agnes encendió una vela y la colocó sobre una hornacina de la pared. Luego volvió a tocar la frente de Malén. Estaba ardiendo de fiebre a pesar del frío que

reinaba en la casa.

—Solo estaba esperando a que vinieras para despedirme de ti. Ahora puedo irme tranquila. La muerte está ahí, impaciente por llevarme con ella.

—¡Oh Malén, no puedes dejarme sola! Ahora no. Te necesito tanto...

—Mi querida niña, no olvides nunca quién eres.

—Tengo miedo, Malén, mucho miedo —le confesó Agnes, cogiéndole la mano para disimular sus incontenibles ganas de llorar.

La vieja Malén abrió los ojos todo cuanto pudo y le sonrió durante un instante. Luego sus ojos se cerraron para siempre.

Durante largo rato. Agnes lloró sobre el lecho de muerte de Malén. Ella había sido su única madre, la única que había conocido y que la había cuidado con mimo desde el día de su nacimiento. Pero la vieja Malén ya no estaba a su lado. Ahora solo era un cuerpo sin vida. Agnes acarició por última vez el rostro de Malén y cubrió el cadáver con una sábana.

La tormenta seguía bramando sobre los frágiles tejados de las casas. Arrebujada en su manto, Agnes recorrió las callejuelas del puerto, se adentró en el barrio de los curtidores, cruzó la primera muralla y se dirigió hacia el cementerio de Montmartre. Allí llamó a la puerta de una pequeña casucha sin ventanas y esperó a que alguien le abriera.

El sepulturero se sorprendió al ver a la dama que aguardaba bajo la lluvia.

—¿Qué deseáis, en un día de tormenta como este?

—¿No me conoces? —preguntó Agnes, quitándose la capucha que cubría su cabeza.

—¡Cómo es posible! ¡Eres Agnes, la hija de Malén! Creía que habías muerto junto a las otras brujas de Montmartre la noche del aquelarre de Loudon —dijo el sepulturero, un hombre de media edad, con el rostro picado de viruelas y algo jorobado.

—Estuve un año en las mazmorras de la Torre del Temple —murmuró Agnes, que no deseaba dar más explicaciones a aquel hombre, al que conocía desde que era niña como un antiguo amigo de Malén.

—Pero pasa, no te quedas ahí plantada.

Dentro de la casucha no había más que una mesa, un banco de madera y un camastro sobre el suelo de tierra, situado en un rincón.

—La vieja Malén ha muerto —dijo Agnes.

El sepulturero se persignó.

—¡Oh, lo siento! A todos nos llega la hora...

—¿Te ocuparás de ella?

—Sí, claro...

Agnes sacó una moneda de oro y se la ofreció al sepulturero.

—No tienes que darme nada —dijo el hombre, rehusando la moneda con la mano—. La pobre Malén siempre fue muy generosa conmigo. De no haber sido por sus

hierbas, yo estaría enterrado hace mucho tiempo.

—Entonces encárgale a un cantero una lápida de la mejor piedra, tallada con su nombre.

El sepulturero aceptó la moneda de oro a regañadientes.

—¿Cuándo recogerás el cuerpo y tendrás vacada la tumba?

—El día está oscuro y la tarde caerá pronto, pero lo tendré todo listo antes del anochecer.

Al caer la tarde, Agnes regresó al cementerio de Montmartre. Junto a una fosa abierta en la tierra yacía el cuerpo amortajado de la vieja Malén. El sepulturero y un ayudante cogieron el cadáver y lo introdujeron en la tumba. Luego comenzaron a cubrirlo echando tierra sobre él con unas palas. Nadie dijo nada. Seguía lloviendo y las gotas de agua resbalaban por el rostro de Agnes, confundándose con sus lágrimas.

## Un regalo caído del cielo



A causa de la herida que tenía en la cara, Grimpow no quiso asistir a clase. Se quedó durmiendo hasta bien entrada la mañana y luego pasó el tiempo en la mesa de estudio de su cuarto, observando cómo flotaban las cinco esferas junto a él y escribiendo algunas anotaciones en el par de pergaminos que Kylian le había conseguido. Desde que había aprendido astronomía con el hermano Rinaldo de Metz en la abadía de Brínk dum, tenía deseos de escribir su propio manuscrito sobre todo cuanto había descubierto con la Piedra relativo al cosmos y sus misterios, así como las maravillas del futuro que él mismo había contemplado en el laberinto de la catedral de Chartres, antes de emprender su nueva vida en París. Además, toda la historia del Pentágono Mágico y de los cinco planetas de la estrella Ouro le sugería un sinfín de ideas que analizar en su libro, cuyo título ya había decidido: *El manuscrito de los prodigios cósmicos*. Sobre el mediodía, cuando había acabado de escribir sus primeras anotaciones sobre el pergamino, Kylian entró en el cuarto y lo interrumpió.

—Deja de ocuparte en esas estupideces de sabio y come algo antes de que desfallezcas —dijo, a la vez que colocaba sobre la mesa un gran plato de carne asada y un par de manzanas.

—No tengo hambre —replicó Grimpow.

—Esa herida puede infectarse si no te alimentas.

—¿Por qué no buscas a un enfermo de verdad con el que distraerte?

—Ya te tengo a ti.

—¡Yo no estoy enfermo! —protestó Grimpow.

—Heridas más insignificantes que la tuya acabaron con la vida de grandes caballeros después de una batalla. Además, si no te comes esa carne no te daré el regalo que te he traído —le amenazó Kylian con expresión infantil, como si hablara con un niño pequeño al que hubiera que persuadir con alguna artimaña para que obedeciera.

—¿Un regalo? —inquirió Grimpow.

—Sí, un regalo caído del cielo.

—¿No tendrá algo que ver con los planetas de Ouro?

—¡Oh, vamos Grimpow! Sé algo más simple, quieres. No todo en este mundo está relacionado con la Piedra Filosofal y el Secreto de los Sabios.

—De acuerdo, me rindo. ¿De qué se trata? —dijo Grimpow, cogiendo la carne y dándole un mordisco.

Kylian sonrió con malicia. Se acercó a la puerta del cuarto y la abrió lentamente para aumentar la intriga.

—La encontré al terminar las clases junto al sauce de la hospedería.

Al otro lado de la puerta estaba Sofí, empapada hasta los huesos y vestida con la misma capa de estudiante que Kylian le había prestado cuando entraron en la biblioteca subterránea.

—¡Sofí! —exclamó Grimpow, dando un salto de la silla para ponerse en pie. Los ecos de la tormenta retumbaban sobre ellos.

—Kylian tiene razón, debes comer o caerás realmente enfermo —le recriminó Sofí sonriendo, mientras entraba en el cuarto. Kylian se apresuró a cerrar la puerta.

—¿Te has escapado de tu casa? —preguntó Grimpow, que no cabía en sí mismo de alegría.

—No ha hecho falta. Mi padre me ha permitido venir a verte con la condición de que no lo sepan ni Ricard ni mi madre.

—Siempre pensé que tu padre era un buen hombre.

—Él mismo me ha acompañado hasta aquí para que nadie de mi familia sospechara nada. Pero, y tú, ¿cómo estás? Kylian me ha contado lo que te pasó con Ricard.

—Bueno, solo ha sido un rasguño.

Sofí se acercó a Grimpow y le acarició la mejilla.

—No comprendo cómo Ricard ha podido hacerte esto. Antes no era así.

—Sigue pensando que yo soy el responsable de la muerte de su padre. Pero creo que no puedo culparlo por ello. De algún modo, quizá tenga razón.

—No sigas atormentándote, si hiciste algo fue salvar la vida de mi padre.

—Prometiste que te comerías la carne y esas manzanas. Así que deja de hablar ahora, ya tendrás tiempo luego. Sofí no tiene prisa —dijo Kylian.

Grimpow hizo caso a Kylian y no tardó en acabar con la carne y las manzanas. Mientras tanto, Sofí les contó lo que había ocurrido en su casa cuando Ricard les dijo a sus padres que ella se estaba viendo a escondidas con el hereje. Su madre se había puesto hecha una furia y casi la emprendió a bofetadas con ella, pero su padre dijo gritando que él se ocuparía de solucionar ese asunto de una vez por todas, y la llevó a su cuarto zarandeándola de un brazo para expresar su enfado. Allí le guiñó el ojo y fingió que la azotaba con una correa de cuero, mientras Sofí simulaba con grandes sollozos el dolor que le causaban los golpes. Luego su padre habló a solas con ella y le preguntó por Grimpow y por Weienell y Salietti, y le dijo que él la ayudaría para que pudiera volver a ver pronto a su amigo, siempre que le jurara que no se metería en ningún lío.

—Entonces no deberías acompañarnos cuando vayamos con la bruja de la Estirpe a la Torre del Temple. Será demasiado peligroso y tendrías que romper tu promesa —dijo Kylian sonriendo, mientras observaba las cinco esferas, flotando sobre la mesa de estudio.

—Te equivocas, Kylian, crucé los dedos antes de hacer el juramento. Además, después de todo lo que hemos pasado juntos durante estos días, no estoy dispuesta a abandonar ahora.

Grimpow enrolló el pergamino de los prodigios cósmicos y lo ató con una cinta. Luego recogió las cinco esferas y volvió a guardarlas en su alforja.

—He pensado que deberíamos hablar con la bruja de la Estirpe, antes de que regresen Weienell y Salietti.

—¿Por qué tienes tanta prisa? Con Weienell y Salietti estarías más seguro. Deberías hacer caso al maestro Anatol Pempius. Él considera que es mejor esperar a que ellos lleguen.

—Ya te dije que quiero resolver este asunto sin ninguna ayuda. La dama nos aseguró que sabía cómo entrar en la Torre del Temple sin correr peligro. No necesitamos a nadie más.

—También dijo que tendríamos que confiar en ella —apostilló Kylian.

Sofí frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué deberíamos desconfiar de ella?

—No lo sé, hay algo en esa mujer que no me gusta.

—¿Aún crees que nos ha hechizado? —dijo Grimpow con ironía.

—Llámalo como quieras, pero me temo que sin darnos cuenta estamos haciendo exactamente lo que ella desea que hagamos.

—Si es como dices, pronto lo sabremos. Vayamos a verla.

Se protegieron de la lluvia bajo las capas de estudiantes y fueron a la casa de Agnes Lebuy. Pero allí no había nadie.

# *La puerta cerrada*



Provisos de antorchas, los doce caballeros de la sociedad secreta Kôt bajaron a las mazmorras de la Torre del Temple, guiados por Búlvar de Góztell. Los chasquidos metálicos de las armaduras acompañaban sus pesados pasos. Todos llevaban colocados los yelmos sobre sus cabezas, ocultando sus rostros. A medida que los caballeros descendían la estrecha escalera de caracol, la intensa humedad hacía brillar los muros de piedra bajo la luz de las antorchas. Abajo, el espacio se agrandaba hasta formar un amplio recinto, en el que se localizaban varias puertas de madera, reforzadas con gruesas barras de hierro. Una llevaba a las celdas de los prisioneros y otra, a la sala de torturas; la tercera conducía a un pequeño habitáculo en el que hacían guardia los carceleros, y la cuarta comunicaba con un largo pasadizo que parecía no tener fin. Búlvar de Góztell le pidió al carcelero que les salió al paso que abriera esa puerta. El guardián la abrió y volvió a cerrarla, después de que pasara el último caballero.

El pasadizo no era estrecho, pero sus paredes estaban recubiertas por cientos de calaveras humanas, macabramente colocadas unas sobre otras. Al final, había una gran sala, que en otros tiempos fue lugar de reunión de los monjes soldado de la Orden del Temple.

—¡Ahí la tenéis! —dijo el inquisidor Búlvar de Góztell.

El duque Gauthier se situó a su lado.

—De modo que esa es la misteriosa puerta de los templarios.

Ante ellos se alzaba una imponente puerta de bronce con dos hojas, en cuyo centro destacaba el relieve de un pentágono con cinco círculos huecos en sus ángulos, y uno más pequeño en el centro. El inquisidor recordó el lejano día del año 1314, cuando entró en aquella misma sala después de que el rey de Francia asaltara la Torre del Temple, atraído por los tesoros ocultos de aquella fortaleza. Pero entonces nadie, ni siquiera los muchos templarios que fueron torturados antes de arder en la hoguera, supo decirle cómo abrir aquella puerta misteriosa.

—Ha permanecido cerrada durante más de doscientos años, pero al fin tenemos en nuestro poder la única llave que puede abrirla.

—¡La Piedra Filosofal! —gritó el duque Gauthier, alzando el cofre que llevaba en sus manos ante el resto de los caballeros, que habían formado un semicírculo a su alrededor.

El duque Gauthier le entregó al inquisidor el cofre con la Piedra. Luego, él y los

demás caballeros desenvainaron sus espadas, temerosos de lo que pudiera ocurrir.

—¡El Secreto de los Sabios nos permitirá dominar el mundo! —exclamó Búlvar de Góztell.

—¡Abrid la puerta!

El inquisidor avanzó unos pasos con la Piedra Filosofal en su mano y se situó ante la gigantesca puerta de los templarios.

Con pulso tembloroso alzó la Piedra hasta el huevo del centro del pentágono y la introdujo en él. Todos esperaban que la puerta se abriera al instante, pero no pasó nada.

—¡Esa maldita bruja os ha engañado! —gritó, lleno de cólera, el duque Gauthier.

—¡No..., no es posible!

## Una verdad por otra



Sumida en una profunda tristeza, Agnes se había acostado muy temprano esa noche. Aún vestida, se tumbó en el lecho y cerró los ojos llenos de lágrimas, como si mantenerlos abiertos le causara un intenso dolor. El gato negro estaba recostado junto a la almohada, ronroneando para consolarla. Pero para Agnes no había consuelo posible. La imagen de Malén seguía viva en su memoria y podía ver su bondadoso rostro con la misma claridad que si la tuviera ante sus ojos. Las últimas palabras que la vieja Malén había pronunciado antes de morir también se repetían en su mente con un martilleo incesante: «¡No olvides nunca quién eres!». Sin embargo, Agnes no sabía quién era ella realmente, a pesar de lo mucho que ya sabía sobre las brujas de la Estirpe, sobre su madre y sobre el hombre que la obligó a casarse con ella. Hasta podía suponer que su verdadero padre había sido el maestro de la universidad al que su madre visitaba en secreto. A pesar de todo, Agnes seguía formulándose una y otra vez la misma pregunta: «¿Quién soy yo?».

Desde su alcoba pudo oír los cascos de los caballeros acercándose a la casa. Se levantó azorada y miró la calle a través de la ventana. Un grupo de jinetes con brillantes armaduras cabalgaron ante la puerta. El inquisidor Búlvar de Góztell estaba con ellos. Sin apenas tiempo para secarse las lágrimas, Agnes se atusó el pelo y corrió escalera abajo todo cuanto pudo. Abrió la puerta antes de que el inquisidor golpeará la aldaba.

—¡Maldita seas! ¡Juraste que me entregarías tu alma cuando te dejé salir de las mazmorras! —le increpó Búlvar de Góztell, al verla frente a él.

—¿De qué estáis hablando, mi señor? ¿Qué ocurre?

El inquisidor entró en la casa seguido del duque Gauthier, cuyo yelmo mantenía oculto su rostro. El duque contempló atónito la belleza de Agnes: era exactamente igual que su madre. Un confuso sentimiento de ira, de amor y de odio se apoderó de él. Pero se dijo a sí mismo que debía contener sus emociones; el inquisidor se ocuparía de acabar para siempre con aquella bruja, hija del diablo.

—¡Me has engañado! ¡Nos has engañado a todos! La Piedra que me diste no abre la puerta de los templarios —continuó gritando el inquisidor.

—Calmaos, mi señor. Nunca os traicionaría, vos lo sabéis. Pero para abrir esa misteriosa puerta necesitáis las cinco esferas del Pentágono Mágico. Precisamente iba a visitaros mañana para hablaros de ello.

Búlvar de Góztell no se calmó. Era cierto que en la puerta de los templarios había

un pentágono con cinco huecos circulares en sus ángulos, pero era la primera vez que oía hablar de esas esferas.

—¡Déjate de palabrerías! No volverás a embaucarme con tus sutiles artificios.

—Tenéis que creerme, os lo ruego. Esas esferas están en poder del joven llamado Grimpow.

El inquisidor se acercó a Agnes y la miró con severidad.

—¿Dónde está ese hereje?

—En la universidad, alojado en la hospedería de estudiantes —soltó Agnes, despreciándose a sí misma. El mal ya estaba hecho, ahora no podía echarse atrás. El miedo que la atenazaba era más fuerte que su voluntad.

—¿Y quién se ocupa allí de proteger al muchacho?

—Por lo que yo sé, cuidan de él los maestros Anatol Pempius y Edmond Tokvill.

—Si has vuelto a engañarme, yo mismo te arrancaré la piel a tiras y luego te descuartizaré como a un perro —le amenazó.

El inquisidor hizo un gesto al duque Gauthier, que permanecía en silencio, y ambos se dispusieron a marcharse.

—¡Esperad! —gritó Agnes, armándose de valor—. Hay algo más de lo que quiero hablar con vos.

—Habla de una vez.

—A solas...

El duque Gauthier se acercó al monje, le dio una pequeña daga y le susurró al oído:

—Matadla, o tendré que hacerlo yo.

Luego se marchó junto a los caballeros que esperaban fuera.

—Vos lo sabíais, ¿no es cierto? —preguntó Agnes, tan pronto se quedó a solas con el inquisidor.

—¿A qué te refieres?

—A mi madre. Vos sabíais que ella era una bruja de la Estirpe, encargada de ocultar las claves del Secreto de los Sabios.

—Eso no importa ahora. Tú eres una adivina, no necesitas que yo te diga lo que ya sabes.

La mirada de Agnes era can penetrante que el inquisidor se sentía incapaz de mirarla a los ojos.

—Os equivocáis, necesito saber la verdad. La noche del aquelarre en el bosque de Loudon me dejasteis con vida porque sabíais que yo era la única bruja de la Estirpe que podría conducirnos hasta la Piedra Filosofal y el Secreto de los Sabios que mi madre había guardado hasta poco antes de morir. Por eso me enviasteis a vivir a la casa del sabio Gurielf Lábox, ¿no es cierto? Creíais que allí podría encontrar algo que fuese útil para vos. La historia de que yo era una hija del Diablo solo fue una patraña de vuestra invención.

—¿La verdad? ¿Quieres saber la verdad?

—Sí, una verdad por otra.

—Tu madre fue una mujer demasiado sabia, que dominaba las artes de la alquimia y la astronomía. Un verdadero peligro para nuestra Fe. El duque Gauthier la denunció ante la Inquisición como bruja por sus constantes negativas a casarse con él, pero al fin consiguió que aceptara ser su esposa. Yo sospechaba entonces que ella conocía el secreto de la Piedra Filosofal y el lugar en que estaba escondida. Luego supe que se reunía con frecuencia con un maestro de la universidad llamado Noel Dubeq, pero no podía juzgarla ni someterla a tormento por ser la esposa de un hermano bastardo del rey. Cuando murió, apresé a Noel Dubeq, y él lo confesó todo en el potro de tortura. La Piedra había estado en poder de tu madre hasta días antes de su muerte, pero Noel Dubeq no sabía a quién se la había dado. Declaró que esa Piedra era la única que podía abrir la puerta de la Torre del Temple donde se guardaba el Secreto de los Sabios, que los templarios trajeron de Jerusalén hacía más de dos siglos. Desde entonces busqué la Piedra sin descanso y no pude encontrarla. La noche de los aquelarres del bosque de Loudon vi la estrella que tienes en tu hombro y supe que eras la hija de aquella bruja de la Estirpe. Entonces decidí dejarte con vida por si un día me eras útil para encontrar la Piedra, como así ha sido.

—¿Quién fue mi verdadero padre?

—Noel Dubeq.

A Agnes se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Murió en la hoguera?

—No, fue degollado por el duque Gauthier.

# *El fuego purificador*



Los doce caballeros y el inquisidor cabalgaron al galope bajo la oscura noche de París, iluminando a su paso las calles del barrio Latino con las antorchas encendidas. La universidad no quedaba lejos y no tardaron en llegar ante el imponente edificio de piedra. Dos grandes columnas flanqueaban las puertas abiertas. Los jinetes cruzaron la entrada sin desmontar de sus caballos, ante la mirada perpleja de los estudiantes que conversaban en el primero de los claustros. Al poco, un gran revuelo de jóvenes, atraídos por la presencia de los caballeros armados con espadas y antorchas, se extendió como una plaga por todos los rincones.

—Llévanos hasta la casa del maestro Edmond de Tokvill —ordenó el inquisidor Búlvar de Góztell, desde lo alto de su caballo, a un estudiante paralizado por el miedo.

El joven condujo al monje y a los caballeros hasta un patio cercano, rodeado de árboles. Allí les señaló una de las pequeñas casas en las que vivían algunos maestros de la universidad. Los jinetes desmontaron y tres de los caballeros echaron abajo la puerta que el joven les había señalado. Sin mediar palabra, cogieron a los maestros que conversaban en la sala y los sacaron fuera a empujones. Edmond de Tokvill y Anatol Pempius no sabían lo que ocurría y sus rostros reflejaban su confusión y su horror. Los caballeros desconocidos comenzaron a sacar al patio los muebles y todos los libros que abarrotaban los estantes de la casa. Pronto formaron una gran pira en el patio y le prendieron fuego con las antorchas.

—¡No podéis entrar en la universidad sin una orden del rey! —gritó Edmond de Tokvill, al ver a Búlvar de Góztell entre los asaltantes.

—¡Yo represento el poder del rey! —replicó el inquisidor, acercándose al maestro y dándole una bofetada—. Y ahora mantened la boca cerrada o tendré que cortaros la lengua.

Anatol Pempius se removió con fuerza entre los brazos de sus captores, pero no consiguió liberarse.

—¡Pagaréis cara esta humillación, os lo aseguro! —gritó, apretando los dientes de rabia.

Guardad vuestra insolencia para cuando estéis bajo los hierros del verdugo. Entonces podréis gritar cuanto os plazca.

Las llamas del fuego purificador devoraban los enseres y los libros amontonados, convirtiéndolos en infinitas pavesas que revoloteaban en el aire y ascendían hacia la

oscuridad envueltas por un humo espeso, que se elevaba ante la mirada atónita de un buen número de estudiantes que se habían congregado en los alrededores del patio, fascinados por el alboroto. Kylian Dulong era uno de ellos, y observaba aterrado la escena. Sus peores augurios se habían cumplido.

—¡Vayamos en busca del muchacho! —dijo el inquisidor al duque Gauthier y a otros caballeros.

Al oír esto, Kylian corrió desesperado hacia la hospedería. La vida de Grimpow estaba en peligro y apenas si tenía tiempo para avisarle.

Cuando entró en el cuarto, su amigo estaba sentado a la mesa de estudio, ocupado en la redacción de sus anotaciones sobre el manuscrito de los prodigios cósmicos. La cara desencajada de Kylian lo alarmó.

—¿Qué ocurre?

Kylian apenas si podía hablar a causa de su veloz carrera.

—¡Tienes que marcharte de aquí...! El inquisidor ha apresado a los maestros Edmond y Anatol y viene a buscarte. Yo mismo los he visto...

Ni en sus peores sueños Grimpow pudo imaginar que algo así ocurriría. El pánico había bloqueado sus reflejos.

—Pero no tengo adónde ir —dijo, sin saber qué hacer.

—Ve a casa de Sofí, allí podrás esconderte hasta que pensemos cómo salir de esto.

Mientras hablaba, Kylian no dejaba de moverse por la habitación. Recogió los pergaminos del manuscrito y ayudó a Grimpow a guardar en la alforja las esferas que flotaban sobre la mesa. Luego abrió la ventana para que su amigo escapara por ella.

—No puedes perder tiempo. ¡Vamos, márchate!

—¿Y qué harás tú?

—Yo no tengo nada que temer del inquisidor.

En ese momento se oyó un estruendo en el cuarto y la puerta se abrió de golpe. El inquisidor estaba allí, seguido por el duque Gauthier y dos caballeros que esgrimían sendas espadas en sus manos.

—¡Cogedle! —ordenó.

Uno de los caballeros se adelantó para atrapar a Grimpow, que ya se disponía a saltar por la ventana.

—¡Huye, Grimpow! ¡Huy...!

Kylian se lanzó contra el caballero y logró entretenerlo el tiempo necesario para que Grimpow escapara, deslizándose por la enredadera que se extendía junto a la ventana.

—¡Apresad a ese estudiante! ¡Él también arderá en la hoguera! —dijo el inquisidor señalando a Kylian, mientras veía a Grimpow perderse entre las tinieblas de la noche.

# *Huida hacia la oscuridad*



Grimpow se alejó cuanto pudo de la universidad. Luego recorrió a toda prisa las calles del barrio Latino, sin dejar de mirar atrás. Nadie lo seguía, aunque no tardó en oír los cascos de unos caballos que galopaban hacia distintas direcciones. A buen seguro que esos jinetes lo buscaban a él, pensó asustado. Tenía que encontrar sin tardanza un lugar donde esconderse, o sus perseguidores acabarían atrapándolo, antes de que consiguiera llegar a la casa de Sofí. Poco a poco, el miedo volvía a enredarse en su pecho como una invisible tela de araña que lo envolviera lentamente hasta asfixiarlo. Cada vez respiraba con más dificultad y sentía que iba a desfallecer, agotado por sus rápidos pasos en medio de la oscuridad. Ni siquiera estaba seguro de que fuese una buena idea ir a casa de Sofí. Ya le había causado a su familia demasiados problemas como para presentarse allí pidiendo ayuda.

Las nubes se abrieron en el cielo de la noche y dejaron visible una luna rodada por un aura plateada. Los perfiles de las casas entramadas se alzaban a ambos lados de las calles, acechando en silencio al joven intruso. Grimpow temía que tras cada esquina se escondiera un esbirro de Búlvar de Góztell, agazapado entre las sombras para apresarlos. Probablemente, Kylian había sido atrapado por las garras del inquisidor. Su fiel amigo no había dudado en poner en peligro su propia vida para que él pudiese huir. ¿Qué sería del pobre Kylian, ahora? ¿Y de los maestros Anatol Pempius y Edmond de Tokvill? ¿Arderían todos en una hoguera ante Nôtre Dame?, se preguntó Grimpow, con una insoportable sensación de horror y tristeza. Y entonces se sintió el ser más solo y desdichado de la Tierra. A pesar de haberse esforzado para superar las dificultades sin más ayuda que la de Sofí y Kylian, había fracasado como elegido para poseer la Piedra; había fracasado en su misión de desvelar el Secreto de los Sabios. Tal vez Kylian siempre había tenido razón, y la bruja de la Estirpe lo hubiese hechizado sin que él pudiera darse cuenta. Se preguntó entonces si acaso habría sido ella quien lo había delatado ante el inquisidor Búlvar de Góztell, diciéndole que estaba en la universidad de París. Y si era así, ¿por qué lo había hecho? Ella también era una elegida.

Cuando estaba cerca de la plaza Maubert, oyó el relincho de un caballo y el golpeteo de los cascos sobre la calle adoquinada. Apenas si tuvo tiempo de refugiarse bajo un carro cargado de paja que había junto a una de las casas, antes de que el resplandor de una antorcha surgiera de una esquina. Era un caballero con armadura y yelmo, de cuyos hombros colgaba una larga capa negra que cubría la grupa de su

cabalgadura. Los latidos del corazón de Grimpow eran tan fuertes que, por un instante, temió que lo delataran. Era obvio que seguía su rastro. El jinete se acercó al carro, desenvainó la espada y la clavó varias veces entre la paja. Luego se alejó lentamente, deteniéndose en el abrevadero de la fuente de la plaza para dar de beber a su caballo. Grimpow lo siguió con la mirada hasta que desapareció calle arriba. Sin apenas valor para moverse de su escondrijo, permaneció durante un rato bajo el carro, intentando decidir si iba o no hasta la cercana casa de Sofí. Al fin se disiparon sus temores y se deslizó con sigilo entre las fachadas de las casas. Llamó a la puerta sin dudar, pues sabía que podía ser descubierto si se demoraba en hacerlo.

Goebel Lascour, él padre de Sofí, abrió la puerta preguntándose quién demonios llamaría a esas horas de la noche. Cuando vio a Grimpow, no podía creerlo.

—¿Qué haces aquí, muchacho! —exclamó, estupefacto.

—Lo siento, señor Goebel, tengo que hablar con Sofí —dijo Grimpow, entrando en la casa antes de ser invitado a pasar.

—¿Es que has perdido el juicio? Sofí hace rato que duerme.

—Ha ocurrido algo terrible... tiene que ayudarme, señor Goebel.

La señora Lascour asomó detrás de su marido, vestida con un largo camisón y con un candil encendido en la mano. Los golpes en la puerta la habían despertado.

—¿Pero cómo se atreve este mequetrefe! ¡Échalo ahora mismo de esta casa! ¡Ya ha traído demasiadas desgracias a nuestra familia! —dijo exaltada.

—El muchacho no tiene la culpa de nada —replicó el señor Goebel.

—Deberías preguntarle eso a tu sobrino Ricard y a su madre...

La súbita presencia de Sofí en la cocina hizo que todos se callaran durante un momento. Al ver a Grimpow hablando con sus padres, Sofí pensó que estaba viviendo un sueño del que aún no había despertado. Pero pronto supuso que algo grave habría ocurrido para que Grimpow cometiera la locura de ir hasta su casa.

—¿Qué ocurre? —preguntó, aturdida.

—El inquisidor Búlvar de Góztell ha apresado esta noche a los maestros Anatol Pempius y Edmond de Tokvill, pero a quien realmente buscaba era a mí. Kylian me ayudó a escapar, pero me temo que él haya corrido peor suerte que yo —relató Grimpow.

—¿Oh, Dios mío, si averiguan que el muchacho ha venido aquí nos quemarán a todos por herejes! ¿Es que no piensas evitarlo? —gritó la madre de Sofí, llevándose las manos al rostro y empezando a sollozar.

—Deja que el chico se explique. Aún no sabemos lo que quiere de nosotros —dijo el señor Goebel, intentando calmar a su esposa.

—No tengo adónde ir... —dijo simplemente Grimpow, ante la mirada compasiva de Sofí. Ella también estaba asustada.

—¿Y Weienell y Salietti? —preguntó el padre.

—Se marcharon a tierras del Piamonte italiano después de que nos separáramos de vuestra caravana. Pero Anatol Pempius me aseguró que regresarían pronto.

—Dale uno de nuestros caballos y algo de comida y que se marche esta misma noche de París. No podemos hacer otra cosa por él —dijo la madre de Sofí.

El señor Goebel se rascó la barba.

—¿Has olvidado que este muchacho me salvó la vida?

—Ya pagamos un alto precio con la muerte de tu hermano Baunach. No tienes ninguna deuda pendiente que zanjar —insistió su esposa.

Grimpow comprendió las razones de la madre de Sofí. No era justo que él volviera a poner en peligro a los comediantes. Bastante le habían ayudado cuando fueron asaltados por los soldados del rey.

—Será mejor que me marche cuanto antes. Siento todo lo ocurrido...

—¡Espera! —dijo Sofí con lágrimas en los ojos—. Llévate al menos un caballo; podrás huir siguiendo la orilla del río.

El señor Goebel miró a su esposa y luego a su hija.

—Grimpow no irá a ninguna parte esta noche; se quedará aquí, en el establo; y mañana, después de actuar en la fiesta de la cacería con la que el rey agasajará a la nobleza de París, decidiremos qué hacer.

# La partida de caza



A las afueras de París, en uno de los lujosos salones del palacio de La Bastilla, Búlvar de Góztell hablaba en privado con el rey de Francia. Todo estaba listo para comenzar la partida de caza, y los nobles y las damas de la corte esperaban ante los pabellones de los jardines la llegada del monarca.

—Hoy será un día dichoso para mí —dijo el rey—. Espero que no se vea enturbiado por más incidentes desagradables. He oído que anoche se produjo una revuelta en la universidad y que varios maestros fueron encarcelados.

—No es nada de lo que debáis preocuparos, majestad. Solo se trata de un par de astrónomos rebeldes, que están empeñados en enseñar teorías heréticas sobre el Universo a los estudiantes.

Desde una de las ventanas del salón del palacio, el rey contempló el elegante y colorido vestuario de sus vasallos, que reían y conversaban en bulliciosos corros.

—Mis invitados se impacientan... ¿de qué asunto urgente queríais hablarme?

—De la Piedra Filosofal, majestad —le dijo el inquisidor, abriendo el pequeño cofre que llevaba en sus manos.

—¡La Piedra de la Inmortalidad! ¿La habéis conseguido al fin?

—Tal como os había prometido. Estaba en poder de esos maestros.

Búlvar de Góztell le ofreció el cofre al rey.

—Ciertamente es una Piedra maravillosa...

—Podéis cogerla sin miedo.

El rey cogió la Piedra como si temiera que le estallara en las manos. Le parecía inaudito que ese pequeño mineral encerrase tanto poder. Por ella habrían dado su vida todos los reyes de la Tierra, y ahora le pertenecía solo a él. Desde ese instante sería un ser inmortal, el único hombre capaz de sobrevivir a la muerte. El único rey convertido en un verdadero dios.

—¿Cuándo podré sentir sus efectos prodigiosos?

—Guardadla en vuestro precioso jubón de cazador. Desde ahora esa Piedra os protegerá contra cualquier mal que pueda acecharos.

El rey hizo lo que el monje le indicaba.

—Pronto os recompensaré, no lo dudéis.

—Mi mayor recompensa es serviros, majestad —dijo el inquisidor, inclinándose levemente.

—Venid, acompañadme. No debemos hacer esperar a la nobleza.

Salieron juntos del salón y bajaron hasta el patio de armas. Luego cruzaron el gran arco de entrada al palacio y llegaron a los jardines, a la vez que las damas y los nobles allí congregados recibieron a su rey con vítores y aplausos, que se mezclaban con el clamor de las trompetas y el ladrido inquieto de las jaurías de perros. También Sofí y su familia estaban allí, realizando malabarismos y acrobacias junto a otras compañías de saltimbanquis y titiriteros, llamados para la ocasión. Búlvar de Góztell miró al duque Gauthier con disimulo, y se llevó la mano al pecho. Era la señal convenida para poner en marcha el último eslabón de su conjura: el asesinato del rey. A una señal del senescal del palacio, sonaron los cuernos de caza y todos los nobles montaron en sus caballos armados con lanzas. Los ladridos de los perros se hicieron más intensos, y el rey partió tras ellos en busca de la muerte que, en algún lugar del bosque, lo acechaba.

# *La maldición cumplida*



La noticia de que el rey había muerto al caer de su caballo mientras perseguía a un ciervo corrió pronto de boca en boca entre las damas y los nobles invitados a la partida de caza, para regocijo del inquisidor Búlvar de Góztell y del duque Gauthier. Hacía menos de un año que Jacques de Molay, el último Gran Maestro de la Orden del Temple, fue quemado en una hoguera ante la catedral de Nôtre Dame y, para toda la corte de París, la maldición que Molay había lanzado mientras ardía contra el rey y su consejero Nogaret se había cumplido como por obra del Diablo. Los dos habían muerto en un corto plazo de tiempo, condenados por las palabras del templario. Pero el inquisidor y los doce caballeros de la sociedad secreta Kôt sabían que no había nada de verdad en la maldición del gran maestro, de la que todos hablaban en Francia. Apenas comenzó la cacería, el duque Gauthier ordenó a dos de sus caballeros que siguieran de cerca al rey y aprovecharan cualquier oportunidad para matarlo simulando que había ocurrido un desgraciado accidente. Confundidos entre los nobles que participaban en la cacería, los dos caballeros esperaron pacientemente a lo largo de la mañana, hasta que el rey se separó de la jauría de perros y del resto de los cazadores, siguiendo el rastro de un ciervo malherido. Entonces los dos caballeros lo asaltaron y lo hicieron desmontar de su caballo, le robaron la piedra y le golpearon en la cabeza con una roca, hasta que cayó muerto ante sus pies junto a un gran charco de sangre.

—¿Y qué ocurrirá ahora? —preguntó Grimpow, después de que Sofí le contara en el establo de su casa lo que había visto durante la cacería.

Mi padre dice que el nuevo rey de Francia será el duque Gauthier, un hermano bastardo del difunto.

—Si el rey ha muerto, Búlvar de Góztell estará demasiado ocupado con los funerales y la sucesión del trono como para dedicarse a buscarme por todo París —se reconfortó Grimpow.

—¿Qué estás pensando?

Grimpow había pasado el día escondido en el establo, junto a los caballos, y no había dejado de pensar en su situación y en cómo salir de ella. Ahora que ni Anatol Pempius ni Edmond de Tokvill estaban en la universidad, no tenía sentido que volviera a la hospedería. Pensó que podría ocultarse en la biblioteca subterránea. Si al menos Kylian se hubiese escapado, él habría podido llevarle algo de comer y de beber mientras estaba escondido, en espera de que Weienell y Salietti regresaran.

Sabía que sería arriesgado regresar a la universidad, pero no se le ocurría otro modo de solucionar los problemas que le estaba causando a Sofí y a su familia.

—He decidido marcharme cuando anochezca —anunció al fin.

—Mi padre había pensado llevarte a algún sitio donde puedas estar seguro, fuera de París.

—No debo salir de la ciudad; si lo hago y Weienell y Salietti vuelven de su viaje, no podrían encontrarme.

—¿Y adónde piensas ir? Tu vida corre peligro en cualquier parte.

—Si tú me das algo de comida, me esconderé durante un tiempo en la biblioteca subterránea de la universidad. Supongo que cuando Weienell y Salietti sepan lo que ha ocurrido, harán todo lo posible por buscarme. Intentaré dejarles un mensaje cifrado en mi cuarto. No veo otra salida.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites —dijo Sofí.

—Lo sé, pero ya te he causado demasiados problemas.

—¿Qué crees que le ocurrirá a Kylian y a los maestros?

—Prefiero no pensar en eso ahora. Confío en que cuando Weienell y Salietti regresen todavía estemos a tiempo de ayudarles.

El padre de Sofí entró en el establo y se acercó a ellos.

—No sé por qué te persigue el inquisidor ni me importa, pero quiero que comprendas el peligro que supone para Sofí y para su madre que te demos cobijo en esta casa. Mañana al amanecer te llevaré a la granja de un amigo...

—Grimpow ha decidido marcharse al anochecer. Buscará otro lugar donde esconderse —lo interrumpió Sofí.

—Así es, señor Goebel, no sé cómo agradecerle su ayuda, pero ya no tendrán que preocuparse más por mí. Han sido muy amables conmigo.

—Si así lo has decidido, mi deseo es que tengas suerte. Iré a traerte algo de comida, pronto anochecerá...

En ese momento, alguien abrió la puerta del establo. Todas miraron hacia la entrada y vieron a Ricard y a la madre de Sofí, seguidos de un grupo de caballeros con armaduras y yelmos, esgrimiendo sus espadas.

Grimpow se sintió perdido, pero pensó en la valentía de Kylian y contuvo su miedo. Se puso en pie y miró con orgullo a su alrededor. Ricard se acercó a él, cogió su alforja del suelo y se la dio a un caballero.

—Ya te advertí que no te acercaras a Sofí —murmuró con desprecio.

—¿Cómo habéis podido hacerle esto? —dijo Sofí entre sollozos, clavando sus ojos en los de su madre. Ella la había traicionado.

—Lo siento, hija mía, no quería que algo malo volviese a ocurrirle a nuestra familia, por culpa de ese muchacho —se disculpó su madre, mientras los caballeros de la sociedad secreta Kôt cogían a Grimpow y se lo llevaban.

## *Nadie escuchó su voz*



El mundo había dejado de existir para Grimpow. Envuelto por la más terrible oscuridad, aterido de frío y sediento, se acurrucó en un rincón de la mazmorra, sobre un lecho de paja húmeda y pestilente, y lloró hasta que no le quedaron lágrimas en los ojos. Solo se movió para acercarse a tientas a la puerta de la pequeña celda y llamar a gritos a Kylian, a Anatol Pempius y a Edmond de Tokvill. Si aún seguían con vida, también debían de estar allí, en algún lugar de aquel infierno sin luz, excavado en las entrañas de la Torre del Temple. Pero nadie oyó su voz. ¿Dónde estarían? ¿Qué les habría ocurrido? ¿Estarían tan asustados como él, esperando a ser torturados y quemados en una hoguera? El terror que sintió en aquella soledad de ultratumba le hizo pensar que los habían enterrado vivos a todos.

Pronto perdió la noción del tiempo y creyó que había enloquecido. En su mente se sucedían un sinfín de pensamientos que no le permitían distinguir la realidad de los delirios de una macabra pesadilla: cadáveres sin rostro, hierros candentes, aullidos, cuerdas de ahorcados, cabezas decapitadas, sangre manando a borbotones de cuerpos mutilados, grandes piras de leña que ardían ante el regocijo de la muchedumbre... Jamás pudo imaginar que tanto horror fuera posible, cuando la Piedra le había permitido ver tantos prodigios, tanta belleza, tanta sabiduría en el ser humano, tanta magia en el Universo. Entonces, en medio de la oscuridad, Grimpow cerró los ojos y pensó en Sofí, en sus ojos, en su sonrisa, en su voz, en la dulzura de sus labios. Y soñó que huía del horror, cogido de su mano.

# *Luchas por el trono*



Durante varios días, los partidarios del duque Gauthier se enfrentaron sin piedad a sus detractores en los alrededores del castillo del Louvre. A pesar de la purga que el inquisidor Búlvar de Góztell había hecho poco tiempo antes, ahorcando como traidores a los nobles más fieles al rey, las batallas por la corona de Francia comenzaron la misma noche en que se conoció en París la noticia de la muerte del monarca. Sus hijos eran aún demasiado pequeños para sucederle en el trono, y el duque Gauthier no estaba dispuesto a ser gobernado como una marioneta por sus enemigos; menos aún, después de tener la Piedra Filosofal en sus manos y estar a punto de apoderarse del Secreto de los Sabios. Pero el odio que muchos nobles de París sentían por el duque Gauthier solo era comparable al que habían experimentado por Nogaret, y por eso apoyaban al hijo del rey muerto como heredero del trono, aunque solo fuese un niño. También las calles de todo París se convirtieron en un hervidero de revueltas, provocadas por los estudiantes de la universidad desde el apresamiento de los maestros Anatol Pempius y Edmond Tokvill. Temerosos de ser delatados en el potro de tortura, otros sabios de la sociedad Ouróboros huyeron de la universidad, buscando algún lugar más seguro donde esconderse. El caos y el miedo se habían adueñado de las aulas.

A pesar de las luchas por el trono y las revueltas callejeras, Sofí podía entrar y salir libremente de su casa sin la sombra de su primo Ricard pegada a sus talones. Desde que Grimpow fue apresado, lo que menos deseaba era estar en casa junto a su madre: ella la había traicionado al decirle a Ricard que Grimpow estaba escondido en el establo, y jamás la perdonaría. Ahora comprendía qué hacía Ricard el día de la partida de caza del rey, cuando se ausentó tanto tiempo del resto de la compañía y nadie supo dónde había estado. A buen seguro que pactó con el inquisidor entregarle a Grimpow a cambio de que no le hiciera ningún daño a su familia. Pero lo que ni su primo Ricard ni su madre sabían era que, a ella, le habían destrozado el corazón.

Estaba en la plaza Maubert, jugando con las manos bajo el chorro de agua helada de la fuente mientras pensaba en cómo estaría Grimpow, cuando una voz apenas audible la llamó.

—¡Sofí!

Miró a su alrededor y vio a Kylian, escondido tras una esquina de la plaza. Corrió hasta él creyendo que se trataba de una alucinación y lo abrazó sin poder contener las lágrimas.

—¡Por las barbas de Aristóteles! ¿Qué te ocurre...? ¿Dónde está Grimpow? —preguntó Kylian, deshaciéndose del abrazo para que Sofí le mirara a los ojos.

—Hace dos noches que lo apresaron unos caballeros del inquisidor en mi casa —dijo Sofí entre sollozos.

—¡Maldita sea, no es posible! —exclamó Kylian desolado. Su mejor amigo había caído en manos del inquisidor, y eso era tanto como decir que podía estar muerto.

—Mi madre y mi primo Ricard lo traicionaron, después que mi padre aceptara darle cobijo hasta que encontrara otro lugar más seguro para él. Creíamos que también te habían capturado a ti, la noche que Grimpow logró huir de la hospedería gracias a tu ayuda. Él mismo me contó cómo derribaste a uno de los caballeros que lo perseguían —explicó Sofí, más animada.

—Solo me lancé contra ese caballero para que Grimpow pudiese huir por la ventana. Él habría hecho lo mismo por mí.

—Fuiste muy valiente. ¿Cómo conseguiste escapar del inquisidor?

—Esos caballeros se movían con demasiada lentitud a causa de sus pesadas armaduras, y el inquisidor ni siquiera se inmutó al verme correr como una rata junto a sus piernas.

Sofí sonrió. Se sentía feliz de tener de nuevo a Kylian a su lado. Juntos podrían pensar en algún modo de ayudar a Grimpow.

—¿Y dónde has estado hasta ahora?

—Unos estudiantes que conozco en la universidad me escondieron en una trampa oculta en su cuarto de la hospedería. No puedes imaginarte la que se ha formado en las clases y en las calles, después de la detención de los maestros Anatol Pempius y Edmond de Tokvill.

—Lo sé, mi padre me lo ha contado.

—Hay soldados del duque Gauthier por todo París, y cerca del castillo del Louvre han librado duras batallas contra sus enemigos.

—No todos quieren que el duque sea el nuevo rey.

—Parece que el inquisidor Búlvar de Góztell lo apoya —dijo Sofí, haciéndose eco de lo que había oído decir a su padre y a sus tíos.

—No sé qué podemos hacer para ayudar a Grimpow... antes de que sea demasiado tarde.

Sofí se quedó en silencio durante un instante, como si temiera decir en voz alta lo que pensaba.

—Podríamos hablar con la bruja de la Estirpe —dijo al fin, sin mucho convencimiento. Sabía que Kylian no compartiría esa idea.

—Esa dama está del lado del inquisidor, estoy seguro.

—Pero... ¿y si no es así? ¿Y si no sabe nada de lo que ha ocurrido?

Kylian sacudió el aire con la mano.

—¡Vamos, Sofí!, no seas ingenua. Solo ella sabía que Grimpow estaba en la universidad, bajo la protección de los maestros Anatol y Edmond. Si fueron a

buscarlos es porque esa bruja de la Estirpe se fue de la lengua. Apostaría la cabeza a que también le dio la Piedra al inquisidor. Eso es lo que ella buscaba; se lo advertí a Grimpow hace tiempo, pero no quiso hacerme caso.

Sofí sabía que Kylian podía tener razón, pero se resistía a aceptarlo.

—No perdemos nada con ir a su casa y contarle lo que le ha ocurrido a Grimpow. Si es como tú dices, se negará a ayudarnos y ya no tendremos ninguna duda.

—¡Por las barbas de Aristóteles! ¿Quieres acabar en una mazmorra de la Torre del Temple como Grimpow? ¿De verdad crees que eso sería una ayuda para él?

—No lo sé, Kylian, pero no podemos quedarnos cruzados de brazos, esperando a ver cómo queman a Grimpow en una hoguera.

Unas gotas de agua cayeron sobre sus cabezas. Pronto comenzaría a llover de nuevo.

—Lo siento Sofí, yo también quiero ayudarle, pero no se me ocurre otra cosa que rezar por él.

## *A galope tendido*



En una posada perdida en los bosques de Borgoña, Weienell y Salietti desayunaban un copioso plato de tocino ahumado acompañado con acelgas hervidas. Se habían refugiado allí durante la noche, ante la imposibilidad de dormir a la intemperie a causa de la lluvia. El posadero, un hombre corpulento y muy locuaz, se acercó a su mesa y les sirvió unas jarras de cerveza.

—Las malas noticias corren por estas tierras como el viento —dijo.

—¿De qué malas noticias habláis? —preguntó Salietti, pues Weienell no deseaba que el posadero reconociera su voz de mujer.

—Apenas hace un rato que un fraile mendicante entró en la posada para beber un poco de agua y me lo contó: el rey ha muerto, y el duque Gauthier, su hermano bastardo, se ha apoderado de la corona de Francia. En París se ha desatado una verdadera guerra por la sucesión al trono, tan incierta como las intrigas de la corte.

Salietti animó al hombre a que siguiera soltando lo que sabía.

—Decidnos, ¿qué intrigas son esas?

El posadero se acercó aún más a ellos y bajó la voz como si temiera que alguien más pudiese oírlo.

—Al parecer, son muchos los que piensan que el rey fue asesinado. Unos creen que lo mataron los templarios, para vengar la muerte de su gran maestro en la hoguera, haciendo de ese modo que se cumpliera la maldición; otros, sin embargo; están convencidos de que fue el propio duque Gauthier quien asesinó al rey para robarle la corona, aconsejado por el gran inquisidor de Francia, un monje dominico llamado...

—Búlvar de Góztell —continuó Salietti, temeroso de que el posadero confirmara sus augurios.

—Sí, creo que ese fue el nombre que pronunció el fraile mendicante. París se ha convertido en un campo de batalla. Hasta los estudiantes de la universidad se han rebelado contra el nuevo monarca por haber apresado a algunos de sus maestros.

Salietti miró a Weienell, sin ocultar sus preocupaciones. Si le ocurría algo a Grimpow, ninguno de los dos se lo perdonaría.

—¿Cuánto hace que murió el rey? —quiso saber Salietti.

—No más de unos días.

Salietti se puso en pie y Weienell lo imitó.

—¿He dicho algo que no debiera? —preguntó aturdido el posadero, ante la súbita

reacción de sus huéspedes.

—Nada que tengáis que lamentar.

Pagaron al posadero y cogieron sus caballos. La lluvia caía del cielo mansamente, desdibujando el paisaje en infinitas tonalidades de gris. Si cabalgaban a galope tendido, en poco más de media jornada llegarían a París.

—Ojalá que Grimpow esté a salvo —murmuró Weienell, al tiempo que ambos espoleaban sus caballos.

Durante toda la mañana cabalgaron sin detenerse un instante. Pero en la mente de ambos también galopaban desbocados sus pensamientos. Los dos sabían que los maestros apresados por el nuevo rey debían de ser miembros de la sociedad secreta Ouróboros y, si entre ellos estaba Anatol Pempius, Grimpow y la Piedra también podían encontrarse en peligro.

Mientras ascendían por el camino que rodeaba una colina rocosa, Salietti tuvo un recuerdo inesperado. Hacía muchos días, cuando Weienell y él viajaban hacia sus tierras en el Piamonte italiano, entraron en una pequeña ciudad, donde buscaron alojamiento en una hospedería de peregrinos del Camino de Compostela para descansar, antes de comenzar a cruzar las montañas de los Alpes. Al día siguiente, Salietti se levantó temprano para llevar a herrar a uno de los caballos, que cojeaba de una pata trasera, mientras Weienell aún dormía, agotada por el cansancio. Cuando al cabo de un rato regresó a la posada, Salietti encontró a Weienell en el establo con un hombre muerto a sus pies. Weienell tenía un puñal en la mano, manchado de sangre. Cuando vio a Salietti se abrazó a él, aún temblando de miedo.

—Dijo que iba a matarme —murmuró.

Salietti la tranquilizó diciéndole que se trataría de un salteador de caminos que los habría seguido hasta la ciudad para robarles, y luego buscó entre las ropas del muerto algo que pudiese servirle para saber quién era ese hombre y por qué había atacado a Weienell. Bajo su jubón solo encontró una pequeña bolsa con monedas de oro.

—No parece un ladrón —dijo Weienell, sin comprender los motivos que podía tener aquel hombre para querer matarla, como le había dicho antes de que ella cogiera disimuladamente el puñal de la montura de su caballo y se lo clavara en el pecho sin dudar cuando el hombre intentó ponerle las manos encima.

—Posiblemente no eras tú su primera presa. Ha debido de robar estas monedas a algún rico mercader que se cruzó en su camino.

Entonces, Salietti no sospechó nada, pero después de saber esa mañana lo que había ocurrido en París con los maestros de la universidad, tuvo el presentimiento de que aquel hombre había sido enviado tras ellos por el inquisidor Búlvor de Góztell para matarlos. Sin embargo, Salietti no le comentó nada a Weienell; no quería que se preocupara aún más.

Una multitud de campesinos y mercaderes se agolpaba con sus carros ante las murallas de París, bajo una lluvia insistente. Todas las puertas de entrada a la ciudad estaban fuertemente vigiladas por los soldados del duque Gauthier, para evitar que

pudiesen llegar refuerzos de los rebeldes que se oponían a su coronación como nuevo rey de Francia. A nadie que llevara una espada le era permitido el paso. Weienell y Salietti merodearon por los alrededores de la puerta del sureste, buscando un resquicio para entrar sin llamar la atención. Pero no lo encontraron. Las malas noticias de las que el posadero les había hablado esa misma mañana eran ciertas: el caos se había adueñado de París. Entrar o salir de la ciudad era una tarea difícil sino imposible, que solo algunos conseguían realizar después de largas horas de espera ante las cadenas que cerraban el paso.

—Salietti no estaba dispuesto a seguir allí, bajo la lluvia, sin saber qué podía haberles ocurrido a sus amigos.

—Tendremos que saltar las cadenas al menor descuido de la guardia —dijo, observando los movimientos de los soldados que custodiaban la entrada.

Weienell se mostró de acuerdo. Ya era media tarde y, al caer el sol, las puertas de la ciudad se cerrarían hasta el amanecer del día siguiente. Así que esperaron cerca de la muralla, mientras planificaban cómo evitar las peligrosas flechas de los arqueros apostados junto a la puerta, una vez saltaran las cadenas con sus caballos.

El revuelo causado por las airadas protestas de un mercader de vinos, al que los guardias hicieron vaciar todos los toneles que cargaba en su carro, propició que Salietti decidiera que había llegado el momento que esperaban. Picaron espuelas y saltaron las cadenas ante la sorpresa de los guardias y de los arqueros, cuyas flechas no pudieron alcanzarlos.

—¡Cogedlos! ¡Coged a esos rebeldes! —gritó el capitán de la guardia.

Un grupo de soldados montó en sus caballos y corrió tras ellos, sin saber el rumbo que habían tomado los fugitivos.

# Demasiado Tarde



Zigzagueando entre una maraña de callejuelas para despistar a sus perseguidores, Weienell y Salietti no tardaron en alcanzar la isla de París. Muchos soldados rodeaban el foso del castillo del Louvre, en cuyas torres ya ondeaba el estandarte del duque Gauthier, como señal de su triunfo. Los orfebres del puente habían vuelto a abrir sus talleres después de los disturbios, y la gente cruzaba de un lado a otro de la isla, como si nada hubiese ocurrido.

En el barrio Latino, la calma era aún más evidente, aunque muchos estudiantes seguían deambulando por sus calles para matar el tiempo, ante la suspensión de las clases en la universidad. Salietti se acercó a uno de ellos, que conversaba con otros jóvenes a las puertas de una taberna, y le preguntó por los maestros apresados.

—¿Y quién sois vos para curiosear en esos asuntos? —inquirió con atrevimiento el joven, al ver la espada del caballero que le hablaba.

—Un amigo que desea ayudarles —le respondió Salietti.

Los estudiantes miraron con recelo al otro jinete que acompañaba al caballero y que cubría su cabeza con una capucha, a pesar de que había dejado de llover.

—Son los maestros Anatol Pempius y Edmond de Tokvill —afirmó otro estudiante menos esquivo.

Salietti y Weienell sintieron una punzada en el corazón.

—¿Sabéis adónde los han llevado?

—Están encerrados en la Torre del Temple. Los acusan de herejes y muy pronto los quemarán en una hoguera ante la catedral de Nôtre Dame, como hicieron hace un año con los últimos templarios. Nuestras protestas no han servido de nada. El rey bastardo odia a nuestros maestros y a la universidad —explicó el joven.

Weienell contuvo su desasosiego.

—¿Tal vez conozcáis a un estudiante llamado Grimpow? —preguntó entonces Salietti.

Los jóvenes se miraron entre ellos, dubitativos. Era la primera vez que oían ese nombre.

—¿Grimpow? No hay ningún estudiante que se llame así; al menos, que nosotros sepamos —respondió otro, de pelo ensortijado.

Salietti se despidió de los estudiantes y se dispuso a marcharse, mientras los jóvenes comentaban algo entre ellos.

—¡Aguardad! —gritó el joven que acababa de hablar.

Guiado por las riendas, el caballo de Salietti giró sobre sus pasos hasta que volvió a quedar frente a los jóvenes.

—Hay un estudiante que consiguió escapar del inquisidor la misma noche que apresaron a los maestros. Se llama Kylian, Kylian Dulonval.

Animado por esa buena noticia, Weienell y Salietti continuaron su camino hacia la universidad. Allí podrían averiguar algo más sobre ese tal Kylian Dulonval.

—¿Crees qué encontraremos a Grimpow? Nadie parece conocerle —dijo Weienell, con voz apenada.

—Es posible que cambiara de nombre al llegar a la universidad. Nadie debía saber quién era Grimpow realmente. Pero pronto saldremos de dudas.

Ataron los caballos frente a la hospedería de estudiantes. Muchos jóvenes de edades muy distintas entraban y salían del edificio, arrojados por sus capas negras. Cuando Salietti le preguntó a un estudiante que se había quedado mirándolos mientras desmontaban, no tardó en decirles que acababa de ver a Kylian Dulonval entrando en la hospedería.

—Si lo desean, yo mismo iré a buscarlo —añadió, contento de ser útil a los caballeros recién llegados.

Había comenzado a caer la tarde, y el cielo seguía manchado de nubes grises, aunque grandes claros rojizos se abrían por el suroeste. Weienell y Salietti esperaron impacientes ante la puerta de la hospedería. Nada deseaban más que volver a ver a Grimpow. Pero el muchacho que salió a su encuentro era otro.

—¿Eres Kylian Dulonval? —preguntó Weienell, que se había quitado la capucha.

Kylian asintió. Estaba seguro de que aquella dama con el pelo corto y el caballero que la acompañaba eran Weienell Lábox y Salietti de Estaglia, de los que Grimpow tanto les había hablado.

—Habéis llegado demasiado tarde —dijo, antes de que le preguntaran si conocía a Grimpow.

Weienell se llevó las manos a la cara y comenzó a llorar.

—¡Oh, no! ¡Pobre Grimpow! —lamentó entre sollozos.

Kylian les contó todo lo que había ocurrido desde que conoció a Grimpow el día que llegó a la universidad y se instaló como estudiante en su cuarto de hospedería. Les habló del encuentro con Sofí, de la biblioteca subterránea y del cadáver de la mujer muerta hacía miles de años, del Pentágono Mágico, del libro encriptado sobre la estrella Ouro que hallaron en casa del padre de Weienell, de la bruja de la Estirpe que habitaba ahora en ella, de las cinco esferas que abrían la puerta del Secreto de los Sabios, de sus temores a que la bruja de la Estirpe los hubiera hechizado para apoderarse de la Piedra, de la huida de Grimpow a la casa de Sofí y de la traición de su madre y de su primo Ricard.

—Se lo llevaron a la Torre del Temple —concluyó.

—¿Dices que Grimpow le entregó la Piedra a la bruja de la Estirpe? —preguntó Weienell, que no podía creer que Grimpow se hubiese desprendido voluntariamente

de lo que tantos sacrificios les había costado proteger.

—Creyó que ella debía guardarla porque había pertenecido a su madre antes de morir.

—¿Puedes llevarnos a casa de Sofí? —preguntó Salietti, después de escuchar con atención lo que Kylian acababa de decirles. Más tarde se ocuparían de la Piedra y de esa misteriosa bruja. Ahora debían salvar a Grimpow de las garras del inquisidor.

—Claro, no está muy lejos de aquí.

Pero apenas acabó de decir esto, unos soldados aparecieron a caballo por la calle que conducía hasta la plaza de la hospedería y se abalanzaron contra ellos. Kylian se apartó a un lado, mientras Weienell y Salietti desenfundaron sus espadas y se enfrentaron a sus perseguidores. Eran cuatro soldados que arremetieron una y otra vez contra los fugitivos, aprovechando su superioridad y la fuerza de sus cabalgaduras. Salietti peleaba con furia y consiguió derribar a dos de los soldados, que pronto fueron traspasados por su espada, mientras Weienell se debatía en una lucha desigual con los otros, dando mandobles a diestro y siniestro con una agilidad inaudita en una dama. Después de las lecciones que había aprendido de Salietti durante su viaje, la destreza de Weienell en el manejo de la espada nada tenía que envidiar a la habilidad de un caballero. De un golpe certero acabó con uno de los soldados, a la vez que Salietti hacía huir al último, ante el asombro y la admiración de Kylian.

—Pronto regresará con más soldados —dijo Weienell, mirando al jinete que huía hacia el final de la calle.

Salietti montó en su caballo y se acercó a Kylian.

—Vamos, súbete a la grupa, no tenemos mucho tiempo.

## *Dónde está Sofí?*



Goebel Lascour se llevó una grata sorpresa al ver a Weienell y a Salietti a la puerta de su casa, acompañados por un joven vestido de estudiante al que no conocía. Abrió las puertas del establo para que escondieran sus caballos, y luego los condujo a la cocina. La madre de Sofí estaba sentada junto al fogón, acompañada por Sofí, que se afanaba en la limpieza de unas verduras. Cuando la señora Lascour vio a los recién llegados, se levantó sin decir nada y se marchó al patio trasero de la casa; Sofí, en cambio, sonrió como no recordaba haberlo hecho desde hacía mucho tiempo, y corrió a saludar a Weienell y a Salietti. Luego se quedó al lado de Kylian, expresándole la alegría que sentía: ya no estaban solos para intentar ayudar a Grimpow.

Goebel los invitó a sentarse alrededor de la mesa y les sirvió unas jarras de vino.

—Siento lo que le ha ocurrido a Grimpow; mi mujer y mi sobrino no querían hacerle ningún daño. Solo intentaban proteger a mi familia para que no volviese a ocurrir una desgracia como la de mi hermano Baunach. Os pido perdón en su nombre.

—No hemos venido a haceros ningún reproche —dijo Salietti.

—Los Lascour jamás hemos traicionado a un buen amigo...

—Lo comprendemos, señor Goebel. Solo hemos venido para pedirnos unas cuerdas y unos garfios con los que poder saltar la muralla de la Torre del Temple —explicó Weienell.

—¿Pensáis entrar en la fortaleza?

—No podemos dejar a Grimpow en manos del inquisidor. También nosotros nos sentimos culpables de lo que le ha ocurrido. Nunca debimos dejarlo solo en París —se sinceró Salietti.

Sofí y Kylian se miraron complacidos. Goebel dio un largo trago a su jarra de vino y se limpió los labios con la manga de su camisa.

—Necesitaréis ayuda para entrar en esas malditas mazmorras. La Torre está fuertemente vigilada por los soldados del nuevo rey. Mis hermanos y yo iremos con vos, si lo deseáis. Weienell puede quedarse en la casa con Sofí.

—Gracias, señor Goebel, pero mi espada luchará junto a la de Salietti por salvar a Grimpow —dijo Weienell.

—No queremos que volváis a poner en riesgo vuestra vida ni la de vuestros hermanos por nuestra causa. Ya lo hicisteis una vez, y no tenéis por qué ayudarnos ahora. Será demasiado peligroso rescatar a Grimpow, si es que lo conseguimos.

—Dejad eso de nuestra cuenta. Yo hablaré con mis hermanos.

Durante un rato, planificaron el modo de entrar esa misma noche en la Torre del Temple. Goebel y sus hermanos escalarían la muralla. No tendrían ninguna dificultad en ascender por el grueso muro de piedra sin ser vistos y, una vez arriba, ayudarían a Weienell y a Salietti a subir por la misma cuerda.

Weienell y Salietti le contaron a Goebel la inutilidad de su viaje a tierras del Piamonte italiano, pues Salietti había sido desposeído de su ducado de Estaglia por un ambicioso noble vecino, aprovechando su larga ausencia del pequeño palacio que había heredado de su abuelo. Por eso habían regresado de nuevo a París, sin saber lo que les había ocurrido a Grimpow y a los maestros, pues deseaban reunirse con ellos antes de emprender una larga batalla en el Piamonte para recuperar lo que era suyo.

Kylian escuchaba embobado a Salietti. Miró a su lado para hacerle algún comentario a Sofí, y vio que no estaba junto a él. «¿Dónde está Sofí?», se preguntó a sí mismo en silencio, pero no supo qué responderse.

# *La derrota del miedo*



Sofí corrió cuanto pudo hasta la casa de la bruja de la Estirpe. Había anochecido y las calles estaban oscuras y solitarias. Lo único que Sofí deseaba era que Agnes les ayudara a salvar a Grimpow. Ella sabía cómo entrar en la Torre del Temple sin correr peligro. Y, aunque Kylian no confiaba en la bruja de la Estirpe, Sofí se resistía a creer que supiese lo que había ocurrido.

Golpeó la aldaba de la puerta y esperó a que la dama le abriera. Pero nadie contestó. Tampoco se veía luz por las ventanas, ni se oía al gato maullar dentro. Volvió a llamar, sin tener respuesta. La bruja de la Estirpe no estaba allí. Decidida a encontrarla, Sofí se giró y corrió de nuevo, esta vez en dirección a la isla de París. Cruzó por los puentes al otro lado del río y no paró hasta llegar al barrio de los pescadores, cerca del puerto. El olor a humedad y podredumbre se colaba por sus fosas nasales cada vez que respiraba. La luz de la luna aparecía y desaparecía entre las nubes que cruzaban el cielo de la noche, iluminando tenuemente sus pasos. Cuando llegó a la casa de la bruja Malén, tomó aliento y golpeó la puerta con la mano. Al poco, Agnes abrió la puerta y la miró con indiferencia. El gato negro ronroneó en el suelo, esperando que Sofí lo cogiera en sus brazos.

—¿Cómo me has encontrado?

—Sabía que veníais aquí para traerle comida a la vieja Malén —dijo Sofí, agachándose para coger al gato.

—Será mejor que pases adentro, ahí fuera hace demasiado frío —la invitó Agnes.

Sofí cruzó el umbral de la puerta con la sensación de estar profanando un recinto sagrado y prohibido. Pero no había nada extraño en aquella pequeña casa de brujas. Aunque el fuego del hogar estaba apagado, el interior de la sala era cálido y apacible.

—Ahora vivo en esta casa, la pobre Malén murió hace unos días. Pero ¿a qué has venido? Es muy tarde para que una chica como tú ande sola por estas calles.

Sofí titubeó. No sabía por dónde empezar. Se sentó en una silla y, sin dejar de acariciar al gato negro, dijo al fin:

—A Grimpow lo ha encerrado el inquisidor Búlvar de Góztell en la Torre del Temple.

—Lo sé, yo misma le dije al inquisidor dónde podía encontrarlo.

—¿Vos? —preguntó Sofí, horrorizada al comprobar que Kylian no se había equivocado.

—Siento haberte defraudado, pero no tuve otra elección.

—Pero ¿por qué lo hicisteis? ¡Grimpow confiaba en vos, él mismo os dio la Piedra! Dijo que os pertenecía...

—Se trataba de su vida o de la mía.

—¡Vos sois una bruja de la Estirpe, podíais haberos salvado!

—Las cosas no son tan sencillas como crees. También a las brujas de la Estirpe nos domina el miedo. Tú aún no sabes lo que es eso, eres demasiado joven para saberlo.

—Siento miedo de lo que el inquisidor pueda hacerle a Grimpow. Si no le ayudamos, arderá en una hoguera.

—Yo no podría sacarlo de las mazmorras de la Torre del Temple aunque quisiera. Nadie escapa con vida de ese infierno.

—Weienell y Salietti, los amigos de Grimpow, han regresado y mi padre y sus hermanos están dispuestos a escalar las murallas para entrar en la fortaleza.

—Entonces no me necesitas a mí, yo no sé manejar una espada.

—¡Dijisteis que vos sabíais cómo entrar en la Torre sin peligro!

—El inquisidor me matará si vuelvo a traicionarlo.

—Grimpow creyó en vos, no podéis abandonarlo ahora —suplicó Sofí.

Agnes Lebuy permaneció en silencio, pensativa, mirando a Sofí con una extraña mezcla de severidad y ternura. ¿Quién era aquella chiquilla de ojos transparentes para perturbar sus emociones y decirle lo que debía o no debía hacer? Si ella decidió entregar a Grimpow al inquisidor no fue por su voluntad, sino por el miedo que sentía ante la idea de la muerte. El miedo era como un horrible monstruo que la devoraba por dentro hasta saciarse, dejándola tan vacía como un corazón hecho de la nada. Ningún sentimiento podía sobrevivir al tenebroso festín del miedo. También su madre había sucumbido ante el horror de la hoguera, como sucumbieron tantas mujeres antes que ella. Ni siquiera las brujas de la Estirpe estaban al margen del sufrimiento, por mucha que fuese su sabiduría. Tarde o temprano también les llegaría su hora. Si ella estaba viva aún era gracias a la misericordia del inquisidor Búlvar de Góztell. «Márchate donde nunca pueda encontrarte o tendré que matarte», le había dicho cuando ella confesó que Grimpow estaba en la universidad de París. Ahora, el Mal había vencido al Bien y ella no podía hacer nada para evitarlo. Toda la sabiduría de las brujas de la Estirpe se perdería para siempre y la vida de Grimpow sería sacrificada en nombre de un dios para ella desconocido.

—Tengo que marcharme ya, antes de que mis padres se preocupen y empiecen a buscarme —dijo Sofí, poniéndose en pie y dejando al gato negro en el suelo.

Agnes también se incorporó, pero en lugar de oír la voz de Sofí creyó oír la de la vieja Malén, susurrándole que no olvidara nunca quién era. Sí, ella era una bruja de la Estirpe, no una hija del Diablo, había tocado la Piedra y un muchacho como Grimpow había confiado en ella. No podía seguir sometida al terror del miedo. Se lo debía a su madre y a todas las brujas de la Estirpe.

—Espera, iré contigo —dijo.

## Un plan dudoso



Todos estaban listos para salir a caballo hacia la Torre del Temple cuando Sofí entró en su casa seguida de Agnes. Nadie la había echado de menos mientras estuvo fuera y Kylian no había dicho nada sobre su inexplicable ausencia. Kylian tampoco podía creer que Sofí hubiese ido sola a buscar a la bruja de la Estirpe para pedirle su ayuda. Pero, de algún modo, se alegró de verla allí.

—¿Quién es esta dama? —preguntó su padre, incapaz de entender lo que pasaba.

—Es Agnes Lebuy, una bruja de la Estirpe. Ha venido para ayudaros a entrar en la Torre del Temple —dijo Sofí.

Weienell y Salietti cruzaron una fugaz mirada de estupor, repleta de preguntas. Pero ese no era el momento de buscar las respuestas.

—Ya hemos decidido cómo superar la muralla, no necesitamos su ayuda —dijo Salietti, con voz desdeñosa.

Agnes Lebuy no se intimidó. Avanzó hasta el caballero que le había hablado y lo miró a los ojos con frialdad.

—Aunque consigáis cruzar las murallas, jamás lograréis entrar en las entrañas de la Torre. El carcelero no os abrirá, la puerta que conduce a las mazmorras y no hay forma de hacerlo desde fuera.

—¿Cómo podéis estar tan segura de lo que decís? —inquirió Weienell, ante el silencio de Goebel y de sus tres hermanos.

—Por qué ya he estado antes allí.

—¿Qué proponéis entonces? —preguntó Goebel, que cargaba sobre su hombro una gruesa cuerda enrollada con un garfio en la punta.

—Yo entraré en la fortaleza: y vosotros me seguiréis. Podréis acabar con los guardianes de la entrada por sorpresa. No son muchos, y es posible que algunos de ellos estén borrachos. Luego, yo me ocuparé de que el carcelero nos abra la puerta de las mazmorras. Una vez dentro, no tendréis ninguna dificultad para liberar a Grimpow, si es que aún está con vida.

La posibilidad de que Grimpow hubiese muerto los estremeció.

—Entonces salgamos cuanto antes hacia la Torre, ya veremos allí si vuestro dudoso plan es cierto —propuso Salietti.

—Y rogad al cielo porque Grimpow esté vivo —añadió Weienell, desafiante.

Agnes se mostró indiferente a la amenaza. Comprendía que aquella mujer con el pelo cortado y vestida de caballero, que llevaba una espada ceñida a la cintura,

recelara de sus palabras. Al fin y al cabo, ella no dejaba de ser para Weienell una extraña que se había adueñado de su casa y que había traicionado a Grimpow.

En el establo cogieron los caballos y Goebel preparó la montura de la bruja de la Estirpe, como su hija había llamado a aquella misteriosa y bella dama. Tal vez fuese más seguro para todos que ella los acompañara, pensó.

Bajo el manto de la noche se alejaron de la casa, seguidos por la mirada atenta de Kylian y de Sofí.

—¿Por qué no me dijiste que irías a buscar a la dama?

—Tú no confiabas en ella.

—¿Y qué haremos ahora que todos se han marchado?

—Ir tras ellos. Ven, montaremos en el caballo de Ricard —dijo Sofí.

## *Las entrañas de la Torre*



El verdugo entró en la mazmorra con una antorcha en la mano. La intensa luz cegaba los ojos de Grimpow, que apenas si podía abrirlos, después de pasar varios días sumido en la más completa oscuridad. Una mano fuerte y peluda lo cogió por el jubón y lo levantó del suelo como si fuese un muñeco de trapo.

—¡Vamos, el inquisidor está esperándote! —le gritó el verdugo.

A duras penas, Grimpow avanzó algunos pasos en la mazmorra. Estaba desorientado y no dejaba de preguntarse adónde lo llevarían y qué ocurriría luego. La idea de que lo torturaran le horrorizó y no pudo evitar que le temblaran las piernas. El verdugo le dio un empujón en la espalda para que siguiera andando. Avanzó por un tortuoso pasadizo hasta que la oscuridad desapareció, transformándose en una luz cálida y difusa. Varias antorchas ardían en el muro de piedra de una galería circular en la que se distribuían puertas reforzadas con hierros. En el centro reconoció al inquisidor Búlvar de Góztell, rodeado por doce caballeros armados con espadas y con el rostro oculto tras los yelmos, como los que le habían apresado en la casa de Sofí. Junto a ellos, cabizbajos y maniatados, estaban los maestros Anatol Pempius y Edmond de Tokvill. Grimpow quiso correr hacia ellos, pero el verdugo lo detuvo, cogiéndolo del brazo.

—Al fin volvemos a vernos —dijo el inquisidor, abriéndose paso entre los caballeros.

—¡Dejad al chico, solo es un estudiante de la universidad! Ya nos tenéis a nosotros —murmuró con voz apagada Anatol Pempius, como si todas sus fuerzas se hubieran consumido en ese instante.

—En la mente de este muchacho se esconde el Diablo; es él quien me interesa ahora. Pero no temáis, aún queda tiempo, antes de que los hierros del verdugo y el fuego de la hoguera liberen de todo pecado su alma... Y también la vuestra.

El inquisidor se acercó a Grimpow con calma, colocó dos dedos bajo su barbilla y le inclinó la cabeza hacia atrás para que lo mirara fijamente a los ojos.

—Dime, ¿qué pensabas hacer con estas esferas?

—Son los cinco planetas de la estrella Ouro.

—Querías abrir las puertas del Secreto de los Sabios, ¿no es cierto? —insistió el inquisidor, fingiendo ser amable.

Grimpow asintió y miró avergonzado a Anatol Pempius.

—¿Ellos te pidieron que lo hicieras? —preguntó Búlvar de Góztell, señalando

con su mirada a Anatol Pempius v Edmond de Tokvill, cuyas ropas estaban manchadas de sangre.

—¿Qué más encontraste allí?

—Solo había libros y viejos manuscritos.

—Los maestros no sabían nada de esas esferas. Las encontré en la biblioteca subterránea de la universidad...

—Si no me dices la verdad, el verdugo hará que proclames a gritos lo que ahora callas. ¿Es eso lo que deseas?

—No —reconoció Grimpow. El miedo le impedía seguir hablando.

—Volveremos a hablar sobre eso más tarde. Ahora vayamos a abrir las puertas del Secreto de los Sabios —dijo el inquisidor. Colocó su brazo sobre el hombro de Grimpow y avanzó hacia el pasadizo de las calaveras.

## *¡Matadlos a todos!*



Habían acordado que Goebel y sus hermanos escalarían el grueso muro de piedra y se apostarían en el patio de armas, frente a la entrada de la muralla, para atacar a los guardianes por la espalda si era necesario. Una vez que ellos ya estuvieran dentro, los demás oirían el ulular de una lechuza. No había animal cuyos sonidos no supiera imitar Goebel.

Agnes golpeó en la puerta de la muralla cuando oyó el canto de la lechuza. Weienell y Salietti, con un puñal oculto en sus manos, se situaron a cada lado de Agnes para no ser vistos. Un soldado se asomó al pequeño ventanuco de la puerta y miró a la dama que esperaba fuera.

—Vengo a ver al inquisidor, es urgente que hable con él ahora —dijo Agnes, sin mostrar ningún nerviosismo.

—Pasad... —dijo—. Tendréis que buscarle en las mazmorras, acaba de bajar a ellas con unos caballeros.

El guardián la reconoció al instante y abrió la puerta. No quería ser víctima de un mal de ojo de aquella bruja, amiga del inquisidor.

Agnes cruzó el umbral y, antes de que el guardián pudiese darse cuenta, Salietti surgió de las sombras y le clavó su puñal en el pecho. El guardián abrió los ojos y cayó al suelo con un grito contenido en su garganta. No lejos de allí, otros dos guardianes bebían cerveza y jugaban a los dados bajo un cobertizo de paja. Uno de ellos miró hacia la puerta de la muralla y vio a su compañero tendido en el suelo, junto a unos extraños.

—¡Nos atacan! —gritó al otro, poniéndose en pie y desenfundando su espada.

Los dos guardianes corrieron hacia los intrusos, pero Goebel y sus hermanos les cortaron el paso. Dos flechas cruzaron el aire y los soldados se derrumbaron en silencio sobre la tierra del patio de armas. Nadie más oyó su voz de alarma, aunque el ruido de unos pasos hizo que Salietti mirara inquieto a su espalda. Eran Kylian y Sofí, que habían cruzado tras ellos la puerta de la muralla.

—¡Volved atrás! No podéis quedaros aquí, esto no es un juego de niños —masculló Salietti malhumorado, cuando los dos jóvenes se situaron a su lado.

Goebel cruzó con rapidez el patio y se acercó a Sofí.

—¡Maldita sea! ¿Es que nunca vas a obedecerme? —dijo en voz baja y con los dientes apretados.

—Le prometimos a Grimpow que entraríamos con él en la Torre del Temple —

replicó Sofí, sin intención de marcharse.

—Será peligroso que entréis en las mazmorras, es posible que no volvamos a salir de ellas —les intimidó Weienell.

—Si ese es el destino de Grimpow, también será el nuestro —afirmó Kylian sin dudar.

—¡Las tumbas de los cementerios están llenas de héroes! —exclamó Goebel, ante la tozudez del estudiante.

Agnes colocó su brazo sobre el hombro de Kylian.

—Yo cuidaré de ellos, ya hemos perdido demasiado tiempo.

—Esto no se quedará así. Ya ajustaremos cuentas cuando todo esto acabe —dijo Goebel, señalando con el dedo índice a su hija y dándose por vencido.

—Al menos, manteneos lejos de las espadas —añadió Salietti.

La entrada exterior a las mazmorras estaba al otro lado de la Torre, pero no había guardianes en esa parte de la muralla. Los muros eran tan altos que nadie podría escalarlos. Una gran puerta de hierro enrejado les cerró el pasó al final del patio.

Tras ella, un carcelero dormitaba sentado en un duro banco de madera. La susurrante voz de Agnes, llamándolo por su nombre, lo despertó.

—¡Qué demonios haces aquí! ¿Aún tienes valor para acercarte a estas mazmorras?

—Necesito hablar con el inquisidor. El guardián de la puerta me dijo que estaba aquí.

El carcelero, un hombre rechoncho de nariz redonda y pobladas cejas, se restregó los ojos y se acercó a la puerta de hierro. No sabía que alguien más se escondía junto a las paredes de la Torre, donde él no podía verlos.

—Tengo orden del propio inquisidor de no dejar entrar a nadie. Si le desobedezco, me cortará en pedazos y echará los trozos a los perros.

Agnes frunció el ceño y adoptó un aire de severidad.

—Más cruel será el castigo cuando sepa que te has negado a abrirme la puerta. Traigo urgentes noticias para él del nuevo rey.

—Está bien, está bien... —balbució el carcelero, maldiciendo para sus adentros.

Cuando abrió la gruesa puerta de hierro, Goebel y sus hermanos se abalanzaron sobre él, cogiéndolo por sorpresa.

—¡No le hagáis daño! Bastará con taponarle la boca y atarlo a una de esas cadenas —dijo Agnes.

El carcelero no se resistió, solo deseaba que aquellos desconocidos que acompañaban a la bruja de Montmartre no lo mataran.

—¡Maldita bruja! ¡Nunca debiste salir de estas mazmorras! —se limitó a decir, antes de que Goebel le atara un trapo a la nuca, cerrándole la boca. Los demás cruzaron la puerta y esperaron a que el carcelero fuese atado con sus propias cadenas.

Comenzaron a bajar de uno en uno la estrecha escalera de caracol que descendía ante ellos. Salietti iba primero, seguido de Agnes y de Weienell. Detrás estaban

Kylian y Sofí, protegida por su padre y sus tíos como un frágil tesoro al que nadie podía acercarse. Al final de la escalera, varias antorchas iluminaban los pasadizos que se abrían a los lados. Todo estaba en silencio. Unas ratas corrieron asustadas y se perdieron entre los agujeros del suelo.

—Es por aquí —dijo Agnes, recordando el lugar en el que ella había estado encerrada durante un año.

El pasadizo se ensanchaba en una zona donde las paredes habían sido talladas en la roca. El techo era más alto y varias puertas se distribuían alrededor. De pronto, un hombre calvo y musculoso se interpuso en su camino, esgrimiendo un hacha de doble filo gigantesca. Todos se sobrecogieron al verlo. Salietti alzó su espada esperando la acometida del verdugo, pero Agnes dio unos pasos y se anticipó a él, despojándose de la capucha de su capa.

—¡Soy yo, Agnes, la bruja de Montmartre! —gritó para detenerlo, cuando el verdugo se disponía a lanzar su hacha contra ella sin mediar palabra.

El hacha del verdugo quedó suspendida en el aire, aunque fue demasiado tarde: Lancré, el hermano menor de Goebel había cargado su arco y lanzó una flecha que rozó como un dardo envenenado el hombro del verdugo. El hacha cayó al suelo con un estrépito de hierro y la herida comenzó a manar abundante sangre. Agnes se acercó al verdugo y examinó su hombro.

—Lo siento, lo siento... No queríamos hacerte ningún daño. Pero te pondrás bien, te lo prometo. Yo misma te curaré —le reconfortó.

—Solo es un rasguño, no tienes que preocuparte por mi.

No era la primera vez que Agnes curaba a aquel hombre. Por su mente cruzaron veloces los recuerdos del año que pasó en las mazmorras. El verdugo se había portado bien con ella. Era la única persona con la que pudo hablar durante su largo encierro y, de no haber sido por sus palabras y por la comida que le traía a escondidas a su celda, habría muerto de hambre o se habría vuelto loca. También Agnes le había ayudado cuando él cayó gravemente enfermo, recomendándole unas hierbas medicinales que le preparó la vieja Malén y que lograron sanarlo.

—¿A qué has venido? ¿Qué buscas aquí? —masculó, apretando la herida con sus dedos para contener la hemorragia.

—¿Dónde están el estudiante y los maestros de la universidad? —dijo Agnes, sin rodeos.

—El inquisidor se los llevó a la sala de los templarios... Te matarán, Agnes, os matarán a todos. Hay doce caballeros con él, los más diestros de París en el manejo de una espada.

—¿Es por esa puerta de ahí? —insistió Agnes, sintiendo la atracción de algo desconocido.

El verdugo asintió con un movimiento de su cabeza, ante el silencio y la impaciencia de los otros.

Salietti y Weienell se precipitaron de inmediato hacia el pasadizo. Stepper y

Lancré, los dos hermanos de Goebel, corrieron tras ellos, seguidos de Kylian y de Sofí; Agnes y Goebel cerraban el grupo.

En el pasadizo rodeado de calaveras amontonadas en las paredes, Sofí cerró los ojos. No podía soportar la visión de aquellos cráneos, que la miraban con las cuencas vacías como espectros tenebrosos. Al final del pasadizo, la luz se hacía más intensa, e incluso pudieron oír voces que provenían de la sala cercana. Era el inquisidor, que, con una daga en la mano, le gritaba al maestro Edmond de Tokvill, bajo la mirada aterrada de Grimpow.

—¡Malditas herejes, hijos del Diablo! ¡Abrid esa puerta, antes de que os corte la garganta como a ese desdichado!

En el suelo, rodeado por un gran charco de sangre, yacía el cadáver degollado de Anatol Pempius.

Cuando al fin entraron en la sala, Salietti y Weienell enmudecieron a causa del dolor y la rabia. Su sabio y noble amigo estaba muerto. Agnes se adelantó a ellos, antes de que el inquisidor y los doce caballeros se dieran cuenta de la presencia de los recién llegados.

—¡Jamás abriréis esa puerta! —gritó Agnes, desafiante—. ¡La Piedra que os entregué era tan falsa como vuestras creencias!

El inquisidor y los caballeros dirigieron sus miradas incrédulas hacía la entrada de la sala. Pero, antes de que Búlvar de Góztell pudiese decir nada, Goebel y sus hermanos dispararon sus arcos, matando a tres de los caballeros. En el rostro de Grimpow se esbozó un leve gesto de esperanza. No todo estaba perdido, pensó al ver a sus amigos.

—¡Matadlos! ¡Matadlos a todos! —gritó el inquisidor a los caballeros, a la vez que cogía con brusquedad a Grimpow y le colocaba su daga en el cuello.

El duque Gauthier, con el rostro oculto bajo el yelmo y la espada en la mano, se situó junto al inquisidor, mientras todos los caballeros se abalanzaron contra los intrusos, soltando al aire un grito de guerra.

Salietti también avanzó hacia ellos, seguido por Weienell y los acróbatas. Las espadas destellaron y chocaron con fiereza, desprendiendo infinitas chispas de metal. Pronto se igualaron las fuerzas, pues Salietti y Goebel no tardaron en deshacerse de sus rivales. Ahora eran cinco contra cinco, enfrentados en una lucha encarnizada en la que no había tregua para el descanso. Los caballeros eran hábiles en el manejo de las espadas, pero se movían con lentitud a causa de sus pesadas armaduras. Salietti se deshizo con prontitud de uno de sus oponentes, pero Weienell a duras penas podía contener los embates del caballero que combatía contra ella, y sintió que sus brazos se debilitaban, incapaces de aguantar más tiempo el furor de la batalla. Lanzó un grito para repeler un ataque brutal y vio cómo su espada se escapaba de sus manos, hasta caer lejos de su alcance. Kylian y Sofí cerraron los ojos, y Grimpow gritó cuanto pudo al ver al caballero alzar su espada sobre la cabeza de Weienell. Agnes apartó la mirada para no presenciar otra muerte atroz. Pero la espada de Salietti se interpuso

como un rayo surgido de la nada y contuvo el golpe mortal. Weienell se derrumbó, agotada por el esfuerzo, mientras Salietti y los acróbatas acabaron de batirse con los caballeros, en una lucha a brazo partido que parecía interminable.

Un silencio sobrecogedor siguió al estruendo metálico de las espadas. Goebel jadeaba, intentando respirar el aire que le faltaba, y miró a su alrededor para comprobar que sus dos hermanos seguían con vida. Stepper tenía un corte profundo en su brazo, y Lancre cortó un trozo de su camisa para hacerle un torniquete.

Salietti se situó en el centro de la sala y fue acercándose con lentitud al inquisidor y al caballero desconocido que aún lo protegía. Grimpow sollozaba frente a él, con el rostro desencajado por el miedo. La afilada daga del inquisidor, la misma que momentos antes había acabado con la vida de Anatol Pempius, seguía amenazando su cuello. Edmond de Tokvill contemplaba impávido la escena.

—¡Soltad a Grimpow y podréis salvar vuestra vida! —grito Salietti, con los ojos inyectados de ira.

Weienell cogió su espada del suelo y se situó a su lado, en silencio. Unos pasos más atrás estaba Goebel, flanqueado por sus hermanos. Kylian y Sofí se quedaron junto a Agnes, sin querer mirar lo que pasaba frente a ellos. Su amigo Grimpow podía morir en cualquier momento si la mano del inquisidor apretaba la daga contra su cuello.

—Sois vos quien debe rendirse, a menos que deseéis ver muerto al chico. Ya me dejé engañar una vez por esa maldita bruja que os ha traído hasta aquí, y no descansaré hasta verla arder en una hoguera. Entregadme a la bruja y marchaos, os juro por mi honor que no le haré ningún daño a Grimpow ni al maestro Edmond de Tokvill. Mañana, ambos estarán libres en la universidad.

—Vuestro honor no es más valioso que la piedra falsa que poseéis.

Apenas Salietti dijo esto, Goebel se llevó con sigilo la mano a la cintura, aferró uno de sus puñales y lo lanzó sin dudar hacia el inquisidor. Su movimiento fue tan rápido que nadie pudo ver el cuchillo cruzar el aire. Solo Grimpow miró a su lado al oír el metal abriendo el pecho del monje y vio un puño de cuero por el que manaba abundante sangre junto a su cabeza. Al instante, los brazos de Búlvar de Góztell se aflojaron sobre él y la daga que lo amenazaba cayó al suelo, junto al cuerpo inerte del inquisidor. Goebel había saldado una vieja deuda con el amigo de su hija.

Grimpow corrió a los brazos de Weienell, que lo besó como si fuese su propio hijo. Kylian y Sofí se unieron a ellos llorando de alegría, y Agnes sintió que la piedra volvía a brillar en sus manos. Pero Salietti y Goebel tenían aún otro asunto del que ocuparse. El caballero con el rostro oculto bajo el yelmo seguía allí, en silencio, mirándolos fijamente.

—Entregadme vuestra espada —dijo Salietti, ofreciendo su mano al desconocido. El caballero obedeció y luego se despojó del yelmo.

—¡Es el duque Gauthier, el nuevo rey de Francia! —exclamó Goebel.

Todos giraron sus miradas hacia el misterioso caballero, que tenía un ojo tapado

por un parche negro, Agnes lo observó con desprecio. Al fin veía el rostro del hombre que se casó con su madre y que asesinó a su padre. Pero no sintió odio ni rabia al verlo, solo un vacío que le heló todos sus sentimientos.

—Uníos a mí y os colmaré de riquezas —dijo, arrogante, el nuevo rey.

Salietti esbozó una sonrisa.

—¡Bromeáis, mi señor! Desde ahora, estas mazmorras serán vuestro único reino.

A una señal de Salietti, Goebel llevó al duque Gauthier a un lado de la sala de los templarios, le ató las manos y lo dejó bajo la vigilancia de sus hermanos. Salietti se acercó a Grimpow y a Weienell y se abrazó a ellos. Al fin, estaban juntos de nuevo.

# *El Secreto de los Sabios*



Rodeada de cadáveres esparcidos por el suelo de la sala de los templarios, Agnes se acercó a Grimpow y a los otros. Todos parecían contentos por haberse reencontrado con los prisioneros, a pesar del dolor que les causaba la muerte de Anatol Pempius. Pero en los ojos de la bruja de la Estirpe era visible un halo de tristeza.

—Mi misión ha terminado. Aquí tienes la Piedra que me diste. Yo no sabría qué hacer con ella —dijo Agries, extendiendo su mano y mirando a Grimpow con ternura.

—Creía que se la habíais dado al inquisidor.

—Le entregué otra piedra que compré en el mercado. Malén me enseñó juegos de manos con los que hacer aparecer y desaparecer pequeños objetos. Le mostré la luz y luego se la oculté.

Cuando Agnes engañó al inquisidor, entregándole una piedra falsa, pensaba huir a algún lugar lejano y usar el poder de la Piedra verdadera para su propio beneficio, rodeándose de riquezas. Pero ahora comprendía que habría sido inútil, pues el sentido de la Piedra era otro, muy distinto al de la ambición y el poder.

Grimpow acercó su mano a la de Agnes y le cerró los dedos sobre la piedra, volviendo a rehusarla.

—Os equivocáis. Sois vos quien debe guardar la Piedra desde ahora, como un día lo hizo vuestra madre.

Weienell y Salietti se sorprendieron al ver que la Piedra emitía su prodigiosa luz azul en manos de aquella bella mujer, a la que ellos ni siquiera conocían hasta esa misma noche, aunque Kylian les había hablado de ella y de la historia de las brujas de la Estirpe. Por su parte, Goebel seguía sin comprender nada.

—Sin vuestra ayuda nadie habría podido salvar la vida de Grimpow, ni habríamos encontrado las cinco esferas del Pentágono Mágico —se anticipó a decir Sofí.

El maestro Edmond de Tokvill también se acercó al grupo. Aún maniatado, apenas podía mantenerse en pie.

—Si me permitís decir algo, Agnes, creo que después de muchos años la Piedra Filosofal ha regresado a su verdadero origen. El círculo de la serpiente que se muerde la cola ha vuelto a cerrarse, al estar la Piedra de nuevo en manos de una bruja de la Estirpe, como antes lo estuvo en las de vuestra madre. Hacedme caso, no debéis huir de vuestro destino, a pesar de vuestras desdichas y vuestros miedos... —Edmond de Tokvill se quedó pensativo un instante, miró los cuerpos ensangrentados que los rodeaban, y luego añadió—: El miedo y la muerte siempre formaron parte de la

historia de la Piedra a causa de la codicia de los poderosos. Pero llegará un día en que todo será distinto, y la muerte y el miedo desaparecerán de la vida de los hombres.

Agnes miró a su alrededor y vio los rostros amables de Grimpow y de sus amigos. No leía ningún reproche en ellos, ningún rencor, ningún resentimiento. Por primera vez en su vida, sintió algo en su interior que la conmovió: un estremecimiento cargado de emociones y recuerdos sobre el pasado de su madre, que ella no había conocido hasta ese instante y que le hacían ver su rostro frente a ella, susurrándole que nunca se olvidara de quién era realmente, como también le había dicho la vieja Malén antes de morir: «Tú eres la última bruja de la Estirpe», escuchaba una y otra vez en el silencio de su mente.

—Ha llegado el momento de que abráis la puerta del Secreto de los Sabios —dijo Grimpow—. A vos os corresponde intentar que la luz de la estrella haga girar las esferas.

Cogió a Agnes de la mano y se dirigieron a la gran puerta que presidía la sala de los templarios. Los demás los rodearon y avanzaron tras ellos, con la sensación de que los aguardaba un prodigioso hallazgo.

Weienell y Salietti nunca habían visto la imagen de un pentágono como aquel, y Goebel, boquiabierto, seguía pensando que todo era un maravilloso truco de magos, que él no lograría entender nunca.



Las esferas ya estaban colocadas en el lugar de los cinco planetas del Pentágono Mágico trazado sobre la gran puerta que tenían ante ellos. El inquisidor había intentado abrirla sin conseguirlo, pues la Piedra que la bruja de la Estirpe le había dado era falsa. Sin embargo, ninguno de los allí reunidos estaba convencido de que aquella enigmática puerta se abriría, después de haber estado más de doscientos años cerrada.

Grimpow retiró las cinco esferas de los huecos circulares en los que habían sido colocadas por el inquisidor, y las dejó suspendidas en el aire junto a él. Kylian y Sofí

ya habían visto flotar las esferas sin ninguna sustentación, pero los otros no daban crédito a lo que veían sus ojos.

—¿Cómo puedes estar seguro de cuál de esas esferas corresponde a cada planeta? —preguntó Kylian, pues era posible que las combinaciones para abrir la puerta fueran infinitas.

Grimpow giró la cabeza y miró hacia el lugar donde estaba Kylian.

—Los nombres de los cinco planetas del Pentágono Mágico podían leerse en cualquier sentido: de arriba abajo, de abajo arriba, de izquierda a derecha o de derecha a izquierda, ¿lo recuerdas?

—Sí, pero ¿qué tiene eso que ver con el orden de las esferas? —insistió Kylian, tan testarudo como siempre.

—Creo que eso quiere decir que cualquiera que sea el orden en que se coloquen las esferas, se colocarán los planetas —explicó. Luego se dirigió a Agnes y le dijo—: Colocadlas de nuevo como deseéis.

Agnes fue cogiendo una a una las esferas y las colocó en los huecos del Pentágono Mágico de la puerta siguiendo un orden aleatorio. Y sin que Grimpow tuviese que decirle nada más, introdujo la Piedra Filosofal en la pequeña abertura del centro del pentágono, donde estaba la letra N.

Entonces la piedra se iluminó intensamente en un tono azul, como si fuese una verdadera estrella, y los planetas giraron alrededor de ella con un intenso zumbido que hizo temblar el suelo. La inmensa puerta se dividió en dos y fue abriéndose lentamente por el centro, mientras las esferas y la Piedra se separaban de ella y quedaban ingravidas sobre la cabeza de Agnes, como una majestuosa corona de luz. Poco a poco se hizo visible el interior de una gran cúpula, bajo la que reposaba un insólito artilugio de metal, semejante a un gran sarcófago que brillaba como el mercurio dorado de los alquimistas, y cuyos destellos se deshacían en infinitos colores bajo la luz de las antorchas.

—¡Es el Arca de la Alianza! —exclamó Salietti, haciéndose eco de las leyendas sobre el tesoro que encontraron los templarios en Jerusalén.

—Sí, es el Arca de la Alianza entre las brujas de la Estirpe y la Humanidad. Ellas enseñaron a los hombres los secretos de la sabiduría que encerraba ese objeto, un objeto de conocimiento que los ingenuos creyeron que les daría el poder sobre el mundo, como aseguran las leyendas. Pero estaban equivocados —corroboró Edmond de Tokvill.

Los demás permanecieron en silencio, contemplando absortos aquel artefacto cuyas extrañas formas nadie había visto jamás. Kylian y Sofí pensaron fascinados que era el sarcófago en el que había estado guardado durante miles de años el cadáver de la primera bruja de la Estirpe que vieron en la biblioteca subterránea de la universidad, mientras que Weienell y Salietti no sabían qué pensar sobre aquel misterioso objeto.

—¿Qué puede significar eso? —preguntó Weienell, desconcertada. No acababa

de comprender por qué su padre y tantos otros sabios como él habían dado la vida por proteger y desvelar aquel secreto.

Edmond de Tokvill estaba a su lado, feliz por lo que veía, a pesar de cuanto había sufrido en las mazmorras. Miró a Weienell y dijo:

—El origen de la sabiduría está en ese misterioso artilugio que nuestra mente es aún incapaz de desentrañar. Lo que allí veis es una creación inteligente, una máquina del futuro. Eso fue lo que la primera bruja de la Estirpe encontró. Nadie que no haya poseído la Piedra Filosofal podrá comprenderlo jamás. Es algo inexplicable y mágico donde se confunden el tiempo y el Universo, el pasado y el futuro, la materia y la nada, la muerte y la inmortalidad.

Ni Weienell ni Salietti comprendieron lo que el maestro Edmond de Tokvill quiso decirles, pero Grimpow y Agnes supieron que el prodigioso ingenio que tenían ante sus ojos no era sino una pequeña parte de aquella gran bola de fuego que hacía miles de años cayó del cielo, procedente de una lejana estrella llamada Ouro. La Piedra Filosofal y Agnes se habían reencontrado con su verdadero origen.

—Creo que fue mi padre quien trasladó el cadáver de la bruja de la Estirpe a la biblioteca subterránea de la universidad, para esconderlo del inquisidor y del rey si conseguían abrir la puerta. Mi padre se llamaba Noel Dubeq.

—¡Noel Dubeq desapareció de la universidad hace muchos años sin que ninguno de nosotros supiera qué había sido de él! —dijo el maestro Edmond.

—Lo asesinó el duque Gauthier al poco de morir mi madre, el propio Búlvar de Góztell me lo confesó. Lo torturaron hasta que les habló de la Piedra. Desde entonces, la buscaban el duque y el inquisidor.

—Ahora lo comprendo todo —dijo Edmond de Tokvill.

Grimpow miró a Agnes, y sonrió levemente al ver que el halo de tristeza había desaparecido de sus ojos.

—¿Comprendéis ahora quién sois realmente?

—La última bruja de la Estirpe —respondió Agnes, con orgullo.

# La despedida



La puerta que escondía el Secreto de los Sabios en la Torre del Temple volvió a cerrarse para siempre. Agnes y Edmond de Tokvill guardaron las cinco esferas en la biblioteca subterránea de la universidad, y ella conservó la Piedra en su poder, tal como Grimpow había decidido. Él ya no la necesitaba para terminar su obra *El manuscrito de los prodigios cósmicos*.

—Vos tenéis aún muchos misterios del Universo por descubrir. Además, el maestro Edmond os ayudará a comprenderlos —le había dicho Grimpow, después de salir de la Torre del Temple.

Esa misma noche, Salietti y Goebel entregaron al duque Gauthier a los partidarios del hijo del monarca asesinado. El duque confesó su crimen antes de ser torturado y fue acusado de alta traición a la Corona.

Al día siguiente, mientras en el castillo del Louvre se proclamaba nuevo rey de Francia a un niño de apenas seis años de edad, Grimpow, Weienell y Salietti se despedían de sus amigos ante la hospedería de la universidad.

—Debemos marcharnos ya. Mi palacio y mis tierras también esperan a ser liberadas de la codicia de mi vecino —dijo Salietti entre bromas, al tiempo que se despedía de Edmond y de Goebel.

Weienell se acercó a Agnes y la abrazó.

—Me alegra que os quedéis a vivir en mi casa. Mi difunto padre velará por vos donde quiera que esté, estoy segura —dijo emocionada.

Agnes asintió sin decir nada. No le salían las palabras. Y cuando Grimpow se dispuso a decirle adiós, las lágrimas se asomaron a sus ojos.

—Cuidaré de la Piedra como de mi propia vida.

—Dejad que ella os guíe y abrid los ojos a lo imposible, entonces encontraréis la verdadera sabiduría —le aconsejó Grimpow, a la vez que la abrazaba.

También Edmond de Tokvill se despidió de ellos con una sonrisa de gratitud por haberle salvado la vida, y prometió visitarlos en Florencia cuando viajara a Italia.

Kylian y Sofí esperaron hasta que Grimpow estuvo listo para subir a su caballo. Con los ojos humedecidos, Kylian le dio un golpe amistoso a Grimpow en el hombro.

—¡Por las barbas de Aristóteles! Pensaba que los buenos amigos no se separaban nunca...

—Mi querido Kylian, te echaré mucho de menos. Nunca tuve un amigo como tú... Lo sabes, ¿verdad?

Kylian sonrió y se restregó los ojos.

—Claro que lo sé, no soy estúpido.

—No olvides cuidar de Sofí —añadió Grimpow; emocionado.

En los ojos de Sofí no había lágrimas, solo un brillo de melancolía que los hacía aún más hermosos. Le sonrió a Grimpow con dulzura y no dijo nada.

—Adiós, Sofí. No sé qué decir... Weienell me dijo una vez que cuando los sentimientos se explican pierden su magia.

Sofí se acercó a Grimpow y lo besó levemente en los labios.

—Es mi beso de despedida —dijo, evitando que nadie la viera llorar.

Weienell y Salietti esperaban sobre sus monturas. Grimpow puso un pie en el estribo y subió de un salto a su caballo. No había nada más que decir. Sus sentimientos se quedaban allí, cerca de Kylian y de Sofí. Pero él debía seguir recorriendo el camino invisible de su vida al lado de Weienell y de Salietti, como siempre había deseado. Entonces, Grimpow no podía sospechar que, escondido en una esquina cercana a la plaza de la hospedería, Ricard lo acechaba con el propósito de matarlo.

Los caballos se pusieron en marcha con paso lento. Kylian y Sofí levantaron sus brazos y los agitaron al aire en un último y resignado adiós. Era difícil que volvieran a ver a Grimpow de nuevo, Florencia quedaba muy lejos de París.

Una punta de flecha asomó junto a la pared de una casa cercana, amenazante como un dardo envenenado. Ricard tensó el arco lentamente. Un odio incontenible le palpitaba en el corazón. Entornó el ojo izquierdo y esperó a que la imagen de Grimpow apareciera nítida bajo su punto de mira.

—¡Malditos herejes! ¡Que el Diablo os haga arder eternamente en el Infierno! —masculló Ricard entre dientes, sin poder disparar la flecha que apuntaba al corazón de Grimpow. Algo más fuerte que el odio que lo dominaba se lo impidió.

La bruja de la Estirpe se acercó a Sofí y le acarició el pelo. Ambas contemplaron cómo Grimpow se alejaba sobre su caballo, y Sofí ya no pudo contener las lágrimas.



RAFAEL ÁBALOS NUEVO (1956, en Archidona, Málaga). Licenciado en Derecho en la Universidad de Granada.

Desde 1984, vive en Fuengirola donde ejerce como abogado, además de ser docente de la Escuela de Práctica Jurídica en la Facultad de Derecho de la Universidad de Málaga.

En el año 2000, publica su primera obra: *Bufo soñador en la galaxia de la tristeza*, novela de aventura y fantasía. Le sigue *El visitante del laberinto* en 2001, novela de aventuras orientada a un público juvenil y de ambientación medieval. Ambas obras son publicadas originalmente por la Editorial Debate y son reeditadas bajo el sello editorial Montena de Random House Mondadori.

En 2005, publica *Grimpow, el camino invisible*, obra con más de 150.000 copias vendidas en español, traducida a veinticinco idiomas y elegida como «Libro notable del 2008» por la Internacional Reading Association Children's Book Award además de ser distinguida con el Premio de Narrativa *El público* 2005, que otorga la radio televisión de Andalucía, y Libro Juvenil del año 2007 en Holanda.

En 2007, publica *Kôt*, thriller que desarrolla tres historias, en un principio inconexas, en una única trama ambientada en la actual Nueva York. Acerca de esta obra, su autor declara que intenta fusionar el género de la novela juvenil con el de la novela adulta.

*Grimpow y la bruja de la Estirpe* es editado en 2009, secuela de su obra más exitosa, donde se muestra a un protagonista más «maduro y resolutivo» de acuerdo a Ábalos.

*Poliedrum*, libro editado en 2009, fue galardonado en la primera edición del premio de literatura juvenil As de Picas; y poco más tarde publica *Poliedrum 2*.

En 2011 publica *El péndulo*, inquietante thriller policíaco, en el que se reflexiona sobre la histeria conspirativa que vive nuestra sociedad moderna y el control excesivo, cada vez más cuestionado, de los gobiernos democráticos sobre la población. Una lectura trepidante y actual.